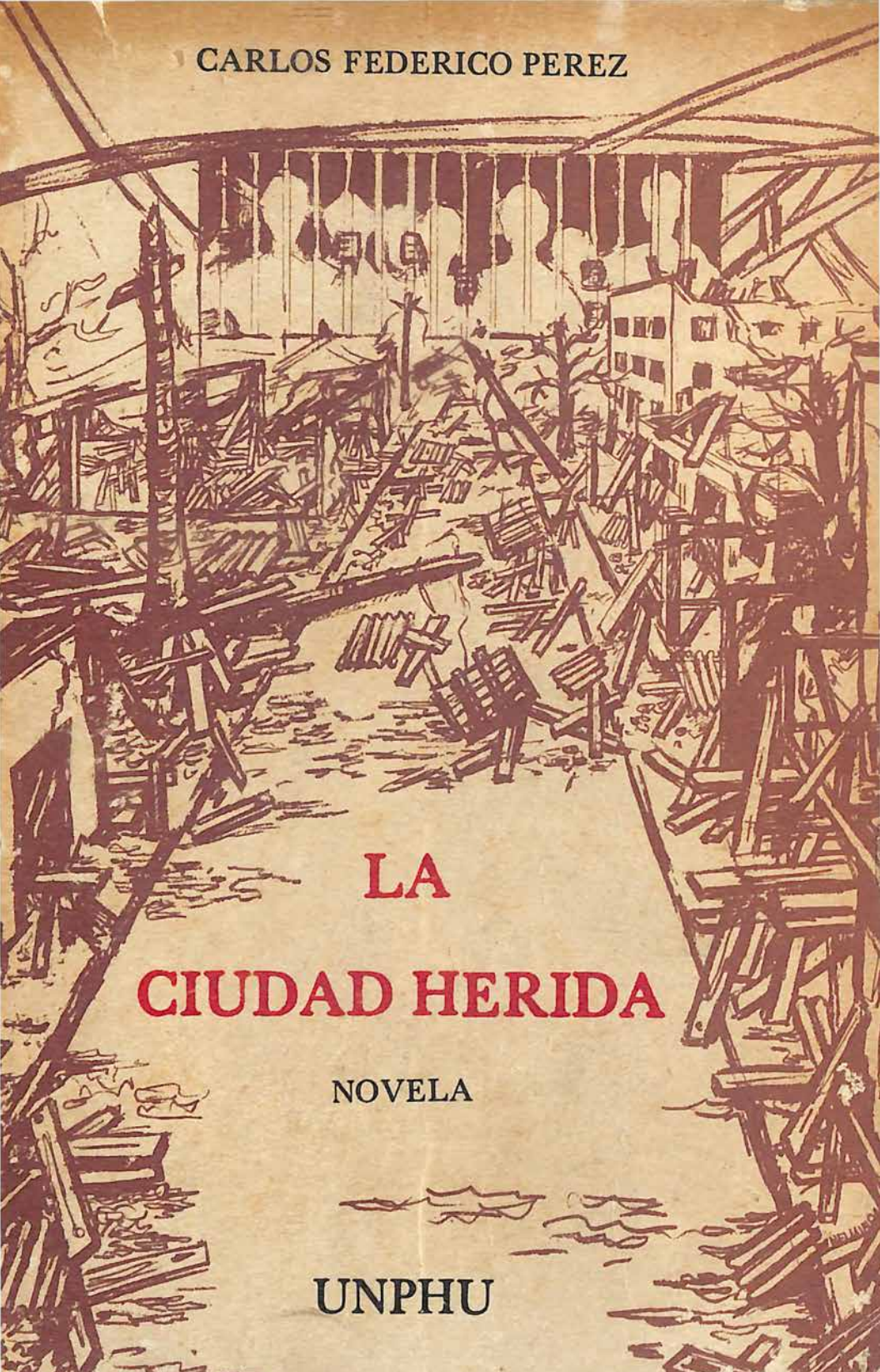
CARLOS FEDERICO PEREZ



LA CIUDAD HERIDA

NOVELA

UNPHU

Portada de
Nora Elminda Pérez Ornes

LA CIUDAD HERIDA

© 1977, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

Dirección de Publicaciones,
Santo Domingo,
República Dominicana

CARLOS FEDERICO PEREZ

LA CIUDAD HERIDA

Novela

1977

En el fondo de toda obra narrativa palpita la Historia, puesto que siempre la conducta de los personajes y el engranaje del argumento están condicionados por las circunstancias en que la una y el otro se produjeron. Esto es cierto hasta en las obras de pura fantasía, en las cuales, por muchos de sus rasgos, se advierte la presencia de peculiaridades correspondientes a la época en que escribió el autor.

En "Juan, mientras la ciudad crecía...", de 1960, y en esta novela se pretende delinear la semblanza, doméstica y pública, de épocas sucesivas de nuestra vida urbana contemporánea y por eso la ficción de ambos relatos se ha erigido sobre referencias y alusiones a acontecimientos y personajes de carácter histórico. Tal cosa, sin embargo, no significa fidelidad a una verosimilitud puramente fotográfica, pues tanto las tramas como los personajes principales– estos últimos los mismos, en su mayoría, en ambas obras– son productos sustancialmente ficticios.

El mitin iba resultando un verdadero acontecimiento político, una contundente manifestación de repudio. En la plaza se apretujaba la gente. La multitud seguía sin perder detalle a los oradores y cuando éstos denostaban de manera vigorosa a los contrarios, los asistentes, enfervorizados, respondían con un espontáneo y profundo sentimiento de solidaridad. Se vociferaban lemas con alusiones a quien, no estando presente, concitaba pensamientos y palabras. Todo venía siendo una clara explosión de protesta frente al intento puesto en práctica sin disimulo de hacerse del poder a cualquier precio.

En su entusiasmo, la multitud oscilaba como un oleaje en movimiento, según el ritmo que imprimía a sus emociones la elocuencia de los oradores. De repente, aquel vaivén anímico, reflejado en el ir y venir de los cuerpos y las ideas, tomó un giro inesperado. En los extremos, por los cuatro ángulos de la plaza, irrumpían grupos de individuos con aspecto de facinerosos, enarbolando armas de fuego y blandiendo garrotes al tiempo que gritaban toda suerte de vituperios. No tardaron en escucharse disparos y voces desesperadas de los que caían y de los que eran lesionados. Los disparos alternaban con los garrotazos y las palabras insultantes. La masa compacta fue cuarteándose, y al fin se disgregó, como un cuerpo sólido hecho añicos por los rotundos golpes de un martillo.

***

Era cierto que por causa de los sucesos recientes— lo pudo comprobar apenas vuelto a la ciudad— el temor era

dueño de cada uno como el agua que cuando libremente se esparce todo lo inunda. Era fácil notarlo en la expresión de los rostros, en el timbre de las palabras, en la actitud huidiza de las miradas, en los gestos cautelosos. Exactamente resultaba de esa manera aquí, allá, en dondequiera y entonces a cualquier cosa, a la más nimia, comenzaba a atribuírsele significados extraordinarios, porque bajo los apremios reinantes se la veía como indicio de mejor suerte o como presagio de temores y pesadumbres.

El airecillo travieso, mordisqueante, se introdujo poco a poco en la ciudad, proveniente del mar. Le pareció que la voz de la experiencia exageraba al calificarlo como señal de tormenta. La novedad se hacía presente con un movimiento acompasado parejo al susurro que arrancaba a las frondas intranquilas. Al unísono hacía oscilar las ramas copiosas de los vetustos laureles de la plaza, los penachos erguidos de las palmeras y cocoteros de la costa y los follajes densos de los mangos que sombreaban los patios coloniales. Iba sin apresurar el paso, ajeno a cualquier arrebato, como si dosificara sus fuerzas y en vez de los alivios de los rigores de la estación, que siempre proporcionaba frente al mar, su caricia esta vez era cálida y dejaba en los labios una sensación salobre.

El rumor asiduo se le grababa en el oído, adelgazándose con el curso de las horas, prueba de que aceleraba la marcha y de que reflejaba las alternativas del tiempo. Vio así como las nubes, en trance de desvanecimiento, de tan ligeras, empezaban a desplazarse, mientras desde el horizonte, paulatinamente sumido en un color plomizo, afluían otras tupidas y de tonalidad cargada. Pronto la atmósfera tornóse húmeda y precursora de lluvias, perdieron las olas su sosiego y cayeron chubascos.

La noche de por sí incrementa las aprensiones, y más si la versatilidad del tiempo se ilumina a ratos con el plenilunio, pues la luz y la sombra se confabulan para remover cuanto duerme en la imaginación. Tal pensaba cuando el viento, al desmenuzar las nubes, permitía que se proyectaran ya las

sombras, ya la luz, mientras continuaba fijo, en contraste, el astro nocturno. Luces y sombras zarandeaban la nubosidad a su antojo, de uno a otro extremo del cielo, hasta que al fin acertaron con el trazo de una cruz gigantesca suspendida en el firmamento como augurio fatídico sobre la ciudad en vigilia. La luminosidad alba, reposada, que se filtraba en celajes en un rincón del patio, cuando se estremecían las hojas del mango, la sintió a plenitud en el rostro al salir a contemplar en lo alto lo diseñado, ante el asombro de todos, por el caprichoso juego de los elementos.

El amanecer fue taciturno y tras él despuntó trabajosamente el día. Temprano encaminó sus pasos hacia la costa. El rumor sordo del oleaje en crecimiento había servido de resonador de fondo a los extraños ruidos nocturnos. La luz, amortajada por los velos de las nubes, caía sobre las aguas, que deshechas en estruendos, disparaban a alturas increíbles los copos de espuma para empapar en el descenso rostros y vestimentas de curiosos.

Aquellos instantes, destinados a la historia, bajo un cielo que ya se apretujaba al punto que parecía desplomarse, formaban ambiente apropiado a ánimos temerosos mientras la humedad calaba hasta los huesos. Lindaba el entumecimiento con la melancolía. Con esa impresión observaba cuando repentinamente la uniformidad de la estampa pareció desgajarla el griterío de los chiquillos que, apelando a una antigua conseja, increpaban a las olas, pretendiendo excitarlas aún más.

El reto semejaba ser efectivo, a juzgar por la que lucía como respuesta inmediata, elevando los copos de espuma ante los ojos expectantes de los provocadores, quienes partían veloces en estampida estrepitosa.

Sin estrépitos, silenciosos, como en secreta complicidad con la despreocupación de los muchachos, estaban los que habían rendido tributo al tibio espíritu que daba brillo a sus ojos y aroma a su aliento. Fue de entre ellos que irrumpió Pipiolo con su baja estatura, cabello ralo, nariz prominente, rostro cetrino, balanceando hacia adelante y hacia atrás su

escasa corpulencia sobre sus piernas deformes de manera que parecía avanzar y retroceder al mismo tiempo. Apoyado en un bastón desproporcionado a su tamaño dio comienzo al diálogo consabido.

—No hay duda, señores, es día de a, b, c...

—¿Cómo de a, b, c, Pipiolo?

— ¡Muerte a la ignorancia! Significa que la humedad demanda beber aguardiente, comer bacalao y recibir caricias...

Al envolverlo el aura bulliciosa de su buen éxito, lo vio partir, orondo, sirviéndose de su bastón con solemnidad digna de un báculo arzobispal.

Las sonrisas que en muchos rostros despejó, momentáneamente, la opaca expresión que era huella de las vicisitudes y los presentimientos, muy bien podían ser las postreras pues no quedaba ya duda de que el torbellino que oscurecía el horizonte se abalanzaba sobre la ciudad. Era inminente el riesgo de que el diálogo sin pausa entre ella y el mar se convirtiera así, una vez más —pensaba— en duelo entre la vida y la muerte.

II

Aquella mañana el estacionamiento del coche de Crispín frente a la casa lo percibió el doctor Augusto Lima un poco más tarde que de costumbre. El aviso corría a cargo, como siempre, de las coces acompasadas del caballo sobre el pavimento y los sonoros esgarramientos del auriga. Se echó la capa de agua sobre el brazo y tomó el paraguas, aditamentos que quedaron sin uso, en cuanto a guarecerse de la leve llovizna que caía, no obstante las voces de alarma de doña Elvira desde el interior de la vivienda.

Al partir el coche la preocupación de la cara mitad le provocó un comentario medio serio y medio jocoso. Le respondió un gruñido porque a Crispín las palabras le fueron de difícil articulación a causa del obstáculo, un residuo de habano, que sostenía entre los labios. Entonces se valió de mañas para señalar el coche y el caballo y dar a entender que temía por ellos. En respuesta, dióle unos golpecitos en el hombro, tratando de infundirle confianza, sin dejar de prevenirlo.

—Pónlos en lugar seguro, Crispín, pero cuídate tú también... Luego:— Podrías venir mientras tanto a casa con tu mujer...

La verdad era que, durante la noche, en varias oportunidades había seguido el curso del tiempo. En las habitaciones del servicio, al otro lado del patio, las techumbres despedían su sonido metálico. Los chubascos intermitentes producían la sensación de un grosor inusitado en las gotas de lluvia. La irregularidad en su caída era a todas luces anormal. Tales novedades acompañaban esporádicamente el rumor —más bien el bramido— del mar agitado.

Por la mañana el radio le trajo la noticia de la eventual proximidad de un ciclón, pero las circunsdancias que eran de público conocimiento le impidieron desechar la sospecha de que la convocatoria a sitios de socorro, hecha por la Cruz Roja oficial, se proponía, realmente, distraer de las versiones sobre la situación política.

Mientras revisaba sus pensamientos en el vehículo en marcha observaba a las personas en la calle. La humedad indujo a muchos a arreburujarse en cuanto pudiera confortarlos. Maquinalmente se colocó la capa de agua sobre las rodillas. El efecto de las noticias sobre el disturbio, que ya circulaban de boca en boca, no era ajeno a la mayoría de los rostros, pero nada permitía suponer que la preocupación por ellas sobrepujara a la que producían las de otra índole. Los pregoneros de los artículos del diario consumo y del periódico de la mañana menudeaban como todos los días. El caballo avanzaba a trote largo, que el asfalto hacía más vibrante. Pronto quedó el coche en situación paralela a Eligio, el carbonero tan retinto como su mercancía, meticulosamente protegida de la lluvia, quien cabalgaba sobre su borrico. —Adió, don Auguto— dijo ceremoniosamente— enarbolando la diestra. Por un momento, percibió una especie de diálogo entre el trotecito nervioso, breve, del jumento y el más espaciado del caballo. Los saludos, como era habitual, proliferaban. Desde lejos servía de identificación el coche, que estaba entrando en el rol de reliquia de otros tiempos, pues su contraste se acentuaba frente al predominio casi absoluto del tránsito a motor que se había adueñado de la ciudad.

Al fin arribó al consultorio, instalado en una casona colonial, de paredes gruesas, pesado techo romano y puertas y ventanas consistentes. A Santos lo encontró en apostura de centinela con la tranca de la puerta de entrada en las manos.

A diferencia de lo que era corriente no había pacientes aguardando. Se dirigió a su despacho y allí una ráfaga de viento se introdujo por la ventana apenas la había abierto Santos. Los papeles de su escritorio se humedecieron y

dispersaron. Se hizo necesario cerrar la ventana y encender la luz.

Recogido en la intimidad de su despacho, a medida que se absorbía en la lectura de una revista médica, iba en camino de desentenderse de lo que estaba pasando. Lo volvió a la realidad la presencia de Cosme al aparecer en el marco de la puerta. Fue suficiente la primera mirada para percatarse por la expresión del rostro que ni sus noticias ni sus impresiones eran tranquilizadoras. Mucho menos sus palabras. —El horizonte era una sola nube negra de norte a sur...— Jamás había visto el mar enfurecido como en ese día. El airecillo travieso de horas antes adquiría fuerzas que ya dificultaban la marcha por las calles...

—Por lo visto es cierto— comentó con gravedad el doctor Lima— que se nos viene encima un ciclón y que nos aguarda tamaña prueba. Parece que no era suficiente la que estamos padeciendo y que al terror desatado por la mano del hombre se unirá el pánico debido al asalto de las fuerzas ciegas de la naturaleza. Si el primero ha hecho que en unos más, en otros menos, se retrate el temor, no sé qué podemos esperar ahora...

Apenas terminó de hablar cuando ambos se miraron como si el mismo pensamiento hubiera servido de conclusión lógica a cuanto acababa de decirse. Fue el doctor Lima el primero en empuñar el teléfono que descansaba en un ángulo del escritorio. Sus palabras a la esposa revelaron que sus preocupaciones habían girado hacia los seres queridos. Tanto él como Cosme, a su turno, concluyeron prometiendo a quienes los escucharon un inmediato regreso en vista de la emergencia.

III

Pensaron más tarde que tal vez hubiera sido mejor abstenerse de promesa alguna pues sirvió para que les ganara la impresión de que el desarreglo atmosférico la aguardaba para hacerse sentir con toda su intensidad e impedirles salir a la calle. Desde el día anterior había ido surgiendo, paso a paso, solapadamente, como monstruo en acecho y ahora definía sus perfiles truculentos sin la menor sombra de disimulo. Bajo el cielo tenebroso un turbión frenético, enloquecido, lo arropó todo repentinamente con un abrazo furibundo y dio comienzo a la tragedia. El viento afinó su tétrico silbido y con mil manos se dio a desmenuzar árboles, a levantar techumbres, a conmover muros y poner en peligro la estabilidad de cuanto vehículo y peatón transitaban por las calles. Aceleradamente fue afirmando su furor hasta hacer de su voz un rugido iracundo, tirando abajo troncos robustos, arrancados de cuajo como briznas de paja, cuarteando muros que se desgajaban o caían con estrépito ahogado, poniendo patas arriba los automóviles mientras los transeúntes, sorprendidos en medio del mare magnum, trataban desesperadamente de encontrar donde asirse antes de que el viento los zarandeara, los arrinconara o los estrellara como a un objeto más.

El mar sumaba su parte a todo aquello encrespando sus pechos en estruendosa exhibición de su contextura de atleta gigantesco. Las olas desbordaban los acantilados y trepaban, aullando, hasta las calles próximas, convertidos los copos de espuma en verdaderos espumarajos de rabia. Sus caudales se agregaban a las innumerables toneladas de agua que en arroyos y alcantarillados arremolinaban muebles, escombros y

cadáveres, porque la muerte, sin tardanza, se había apresurado a testimoniar su paso por cada calle, por cada plaza, por cada rincón de la ciudad.

La angustia se extendió como un hálito febricitante por la ciudad estremecida hasta sus cimientos y se distribuía desigualmente según las circunstancias de cada uno de los que eran víctimas de la terrible experiencia. Entre los sorprendidos en plena vía pública se daba como lucha a breve término sin otras alternativas que la vida o la muerte. No era menos perentoria la disyuntiva para aquellos— la mayoría— cuyo amparo era la vivienda de endeble consistencia arrasada a la primera acometida del embate impiadoso. Para los guarecidos en habitaciones menos frágiles el tiempo se medía por lo que tardaba en levantarse violentamente el techo, o en desprenderse puertas y ventanas, o en venirse al suelo una pared, para obligarlos a peregrinar en busca de nuevo abrigo exponiéndose al mensaje de muerte que traían la hoja volandera de zinc, el golpe contundente de la rama de un árbol o simplemente la irresistible presión del viento.

Mientras la ciudad crecida iba quedando así deshecha, dentro de los muros seculares, bajo sus recias techumbres, invulnerables como garantía de supervivencia, la angustia se incrementaba también, pero lentamente, paso a paso, según la tragedia del exterior, por sus indicios, asediaba la imaginación, haciendo temer por los conocidos, los amigos y los familiares.

En minutos puede condensarse la eternidad pues cuando el transcurso del tiempo se mide por la zozobra, los minutos resultan horas y por eso, a poco de haberse iniciado, la ocurrencia parecía interminable. Los que habían traspuesto las fronteras de la vida no tenían por qué preocuparse, como cosas continuaba zarandeándolos el viento, que ahogaba el clamor de los heridos, aún con fuerzas y aferrados a la esperanza de la salvación, mientras que los que permanecían protegidos de la furia desorbitada rezaban por el fin de aquella prueba cruel, repentina y jamás vista.

IV

Dentro del consultorio percibieron cómo la velocidad del viento se hizo en poco tiempo frenética y pronto fueron presas de la sensación de estar aislados en medio de una vorágine. Allí, entre los muros macizos y bajo el techo romano, se preservaba un sitio inabordable al delirante dinamismo que parecía revolver todo el exterior. Esto no fue suficiente, sin embargo, para sofrenar el impulso que cada uno tuvo de volar al lado de los suyos, pero al aproximarse a la puerta que se estremecía, haciendo vibrar la gruesa tranca de guayacán sostenida a ambos lados en sendas molduras de hierro empotradas en la pared, les pareció que alguien desde fuera trataba de abrirla o de llamar la atención. Los golpes eran secos, rotundos, propinados con el puño, cuyos sonidos no se habían escuchado hasta entonces en medio del sordo mugir proveniente de afuera.

Santos, que no se les despegaba del lado, los miró exhibiendo una cara de interrogante sorpresa, la cual reflejaba su temor ante el peligro de abrir la puerta. Las voces se hicieron claras por un momento e impetraban estentóreamente socorro. La vacilación era imposible y por suerte el viento soplaba en sesgo con respecto a la puerta y esta se libraba de recibir su ímpetu de lleno. Acudieron en ayuda de Santos para impedir que el pesado portón se abriera de golpe y porrazo y se desbordara dentro de la casa el furor de los elementos. Por la estrecha abertura que se arriesgaron a abrir se introdujo trepidante el aire, conmoviéndolo todo, revolviendo cuanto era de precaria estabilidad, papeles, cuadros, lámparas, cortinas. El angosto pasadizo sirvió a un hombre para introducir su hombro robusto hasta penetrar con

el niño que tenía cargado. Vieron por un momento confundirse el silbante golpe del viento con el rostro entontecido del hombre que chorreaba agua desde la cabeza a los pies. El niño sangraba profusamente manchándole el traje. Todos, inclusive el recién llegado, contribuyeron a asegurar de nuevo la entrada y luego el individuo se desplomó sin articular palabra en medio del saloncito de espera, como si el esfuerzo realizado lo hubiera dejado exhausto. El niño, hasta entonces inerte en sus brazos, agitó sus miembros, pues la caída lo había despertado, y rompió a llorar, aunque afortunadamente el golpe fue amortiguado por el cuerpo del hombre.

Del suelo recogió la criatura el doctor Lima y con ella partió hacia la sala de curaciones, mientras Cosme se arrodillaba junto a la corpulenta humanidad del caído, a quien le tomó el pulso y luego le auscultó el pecho. Había sin duda sufrido un desmayo. Al mismo tiempo lo identificó plenamente. Allí tendido, empalidecida su piel cobriza, quedaba al descubierto la cabeza redonda, el pelo escaso adherido por el agua al cráneo reluciente, la frente amplia, la nariz roma, bigotes mongoloides, finos y alicaídos y quijada extraordinariamente prominente. Era el dueño de un modesto comercio de comestibles instalado varias cuadras calle abajo que lucía el letrerillo "Colmado Montero" pintado en madera.

Se corrió al interior del consultorio para explicarle el caso al doctor Lima, pues aunque se trataba de un simple desmayo podía sobrevenir lo peor, ya que como paciente lo conocía y su corazón estaba enfermo. De vuelta se dedicó a reanimarlo, lo que no requirió mucho esfuerzo después de inyectarle un estimulante. A poco de abrir los ojos azorados sus primeras palabras fueron —"¿ Y Pascualito? ¿Y Pascualito? " mientras escrutaba de un extremo a otro la habitación. En ese momento trajo el doctor Lima al niño cuyo desangramiento había contenido. No obstante tomarlo en sus brazos y estrecharlo con ternura, continuó repitiendo —"¿Y Pascualito? ¿Y Pascualito? " Era la suya una interrogación que hería el oído con inflexión lastimera. Estaba

sin duda fuera de sí. Lo recordaban como padre prolífico, pues siempre había una bandada de mocosos a su alrededor. Comprendieron que se refería a otro de los hijos.

—Los dos iban conmigo... No nos dio tiempo de llegar a casa... El viento me lo arrancó de la mano... Sí, me lo arrancó, me lo arrancó...— repetía, casi con sollozos, mientras mostraba vacía la diestra de desusado tamaño.

Ahora una palidez intensa veló de nuevo su rostro en tanto las facciones se le desmadejaban con el extravío de la mirada. Puso al niño en el suelo y con la diestra se estrujó la camisa a la altura del pecho pretendiendo extraerse, al parecer, un dolor insoportable, para desplomarse como si le hubiera fulminado un rayo.

Con visible alarma Cosme le tomó otra vez el pulso antes de auscultarlo. Desesperanzado le levantó uno de los párpados. Había muerto.

La venda que cubría a partir de la frente la cabeza del chiquillo, recogiendo su pelo abundante, destacaba a manera de marco una mirada en suspenso que además de retratar la confusión de sus pocos años parecía ser fiel trasunto del azoramiento de todos. Al fin, poco a poco, dio comienzo a un llanto gemebundo que quebró el extraño sortilegio de la escena.

V

Así, de manera inopinada, hizo acto de presencia la tragedia ante sus propios ojos. La tenían junto a ellos, sin exageración, la tocaban con las manos, había violado el hermético santuario de inmunidad preservado por la casona colonial. Se miraron por un instante preguntándose sin despegar los labios qué debían hacer mientras Santos era todo ojos, extático en un rincón. El niño había elevado el tono de sus gemidos y se llevaba la manecita a la frente en donde el vendaje era maculado por un lunar rojo que crecía lentamente.

Al quedar solo, por ir el doctor Lima a la habitación contigua, seguido de Santos, tuvo que admitir que la experiencia lo calaba en lo más hondo del alma. Nunca, hasta entonces, denotó su grimosa presencia la muerte dentro del consultorio. El caso apelaba a sus sentimientos de lástima como ningún otro porque Pascual Montero, el difunto, a través de sus confidencias como paciente, se le había dado a conocer como hombre honesto y laborioso, venido a la ciudad en busca de nuevos horizontes, definitivamente frustrados cuando la fortuna empezaba a sonreírle.

Era duro aceptar que estaba allí tendido, sin que nada se pudiera hacer, con la muerte afirmando su sombrío dominio, perfilando sus facciones bastas, haciendo más prominente su mentón cuadrado, que junto con el bigote eran los rasgos peculiares de la fisonomía con que lo personificaba.

Las palabras del doctor Lima lo sustrajeron de su ensimismamiento.

—No queda más remedio que extender el certificado de defunción... Oigo además que están llamando otra vez a la

puerta... Mientras hablaba, cubría el cadáver con la sábana blanca que había traído.

Pero era cierto. No solamente daban golpes sino que también se oían voces con timbres de desesperación. Santos no pudo ocultar su perplejidad y aguardó a recibir señal de anuencia antes de proceder. Sin duda se sentía escarmentado por la experiencia anterior. De nuevo hubo que ayudarlo.

Con las tres personas a quienes a duras penas se les franqueó la entrada se inició un desfile de cabezas con magulladuras, brazos fracturados y heridas producidas por objetos cortantes. A poco quedarían convencidos, dada la frecuencia de los casos, que aunque les hubiera sido posible como lo intentaron llegar a sus casas, el deber profesional los habría retenido en el consultorio por mucho tiempo. Tomaba cuerpo una atmósfera aciaga de tragedia que los sobresaltó al pensar en los seres queridos. Acudieron al teléfono con la esperanza de que todavía diera servicio. Afortunadamente era así, gracias a los cables subterráneos. Leyó en el rostro del doctor Lima, el primero en empuñar el aparato, la recepción de noticias aflictivas. Sus palabras las confirmaron. —"Voló ya el zinc de las habitaciones del fondo del patio como lo esperaba— le dijo al colgar— pero lo demás está bien." Por su parte, le ganó la emoción al oir a su madre y a Regina. Ambas estaban sin novedad, bien protegidas. Pero la voz de la novia, que tenía virtudes táctiles como una caricia, lo conmovió como nunca por el tono suplicatorio que ahora mostraba. —El mango del patio se ha caído con un ruido tremendo. ¡Ay, Cosme, cómo tiemblo!

Mientras tanto, en un ángulo del salón en donde examinaban y atendían a los pacientes, continuaba contemplado el improvisado túmulo de Pascual Montero, cuyo cadáver estaba piadosamente cubierto por la sábana blanca que le servía de sudario. El hijito dormitaba cerca, recostado en la pata de un sillón, cansado de gemir. El cuadro era apropiado para servir de telón de fondo a las historias que vertían en forma acalorada los recién llegados y cuyos detalles ponían los pelos de punta, pues en cuestión de minutos las

calles se transformaron en cámaras de horrores. Las hojas de zinc— contaban las palabras entrecortadas— decapitaban a diestro y siniestro y cualquier objeto se había convertido en proyectil fulminante para el ser viviente que encontraba en su camino. Noticias por el estilo lo hicieron participar con angustia creciente de la catástrofe que seguía su curso implacable al otro lado de las paredes que los protegían. Cierto malestar comenzó a invadirlo, por el contraste entre la pesadilla que revelaban tales nuevas y la sensación de confianza y resguardo que disfrutaba. El contraste era más vívido porque así como el carácter macabro de la tragedia había penetrado en el consultorio con la presencia del cadáver de Pascual Montero, el desenfrenado dinamismo del mundo exterior se introducía con las fugaces aperturas del portón de entrada. Todo parecía venirse abajo. La violenta corriente de aire recorría toda la casa, hacía bambolear los cuadros colgados en las paredes— el que contenía su título profesional lo había recogido del suelo con el vidrio hecho añicos— ponía a volar los papeles, remecía las lámparas y hasta un pequeño busto de Hipócrates, que reposaba sobre el estante con sus libros de consulta, yacía en un rincón con la cabeza cercenada. Además, la furia del vendaval se barruntaba por sus estrépitos. Puertas y ventanas no daban señales de ceder, pero se estremecían. El agua aprovechaba la menor rendija para filtrarse, aunque las paredes eran inconmovibles. Percibía como se doblegaban los troncos de los árboles del patio hasta arrastrar sus ramajes con áspera resonancia sobre el techo de la casa. De cuando en cuando le llegaba el eco del estrellamiento de una hoja de zinc contra los muros interiores. Pero nada de ello era suficiente para perturbar la seguridad que inspiraba la ostensible reciedumbre de la vetusta edificación.

El desagrado se hizo pronto algo parecido al remordimiento, insinuado apenas primero, asediándolo luego a medida que su imaginación se dio a hacer cabriolas con la incógnita de lo que afuera pudiera estar sucediendo. Cobró auge la visión dantesca de las calles llenas de escombros, con

los ayes de los heridos y los cadáveres de los que habían perecido. Mentalmente hacía el recuento de los pacientes suyos que vivían por los sitios en donde el huracán sin duda cebaba su voracidad destructiva y se preguntaba por el destino que les habría cabido.

VI

Los problemas fueron creciendo en tanto que pasaba el tiempo y no había señales de que se suspendiera la feroz acometida. En breve sobrepasaron la docena quienes heridos o lesionados en sitios próximos tuvieron suerte y fuerzas suficientes para llegar al consultorio. El espacio para albergarlos iba resultando estrecho y comenzaban a escasear los recursos para la asistencia que requerían.

Las escenas patéticas se reiteraban con mayor dramatismo cuando los que llegaban eran conocidos. Se arrojaban en brazoos unos de otros, con expresiones que denotaban un quebranto espiritual más pronunciado que el que habían inferido a sus capacidades físicas las lesiones que los aquejaban. En las vestimentas de trabajo dejaron con frecuencia las efusivas demostraciones sus huellas sangrientas. Como luego de ser atendidos tenían que permanecer a espera de la mejoría del tiempo, pronto hubo una aglomeración que exhibía, junto a toda suerte de miembros heridos o contusos, vívidas muestras de perturbaciones psíquicas, que iban desde el mutismo y la inmovilidad absolutas hasta la sobreexcitación que los obligaba a deambular de un extremo a otro del estrecho recinto y a desahogarse en frases de desesperanza, de ansiedad y de invocaciones a la piedad divina.

Mientras junto al doctor Lima estuvo ocupado atendiendo a los que llegaban, Cosme se distrajo de prestar atención a las voces que en su fuero interno constituían una especie de acusación por la seguridad que disfrutaba. Le servía alegar que su permanencia era útil para los que se estaban beneficiando de su asistencia, pero todo cambió cuando, al

terminar con el último paciente, la espera pasiva hizo que surgiera de nuevo su desasosiego.

En ese momento preciso el ambiente se alteró al resonar dentro de la habitación una voz desesperada.

— ¡Misericordia, Señor, hasta cuándo nos castigas!

Se fijó en una mujer delgaducha, de edad avanzada, color oscuro, con venda que le cubría la cara y el ojo derecho, quien de rodillas levantaba los brazos a lo alto en actitud de exacerbada imploración y se golpeaba rudamente el pecho.

— ¡Perdona nuestros pecados, Señor! ... ¡Benditos sean los santos! ... ¡Gloria para las almas de los que estás llamando a tu presencia! ...

Era Mariquita, a quien apodaban Cola Larga, porque, beata de fervor inagotable, se la veía siempre activa en las funciones piadosas, circulando de un sitio a otro, con un largo pañolón que le bajaba desde las espaldas magras y quedaba al aire cuando se movía.

Después de curada, con probable pérdida del ojo derecho, no se mantuvo tranquila un solo minuto, yendo de un ángulo a otro del salón, retorciéndose las manos y musitando plegarias en voz baja, hasta que al fin estalló ruidosamente.

A su alrededor se congregó en seguida la mayoría de los demás pacientes, contagiados de súbita unción religiosa, quienes obedientes a un solo impulso se pusieron de hinojos.

"— ¡Acompáñenme! " —les dijo Mariquita—. "Señor de misericordia infinita ¡sálvanos! ¡Somos pecadores, perdónanos! " fue su primera imploración, repetida fielmente por los otros. Las siguientes alcanzaron igualmente eco, poblándose el recinto con una letanía de sabor ritual.

En la habitación contigua volvió a escucharse el lloro gemebundo del hijito de Pascual Montero, a quien habían despertado las voces del improvisado coro.

Sin la compañía del doctor Lima, al ir éste a atender al niño, se le puso al lado uno de los presentes que se contaba entre los pocos que no se habían unido a las imploraciones de

Mariquita Cola Larga. Se dirigió a él como si le fuera imposible contener por más tiempo el comentario.

–Estos pendejos creen, doctor, que con plegarias de beatas van a tumbar a Batisterio. Todo lo que está ocurriendo no es más que un castigo porque hemos dejado que con sus abusos y crímenes llegara a la presidencia. Yo sabía que la cosa no podía terminar así...

La salida lo desconcertó. Ahora provenía de un hombre de estatura aventajada, robusto, con el brazo izquierdo enyesado y que vestía pantalón oscuro y camisa arremangada. Ya le había llamado la atención cuando, al acondicionarle el hueso del antebrazo fracturado a la altura del codo, no exhaló una sola queja.

–No sé si me recuerda, doctor; yo sí a usted. Me gustaban sus artículos y lo he oído hablar. Caray, escriba, hombre... Déle duro a este bandido... Bueno, es que ahora hay peligro, bah, si lo sabrá usted, con el mal rato que le hizo pasar junto al doctor Lima...

La expresión de desconfianza se le traslució en el rostro, a no dudarlo, pues el hombre dio la sensación de caer en cuenta de ella al añadir:

–Perdone que haya hablado con tanta franqueza pero no podía contenerme... Yo sé que estoy señalado para un día de estos...

VII

No daba tregua a su afán la Mariquita Cola Larga encabezando la letanía a que hacían coro quienes la rodeaban cuando el doctor Lima regresó, cerrando sigilosamente la puerta que unía las dos habitaciones, tratando de hacer el menor ruido posible para no interrumpir el sueño del chiquillo de Pascual Montero.

Pero era evidente. Las voces cobraban cada vez mayor sonoridad. Comenzaron a percatarse de que contribuía a ello el apaciguamiento del rumor sordo que producía el huracán. Los oídos, perturbados por el prolongado transcurso de aquél, recuperaban su capacidad normal de percepción. Para adaptarse al cambio se requería un buen espacio de tiempo, sobre todo para ánimos sobresaltados y de sensibilidad alterada, por lo cual al cesar repentinamente el movimiento frenético, la extrañeza del ambiente resultó acentuada. La aumentó la relativa luminosidad que se introdujo en la casa, a manera de una neblina sutil y traslúcida. La conciencia de lo que estaban advirtiendo los sentidos fue haciéndose patente en el asombro de las miradas. Cesaron las voces de imploración que llenaban el consultorio. Cuando alguien habló cayeron en cuenta de que también los sonidos adquirían un timbre de sordina más notorio a causa del cese de los demás ruidos. El instante de suspenso lo rompió Mariquita Cola Larga vociferando:

– ¡Milagro, milagro! ¡El Señor nos ha escuchado! ¡Bendito sea el Señor! ...

Se había puesto en pie y fue seguida sin vacilaciones por quienes la acompañaban. Todos se dirigieron atropelladamente a la puerta y sin mediar palabra levantaron la tranca y

corrieron el cerrojo. Al recogimiento había sucedido un verdadero tumulto. Aun los que padecían lesiones en las piernas se esforzaban por adelantarse a los demás. El doctor Lima se interpuso como si quisiera decirles algo. Pero no lo oyeron. Parecían sobreponerse a los dolores e impedimentos de sus heridas al precipitarse a la calle.

—¡Milagro, milagro! continuaron gritando mientras se dispersaban.

Las palabras de advertencia cayeron en el vacío. El doctor Lima trató de atajarlos pero se deshacían de él como si un paroxismo de huida los hubiera invadido. Solamente unos cuantos, además de Cosme y Santos, permanecieron en el consultorio. El doctor Lima, resignado, entornó la puerta abierta de par en par y entonces explicó: —Esta pobre gente cree que el huracán ha pasado y temo que muchos de ellos perezcan antes de llegar a lugares seguros. Lo que ocurre es que estamos en pleno centro de la tormenta o sea en el círculo vacío que produce el movimiento concéntrico de los vientos. Eso es lo que ahora pasa sobre nuestra maltrecha ciudad. La tregua puede durar diez minutos, quince, veinte, tal vez algo más. Pero ya volverá todo en sentido contrario y probablemente con más furia...

Los que lo escuchaban quedaron cariacontecidos, en parte por estar afectados por la especie de parálisis silenciosa que era uno de los síntomas de la extraña situación.

Cosme fue el primero en reaccionar, como era de esperarse. Había que aprovechar el tiempo para llegar hasta donde los familiares. —"Pensemos —dijo— en su desesperación"...

Todos convinieron en partir. La última disposición fue sobre el niño y el cadáver de Pascual Montero. Santos debía llevar el chiquillo a su madre y hacerse de ayuda para conducir el cuerpo del padre en la camilla del consultorio. Después, cerrar puertas y ventanas con la mayor seguridad.

VIII

Cosme y el doctor Lima miraban y se resistían a creer lo que les decían los ojos. Bajo la inusitada calma y extraña claridad todo lucía, a medida que caminaban, como un cuadro fantasmagórico. Se sumaban unos tras otros los detalles espeluznantes. Escombros volanderos dispersos, vehículos abandonados, postes de luz con peligrosa inclinación o en el suelo, completaban un panorama de desorden indescriptible en contraste con la nitidez que habían adquirido el pavimento de la vía y el colorido de las casas. La furia del viento, como si hubiera manejado cepillos gigantescos con fuerza sobrehumana, materialmente había lustrado el asfalto y aun lo había desgastado en ciertas partes dejando al descubierto el empedrado reluciente del subsuelo. Algunos de los vehículos no pudieron escapar al vuelco. Uno de ellos trituró a su conductor cuyo rostro resultaba irreconocible. Los detalles animados del cuadro los constituían las gentes que empezaban a salir en actitud de sonámbulos, empeñados en auxiliar heridos y en enterarse de la suerte de los vecinos. El cuerpo inanimado de un perro era arrastrado lentamente por el agua que corría impetuosa por el arroyo. A través del velo inconsútil del ambiente los colores de las casas se reflejaban en el aire como lampos fulgentes.

Percatados del poco tiempo que tenían disponible apresuraban el paso y eludían cuanto pudiera detenerlos. Sin embargo, a cuantos les fue posible les repetían las palabras de advertencia. —"La calma no duraría mucho... El ciclón volvería en sentido contrario... No descuidarse..." Pero los miraban en estado de alucinación, como si estuvieran en

presencia de fantasmas, no obstante conocerlos.

Aparte de aquellas palabras sueltas a los demás, entre sí no decían esta boca es mía, porque lo que contemplaban, la novedad extraordinaria, absorbía su atención. Al fin se dieron cuenta de que habían llegado donde era necesario separarse para seguir cada uno hacia su casa. El doctor Lima se detuvo para verlo partir. Entonces no pudo evitar palabras de advertencia, con algo de reconvención.— "Cuídate, no te expongas..." Alcanzó a verlo hasta que se perdió al doblar una esquina. Había llegado a quererlo como a un hijo, como al hijo que no había tenido— según decía— y no ignoraba que su generosidad de alma se dejaba arrastrar por lo impulsivo de su carácter. Estaba seguro de haber leído sus pensamientos cuando dentro del consultorio lo vio ensimismado pero con brillo en los ojos. Comprendió que con gusto se habría ido a la calle, a enfrentar la tragedia, a acudir en auxilio de otros, a pretender ofrecerles socorros a sus pacientes.

Cuando lo perdió de vista se había internado en la calle de Regina Palma. La perspectiva de la vía discreta, arrinconada en el mismo centro de la ciudad vieja, fue acicate para que se alertaran en Cosme los sentimientos tiernos de su vida reciente, de tal modo que le apartaron del sobresalto agobiador del instante. Tampoco se daban por allí tantos signos de la tragedia. Su misma estrechez, el sólido apoyo de unas edificaciones sobre otras, contribuyeron a preservarla. Igualmente en los rostros de los vecinos, que empezaban a asomarse a puertas y ventanas, no eran tan visibles las huellas de la angustia. Aquel sesgo de extravío que había observado en los de otros estaba ausente. Sin tardanza lo reconocían y saludaban, aunque el gesto denunciara sorpresa y espanto, formulando llamamientos a la prudencia, pues evidentemente al no explicársela no confiaban en la calma que tan repentinamente se había enseñoreado de la ciudad.

La casa de Regina lucía su nítido frente amarillo claro como si le hubieran enjabonado la cara y luego le propinaran un enjuague riguroso. Todo sin la menor apariencia de daños: el pequeño balcón y la ventana francesa de rejas blancas, la

puerta y la otra ventana de caoba rojiza. Apresuró el paso maquinalmente. Tras la reja surgió el rostro que anhelaba ver cuya mirada, ni sus gestos, pudieron disimular la tensión nerviosa que denunciaron sus palabras atropelladas. —"Gracias a Dios... Al decirme Santos que habías salido no supe qué pensar... Solamente me consoló saber que vendrías por aquí..."

Aprisionó la mano blanca, suave, presa de ligero temblor, que a través de la reja vino a refugiarse en la suya.

—Cámate, cálmate... Todos están bien ¿no es cierto?

Antes de que ella pudiera responderle hizo acto de presencia la tía Lupe, quien para nada pareció tomarlo en cuenta.

Mientras tanto, el tiempo apremiaba. Desazonado por sentimientos encontrados, pues con gusto hubiera permanecido allí por más tiempo, se apresuró a agregar: —"No creas que esto ha terminado... El ciclón volverá en sentido opuesto, por lo que deben asegurar puertas y ventanas..." Luego, nervioso, atrajo su mano hacia los labios con evidente disgusto de la tía Lupe. —"Me voy sabiendo que estás segura... Mamá me quiere a su lado—" expresó por último— y de repente se dio cuenta de que estaba mintiendo, pues bien sabía que no iba a quedarse en su casa, según los impulsos que sentía crecer en su fuero interno. El anhelo de ella por retenerlo pareció apaciguarse ante lo que le decía y al alejarse llevaba como un presente la expresión resignada y de desconsuelo de los ojos claros que habían hecho realidad un mensaje presentido por muchos años. Fuera de la reja su mano continuó agitándose para decirle adiós, hasta que la perdió de vista por la distancia.

No le tomó mucho tiempo llegar al hogar propio. Ahora enfrentaba en la puerta el cariño alarmado de la madre y la intranquilidad interrogante de los hermanos. Los brazos maternos lo rodearon fuertemente.

—Qué es esto, Cosmito, por la Virgen, no había visto nada igual... Y dicen que no ha terminado...

Evidentemente no había terminado. Antes de entrar a la casa se tropezó con algo que desvanecía toda duda. Era la abigarrada columna de gente que por la cuesta próxima descendía desde la parte alta de la ciudad con el horror pintado en los rostros, los trajes deshechos, heridas apenas curadas, de todas las edades y sexos, salvando enseres extraídos de las ruinas. Iban en demanda de los refugios de la zona antigua y se movían torpemente como inseguros del terreno que pisaban.

Tuvo que esforzarse para no acudir adonde ellos y decidirse en cambio a penetrar en la casa. Era de las viviendas remozadas ligeramente por la ola de modernización de la ciudad. La estructura antañona permanecía inconfundible, pese a los modestos toques ornamentales agregados en época relativamente reciente. Una a una recorrió las habitaciones. Como signo de inmutabilidad seguía el retrato de su padre colgado en el frente principal del salón de recibo. El detalle lo confirmó en su convicción de que todo continuaba igual y realmente poco había sido alterado. Cada cosa en su sitio, desde los muebles hasta los adornos que desde que tuvo conciencia ocupaban el mismo lugar y que, sucesivamente, en el paso de la infancia a la adolescencia, atrajeron su atención. Allí estaba, sobre la mesita central, el tarjetero en cristal púrpura cuyos relieves figuraban pavos reales con plumajes multicolores. Más allá la porcelana danesa que representaba un mastín carnicero en actitud de acecho. El cuadro del Corazón de Jesús seguía presidiendo el comedor.

—He pasado todo el tiempo rezando aquí— le dijo doña Mariana.

El agua había anegado el piso al introducirse por debajo del portón que daba a la galería interior y al patio. En éste se advertía el cambio más importante. El añoso mango que lo sombreaba al fondo, cuyos frutos sazonados tantas veces constituyeron las delicias de su infancia, se había venido abajo. Como un gigante vencido cubría buena parte del espacio libre en la porción trasera de la casa.

Tras el recorrido volvió a su habitación para echarse sobre el brazo, sin apenas pensarlo, su capa de agua, en actitud que constituyó para quienes lo rodeaban la evidencia de su intención de salir a la calle. Hacerlo y encontrarse con los ojos suplicantes de doña Mariana, quien, con los hermanos al lado, no le perdía pie ni pisada, fue todo uno. Como un eco vinieron sus palabras, con tono de súplica, pero sin faltarle el de protesta.

—No creo que estés pensando en irte y dejarnos solos, hijo mío.

Aquella voz había sido un llamamiento a la emoción en todos los actos de su vida y, bajo las circunstancias, era más difícil escapar a su influjo. Maquinalmente se volvió, queriendo ocultar su vacilación. Dio unos pasos apartándose del grupo y afectando mirar al patio en donde el mango caído parecía encontrar estrecho el espacio para su abundante follaje. Dimas, el mayor de los dos hermanos menores, se le puso al lado, lo que le dio oportunidad de extender el brazo alrededor de su cuello como si encontrara un punto de apoyo. Entonces advirtió que no tenía noción exacta de su estatura, que verdaderamente le había faltado darse cuenta de cómo había crecido: ya era más alto que él, particularmente robusto y con gravedad ajena a sus años. Cuando así pensaba se agregó Pablito, el más pequeño, en contraste patente, pues el diminutivo lo autorizaba la corta estatura atribuida a la herencia del abuelo materno, así como el toque de vivacidad en los ojos negros, constantemente interrogantes. Creyó disponer de argumentos a mano para calmar la inquietud de doña Mariana, quien, dos pasos atrás, los contemplaba en conjunto.

—Pero mamá, de qué soledad me hablas, si tienes aquí dos hombres...

Siguieron unas cuantas expresiones sobre el deber profesional, pero comprendía que las razones no eran de mucho peso para un alma asediada por los presentimientos, no obstante que lo animó comprobar que los muchachos, halagados por sus palabras, dichas por el hermano

sobresaliente, siempre puesto como ejemplo, se inclinaban a darle paso. Ella fue otra cosa, pues a su voz , transida de ternura, se agregaba ahora el abrazo con que quería impedir su salida.

—Cosme, por Dios, cómo te me pareces a tu padre. No quiero ni pensar que te ocurra lo mismo que a él. Nadie mejor que tú sabe lo que he sufrido...

Pero estaba lejos de imaginarse que precisamente tales palabras, en vez de disuadirlo, iban a empujarlo en la dirección que sus ruegos querían evitara. Por lo que evocaban, por la memoria de su padre, en resumidas cuentas, teñían con el color de algo así como la traición lo que se le estaba haciendo muy cuesta arriba, o sea resignarse de nuevo a barruntar pasivamente el imperio del sufrimiento y la tragedia en las calles. Otra voz recóndita, que llegaba desde lejos, pero no menos vibrante, era dueña de un argumento distinto:

—Yo, hijo mío, pienso como tú...

A esta la acompañaba la imagen de la diestra paterna, extendida desde la eternidad, como desde el fondo de cuanto era él, su hijo, y ella jugó siempre en su vida a modo de un índice preciso y orientador.

Mientras tanto, volviendo sobre sus pasos, se había aproximado a la entrada de la casa lo suficiente para ver cuanto pasaba en la calle. Sin desprenderse de su hijo, doña Mariana proseguía con sus invocaciones a la prudencia. Afuera la calma de los elementos continuaba, pero cada vez era mayor el desfile de los damnificados, que desde las alturas acudían en busca de refugios. Bien podían tomarse como una verdadera exhibición de cuadros lastimeros. No necesitaba nada más para fortalecer su decisión. Que no hubiera todavía síntomas de la vuelta del huracán le sirvió de argumento postrero. —Había tiempo de sobra... No era muy lejos el sitio adonde debía llegar... Ya veían como esa gente había descendido sin problemas... En la casa había seguridad...

No hubo manera de evitarlo. Resultaba un impulso irresistible. Haciendo acopio de fuerzas, para no rendirse ante la aflicción del rostro materno, con suavidad se deshizo de los

brazos que lo retenían y como despedida imprimió un beso prolongado en la frente de doña Mariana, mientras a los hermanos, como si fuera la cosa más natural del mundo, se limitó a darles unas palmaditas en los hombros.

IX

La calle ascendía casi de inmediato y apenas traspuso la cima del empinado trayecto cuando el espectáculo macabro de aniquilamiento se le entró por los ojos como una pesadilla de dimensiones escalofriantes. Ya la situación no era la misma, pues el huracán parecía estar en su punto de retorno. Calculó el tiempo transcurrido desde que salieron del consultorio y le pareció que era mayor que el fijado por el doctor Lima. Empezaba a insinuarse el airecillo sospechoso, y la extraña luminosidad del principio estaba desvaneciéndose para que volviera el ambiente gris plomizo que presagiaba una nueva acometida de la furia de la naturaleza. Miró a lo alto: las nubes se deslizaban vertiginosamente.

Mucha gente estaba en autos de lo que iba a ocurrir y se daba a correr en busca de albergue, pero era escaso el promedio de casas en pie. Las edificaciones de madera habían sido barridas, amontonándose en escombros en cuanto alcanzaba la vista. Maltrechas sobresalían las que quedaban, construidas con materiales más sólidos. La cantidad de muertos y heridos con que tropezaba iba en aumento. A los últimos, cuando no podían valerse por sí mismos, almas caritativas trataban de ponerlos en lugares menos expuestos. Le fue necesario esforzarse para no acudir en su auxilio, apremiado por la escasez del tiempo disponible, pues el viento cobraba fuerzas y un rumor sordo iba dando cuenta de su creciente vigor. Soplaba ahora en dirección contraria a la de la primera embestida. A poco comenzó el tétrico ulular que esparcía una lluvia cálida cuyos chorros azotaban el rostro como latigazos. La danza de la muerte de los escombros, hasta hacía poco en reposo, se reinició entonces. El sonido métálico

de las hojas de zinc auguraba que pronto tendría el viento de nuevo aceradas cuchillas para llevar adelante su sanguinaria tarea.

En pocos minutos había adquirido el aire tal fuerza que resultaba trabajoso caminar a pecho descubierto. Era forzozo hacerlo tomando protección a cada paso como en un campo de batalla. Se adosaba a los muros de las casas que permanecían en pie o se guarecía transitoriamente en algunas cuyas puertas violentadas permitían penetrar en ellas. Había que cuidarse ya, como de proyectiles, de trozos de madera, hojas de zinc y toda suerte de objetos que volaban como plumas, y escapar a tiempo de un muro que crujiera y amenazara desplomarse.

El torbellino tendía un velo a las escenas espectaculares como si las hiciera cosas de otro mundo. En una esquina, al amparo de una casa de concreto de dos plantas, se había detenido jadeante a tomar aliento. Se restregaba los ojos enceguecidos por la lluvia. Vio entonces cómo en frente, en otra edificación de dos plantas, varios individuos querían forzar una puerta, validos, a manera de ariete, de una viga de madera. Se trataba de un almacén comercial, según lo denunciaron los escaparates repletos de mercancías al ceder la puerta. La media docena de forajidos se precipitó en el interior del establecimiento y frenéticamente se dieron a cargar cuanto tenían a mano en unos sacos que aparecieron como por encanto. Sin embargo, junto con ellos penetró la furia del huracán y el edificio, sin duda poco sólido, pareció levantarse en vilo para luego caer con un estrépito que superó el aullante resoplar del viento. Mezclados con los postreros ecos de la caída se escucharon los alaridos de súbita desesperación de los que perecían bajo las ruinas.

La escena lo dejó atónito. En forma instintiva levantó los ojos para observar el techo de la habitación en donde se encontraba. La casa se estremecía, pero aparentaba resistir, no obstante que las puertas se habían desprendido antes de que llegara, y sin duda ello fue lo que indujo a desocuparla a los

que la vivían. El agua entraba a raudales y por la escalera bajaba en verdadero torrente.

Se había acogido al rincón que semejaba estar menos expuesto, embozado en su capa de agua, tratando de resguardar un maletín de trabajo que por milagro no le había arrebatado el viento cuando adquirió fuerza. En la calle quedaban y se distinguían pocas señales que pudieran orientarle acerca de la distancia que le separaba del sitio adonde pretendía llegar. Erguido y extático, el agua resbalaba desde el rostro por los costados de su cuerpo. Estaba calado por la humedad por encima del impermeable para poner de resalto su estatura proporcionada y su vigorosa contextura, exponentes de una juventud sobriamente administrada y ejemplo allí, en medio del maremagnun, de lo imperturbable. Era evidente que en aquel momento el fenómeno alcanzaba su ímpetu máximo. A manera de confirmación un grito desgarrador que provino de la calle le sustrajo de su inmovilidad. En medio de la turbonada alcanzó a distinguir un cuerpo que caía de bruces sobre el pavimento, como fulminado por un rayo. Impulsivamente corrió hacia la calle. Suerte que no tardó en tener noticias de la fuerza arrolladora que estaba desafiando pues en seguida se sintió empujado de tal manera que no pudo ser ya dueño de sus movimientos. Parecía que una mano gigantesca lo había aprisionado y amenazaba dispararlo como un objeto más. Como única alternativa tuvo que arrojarse al suelo. De ese modo fue arrastrándose poco a poco hasta colocarse al lado de la persona que a manera de despojo yacía inmóvil. Nada quedaba por hacer. El cadáver tenía atravesado el pecho de parte a parte por una estaca de madera que se había introducido como una lanza. Al voltearle el rostro pudo reconocer a la pobre Mariquita Cola Larga, cuyo fervor religioso le hizo tomar como milagro el intermedio de calma del huracán. El regreso lo hizo a igual que la ida: adherido al pavimento sobre el cual el agua corría impetuosa.

La experiencia había sido aleccionadora. Evidentemente no quedaba más remedio que aguardar el apaciguamiento de la

ira de la naturaleza. Su forzada inmovilización se tradujo en el rostro contraído, como cuando se sentía inconforme.

De nuevo el tiempo, por la intensidad de cada minuto, carecía de medida. Jamás hubiera podido decir con exactitud cuánto transcurrió de aquella manera. Desde hacía buen rato su reloj estaba detenido pese a lo extraordinario de conservarse sin daño aparente. Aquella prolongación sin término le abrumaba de tal modo que le impedía percatarse de cualquier otra cosa, pero a medida que fue disminuyendo el empuje del viento, los sentidos comenzaron a recobrar sus facultades. La lluvia era más densa pero no se arremolinaba con la energía de antes ni barría el pavimento como si fuera despedida por mangueras de tamaño desmesurado. Se decidió a salir del improvisado refugio. Todavía las corrientes de aire conservaban vigor suficiente para cortar el rostro, pero era posible soportarlas en pie. No atropellaban y las cosas se vislumbraban mejor. La clarificación del panorama permitió precisar de nuevo la dimensión de la hecatombe. La avenida lucía desolada. El arbolado central había sido arrancado de cuajo y lado a lado las edificaciones arruinadas dibujaban un cuadro de arrasamiento total. Los escombros de mayor peso habían cesado ya en su danza macabra y se apilaban en montones informes por doquiera. El agua seguía descendiendo con fuerza por la amplia vía y dificultaba el paso. De cuando en cuando los cadáveres de los victimados jalonaban un trecho. Con el ascenso, el embate de los elementos se hacía sentir nuevamente. A punto estaba de alcanzar el sitio más elevado de la vía cuando de en medio de los escombros aglomerados en un solar surgió una voz de niña en tono suplicatorio. Apenas se percibía.

—Señor, por el amor de Dios, ayúdenos...

Más bien era un susurro musitado por una chicuela de apenas unos doce años, color moreno y expresivos ojos claros, que al relucir en medio del agua que le chorreaba por el rostro decían más que todas las palabras que acompañaba con señas en el empeño de que advirtieran su presencia.

Saltó por encima de los trozos de madera y las planchas de zinc que cubrían el suelo. Tras las pilas de escombros se abría un amplio espacio en donde notó que la niña no estaba sola. Había una mujer de edad madura, protegiendo a otra chica menor, ambas arrinconadas y llorosas junto a una columna de concreto, resto al parecer de la edificación que se había levantado en aquel sitio. También un adolescente que más alejado hacía esfuerzos por levantar la tapa de madera colocada sobre el brocal de concreto de una cisterna desde donde manaba agua en abundancia.

La niña que lloraba quedó mirándolo entontecida mientras que la que lo había llamado se colgó de su brazo para decir que allí, donde estaba el chico, se habían refugiado sus padres después que se les cayó la casa.— "Tuvimos miedo... nos fuimos con tía Andrea..."

Entonces se aproximó la mujer. La cabellera negra, suelta, flotaba al aire no obstante estar humedecida, prestándole a sus facciones rudas, a su cuerpo de estatura mediana, sostenido por enormes pies descalzos, extraña apariencia de nuncio de malas nuevas. Articuló palabras que casi no pudo entender. Al fin sacó en claro lo sucedido.

El brocal era el de una cisterna abandonada que los padres de los niños, en el momento de la mayor furia del huracán, después del derrumbe de la casa, tomaron como refugio, seguidos de un buen número de vecinos. —"No me gustó cuando taparon la entrada... Los niños se resistieron y quedaron conmigo... Ahora está saliendo agua y no podemos levantar la tapa..."

La lluvia le dificultaba la articulación de las palabras. Escucharla y precipitarse hacia el brocal de la cisterna fue todo uno. Empuñó firmemente la agarradera de la tapa y con supremo esfuerzo logró levantarla. El agua manó libremente. Era un líquido negruzco pues al parecer el que penetró había removido la tierra acumulada en el fondo. Al mirar hacia el interior halló la confirmación de cuanto presumía. A través de las turbias ondas alcanzó a ver las rígidas facciones de cuerpos que flotaban entre dos aguas. Lo sucedido estaba claro: la

cisterna se había inundado sin que los que en ella buscaron refugio pudieran escapar. Sin darles oportunidad a la mujer ni a los niños de contemplar el macabro espectáculo volvió a colocar la tapa. La mujer rompió en llanto. Los chicos se agarraron a los jirones de su falda.— Debían volver al refugio de donde habían salido— les dijo, pues parecía que los que estaban adentro se fueron a otra parte... Resultó imposible calmarlos. La mujer se mesaba los cabellos y acompañada por el coro de sollozos infantiles, vociferaba en tono de desesperación:— "Dígame la verdad... No me engañe, por Dios... No quiero ni pensarlo... Ay, Romualda, hermana mía, quién te lo hubiera dicho ayer..."

Y sin que pudieran detenerla, presa de un paroxismo febricitante, emprendió desenfrenada carrera seguida por los muchachos, extinguiéndose sus lamentos a la distancia, en medio del rumor que aún difundía el huracán en retirada...

IX

Cuando alcanzó la parte más alta de la amplia avenida era evidente que finalizaba bien la arriesgada aventura de haberse lanzado a la calle en desafío de las iras de la naturaleza.

Resultaba notoria para entonces la disminución del furor de los elementos. La lluvia crecía en ímpetu torrencial a medida que el viento moderaba su acometida. Al propio tiempo resurgían los vestigios de la actividad humana. Como sombras se dejaban ver transeúntes escurriéndose junto a los sitios más protegidos y otros, como por arte de magia, escapaban de entre casas medio destruidas y escombros amontonados.

El huracán se retiraba con la misma celeridad con que había hecho acto de presencia. No tardaron en resultar ostensibles las señales de su ansiado término. También amainó la lluvia y el viento hizo a un lado su tétrico silbido.

No le fue difícil dar con el sitio hacia donde se dirigía. Frente a un edificio de concreto armado, de sólida apariencia, se aglomeraba ya gente, y varios vehículos militares, mostrando el signo de la Cruz Roja, estaban adosados a los muros, sin duda en busca de protección, lo que no les había librado de quedar maltrechos. A la primera ojeada se percató de las condiciones aflictivas de la humanidad allí congregada. Era una verdadera exhibición de toda clase de lesiones y heridas. En los rostros estaba marcada la huella de las vicisitudes recientes y, a juzgar por las expresiones, muchos seguían perdidos en un mundo ajeno a la realidad, como si todo les fuera indiferente, mientras otros resultaban el vivo retrato de la ansiedad más desesperante. Los que no podían

valerse por sí mismos recibían ayuda según las fuerzas de los menos lesionados. A la entrada principal del edificio aguardaban turno para entrar. Allí un soldado, apoyándose en una mesa rústica, iba anotando los nombres con muy mala letra en un cuaderno de hojas corrugadas por las salpicaduras de lluvia. Enfundado en su capa de agua y con el maletín de trabajo en la mano, su aspecto fue suficiente para franquearle el camino entre los grupos. El soldado, al recibir su nombre, se apresuró a juntar las manos, ahuecándolas a manera de resonador, para vocear hacia al interior, con algo de entonación de alivio:

—Don Valenzuela, aquí llegó un dotor...

Una vez que mudó varios pasos dentro del recinto, la sensación de estar protegido de la lluvia, que continuaba cayendo fuera, lo llevó por contraste e instintivamente, a despojarse de su capa de agua para reparar por primera vez en su propia persona. Su ropa ensopada hasta la última fibra le calaba hasta los huesos. El calzado se le había vuelto una verdadera lástima. Con la vista se recorría de arriba a abajo, un tanto indeciso, sin saber qué hacer, cuando el doctor Valenzuela se adelantó a recibirlo. Alto, grueso, macizo, con piernas patizambas, de faz redonda y jocunda en donde relucían los lentes enmarcados en carey.

—¡Mi querido doctor, cuánto celebro verlo, cómo estoy necesitado de ayuda! ¡Es usted el primero en llegar! ¡Habrá que ponerlo en récord! Pero, ¿cómo vino? —agregó— mientras lo escrutaba con expresión de asombro ante su completo desaliño.

Era viejo conocido en los círculos de la profesión. La imagen que de él se había formado correspondía al recibimiento ruidoso que le estaba dispensando no obstante las circunstancias.

—"Pero, dígame ¿cómo pudo llegar tan pronto? No quiero creer que se tirara a la calle en pleno ciclón..." Sin inmutarse le respondió que sí, que había venido luchando a pie firme y con suerte.

—Extraordinario, doctor, extraordinario. ¡Una verdadera hazaña! ¡Caramba! Pero si a mí, para traerme, cuando todavía la cosa era suave, me fue a buscar una especie de columna blindada del ejército y así y todo pasé sustos sin cuento... Esto ha sido terrible... Me ha tocado iniciarme como Director de la Cruz Roja con tamaño asunto...

—¿Cómo? — le interrogó— No tenía noticias...

—Claro que no podía saberlo... Fue cosa de ayer. El Unico hizo que me llamaran para pedirme que aceptara el cargo, muy mejorado de sueldo, desde luego... Parecía prever lo que iba a ocurrir... Es un hombre extraordinario... Está en todo...

—¿Quién? —volvió a inquirir, sin ocultar su extrañeza.—

Valenzuela pareció burlarse de sí mismo, para agregar, al propio tiempo que hacía un gesto de disculpa y picardía: — ¡Hombre, hay que darle por la vena del gusto! ... Quise decir el Presidente, el general Batisterio, que ahora se empeña en que le agreguen también Ocampo... Todo lo redondeó con un guiño de ojo. —Esta mañana— continuó— me dijo que había dado órdenes al ejército de poner todo lo necesario a mi disposición...

—Lo congratulo, doctor Valenzuela —respondió con disimulo suficiente para que la expresión de su rostro no denunciara lo forzado de su sonrisa.

Entonces lo llevó hacia una pequeña habitación al fondo del edificio y allí le hizo entrega de una bata de trabajo. Con ella, algún alivio obtuvo al deshacerse de la americana y la camisa, vueltas una sopa, y ponerse la prenda seca sobre la camisilla. El olor propio de los establecimientos de asistencia médica imperaba por doquiera. De vuelta, cruzaban por un pasillo, en medio de habitaciones no muy amplias, distribuidas a cada lado, que empezaban a llenarse de pacientes, algunos en camillas y otros simplemente en el suelo sobre lechos improvisados. Había quienes, con la esperanza pintada en los ojos, detenían sus quejas al verlos.

—El ejército me facilitó ochenta camillas— explicó Valenzuela— pero no alcanzan. Tenemos cerca de doscientos

pacientes ya... Algunos graves... He hecho lo que he podido pero ha sido poco. Para intervenciones quirúrgicas de cuidado no tengo nada... A esa gente hay que mandarla a los hospitales del centro... En eso estaba cuando me sorprendió, colega...

No se privaba de hablar. Volvió a hacerlo cuando desembocaban en un salón de relativa amplitud. —Aquí tiene a los suyos. En aquella mesa he hecho poner lo más indispensable. Disculpe si algo falta...

En la habitación, alineados junto a las paredes y tendidos en el suelo, sobre mantas, se encontraban unas treinta personas de todas las edades y sexos. Algunas sumidas en profundo sopor, otras presas de una vigilia que denunciaba a las claras su desasosiego.

X

Se dedicó en cuerpo y alma a su labor. En ella encontraba al fin satisfacción a sus inquietudes, como si estuviera de pie en el punto de equilibrio que le daba seguridad. Para llegar allí había pagado su precio, exponiéndose, al igual que la mayor parte de los habitantes de la ciudad, a los riesgos de la tragedia. La abstracción en su faena fue tan intensa y absorbente que apenas le produjo leve intranquilidad, en uno que otro instante, el pensamiento de lo preocupados que pudieran estar aquellos de cuyos brazos se desprendió para emprender la aventurada peripecia que había protagonizado. Así llevaba un buen tiempo cuando escuchó la desgarrada locuacidad de Valenzuela quien, acompañado de alguien, venía por el pasillo. Sin embargo, continuaron sus atenciones al paciente que en aquel momento lo ocupaba. Tuvo la sensación de que Valenzuela y su acompañante estaban detenidos a sus espaldas y que lo observaban. —Aquí lo tiene, mi querido doctor—, fueron entonces las palabras que llegaron a sus oídos.

Tornóse para comprobar que el compañero de Valenzuela era el doctor Lima, nada menos. Ambos se precipitaron el uno hacia el otro para confundirse en un estrecho abrazo. Les parecía que un siglo mediaba entre sus dos últimos encuentros, tan densos en sucesos insólitos resultaban las horas pasadas entre uno y otro. Las palabras fueron saliendo poco a poco. En el doctor Lima tuvieron tono de reproche, no sólo para él, sino también para sí mismo.— No debían haberse separado, pues tuvo el presentimiento de que algo por el estilo iba a hacer. Apenas saliste de tu casa —agregó— cuando recibí la llamada de doña Mariana deshecha en un mar

de angustias. Quise ir adonde ella, pero me fue imposible, pues ya el ciclón había recomenzado... Hemos sufrido doble zozobra: la producida por la tormenta y la que nos proporcionó la incertidumbre acerca de ti... Tan pronto la cosa amainó me dirigí adonde tu madre pues ya los teléfonos no funcionan. Desde allí decidí venir. Ahora lo indispensable es enviarle noticias a nuestra gente...

Valenzuela asistía a la escena y se apresuró a intervenir, obsequioso. —¡Eso queda por mi cuenta... ¡ ¡La hazaña del doctor Ramírez merece todos los honores! En cuanto a usted, mi querido doctor Lima, si le parece bien, permanezca aquí trabajando con su colega.

Allí pasaron no menos de un par de horas enfrascados en las tareas de asistencia. Entre los dos terminaron con los pacientes aglomerados en la sala. Cuando curaban a los últimos estaban visiblemente fatigados. Tan pronto concluyeron se encaminaron a la parte exterior del edificio, en busca de una atmósfera menos enrarecida, pues la del interior estaba ya saturada del olor penetrante de los medicamentos y para colmo los ayes de los heridos la hacían más deprimente. Las sombras de la noche eran dueñas del ambiente y al faltar el alumbrado eléctrico fue necesario recurrir a las lámparas de gas recolectadas no se sabía dónde, y también a las velas. La luz mortecina vino a completar la apariencia fantasmagórica de las escenas. Reflejaba las siluetas de las personas en las paredes y aumentaba la sensación de aflictiva irrealidad de cuanto se estaba viviendo.

Salieron a la galería exterior del edificio. La oscuridad era cerrada en la calle, pero la falta de movimiento y el silencio que imperaban, más notorios por su contraste con la frenética y estrepitosa agitación de horas antes, traslucían sin necesidad de verlo un escenario de desolación casi total. Apenas representaban vestigios de vida uno que otro transeúnte que alcanzaban a distinguir. Sus siluetas se escurrían entre las sombras como fantasmas y el cuadro lo completaban luciérnagas volanderas como una confirmación del milagro de la supervivencia.

De cuando en cuando llegaban nuevos pacientes, traídos en camillas, o que trabajosamente arribaban al centro de socorros emergiendo de entre las tinieblas por sus propios medios. A poco se les unieron colegas y el tema obligado de conversación fue, desde luego, la experiencia de cada uno en la tremenda vicisitud recién transcurrida. Las noticias coincidían en describir la destrucción y la muerte diseminadas a lo largo y a lo ancho de la ciudad, sobre todo en los barrios levantados fuera del casco colonial, a impulsos de los empeños modernizantes de los últimos años. Paulatinamente fue introduciéndose, aunque con cautela, como si al horror de un tema se uniera el temor de otro, el asunto de la situación política y de su relación con la catástrofe. Cuando llegaron a este terreno hubo quien se atreviera a un comentario altisonante.

—¡Uf! ¡Magnífico remate, caballeros, este turpén de Batisterio Ocampo no puede quejarse! Le han multiplicado los muertos por ciento en una coronación mortífera muy a tono con su campaña electoral...

Unos a otros se miraron, pero atrajo sobre todo la atención quien hablaba, el doctor Veloz. Les era conocido desde los días universitarios. Como compañero de estudios le había deparado siempre la idea, por su complexión sólida y los trajes ajustados que exhibía, de que en su escasa talla se apretujaban huesos y músculos. En su rostro de líneas enérgicas resaltaba la sombra azulosa debida al rasuramiento de una barba hirsuta mientras el pelo rebelde y escaso se le adhería brilloso al cráneo por obra de pomadas y lociones. Aparentemente con el deseo de ilustrar con hechos lo que decía, se volvió hacia ellos para recordarles el viaje que les obligaron a emprender antes de las elecciones. —Tuvieron suerte de que les levantara el castigo— agregó— pero el hombre, como el demonio, no descansa. Ayer fue "El Cristerio. ." Le destrozaron las maquinarias y desde luego, todo se lo cargarán ahora al ciclón... Un ¿cómo? sorpresivo del doctor Lima lo interrumpió. Hasta entonces lo escuchaban en la actitud de quienes no querían sumarse al tema, presionados sobre todo por la situación que estaban viviendo, pero ante la

nueva sobre el atentado al periódico se disponían a meter baza en la conversación cuando apareció Valenzuela y se hizo dueño de la palabra de inmediato. Como veían, continuaba la afluencia de pacientes. Las habitaciones aparecían repletas. Por eso les suplicaba hacer una revisión de sus respectivas salas a fin de despachar a los de menos cuidado y dejar sitio a los que iban llegando. —Las patrullas de rescate están en las calles— continuó— y he recibido noticias de que El Unico anda también por ahí... Yo iba a salir, a llegarme a otros centros de socorros, pero me da la corazonada de que no tarda en llegar... ¡Qué hombre terrible, caballeros, qué hombre terrible! — concluyó— palmoteando una mano con la otra mientras se daba vuelta para retornar por donde había venido. Su corpulenta figura, bamboleante por culpa de las piernas patizambas, emprendía el camino del pasillo semioscuro. Entonces Veloz se acercó a Cosme para musitarle muy cerca del oído:

—Díme ¿quién es El Unico?

—Hombre, pues Batisterio Ocampo...

Al parecer no pudo contenerse, indignado.

— ¡Qué buen barril de porquería es este carajo de Valenzuela!

Había alzado otra vez la voz más de la cuenta y temieron que el citado lo escuchara. Su figura, envuelta en la bata blanca de trabajo, se perdía ya al fondo del pasillo, pero él semejaba estar muy ajeno al juicio que había suscitado.

El doctor Lima y Cosme volvieron a la sala a su cargo y procedieron a la selección que se les había recomendado. Varios nuevos pacientes absorbieron su atención. La labor les tomó poco tiempo, permitiéndoles regresar en breve a la galería exterior del edificio. La tenebrosidad nocturna la disipaban ahora, de cuando en cuando, los haces luminosos de algún vehículo que avanzaba con suma cautela desechando obstáculos. Venía desde lejos el eco de los ¡quién vive! de las patrullas militares y en medio del silencio alcanzaban una resonancia sobrecogedora. El cielo estaba encapotado, sin el más ligero fulgor de las estrellas ni de la luna que la noche anterior brillaba esplendorosa, pero no llovía en absoluto. Trataron de distinguir los contornos y detalles de la plaza que

les quedaba en frente y que tan bien conocían. A medida que se habituaron a la oscuridad les fue posible percibir mejor las cosas y no pudieron resistir entonces la tentación de cruzar la calle. Algunos tropiezos tuvieron con los escombros, pero al acentuar las sombras la sensación de soledad, experimentaron un efecto sedante que apaciguó el estado de angustia que los había embargado durante todo el día. La humedad de la atmósfera disipaba además la tensa opresión del interior del edificio.

Un banco enmarcado por los troncos caídos de dos palmas pareció invitarlos a tomar asiento. Situado en lugar discreto de la plaza hubiera ofrecido una buena perspectiva a no ser por la falta de luz. Allí se sentaron. En realidad, lo hacían por primera vez en no sabían cuántas horas. Como si toda la fatiga acumulada cayera de repente sobre ellos, aprovechando la oportunidad de resarcirse, los invadió profunda sensación de descanso que los inmovilizó hasta el punto de dejarlos de repente casi inanimados. Reinaba entonces una ausencia total de ruidos, como si desde la ciudad vencida no emanara la más ligera señal de vida.

Pero el contraste vívido y deslumbrante de grandes haces luminosos y el ruido sordo de los motores de vehículos que se aproximaban interrumpieron abruptamente la uniformidad en suspenso del instante. Apareció en la esquina una caravana de automóviles a velocidad moderada. La precedían patrullas de soldados que iban apartando los obstáculos tirados en la calle. Las luces dieron una profundiadad infinita a la vía destrozada. Pareció todo súbitamente como un escenario iluminado para la representación de un drama.

Los vehículos se detuvieron poco antes de llegar al centro de socorros. Al descender los ocupantes rápidamente, pudieron reconocer sin dificultad a Batisterio acompañado de varios civiles y un numeroso séquito militar. Vestía uniforme muy ceñido, con condecoraciones y era notorio su acicalamiento como si las huellas de desorden y destrucción de los alrededores nada tuvieran que ver con él. Entre los militares que lo seguían hubo uno que les llamó muy

particularmente la atención. Era Polo Batisterio, quien encerraba su figura alta y desgarbada en un flamante uniforme de cadete del ejército.

Los soldados abrieron paso a la comitiva. Su misión, al parecer incluía también exigir demostraciones de acatamiento y compostura, porque al avanzar unos pasos y advertir que un hombre sentado al borde de la acera, la cabeza entre las manos, se mantenía inmóvil y ajeno a lo que ocurría, el que comandaba la patrulla voceó imperativamente:

—Eh, tú, levántate, pónte en pie, que viene El Unico, el Presidente de la República...

El individuo permaneció tal cual estaba, como si no perteneciera a este mundo. Entonces el jefe del pelotón, irascible, se adelantó, lo empuñó violentamente por la camisa a la altura del pecho y alzándolo en vilo, le aplicó tremenda bofetada, al propio tiempo que decía — ¡Despiértate, imbécil! ...

Fue un momento crítico. Cosme, sin poder evitarlo se puso en pie listo a precipitarse en el lugar de la escena, empujado por una reacción irresistible. En aprietos se vio el doctor Lima para detenerlo. Suerte que la comitiva de Batisterio no tardó en irrumpir en el sitio del atropello. Por en medio de los uniformes militares vieron la cara del hombre, todavía atontado, que trataba de ensayar una sonrisa, mientras se inclinaba. Entonces Batisterio extrajo del maletín, en manos de uno de sus acompañantes, tamaño fajo de billetes y tomando uno de ellos lo puso en la mano ya extendida del infeliz. Luego siguió su camino, imperturbable. No prestó la menor atención al grito ahogado de " ¡viva El Unico, viva el Presidente! " que lanzó el individuo para que apenas se percibiera confundido con el taconeo de las botas de los oficiales. Sin detenerse, penetró en el edificio.

Ahora escuchaban a través del silencio de la noche, que había vuelto a imperar al apagarse los motores de los automóviles, los ecos del ruidoso ajetreo que repentinamente se adueñó de la situación en el interior del centro de socorros. Mientras afuera los militares permanecían inmóviles,

iluminados a plenitud por los focos de los vehículos, dentro, la presencia de Batisterio y su séquito había promovido una conmoción general. A veces les parecía que oían la voz de Valenzuela elevarse por encima de los ruidos confusos. Estos al poco rato decrecieron. Sin duda estaba teniendo lugar un recorrido y era fácil imaginarse al visitante distribuyendo entre los damnificados el generoso fajo de billetes de banco que exhibió en la mano antes de entrar. La suposición la confirmó el súbito surgimiento de vivas, unos estentóreos, otros apagados. Minutos después se dieron cuenta de que se aproximaba de nuevo a la entrada. Algunos de los que precedían la comitiva ya se encontraban en la galería exterior. Entonces se produjo un profundo silencio mientras todos quedaban como petrificados. La voz de Batisterio resonó seca, dura, imperiosa:

—Doctor Valenzuela, parece que para usted el Presidente de la República no intervino en lo más mínimo en el llamamiento que hizo esta mañana la Cruz Roja para estos centros de socorros. Para nada se le mencionó, como si todo hubiera que debérselo al señor Director de la Cruz Roja. En una palabra, que usted no ha tomado posesión de su cargo y mañana habrá por eso un nuevo Director de la Cruz Roja...

Al desvanecerse el eco de su voz su figura surgió en la puerta. Con paso firme bajó a la acera para tomar el automóvil que ya tenía encendido el motor. Distinguieron a Valenzuela anonadado, retraído, con evidentes ansias de que se lo tragara la tierra. Aun su estatura aventajada parecía haberse empequeñecido. La caravana de vehículos se puso en marcha y al desaparecer poco después volvieron a reinar las sombras, el silencio y la soledad.

XI

Cuando cesaron los ruidos y se cerraron otra vez las tinieblas, que habían sido desgarradas por la luz que irradiaron los faroles de los automóviles, concluyó la especie de sortilegio que los mantuvo absortos en la contemplación de lo que acababan de presenciar. Advirtió el doctor Lima que mantenía sobre el hombro de Cosme el fuerte agarre con el cual había impedido que se precipitara hacia el lugar de los hechos. Les pareció salir de una pesadilla al calmar la tranquilidad del ambiente su reprimida excitación, permitiéndoles tomar de nuevo asiento.

Pasados unos minutos llegaron a preguntarse si lo que habían presenciado ocurrió realmente o si fueron nada más que las víctimas de una alucinación. Cosme dio rienda suelta a sus dudas con las palabras que le dictaba su temperamento impetuoso.

—Por un momento he tenido yo también dudas, mi querido Cosme, —dijo el doctor Lima— pero en verdad no hay derecho a dudar. Todo esto corresponde a lo que las circunstancias han venido preparando. No debíamos sorprendernos...

Si la oscuridad no hubiera velado los rostros, en la expresión del de Cosme se podía anticipar su protesta.

—Nadie mejor que usted mismo sabe que lo respeto como a un padre, pero me es imposible comprender cómo hechos como estos pueden dejar de provocar sorpresas dolorosas. Estoy convencido de que la conducta de los hombres es la que hace la historia y que no hay circunstancias que puedan sobreponerse a su voluntad cuando ésta es firme y decidida... El encumbramiento de este hombre es la

culminación de un largo proceso de acomodamiento, y acomodarse es carecer de voluntad y convicción. Por eso cuando pensábamos –prosiguió después de una breve pausa– que ocurriera la rectificación que la mayoría deseaba de las tantas cosas malas que tenía el gobierno de don Paco, lo que se nos ofrece en cambio es la posibilidad de acomodarnos, según el hábito, a una tiranía...

El doctor Lima mantuvo la cabeza inclinada. No musitaba palabra. Su actitud era señal de que admitía como indispensable permitir que su acompañante descargara el ánimo de la reacción que provocó el atropello que acababan de ver. Al fin se decidió a hablar, aprovechando la oportunidad de un breve silencio. Su voz, a diferencia de la de su interlocutor, tenía el reposado timbre habitual que tan bien concertaba con su tendencia al análisis.

–Tengo derecho a indignarme porque me ha parecido que casi insinuabas mi complicidad, o acomodamiento, si lo prefieres, con Batisterio. Sin embargo, pensándolo mejor, creo que realmente me hubiera indignado si lo que hemos visto no te hubiera producido instintiva repulsión. Eso significaría el fracaso irremediable de tus veintiséis años. Representaría un severo golpe para mi confianza en ti. Ahora te explico lo que he querido decir: no es que Batisterio esté justificado en proceder como lo hace, ni que debemos aceptarlo, sino que en gran parte él es producto de circunstancias históricas y sociales de nuestro medio. Creo que el modo más eficaz de combatirlo es luchando para que esas circunstancias se modifiquen y entonces carecerían él y los iguales a él del ambiente vital que los origina y alimenta. ¿Me comprendes? Me parece que fácilmente podemos entendernos. Sabemos que los gérmenes patógenos necesitan condiciones favorables a su desarrollo para prosperar... Por eso, cualquier profilaxis, para ser efectiva, requiere conocer cómo se han creado y difundido esas circunstancias favorables... De ahí la referencia que tanto te ha alarmado... Fíjate que utilizo el calificativo favorables y no decisivas. ¿Por qué? Bien sé que la cultura de nuestra época ha tendido cada vez más a asimilar al hombre como

sujeto de estudio a los procesos biológicos, pretendiendo que el medio social lo acondiciona tan completamente como a los seres inferiores de la escala zoológica el medio natural. Mis palabras no siempre han estado libres de incurrir en el mismo pecado pero, como tú, creo en la personalidad y que ella nos permite una jerarquía superior a la puramente animal. De lo contrario no valdría la pena ser hombre, y porque eso es así, podemos superar las presiones del medio y mejorarlo. Sin embargo, necesitamos conocerlo...

Las palabras del doctor Lima siempre lo habían apaciguado como si pusieran en orden los arrestos de su voluntad y le clarificaran el camino a seguir. Esta vez, no obstante, los arranques impulsivos parecían dominarlo, tan grande era su indignación.

—Actuar es indispensable, don Augusto. ¿No lo demuestra Batisterio al hacerse dueño de todo por la pasividad de los otros? No debió detenerme...

—Te hubieras sacrificado inútilmente. Un muerto más por el ciclón apenas engrosaba la lista tan abultada de ellos, aunque se tratara del doctor Cosme Ramírez... Tal sería la versión oficial... Ahora, es ignominioso lo que se nos viene encima. En este momento nos parece estar solos en medio del universo. Tal vez ninguna situación mejor para pensar con serenidad y conscientemente. Sí, el destino parece habernos deparado este instante para depurar con el dolor nuestros pensamientos. Demos gracias a Dios, después de todo. Estamos aquí aislados, en comunión íntima de confianza y afectos mutuos, acendrados por la tragedia que estamos viviendo y que nos coloca frente al cuadro desolador de nuestra ciudad destruida. Nuestra experiencia la completa el hecho de haber sido espectadores en sitio de privilegio de escenas que son una simbolización elocuente de otra catástrofe de mayores dimensiones que la que hoy nos han impuesto las iras de la naturaleza... Patentemente nos han hablado esas escenas de una lesión más dolorosa aún... En una palabra, que nuestra ciudad está gravemente herida, porque su

herida es doble, y ambas en realidad constituyen una sola porque son igualmente crueles...

Lo escuchaba al fin con atención. La referencia a las vicisitudes que acababan de vivir cobraba una fuerza sugestiva imponderable en el lugar y en las circunstancias que los rodeaban. Nada más adecuado que el tono pausado de su voz para el ambiente de reposo absoluto en que se hallaban sumidos y el cual parecía emanar, como efluvio de tragedia, de todo cuanto estaba unido por los signos de la soledad y la devastación. A veces había creído advertir cariz profético en las palabras del doctor Lima, y repentinamente, acallando su impetuosidad, las sentía revestidas a plenitud de ese carácter.

VII

—Mi querido Cosme, no serías capaz de dar un diagnóstico ni recomendar un tratamiento sin previamente conocer el sujeto que tienes por delante, sus antecedentes, los síntomas que lo aquejan, aun su psiquis. Te pregunto ¿conoces nuestra historia? No la que se pregona en los textos, sino la íntima, la que se guarda en los recuerdos de cada uno, la que se ha vivido, la formada a base del silencio de los pensamientos, de las ansias, de las ambiciones, de las alegrías y de los dolores, de los heroísmos y las perfidias de los que en ella intervinieron, cosas que generalmente no son del dominio público y que luego apenas se traslucen en los resultados finales que el texto oficial recogerá como algo surgido por generación espontánea. Es falta común en los jóvenes enjuiciar el presente sin conocer el pasado. Tienen la vista puesta en el porvenir. Pero tú, además de joven, eres médico... No tienes derecho a hacerlo... En una palabra, que para conocer la verdadera historia de un pueblo se requiere, además de tener en cuenta la recopilación de los hechos, hacer un esfuerzo retrospectivo de convivencia, tomar, en la medida de lo posible, el pulso de cada uno de los acontecimientos, sopesar los estímulos y las reacciones que les dieron origen tanto en sus intérpretes visibles como en sus coetáneos anónimos...

Tras una breve interrupción prosiguió.

—La ciudad que hoy teníamos no era la misma de ayer. Había crecido pero creo que hay algo de simbólico en el hecho de que sea lo viejo lo que ha supervivido mayormente en este día aciago. En casos como este lo que supervive es lo que tiene el vigor necesario para ello y aquí sí creo que no es

abusivo asimilarlo a la selección natural. Casi todo lo nuevo ha sido barrido por la ira de los elementos, casi todo lo agregado por el afán de los últimos años y que muchos consideraban como la única realidad digna de tenerse en cuenta. Cuando todo eso se reconstruya, los que rinden culto a las novedades por la única razón de serlo, podrán desear hasta cambiar el nombre venerable. Poco significará, para ellos, el hecho simbólico de la supervivencia de la ciudad vieja como la continuidad indispensable para el valor de los cambios que al correr del tiempo son inevitables. Todo eso hace que ante la situación que ahora vivimos sea de lugar el análisis en busca de la respuesta en cuanto a determinar hacia dónde señala nuestra convivencia de siglos. Creo que no queda duda, Cosme, de que pese a los factores tan negativos como los de nuestros días, clara y definidamente orienta hacia la democracia. Recordemos... Tras un fugaz esplendor inicial, con remedo de corte, nuestra vida se niveló cada vez más en una proyección igualitaria impuesta por varias circunstancias de predominio indudable. En primer término, la pobreza, más bien la miseria. También la insularidad, el aislamiento tan pronunciado del resto del mundo, porque éramos muy poca cosa y la inmensidad del mar se interpuso entre nosotros y los demás. Siendo pocos, poquísimos, pobres, pobrísimos, las vicisitudes y las escasas bienandanzas las acogíamos como patrimonio de todos, con relativamente pocos distingos de clases y colores, y no se diga de posiciones económicas, puesto que era casi común el rasero de la carencia. Ese sentimiento solidario y de mutua ayuda crece y se profundiza ante el asentamiento de un vecino extraño y hostil. En términos generales se afinca en esas peculiaridades, para mí, la simiente primaria y fecunda de una vocación democrática ineludible que la vida independiente luego pretendería organizar al amparo de las ideas de la época. Pero recordemos también que si los señalados fueron factores que podemos calificar como positivos, existían otros, lamentablemente muchos, que podemos estimar como negativos, tales la falta de libertad y la ausencia de participación, en el gobierno, de

los intereses comunes. Estos dos requisitos son de primera importancia para el equilibrio democrático, y con la igualdad, integración y oportunidad para todos, son los que hacen operante la evolución, el cambio, que así se tornan flexibles y aptos para el perfeccionamiento.

Ahora, creo que el fondo del equilibrio social y político, Cosme, se resuelve por la contraposición entre el provecho personal y el provecho colectivo. En toda comunidad existen ambos, y ambos, dentro de la democracia, son legítimos. Pero cuando hay que decidir entre ellos, es claro que debe tener preeminencia el colectivo. Es lo que han logrado las sociedades más avanzadas. En ellas el interés personal opera hasta el límite del colectivo. No pretende rebasar a este último, cuando se produce la contradicción, bien sea porque la madurez cívica del que lo propugna lo induce a abstenerse de hacerlo, bien sea porque, en último caso, existe la sanción de la opinión pública y la ley. Entre nosotros lograr ese concierto, ese equilibrio, ha sido imposible hasta nuestros días y no hay duda de que probablemente se agravará semejante falla. De ahí, en primer término, nace, como de fuente subterránea, el fracaso de nuestra democracia. Y se explica porque en lo político, durante la era colonial, nuestro régimen en materia de gobierno fue despótico, nos tocó la era del monarca absoluto y si éramos solidarios para los menesteres de la convivencia común y la común defensa, lo fuimos también en el acatamiento, generalmente, de la soberanía del monarca y sus mandatarios. Y nada está más teñido de personalismo que el poder absoluto. Tanto que, gracias a él, el gobernante pasa sin dificultad de la noción de administrador transitorio del Estado a la de su propietario permanente...

La elocuencia lo ganaba a medida que desenvolvía sus ideas. Lo escuchaba ya prendido materialmente de sus palabras. No parecía sino que había un sortilegio especial en el ambiente para con el estímulo de las abrumadoras experiencias del día, clarificar los pensamientos del doctor Lima y hacérselos, por su parte, más vívidos y comprensibles.

—Entenderás entonces, Cosme— prosiguió— por qué no hemos podido organizar la democracia, la forma de gobierno que aparece como mandato imperativo originado en la sustancia de nuestra estructura social. Espero que el asunto te sea más claro por lo que voy en seguida a decirte. Quiero referirme a una virtud que pasó a ser vicio. Porque tal cosa puede ocurrir. Estoy aludiendo a nuestra devoción al uso de la fuerza y nuestra reverencia al hecho cumplido. Nacen, en mi sentir, de una virtud. Me explico. Por nuestro aislamiento y desamparo estuvimos casi siempre confiados a nuestros recursos propios en épocas como las de nuestra historia, en las cuales el ejercicio de la defensa nos era impuesto cada día. Nos enfrentamos al corsario y al pirata y luego al vecino con quien nos hallábamos confinados en un estrecho ámbito. La herencia bizarra del ancestro hispano fue cultivada así de continuo. La convicción en la idoneidad de la valentía y la fuerza como instrumentos de acción se afirmó en nuestra psiquis a través de una accidentada experiencia. En proporción muy notoria eso es primitivismo. Las necesidades primarias, subsistir, alimentarse, defenderse, cuando toman el camino de la vía directa se satisfacen a base de la fuerza. El trabajo, la educación, el derecho, son caminos arduos y de extenso recorrido...

En esta devoción a la fuerza, a la vía directa de acción que ella proporciona, devoción enraizada, como te digo, en las virtudes bizarras de nuestro ancestro dominante, se encuentra, para mí, buena parte del secreto de nuestra inveterada frustración política. Nos organizamos a base de la ley pero en lo íntimo de nuestra alma se esconde el tributo al hecho de fuerza y este fue puesto al servicio del interés personal para avasallar el colectivo.

Tremenda frustración. La base fundamental de la organización democrática es el sufragio. ¿Cuántas elecciones auténticas hemos tenido en más de un siglo y cuarto de vida independiente? Pocas y efectuadas con un mayor o menor tutelaje extranjero. En comparación con eso ¡cuántos gobiernos surgidos de actos de fuerza o de la coacción más o

menos inescrupulosa! ... Balance desalentador sin duda para la contradicción entre el interés personal y el colectivo. Tiene, sin embargo, su explicación. Pero ese panorama que hasta hace poco, hasta época que tú apenas alcanzaste, presentaba esos lineamientos en cierto modo simplistas, lo reconozco, se ha complicado ahora con un nuevo factor que altera la configuración del cuadro.

XIII

En este momento le parecía que ya no era necesario que tratara a su vez de vislumbrar el rostro del doctor Lima a través de las sombras. Al cobrar impulso su elocuencia, algo así como la luz proveniente de la convicción profunda y de la aguda perspicacia había ido iluminándolo hasta el punto de atribuirle en medio de la oscuridad rasgos nítidos y precisos.

Momentáneamente se interrumpieron las frases que brotaban de sus labios. Advertía que aspiraba con hondura la ligera brisa húmeda que venía del norte. Ante su mutismo, el silencio y las tinieblas volvieron a reinar sobre el rincón del planeta en donde se hallaban. Duró todo un breve instante, pues cuando su palabra retornó, quebrando el silencio, también parecieron disiparse las sombras alrededor de su rostro.

—Al conjugarse la oportunidad para todos que postula la democracia con la conciencia inmadura de nuestro pueblo, devoto de la eficacia de la fuerza, cada quien se creyó con derecho a ejercer ésta para imponer sus personales ambiciones, sus rencillas y sus necesidades a base de las prerrogativas que le granjeaba el ser más valiente que su vecino. El coraje personal vino a ser entonces una escala en la distribución de las jerarquías políticas. El poder, en las sociedades que llamamos civilizadas, dispone del mandato imperativo de la fuerza para hacer cumplir la ley. Entre nosotros la fuerza quedó fragmentada entre el Estado, los gobernantes, y los ciudadanos, los gobernados. Era sin duda una característica situación de barbarie próxima a la anarquía si no era la anarquía misma. Así más o menos vivimos hasta que la

intervención extranjera modificó las cosas e introdujo elementos nuevos.

Veamos: los americanos desarmaron a la población civil. Medida plausible e indispensable pero que irrogaba una tremenda responsabilidad. Sin duda no advirtieron que desarticulaban nuestro rudimentario mecanismo político–social, su bárbaro equilibrio, al poner la fuerza de un solo lado, del lado gobernante, creando un tremendo desbalance. Al hacerlo, debieron percatarse de que tenían que ejercer su influencia, pues se habían arrogado una responsabilidad, para que nuestra devoción a la fuerza no condujera al segmento gobernante a tener a su merced el lado que habían puesto en desamparo. Pero hay algo más...

Los americanos nos descubrieron de manera ostensible el sentido utilitarista de la vida, al imponernos la paz y permitirnos entrar en contacto con muchos de los atractivos materiales de la civilización moderna. El confort, que menciono adrede en su forma extranjerizante, irrumpe con la arrolladora eficacia de una nueva dimensión. El automóvil, el cine, la electricidad nos demuestran que el vivir pacífico es el medio apropiado para el disfrute de tales cosas. El factor económico, que con el imperio de la miseria y el desorden jugaba un papel más bien pasivo, se convierte en elemento dinámico. La aspiración de servirse de él arroja en brazos del utilitarismo, entendido no como doctrina político–social sino como recurso para el diario vivir, para la satisfacción de mezquinos intereses inmediatos. En un medio sin desarrollo como el nuestro, el Estado es la principal fuente de recursos. La política, por tanto, quedó teñida de un subido color utilitario. Ya no se inquirirá por la valentía sino por el tener y la posibilidad de dar. Quiere decir que al propio tiempo que el Estado se ha erigido en depositario único de la fuerza, continúa siendo el distribuidor de los atractivos de la buena vida. Si el ánimo público, por tradición secular, estaba preparado para rendir pleitesía a la fuerza, al compás del giro impuesto por los nuevos aires, la adobaba con los halagos del disfrute del confort. Creo que tal cosa, mi querido Cosme,

acaba de ilustrárnoslo esta noche lo que hemos presenciado... Ya viste a ese infeliz maltratado y extendiendo la mano para recibir la dádiva de Batisterio... Ya viste y oíste, en nivel más alto, al doctor Valenzuela sumergido en el halago para conservar la posición que de un momento a otro encontró en su camino y que poco le importaba quién se la proporcionó, ni cómo, con tal de que le granjeara los gajes del buen vivir, y luego golpeado y humillado tan súbitamente como había sido encumbrado. Ambos ejemplos demuestran, dentro de la perversidad que revelan, la utilización habilidosa y sin escrúpulos de dos fuentes de poder que en las manos rudas de Batisterio anuncian la más terrible tiranía de nuestra historia...

Sus últimas palabras repercutieron de manera progresiva en número e intensidad, hasta producir un eco prolongado, inextinguible, que a poco le martilleaba los oídos de manera violenta produciéndole dolor: "la más terrible tiranía de nuestra historia... la más terrible tiranía de nuestra historia..." Aquel eco hacía más tenebrosa la noche. Surgía de los cuatro puntos cardinales y era como un responso cantado sobre el inmenso sudario de sombras que cubría la ciudad. La repetición llevaba visos de ser inagotable y convertirse en pesadilla si no la hubiera interrumpido una breve frase del propio doctor Lima que, sorprendido por el mutismo de su oyente y temiendo por el efecto de su peroración, musitó:

—Ojalá me equivoque... ¿Oyes? Ojalá me equivoque...

Eso lo hizo volver a la realidad. Tuvo de nuevo conciencia del sitio en donde se hallaban y del contenido de la improvisación de su interlocutor. Giró sobre sí mismo para quedar de frente a la ciudad en ruinas, que yacía inerme a sus pies, sumida en su letargo mortal. De ella brotaban resplandores aislados que ponían de relieve las siluetas de restos de edificios y denunciaban las hogueras encendidas para consumir cadáveres y escombros y proporcionar luz y calor a los supervivientes. En ese instante se escucharon disparos de armas de fuego.

—Son las patrullas militares— dijo el doctor Lima—, que ahuyentan a los ladrones y saqueadores.

Al mismo tiempo, en la vecindad, hendió el silencio el prolongado ladrido quejumbroso de un perro.

XIV

Con el paso de los días le fue ganando la sensación de que la ciudad se asomaba sobre sí misma, atónita ante lo sucedido. De los residuos ruinosos, que se perfilaban al despojarlos de escombros amontonados, emanaba una especie de expresión dolorida acorde con los rostros atribulados. En tal escenario se sucedían los relatos de hechos insólitos de manera tan abrumadora que el asombro semejaba haberse cristalizado en las miradas de la gente. Al fin, fue tanta la insistencia, que lo abismático comenzó a cobrar cariz de sabor cotidiano, haciéndose menos apabullante, más difuso, como a propósito para que se cayera en cuenta que la vida merecía preservarse, ocurriere lo que ocurriere, luchar por ella, sobreponerse a sus sinsabores y resurgir de su postración.

Pero entretanto, a diario, advertía el incremento del balance macabro. Las cifras las aportaban las narraciones con muertos, heridos y desaparecidos, que fueron redondeando el cuadro de la catástrofe, extendiéndolo a toda la ciudad, puntualizando cada uno de sus sitios, de manera que como la conocía de extremo a extremo, en el espacio y el tiempo, pudo configurar sin tardanza la gigantesca magnitud del desastre.

No le quedaba duda de que el ciclón debía registrarse como el más devastador que había azotado a la urbe durante su secular existencia de centro urbano tropical. Era la conclusión que se desprendía de las dos circunstancias que la explicaban: la velocidad alcanzada por el viento, hasta el punto de quebrar los aparatos de medición y el crecimiento afanoso de la ciudad, rindiendo parias a los aires novedosos, sin fijar mientes en lo deleznable de los materiales y de los

sistemas de construcción. Por ambas causas el furor de los elementos contó con energías increíbles y encontró mucho más en qué cebar su furia destructiva. A ello se agregaba que las fuerzas naturales, con voracidad sanguinaria, embistieron directamente y, como si quisieran dar fin a un trabajo acabado, se dieron a repasarlo en un retorno sorpresivo para la mayoría.

Nadie dejaba de tener su cuota en las experiencias fuera de lo común, en la pérdida de bienes o, más acremente todavía, en la desaparición de familiares o conocidos. Había dejado de hacer memoria de los pacientes suyos que pasaron a mejor vida, tantos fueron, erradicados más o menos como cosas junto a sus humildes viviendas. De éstas difícil le fue localizar el sitio que muchas ocupaban, puesto que hasta la orientación de calles y puntos de referencia se vio trastocada. Cuando su solicitud inquisitiva se veía satisfecha, con el hallazgo del lugar buscado, la desolación le hizo caer en cuenta—con frecuencia— que hubiera sido mejor no comprobar la verdad. Así comentaba con el doctor Lima, a quien la infausta siega le había anotado entre sus víctimas, con caracteres muy especiales, la de Crispín, su cochero de tantos años, que prácticamente para los moradores de la ciudad el facultativo, el auriga, el coche y aun el caballo constituían algo indisoluble. Los tres últimos fueron materialmente succionados al parecer por el embate irrefrenable del torbellino, ya que apenas se pudo localizar, después de muchos esfuerzos del doctor Lima, algunos restos del coche flotando sobre las aguas del río a considerable distancia del sitio en donde se había levantado la modesta vivienda del dueño. De la casa subsistió un montón de tablas y hojas de zinc revueltas, debajo del cual se extrajo el cadáver de la mujer del desaparecido.

Advertía en los gestos, en la forma de hablar, en la ociosidad de la mirada, que aquello representó un rudo golpe para el doctor Lima. Por lo poco que dijo dedujo que había adquirido caracteres de simbolización de una especie de dicotomía de su vida, que con ello se le había delimitado toda

una etapa de la misma, como si un tajo violento hubiera separado una parte de la otra.

Con tales evidencias que tan personalmente le incumbían, se hicieron más densas las sombras de los días posteriores a la tragedia. Parecían completar con su deprimente realidad aquellas frases del doctor Lima que continuaban vibrando en sus oídos: "Doblemente herida; la más terrible tiranía de nuestra historia". Sin embargo, al tomar carta de naturaleza, dentro del ambiente, comprobaciones y presentimientos, su estado de ánimo no le impidió advertir que la ciudad comenzaba a recobrarse. Nada urge tanto a la vida en el reclamo de sus fueros —pensaba— como el riesgo de extinguirse. Tabla junto a tabla iban reconstruyendo los setos de las casas humildes mientras que la hoja de zinc que fue asechanza mortal volvía a ser amparo contra la intemperie. A la maltrecha vivienda de los barrios acomodados se le restañaban sus heridas o era preparada para renovarse en su totalidad si el daño inferido la dejó inutilizada. El ansia reconstructora, al ganarlos a todos, hizo cobrar a la ciudad apariencia de hormiguero constantemente activo. Lo animaba, con su ritmo monótono, el martilleo sin tregua. Parecía que la magnitud del dolor común había alcanzado para dar a todos su parte y hacerlos de ese modo solidarios en un mismo sentimiento. El reclamo de la ardua tarea servía para apaciguar inquietudes y temores y bastaba para absorber en las exigencias inmediatas. A eso no escapaban ni los más preocupados, como él, pues diariamente visitaba hospitales, despachaba en el consultorio y hasta sumaba sus fuerzas en el levantamiento de pobres hogares arrasados.

A todo ello se superpuso la aureola de abnegación y heroísmo que deparó la tragedia a su persona, al extenderse, aumentada y adornada, la versión de su odisea en el desafío de la acometida del huracán Vino a ser como una especie de coronación de la popularidad que en la etapa anterior al ciclón había adquirido con sus escritos y por la hazaña de echar por tierra el crédito de forzudo invencible del infortunado Beato Peñales. Si aquel episodio, al recordarlo

ahora, le proporcionaba un dejo humorístico, era para destacar su contraste con la reciente tragedia abrumadora que teñía todo con una gravedad ajena a cualquier indicio de travesura. Bien visto había ocurrido como un enseriamento paulatino de los sucesos, con la muerte de Lico Peral, con las sospechas de que había estado a punto de ser victimado, con la expulsión temporal que les impuso Batisterio, con el encumbramiento forzado de este último y finalmente el huracán.

Al cavilar sobre tales cosas llegaba un momento en que resultaba forzoso reconocer, aunque para sus adentros se alarmara, que de la tragedia, pese a ser un antro de desazones y pesadumbres sin cuento, habían surgido también beneficios que lo afectaban muy exclusivamente. En primer término, esa resonancia que estaba demostrando tener su hazaña reciente. En los comentarios públicos, en los relatos que diariamente ofrecía la prensa, con nuevos detalles espeluznantes, aparecía con frecuencia su nombre. Lo asediaron reporteros deseosos de relatar lo sucedido con las propias palabras del protagonista. No fue extraño que entre días lo citaran en los titulares. Y en el balance postrero, con el resplandor que le atribuía su ternura, el nuevo giro de su amor por Regina. La oposición encarnada en el abierto rechazo de la tía Lupe y la fría indiferencia de don Julio se atenuaban día a día. Semejaban admitir que era digno de atención y que valía la pena someterlo a prueba. Podía ver y hablar con la muchacha cada noche, para que sus sentimientos y esperanzas se remansaran dulcemente tras los afanes del día.

El ambiente nocturno en la ciudad semidestruida ofrecía un marco apropiado para sus desahogos sentimentales, por el tono de recogimiento e intimidad propio de las circunstancias. Las actividades en las calles cesaban a hora temprana y la deficiente restauración de los servicios eléctricos sumía las vías públicas en penumbras que invitaban al descanso hogareño.

La aproximación tuvo características de avance gradual tácitamente aceptado. Desde la esquina alcanzaba a distinguir, en medio del marco de luz que venía del interior de la casa, la

silueta grácil e inmóvil de Regina. La semioscuridad le servía de contraste a la piel blanca y ligeramente pálida con que se acentuaban los rasgos finos y armoniosos de su rostro. Tan pronto despuntaba entre ambos el diálogo, la tía Lupe parecía empeñarse en su actitud de dejar hacer, para lo cual le resultaba de perillas ensimismarse en la lectura del diario o el libro que tenía a mano. Ello, en vez de disgustarlos, desde luego, completaba la sensación de intimidad y recogimiento que era hálito de la soledad y el silencio de la calle desierta. Nada más a tono con las confidencias que los unían en lo físico y lo espiritual y que casi sin darse cuenta los llevaban a estrecharse las manos y acercarse los rostros para que la tía Lupe, provocando la duda acerca de su concentración en lo que leía, diera indicio de presencia con un leve ruido o con un repentino movimiento.

Las horas agotadas en aquellos intercambios eran el origen de la dulce sentimentalidad que iba abriéndole el camino para el reencuentro con lo que ofrece la vida de atrayente. Tras el sueño, en la mañana del otro día, el esplendor de la naturaleza se lo confirmaba cuando, con los frescos aires del despertar matutino, se iba a la calle en ruta al consultorio. A medida que se alejaba la fecha de la tremenda perturbación, el despejo del firmamento hacía campear un azul purísimo, reflejado en el mar y que decoraba el horizonte de cada uno de los cuatro puntos cardinales con un nítido panorama. Así, a causa de la atmósfera resplandeciente, la ciudad, con sus hondas cicatrices, empezaba a lucir como si vistiera un traje remendado pero escrupulosamente limpio.

XV

Las impresiones que alimentaba su sentimentalismo lo envolvían por momentos en un panorama vital de colores suaves, muy apropiados para desentenderse de los excitantes de la tragedia, pero era imposible teñir con ellos los rasgos deprimentes de la otra cara de la realidad. Si era sincero con su fuero interno, no le quedaba más remedio que admitir que habría cedido sin pena los bienes de este mundo y del otro a cambio de que aquella presencia no enturbiara el resplandor sosegado que el amor de Regina encendía en su espíritu. Pero allí estaba lo otro, sin cejar, ejerciendo su maléfico influjo, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, dibujándose también como una monstruosidad con lineamientos concretos, en confirmación del pronóstico del doctor Lima. Su consistencia física era tan evidente que sin dificultad se palpaban ya sus ríspidas angulosidades. Tal era el trazo que adquiría relieves a través de los rumores que circulaban, de la actitud genuflexa que iba adoptando la prensa, de la consigna del silencio como indispensable para garantizarse la tranquilidad y hasta la vida, de la aparición de nombres convertidos de la noche a la mañana en símbolos elocuentes del atropello y el crimen.

A la sombra de la experiencia aciaga que deparó el ciclón, el general Joaquín Dolores Batisterio se empeñaba en afirmarse como caudillo exclusivo en lo político, en lo económico y en lo social, hasta el punto de extender su acción más allá de los límites de la vida y la actividad privadas. Cualquier recurso era valedero y muchas veces se hermanaba una supuesta filantropía con la crueldad más despiadada. El uso sin discriminación de la fuerza era un vicio

antiguo del juego político, pero ahora se le unía, como factor en gran parte novedoso y desde luego sumamente efectivo, el valerse de los recursos del poder para la acumulación de gajes suculentos de la actividad económica. Empresas nuevas, nuevos impuestos, monopolizaciones apenas disimuladas, se establecían como por encanto. La diestra autoritaria manejaba, en extraño maridaje, el afán mercurial con ímpetus de violencia y preocupaciones urbanísticas, estas últimas perceptibles en el orden, la limpieza y los atisbos ornamentales que se esparcían en medio de las huellas de la destrucción.

El conjunto de notas disparejas, pero movidas por una voluntad única, asimilaban el ambiente, a causa de la sensación de fuerza incontrolada, al de las horas vividas en medio del torbellino del ciclón. Este a su vez había emanado, así pensaba, de los atropellos sin medida que despejaron el campo para la supremacía de Batisterio. El fondo ominoso de todo, en una y otra experiencia, el terror, pareció confirmar su continuidad tenebrosa cuando corrió la versión de que opositores políticos todavía con vida fueron incluidos entre los millares de cadáveres que se hizo necesario cremar por la imposibilidad de darles sepultura a tiempo. Versiones así vincularon una tragedia con la otra, como si se nutrieran mutuamente, en sucesión espontánea y horripilante, eslabonando en herida única el miedo y el dolor que como hálito malsano penetraba en todo.

Ahora era suficiente hojear la prensa para cerciorarse de cómo progresaba. Iba haciéndose costumbre la diaria aparición del nombre de Batisterio por cualquier motivo. El socorro de una familia desvalida o la visita a un lugar en reconstrucción. Las providencias administrativas que se proclamaban como sabias y de inmejorables resultados. La frase exultatoria cobraba impulso. Una mañana encontró al doctor Lima leyendo el periódico para exclamar repentinamente: —" ¡Huy, me lo esperaba! " Lo miró con curiosidad no exenta de sobresalto. Entonces lo vio sonreir. "—No, no te alarmes, es que aquí alguien ya propone que como tenemos una ciudad

nueva lo más justo es bautizarla con el nombre de su constructor: Ciudad Batisterio Ocampo..." El nombre le pareció un latigazo, lo encontró infernal, pese a su sonoridad, pero emparejaba muy bien con el calificativo de Unico que era común en todo testimonio de adhesión política y en las multiplicadas iniciativas de homenajes mientras el capitán Rigoberto, el sabueso Látigo, el sargento Tiembla Pronto eran figuras que surgían como islas del mal en medio de las ondas que agitaban la sospecha, la delación y el temor...

XVI

Al afirmarse aquello que cada vez más le parecía excrecencia monstruosa de la tragedia, le era difícil desechar el presentimiento, que albergaba en el fondo del alma, como un punto oscuro, que amenazaba ensancharse hasta el infinito, de que tarde o temprano sería vapuleado por el poder irrefrenable que iba en vías de erigirse en rector absoluto, a igual que el torbellino desatado por el ciclón. Era evidente que tomaba cuerpo, que asediaba desde cada punto cardinal. La gente había aprendido con la vicisitud del huracán que resultaba arriesgado no parar mientes en los que pudieran ser indicios precursores de un peligro. Ahora la experiencia creía verlos en cualquier incidencia personal ajena a la marcha acostumbrada de la vida diaria, reducida a cero, en cuanto a novedades, por culpa de la desolación imperante.

Su presentimiento no le permitía escapar a aquella especie de alerta difusa en que todos eran partícipes. Sintió que para él ella se concretaba repentinamente en la llamada del doctor Valenzuela solicitándole una entrevista para el día siguiente. Le causó extrañeza el pedido, porque ni en el campo profesional ni en el de las relaciones privadas sus nexos habían ido más allá de un simple conocimiento a distancia. Hizo memoria de lo ocurrido la noche del ciclón y de cuantas versiones produjo el episodio. Solamente el doctor Lima y él estaban al tanto por su situación de espectadores privilegiados que no denunciaron su presencia. El cúmulo de conjeturas a que dio lugar la llamada persistió hasta el día siguiente cuando, a la hora convenida, se presentó Valenzuela. Santos lo trajo a su despacho y la habitación se pobló de inmediato con

su desgarrada manera de expresarse. Al hablar gesticulaba mientras se le fue aproximando.

—Caramba, colega— dijo, arrogándose una confianza que no le habían concedido— desde aquella tarde memorable no había tenido la suerte de verlo. ¿Cómo se siente? Estoy hablando como un tonto, porque para saber de usted no es necesario verlo ¡si tanto se dice por esas calles de Dios!

A seguidas, aprovechando que saliera a su encuentro, le echó el brazo al cuello con familiaridad que su corpulencia hacía abrumadora. Lo ahogaba su respiración afanosa como si se la trasmitiera. Parecía haber realizado un gran esfuerzo, probablemente debido a la marcha reciente bajo el sol abrasador de la hora. Lo peor fue que el bamboleo por causa de las piernas patizambas hizo indispensable preocuparse por la propia estabilidad cuando lo condujo a tomar asiénto a un rincón del saloncito de recibo.

A la medida que se lo permitió el parloteo de Valenzuela, introdujo frases de cumplido por los elogios que le había prodigado. Todo contribuía a aumentar cuanto le intrigaba desde la tarde anterior. Estaba seguro de que la visita nada tenía que ver con la actividad profesional, pero el hombre no parecía dispuesto a soltar prenda en seguida sino que, por el contrario, se mostró inquisitivo como si él también tuviera cosas que averiguar.

—Caramba, colega— repitió— desde aquella tarde me estoy preguntando qué se hicieron el doctor Lima y usted, pues los perdí de vista. Cuando llegó El Unico, lo primero que me vino a la cabeza fue relatarle su hazaña pero me distrajo el no tenerlo presente... Hicimos un recorrido y mi visitante quedó muy satisfecho... Tanto que cuando salíamos me dijo que era acreedor a un cargo más importante... Después recibí informes de que me destinarían a una posición superior de un momento a otro... Sabe, es hombre de sorpresas... Soy paciente pero la expectativa me tiene en ascuas... en ascuas, colega... en ascuas... Bah, pero después de todo no me ha dicho qué se hizo aquella tarde. Perdone la curiosidad pero, sabe, los que vivimos momentos como aquellos es

comprensible que queramos completar los detalles de lo sucedido... Son cosas para la historia... Tendrán que saberlo nuestros hijos...

Siempre le había parecido que mayor excitación que la que habitualmente exhibía era imposible, pero sin embargo ahora lo encontraba más nervioso que de costumbre. Se afirmaba los anteojos de carey que resbalaban sobre su nariz sudorosa. Creyó prudente hacerle comprender que sabía la verdad.

—Mi querido doctor Valenzuela— le interrumpió— aquella noche estuvimos frente a usted cuando el general Batisterio se despedía...

Lo contempló demudarse y permanecer en suspenso por un momento.

—¿Cómo, colega? No es posible... Recuerdo perfectamente los que estaban allí...

—Nos encontrábamos en frente, en la plaza, protegidos por las sombras, y todo cuanto ocurrió y se dijo lo vimos y escuchamos perfectamente porque las luces de los automóviles iluminaban la escena. Poco después cruzamos de nuevo a echarle una ojeada a nuestros pacientes y entonces el que ya no estaba era usted, mi querido Valenzuela.

Quedó paralizado como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Las facciones se le estereotiparon, la boca semicerrada, los ojos desmesuradamente abiertos, la mirada perdida, las manos, que hasta ese momento agitaba a medida que le salían las palabras, caídas sobre el asiento.

Sintió lástima por él. Había demasiada ingenuidad en pretender tergiversar algo que era de público conocimiento, o sea que Batisterio lo despidió a cajas destempladas al día siguiente de nombrarlo. Eso en cierta medida disipó la repugnancia que al principio experimentara al advertir el empalagamiento de sus rodeos y eufemismos. Ahora lo veía vencido. Notó que en realidad mostraba, a las claras, huellas de un deterioro físico al que no escapaba su vestimenta. Había rebajado de peso y la piel de su rostro, antes tersa y con el rosado propio de su naturaleza pletórica, mostraba signos de

envejecimiento y tendía a hacerse cetrina. Lo recordaba siempre con su nítido traje blanco que esta vez era curtido y ajado.

Le puso la mano sobre el hombro.— Hablemos sin tapujos, doctor Valenzuela: no creo que su visita se deba al deseo de saber lo que nos pasó en aquella oportunidad... Si cree que puedo ayudarlo, estoy en la mejor disposición de hacerlo.

Con mucho las apariencias fueron de un regreso de otro mundo. Leve agitación en los ojos rompió el hechizo de la catadura demudada de su interlocutor, quien volvió hacia él la mirada con mezcla de gratitud y gesto evasivo y vergonzante. Recuperó el habla, pero ahora lenta, con sordina, más bien musitada.

—No podía imaginarse cómo había sufrido desde aquel momento— dijo con voz apenas audible. Se le habían ido cerrando las puertas. Era como un círculo de hierro. La gente lo temía y apenas utilizaba sus servicios. Estaba expuesto a pasar hambre. Lo acababan de privar de una de las últimas fuentes de entradas para el sostenimiento de su hogar. Al hijo empleado en el gobierno se lo habían cancelado. El malestar había alcanzado hasta una parienta de la esposa, que vivía en provincias, que acababa de perder el destino.

—No se puede luchar con este hombre— agregó. Le escribí varias cartas sin que se dignara contestarme... Por fin, anteayer me llamó el Secretario de Sanidad y ¡gracias a Dios! me dio noticias de mi situación. Me dijo sin rodeos que Batisterio considera que para rehabilitarme es necesario que corrija públicamente mi error. Llaman error a aquello, ya sabe: simplemente no haberlo mencionado. La condición que pone es que lance la iniciativa para un homenaje de la clase médica en reconocimiento al interés que tuvo el Presidente por la asistencia al pueblo durante el ciclón. —Creo que nada más justo— afirmó el Secretario— pues El Unico fue el primero en tirarse a la calle...

Había tenido tiempo de ir absorbiendo a pequeñas dosis la sorpresa producida por la confesión de Valenzuela. Cuando este concluyó lo miraba serenamente y así le hizo la pregunta:

—Bueno, mi querido Valenzuela ¿y qué papel cree usted que puedo yo jugar en todo eso?

La actitud de confidencia y misterio del visitante se acentuó. Miraba como pensando mucho lo que iba a decir.

—Fue que su nombre, colega, salió a relucir en la entrevista... Me habló de los médicos jóvenes de prestigio y lo citó a usted como el más apropiado para presidir la junta organizadora del homenaje...

Sin poder impedirlo, como movido por un resorte, se puso en pie. Midió el breve salón de un extremo a otro con pasos rápidos. Valenzuela, rostro cariacontecido, desde su asiento, lo seguía con la vista, estupefacto. Frente a él se detuvo y dejó caer las palabras una a una.

—Lo lamento por usted, Valenzuela... La respuesta es no, no y no... Que tome otro vela en este entierro...

Entonces Valenzuela se levantó trabajosamente. Su rostro había pasado de la sorpresa a la aflicción. Percibió de nuevo su aliento entrecortado al aproximársele. Su voz ronca surgió vacilante.

—Calcule, colega, a lo que se expone... Se juega su carrera y la tranquilidad de su familia... Se lo dice quien lo está sufriendo... Recuerde que ya tuvo sus problemas por sus escritos... Creo que esta vez no lo perdonaría... Mientras que si toma esto con calma no habrá dificultades para usted...

Cualquiera hubiera pensado que las últimas palabras tenían más bien tono de insinuación amenazadora, pero en realidad el gesto era de súplica. El sudor había vuelto a correrle por la frente. Le pareció de nuevo que si lo tocaba experimentaría sensación de viscosidad. Instintivamente se alejó para afirmar rotundamente:

—Es inútil, Valenzuela, tratar de convencerme... Sin duda encontrará muchos que lo secunden... Y como creo que no queda nada por hablar, le estimaré que dé por terminada su visita.

El desplome estrepitoso de cuanto lo rodeaba hubiera impresionado menos a Valenzuela, a juzgar por la cara que puso. Se encaminó a la salida de la habitación mascullando

palabras ininteligibles. Al moverse, el roce de sus piernas patizambas, una con otra, se denunciaba con un leve rumor que hacía eco a las palabras que murmuraba.

IV

Cuando se disipó el impulso del primer momento, la fría ponderación de la ocurrencia suministraba materia suficiente para preocupar al más desaprensivo. Era fácil deducir cuál podía ser la reacción de Batisterio al enterarse de su negativa, pues, como todo lo indicaba, estaba adquiriendo caracteres de peligrosidad el más ligero indicio de resistencia a sus designios. En el caso específico suyo existía, además, el antecedente de la campaña periodística en las postrimerías del gobierno anterior, que se sustanció en buena parte con las alusiones al general y entonces senador, y había sido motivo para armar el brazo de Beato Peñales y para el improvisado viaje al exterior que se vio obligado a emprender. Su estrecha vinculación al doctor Lima complicó a éste en el asunto, ya que el comentario público, sin parar mientes en las consecuencias, lo sindicaba como su mentor. Se les permitió regresar una vez pasadas las elecciones con las que se impuso Batisterio al amedrentar a sus adversarios. El perdón debió incluirse entre las indulgencias propias de un triunfador, después de la victoria, y estuvo adornado con insinuaciones encaminadas a inscribir el prestigio del doctor Lima en la obra de salvación nacional que se proclamaba con bombos y platillos como propósito del nuevo gobierno. Aparte de las fórmulas de la más elemental cortesía, ni la indulgencia ni las insinuaciones alcanzaron respuesta satisfactoria.

Era evidente, por tanto, y fue lo primero en preocuparle, que la situación que ahora empezaba a perfilarse bien podía abarcar de nuevo al doctor Lima. Si bien la resonancia que le deparó la hazaña de la cual había sido protagonista concitaba exclusivamente a su alrededor la atención de los demás, lo que

sin duda había movido a Batisterio, no era menos cierto que seguían teniendo vigencia sobresaliente sus nexos con el respetado colega. Al arribar a esta conclusión, en la intimidad de su despacho, en donde había quedado solo tras la partida de Valenzuela, se clavó en su ánimo la primera profunda inquietud por lo que acababa de suceder.

Luego el sobresalto que empezaba a ganarlo fue extendiéndose a cuantos figuraban en el círculo de sus más acendrados afectos. Su madre, Regina Palma, los hermanos. A medida que ello ocurría le resultaba más difícil conservar la calma, ya que era forzozo admitir como un deber el dar participación a quienes podían sobrevenirles inconvenientes e infortunios. Esto le hizo ponerse en pie, pero tras mudar unos pasos se detuvo. ¿No estaba alarmándose más de la cuenta? ¿No sería todo una nueva fanfarronada del infeliz de Valenzuela, deseoso de utilizarlo a él en su beneficio, pero por propia iniciativa? Las de ese género eran ya moneda común y corriente. A lo mejor— pensaba — estoy atribuyéndome más importancia de la que realmente merezco. ¿Y si inquietaba a los demás sin verdadero motivo? Con ideas por el estilo el sosiego fue retornando poco a poco como elixir estimulante. Vio claro que lo prudente era aguardar cualquier nuevo indicio antes de proceder. El doctor Lima no había concurrido aquel día al consultorio, aquejado de un ligero resfrío, y hubiera sido imperdonable llevar a su casa, sin mayores fundamentos, lo que estaba perturbándolo. Sonrió entonces satisfecho, comentándose a sí mismo, con ironía, que era de tal densidad el clima de coacción que estaba esparciéndose que podía afectar hasta a los menos predispuestos.

En la tarde volvió al consultorio temprano, en disposición de desentenderse de las preocupaciones de la mañana. Se había reafirmado en el propósito de no dejarse ganar por prevenciones sin fundamento. La atención de varios pacientes le distrajo hasta que sonó en el teléfono la llamada habitual de Regina Palma. Lejos estaba de presumir que aquella incidencia que mañana y tarde constituía el mayor

aliciente de la rutina diaria iba en esta oportunidad a ser causa de nuevas cavilaciones.

Por descontado que ella tampoco podía percatarse de semejante derivación de lo que iba a decir. Al contrario, el tono animado de su voz anticipaba que lo creía de buen augurio. Entre manifestaciones de cariño le trasmitió la noticia de que su padre deseaba hablarle. Comprendía ahora su animación: consideraba aquello un paso más en el deshielo de la fría indiferencia familiar, aunque ignoraba el propósito preciso de la entrevista. Nadie menos dispuesto que él a ensombrecer su optimismo, puesto que después de todo podía asistirle la razón, pese a que la nueva fue motivo, en su fuero interno, para que se renovaran las preocupaciones de la mañana.

Las conjeturas volvieron a tomar cuerpo. Bien enterado estaba de los nexos de don Julio Palma con Batisterio. Ambos provenían de la misma región provinciana y la posibilidad de que los Palma permanecieran en la ciudad se debió al ascendiente político ganado por el ahora Presidente durante el gobierno de don Paco, gracias al cual obtuvo don Julio un destino burocrático. Al encumbrarse el amigo con los últimos desarrollos políticos, el padre de Regina pasó a ocupar un cargo de mayor importancia e inclusive comenzaba a rumorearse que gozaba de fácil acceso al mandatario y que era vía efectiva para la obtención de empleos y la solución de problemas. Todo eso explicaba que la abierta oposición de la tía Lupe a sus relaciones con Regina y el desvío de don Julio guardaban estrecha relación con la imagen suya frente a Batisterio, que habían dibujado públicamente las mordaces alusiones de sus artículos. Si bien se veía, pues, el balance de tales antecedentes justificaba la posibilidad de que el objetivo del padre de Regina al querer hablarle fuera más allá de un simple esclarecimiento de las respectivas posiciones según los intereses familiares.

XVIII

Se hubiera atrevido a asegurar que en la comida de aquella noche no se había hecho visible ningún indicio de anormalidad en su actitud. Las mismas bromas de siempre con los hermanos, las alabanzas a las habilidades culinarias de doña Mariana, quien se reservaba para la mesa nocturna agregar algo de su propia cosecha a lo preparado por la cocinera, el comentario de las noticias que circulaban por la ciudad y los intentos de su madre por acallar, acerca de estas últimas, cualquier reacción de él y de los muchachos que tuviera visos de crítica y protesta contra el régimen.

Pero, al levantarse de la mesa e ir al baño para el ligero acicalamiento que acostumbraba antes de salir a la calle, se vio obligado a convenir en que era difícil substraer de la perspicacia materna el más leve indicio de preocupación. Como quien no quería la cosa, ella le echó el brazo al cuello cuando se encaminaba a la puerta y le dijo, sin más rodeos, que estaba segura de que algo lo preocupaba. No le quedó más remedio que confesarle la verdad, aunque haciendo caso omiso de sus inquietudes, desde luego, para que doña Mariana interpretara regocijadamente la nueva como confirmación de lo que hacía tiempo venía deseando. —"Es una magnífica muchacha—" fue su comentario.

La besó con inusitada insistencia y luego, en la calle, pensaba cuán feliz se sentiría si del encuentro de aquella noche saliera realmente la regulación de sus amores con Regina Palma.

Seguía rindiendo culto nocturno al tránsito a pie, aunque para las visitas profesionales en el día era ya indispensable el automóvil por la extensión de la ciudad. El trayecto desde su

casa hasta la de los Palma era relativamente breve. No obstante, esta vez le pareció más largo. A lo mejor, sin darse cuenta, acortaba el paso. Allí estaba Regina aguardándolo como siempre en el pequeño balcón que daba a la calle. Verla y hablarle, escuchar su voz, tenerla cerca, reanimaba de inmediato el panorama de su vida, confiriendo a las cosas el colorido que se sobreponía a los turbios matices que predominaban. Era entonces cuando volvía a insinuarse algo a manera de culpa por sentirse satisfecho con que del cúmulo de circunstancias azarosas recientes hubiera surgido el sesgo que le permitió aproximarse a quien se había adueñado de sus sentimientos.

Esta oportunidad era excepcional, sin embargo. Comenzó a comprobarlo cuando la tía Lupe, desde que advirtió su presencia, se adelantó a saludarlo, invitándole a pasar adelante. En sus palabras hubo redomada artificiosidad: —"Pase adelante, doctor, desde hace tiempo me preocupa el que permanezca en la calle..."

No pudo quejarse de lo que le proporcionó el verse acomodado en el pequeño salón de recibo cuya entrada, hasta entonces, no había traspuesto. Para quien estaba en vías de ascender a los más elevados niveles políticos, como don Julio, la pieza resultaba ya de notoria modestia, no obstante los toques de buen gusto. Conservaba el mobiliario de mimbre distribuido con cierto orden acogedor. Pudo ver de cerca el retrato de doña Rita, la madre de Regina, colocado en la mesita central y la impresión que su rostro de nobles rasgos le produjo se avino perfectamente con cuanto de su persona le había contado su hija. La tibia proximidad de ésta la sentía como si estuviera en contacto con su piel en tanto que le era posible solazarse en contemplarla bajo la luz de la lámpara colgada al centro de la sala. La tía Lupe en frente, sin asomo de actitud fiscalizadora. En cuanto a ella, todo confirmaba que del recargado maquillaje hacían burla los años, pero por su cuenta estaba la voz cantante, pues le dijo:

—Julio le ruega aguardarlo mientras termina de escribir una carta...

Al poco rato lo condujo a la habitación contigua donde estaba colocado un pequeño escritorio y había varios anaqueles con libros. Allí la saturación a tabaco era evidente en la atmósfera. Experimentó curiosidad al estar, por primera vez igualmente, frente a frente de don Julio. Hasta entonces su figura breve, más bien delgada, cara fina con pequeño bigote, la había vislumbrado apenas a la distancia. Ni aun las entrevistas con Regina le dieron oportunidad de lo contrario, pues cuando salía de la habitación en donde trabajaba a veces en las noches, era evidente que se esforzaba por pasar inadvertido. Sin embargo, tenía ya dos impresiones acerca de él: su cuidada y nítida indumentaria y el infaltable cigarrillo en la mano. Esta vez vino a recibirlo y con gran cortesía le hizo tomar asiento en un sofá de reducidas dimensiones, instalándose luego a su lado.

—"¿Me permite fumar, no le molesta?"— fueron sus primeras palabras, ceremoniosas, mientras extraía del bolsillo interior de la americana una pitillera en plata y se la ofrecía, agregando: "¿Fuma usted?" El tono de su voz era más grave de lo que correspondía a su menuda figura y a su rostro semilampiño un tanto aniñado. —"Ah, no fuma—" prosiguió— ante el gesto negativo. "Pues le suplico soportarme, soy incorregible..."

Encendió un cigarrillo y expelió con fruición una bocanada de humo. Indudablemente estudiaba el terreno para abordar el objeto de la entrevista. Al fin lo hizo.

—Creo que no estoy revelando un secreto, doctor, al referirme a las relaciones de usted con mi hija.

—En absoluto, don Julio. Sería para mí motivo de la felicidad más completa si con su autorización pudiéramos proclamarlo y asumir la responsabilidad consiguiente.

—Al oirlo expresarse en esa forma, abrigo la esperanza de que no omitirá nada que pueda contribuir a la felicidad de Regina y a la satisfacción de su familia.

La respuesta afirmativa pareció despejar el camino para que su pensamiento tomara el rumbo que deseaba. A cualquiera, sin conocimiento de causa, le hubiera parecido

antojadizo y desvinculado del asunto el tema de la situación nacional que abordaron sus próximas palabras.

El terrible ciclón que se había padecido ha hecho de carácter imperioso la solidaridad de todos para laborar por la recuperación del país. No cabían ya los partidarismos políticos. Aun sin esa catastrófica experiencia, el esfuerzo que demandaba la situación era gigantesco por lo enrevesado y anárquico que era el legado de don Paco, o sea, la plena bancarrota. Tales circunstancias señalaban hacia una nueva época en la historia de la nación. —Y por suerte creo que ha aparecido el hombre que, por su energía sin límites, es el mejor preparado para encararla. Yo y mi familia estamos comprometidos a sumar nuestra modesta contribución a la empresa. Creo que me entenderá usted, doctor.

Claro que lo entendía. Pero prefirió darle oportunidad de ser más explícito.

—Sinceramente, don Julio, no acabo de percatarme en qué medida están ligadas mis relaciones con Regina con cuanto usted ha expresado.

—Bien, es que todavía no he llegado al punto clave de lo que me está moviendo a hablarle. Probablemente está enterado de que gozo de cierto grado de confianza cerca del general y que con relativa frecuencia tengo oportunidad de conversar con él. Recientemente se refirió a usted. Nada raro. Su nombre se menciona ahora a menudo y no es para menos. Lo que hizo durante el ciclón fue extraordinario...

Antes de proseguir se mesó el pequeño bigote con el pulgar y el índice. La bocanada de humo que a seguidas expelió pareció animarlo.

—Pues como le decía, me habló de usted, está enterado de sus relaciones con Regina, quiere ayudarlos y piensa nada menos que podría ir a la Cámara de Diputados, en donde aspira a reunir elementos jóvenes de valer. Me confió la misión de decírselo.

Todo estaba allí, de cuerpo entero, cual lo había previsto. Tal vez por eso pudo conservar su ecuanimidad. Ella le permitió ver que en lo que se le proponía era evidente algo

fuera de lugar cuyo señalamiento bien podía servirle para zafarse del compromiso sin poner en riesgo lo que más le interesaba: el amor de Regina. ¿Diputado? Pero si eran funcionarios de carácter electivo. ¿No acababan de tomar posesión los que fueron sufragados con Batisterio? Confiado, se lanzó sobre el punto en su respuesta.

Primero dijo que había elegido la carrera de medicina porque una irresistible vocación lo llevó a ella. Si conociera la historia familiar se lo explicaría. Por eso, verse entorpecido en su ejercicio profesional de antemano le impresionaba como una frustración. —Además, don Julio, no entiendo cómo puedo ser diputado sin haber sido elegido y sin haber vacante.

Fue entonces cuando su interlocutor se puso en pie yendo a apagar el cigarrillo en un cenicero que había sobre el pequeño escritorio y luego, con las manos libres, se las cruzó detrás de la espalda. Cuando se volvió hacia él le fue posible advertir que en sus labios se insinuaba un rictus de ironía y que sus ojos brillaban de manera muy peculiar.

—Mi querido doctor, para el general, nada es imposible. Tal vez estoy siendo indiscreto al revelarle que él dispone de la carta de renuncia de cada un diputado, firmada pero sin fecha, a fin de tener libertad para sustituirlos cuando lo considere necesario. En cuanto a su ejercicio profesional, no creo que sufrirá en lo más mínimo... Todo indica que el trabajo para los miembros del Congreso será poco... Les bastará con aprobar...

En aquel momento era todo un cínico —pensaba. Tal vez cayó en cuenta de su pensamiento, pues se apresuró a proseguir mediante consideraciones que juzgaba lo ayudarían justamente a entenderlo.

—Probablemente eso le parece a usted una inmoralidad y no le quito la razón, pero creo que es menos censurable que lo que hacía don Paco, esto es, sobornarlos. Por lo pronto, no cuesta un centavo al erario y es más efectivo...

Tuvo que hacer un esfuerzo para conservarse sereno.

—No voy a discutir si es cierto o no cuanto afirma, don Julio. Pero yo le pregunto ¿cuál es la colaboración que puede

uno prestar si precisamente por anticipado le hacen saber, con ese procedimiento, que su conducta será puramente pasiva?

Nuevo paseo, nueva detención frente a él.

—Lo importante es figurar al lado del Presidente, doctor.

—Sinceramente, en esas condiciones, todo lo veo como una farsa y a la verdad no tengo madera histriónica. ¿No es esa una forma de amedrentamiento, como de las tantas al uso, muchas rayanas en la crueldad, por no decir otra cosa?

—No se lo niego, doctor. Comprendo que su sensibilidad de joven se sienta alarmada, pero los que hemos vivido unos años más sabemos que a este país si no es con mano dura no se le puede gobernar. Ya ve lo que le pasó a don Paco... Hicieron cuanto les vino en gana los suyos y los contrarios...

—Entre ellos el general Batisterio, don Julio. Además, no se necesita experiencia para deducir que todo poder ilimitado es peligroso, aun para los que están más cerca de él...

La salida le produjo visible efecto a su interlocutor. Tendió a inclinar la cabeza pero en seguida se repuso. Con voz firme y como asegurándose sobre los pies, insistió:

—Bien, doctor, pero no me puede negar que los resultados beneficiosos están a la vista. ¿Qué me dice del renacimiento de la ciudad? ¿No ve por todas partes mejorías, disciplina, orden y limpieza? La teoría es poca pero la práctica es mucha y eso es lo que necesitamos. Con toda seguridad que usted es de los que sueña con que nos gobernemos democráticamente. Eso es un anhelo ilusorio dentro de nuestras condiciones. Caiga en cuenta de que este es un país que, por su incapacidad, no ha podido hacerse de una frontera y que necesitó para introducir relativo orden en su administración ceder parte de su soberanía. Fíjese que depende de una inmigración indeseable, que lo está desnaturalizando, para mantener su industria principal. A grandes males, grandes remedios... En el momento que vive el mundo, el ejemplo nos lo están dando pueblos europeos que enfrentan sus problemas con regímenes autoritarios.

Su gesto, el timbre de su voz, denotaban una actitud beligerante. La densidad del humo que expelía al término de

cada una de sus frases había hecho nebulosa la visibilidad. De seguir la conversación por el camino que iba no quedaría sitio sino para una confrontación abierta y el rompimiento. En otras circunstancias, a esas alturas, ya se hubiera puesto en pie para rebatirlo sin tener en cuenta las consecuencias, pero precisamente permanecía sentado, haciendo de tripas corazón, porque estaba sofrenando sus impulsos. Pues ¿Regina? Allí estaba, al otro lado de la puerta, aguardando ansiosa y muy ajena a que en buen romance se le estaba poniendo precio.

Le vino bien una pausa para enderezar el intercambio por otro rumbo más acorde con lo que verdaderamente le interesaba. Se sentía egoísta en aquel momento. Necesitaba recobrar la calma. Al fin habló.

—Don Julio, después de todo, creo que nos estamos internando en un terreno que en verdad no es el del motivo de esta entrevista. Para usted se trata de su hija y para mí de la mujer que amo...

—Puede que estime que es de lamentar, pero lo cierto es, doctor, que los tiempos están cambiando y a tono con ese cambio hay una estrecha relación entre el destino de mi hija y la actitud suya en este asunto. Ante todo quiero asegurarle que nada más lejos de mi ánimo que la amenaza, pero debo preguntar ¿ha calculado a lo que se expone, de rehusar la oferta que se le está haciendo, no sólo en su persona, sino en todos cuantos están relacionados de un modo u otro con usted?

La realidad, lo que cada día comprobaba, era confirmación de que aquello era cierto, de una lógica aplastante, de una deprimente efectividad. ¿Tenía él derecho a exponer a Regina a las vicisitudes que sin duda podían resultar? Y no sólo a ella sino también a su madre, a sus hermanos, al doctor Lima. Repentinamente se le vinieron encima, con un tamaño desmesurado, toda suerte de eventualidades, las mismas que había estado rumiando en la mañana tras la visita de Valenzuela. Ahora las sentía atropelladamente. Sin darse cuenta apoyó la cara sobre ambas manos, los codos sobre las rodillas y por un instante quedó

ensimismado. Don Julio lo miraba sorprendido. Pasado un rato, volvió a erguirse en su asiento. De la desordenada sucesión de sus ideas sólo acertó con una solución por el momento: ganar tiempo.

—Acepto que no le falta razón, don Julio, pero como en este asunto está envuelto prácticamente el destino de mi vida, que pensaba dedicar de manera exclusiva a mi profesión, le ruego darme unos días para pensarlo...

Se le había quitado de enfrente, como si no deseara intimidarlo. Al oírlo hablar hizo un gesto que parecía decir: —"Está bien, tómese unos días, pero recuerde..." Probablemente su fugaz abatimiento lo había conmovido.

XIX

La mudanza que produjo en su ánimo la conversación fue de tal magnitud que de repente se le convirtió en un problema salir de la estancia y verse frente a Regina. Acerca de la tía Lupe abrigaba la convicción de que estaba muy bien enterada de todo. Pero Regina, ignorante del verdadero giro del asunto, pues la complacencia con que lo recibió daba fe de su optimismo, sin duda lo aguardaría ansiosa, pendiente de lo que iba a decirle. La prevención lo obligó a permanecer sentado no obstante que era evidente que no había nada que agregar. Don Julio adoptó una actitud de disimulo, como si quisiera hacerle menos gravoso el trance. Se colocó detrás de su pequeño escritorio y de pie se puso a hojear unos papeles. Como visitante se percató de que aquello resultaba insostenible y recobrando la decisión se encaminó hacia la puerta viniendo en seguida don Julio a acompañarlo.

A duras penas logró hacerse de una sonrisa antes de aparecer en el marco de la puerta. Para Regina fue de buen augurio y se le colgó del brazo, mientras la tía Lupe se hacía cargo de la actitud de su hermano, quien con un sonoro buenas noches puso término a la entrevista.

Regina permaneció asida a su brazo hasta que se aproximaron a la salida de la calle. Era imposible dilatar más el referirse a lo sucedido pero, por otra parte, era difícil en presencia de la tía Lupe decirle la verdad y el juicio que le merecía. Se limitó a tomarle la diestra con delicadeza y a prometerle conversar al día siguiente... Sin embargo, de ninguna manera hubiera ella permitido que partiera dejándola en suspenso. Sin miramiento para la fiscalización de la tía Lupe, que observaba desde el fondo de la habitación, lo atrajo

hacia sí y le murmuró: —"Bien sabes que no podría dormir si te fueras de esa manera." Se sintió conmovido. Jamás la había tenido tan próxima. La tentación era muy grande. Aquello acabó por hacerle recobrar el ánimo. —"¿Y si te han puesto un precio que me niego a pagar por indigno? " Ella no vaciló. —"Tú sabes que el único que pongo es el de tu amor." La espontaneidad de la respuesta le hizo subir la emoción a la cara, pero los ojos de ella carecían ya del brillo que les daba expresión jocunda poco antes.

La actitud de ambos y el rumor apenas perceptible de lo que hablaban alarmaron a la tía Lupe. Sin pérdida de tiempo hizo ruido adrede al levantarse de la mecedora, arrastrándola y deshaciendo para ellos el sortilegio del instante. Antes de que se les acercara cruzó el umbral que lo separaba de la calle, renovando al propio tiempo la promesa de que al día siguiente hablarían.

Ahora se desplegaba por delante la vía desierta, semioscura, en quietud silente. Era expresivo contraste de lo que imperaba en su ánimo. Pensó que aquel ambiente, dueño de toda la ciudad, lo ayudaría tal vez a poner en orden sus ideas. Además, el hábito de las caminatas nocturnas fue siempre un efectivo sedante para su temperamento impetuoso. Ambas cosas le eran necesarias al tener la sensación de encontrarse perdido en el centro de una encrucijada desde la cual le resultaba indispensable orientarse.

Lucía la noche un cielo estrellado y sin nubes cuyo leve resplandor parecía contribuir a despejar la refrescante temperatura que producían los aires del terral en movimiento. Las calles sombreadas y silenciosas, la tranquilidad imperante, nuevamente le hacían a la ciudad como sumida en sí misma y a tono, por eso, con las propias cavilaciones. Paulatinamente fue apresurando el paso. Empezaron a desfilar cuadras y cuadras de las viejas edificaciones. No lo aseguraba, pero a lo mejor anduvo y desanduvo caminos. En todos lo mismo. Las viviendas cerradas, la luz mortecina, con algo de anuncio de extinción de la vida. De repente no pudo evitar el sobresalto cuando un perrazo emitió su ladrido rotundo desde el fondo

de un zaguán enrejado y pretendió venírsele encima. Más adelante fue un gato callejero, bicolor, en actitud de acecho ante una alcantarilla, que emprendió medroso la fuga al sentirlo aproximársele, enredándosele materialmente entre los pies. Fue inevitable que tropezara con el sabueso de cara de pocos amigos, ostentoso armamento al cinto y mirada inquisitiva. Pero no había duda de que la marcha le hacía bien. Empezó a clarearse el cúmulo nebuloso de sus ideas y súbitamente toda la estructura del conflicto que lo embargaba se hizo presente como reflejo de la imagen que una circunstancia fortuita había grabado en su mente la noche del ciclón. Aquel recuerdo apareció entonces como un símbolo.

Se trataba de la escena en que Batisterio gratificó al infeliz a quien uno de sus ayudantes había propinado tremenda bofetada. ¿No estaba siendo él objeto de un tratamiento similar? ¿No significaba una bofetada, una tentativa de humillación, utilizarlo, como se pretendía, para organizar un homenaje a Batisterio, él, que en el pasado fue su crítico mordaz y que en el presente estaba incrementado su íntimo repudio ante los atropellos y los crímenes? ¿No constituía la gratificación, la oferta de llevarlo, como pago, a una curul legislativa y de abrirle paso franco a su sueño de amor con Regina? —"Cierto"— se dijo— dándose una palmada en la frente y deteniéndose en su marcha. En aquel momento estaba frente a la mole oscura, pétrea, imponente de la catedral, y de la torre del reloj público próximo cayeron, una a una, las campanadas que anunciaban las doce de la noche. Los ecos vibraron, conmoviendo el ambiente silencioso, y le pareció que lo ayudaban a despejar su pensamiento. Se imaginó que Regina, insomne en el lecho, también los escuchaba y que así, a través del espacio, fortalecían su comunidad de sentimientos.

Como si fuera parejo a la extinción de los ecos, se atenuaba el impulso que le había llevado a deambular sin descanso por más de dos horas. Tomó asiento en uno de los bancos de la plaza. En otros, personas acurrucadas dormitaban, como residuos de los cuadros lastimeros de la

tragedia reciente. En oportunidad anterior se les hubiera aproximado, con intenciones de ayudarlas, pero en esta era todavía abrumador el problema que restaba: la decisión sobre el dilema que inopinadamente había surgido. Sus implicaciones no necesitaba ponderarlas de nuevo. Se denunciaban a primera vista. Precisamente allí, frente a él, apareció como por arte de magia un hombre alto, desgarbado, con el sombrero hundido hasta las cejas y tan negro como su piel. No le despegaba los ojos de encima. Percibía bajo las sombras que velaban su rostro su mirada retadora, siniestra, hecha al amedrentamiento. El todavía no estaba sujeto a sospecha específica, pero el individuo, sin duda, se creía con derecho a fiscalizarlo, porque bastaba, para hacerlo sospechoso, estar embebido en sus pensamientos en sitio público a aquellas horas.

Se sintió terriblemente molesto. De buena gana lo hubiera increpado por su impertinencia. Pero ¿y lo demás? Reemprendió la marcha. El tipo lo siguió con la vista como si quisiera advertirle que anduviera con cuidado en lo que pensara. Bajó al malecón. Siempre había ejercido sobre él especial atractivo el mar. Su inquietud casi permanente, su incesante batir sobre la costa, los había hermanado más de una vez con las efervescencias de su espíritu. Tal vez por eso en su vida de estudiante se produjo la paradoja de que escogiera para el estudio, en ciertas tardes, un refugio entre los acantilados. En la oscuridad de la noche, atenuada por el resplandor de las estrellas, el rumor del oleaje lucía afectado de sordina, presagiando uno de los raros períodos de calma. Quizá ello lo decidió a tomar el camino de su casa. Se imaginaba a mamá Mariana en el desasosiego de la espera. Presentía que él, por su parte, no podría pegar los ojos en aquella noche.

XX

El escollo inmediato era cómo satisfacer la expectativa de mamá Mariana sin perturbar su derecho al reposo nocturno. Hubiera pagado lo que no tenía con tal de evitar que por su culpa se introdujeran en el seno del hogar los sinsabores que en tantos otros habían trastornado la paz doméstica, a causa de que alguno de sus miembros diera el más leve indicio de disidencia con el gobierno. No lo sorprendió que estuviera aguardándolo, pues evidentemente, en vez de irse a la cama a la hora de costumbre, el sueño la había vencido sobre una de las butacas que amueblaban la pequeña terraza junto al patio. En frente de ella tomó asiento en actitud contemplativa, abrigando el deseo de dejarla así, como estaba, desentendida de cualquier preocupación. Respiraba apaciblemente al tanto del leve remecimiento que imprimía la brisa nocturna a las plantas circundantes. El suspenso en medio del recogimiento, alterado apenas por el chirriar intermitente de un grillo, que se amparaba en los arbustos del patio, lo favorecía con un intermedio inesperado cuya prolongación indefinida le hubiera venido de perillas a no ser porque ella, como si estuviera sintiendo la insistencia de su mirada, comenzaba a dar señales de despertarse. Se adelantó a besarla en la frente para que en su rostro despuntara, con su sonrisa, el toque inconfudible de la bondad, pero acompañado de la mirada interrogante.

—"Don Julio de lo más cordial, pero hablamos tanto y de tantas cosas que mejor dejamos los detalles para mañana"— fue la salida que le vino en la ocasión, mientras, para afirmar lo dicho, miraba su reloj y comentaba que iba a madrugar. Dócilmente se dejó conducir a su dormitorio, lejos de estar convencida, pero cediendo ante las palabras afectuosas con

que siempre hacía de las suyas. Medio se preguntó por qué tenía don Julio que emplear rodeos para dar su aprobación. A través de la puerta semientornada vio como él, apresurado, se incomunicó en su propio dormitorio.

De haberlo seguido hubiera observado que, contra su hábito, apenas se deshizo de la ropa para arrojarse en vestimenta interior en el lecho. La lamparilla de noche la dejó en luz baja. Enlazó las manos entre la cabeza y la almohada y los ojos fijos en el techo pronto se acostumbraron a la penumbra. El menor detalle de la habitación lo conocía al dedillo. Había perdido noción de cuándo comenzó a ser suya. Sin embargo, al fijarse en sus peculiaridades creyó encontrar abierta la vía hacia el mundo que le era propio, indemne ante las asechanzas del exterior. Escapaba hacia el reencuentro con las tantas impresiones que, al amparo de aquellas gruesas vigas del techo romano, de aquellos robustos muros de superficie dispareja, fueron ingresando en el acervo de sus recuerdos. Al propio tiempo iba sintiéndose libre de la presión del dilema que tenía por delante, como si recuperara las fuerzas que lo dispusieran para cualquier eventualidad. Semejaba encontrarse de nuevo consigo mismo. Probablemente influía la sensación de descanso y aislamiento.

No había duda de que en la formación de su carácter y en el desarrollo de su vida y su personalidad estuvo presente, de manera muy especial, la memoria de su padre trasmitida por las palabras de doña Mariana y las referencias que constantemente, a medida que fue penetrando en la existencia de la ciudad, encontraba en los labios de otras personas. Eso como que había ido tallándolo y señalándole un camino. En primer término, la evocación del tremendo acontecimiento que lo privó del amparo paterno.

La semblanza del progenitor la conservaba en la memoria desvaída de sus años de niñez y se confundía con la imagen que de él le revelaron los retratos. La mirada franca de sus ojos negros armonizaba con la cabellera espesa que parecía aumentar su talla. El bigote poblado se separaba un tanto de la nariz algo roma y no impedía advertir los labios finos

mientras al óvalo de la cara ponía término la barbilla redondeada. Doña Mariana le había enseñado que nadie más noble ni más dispuesto a servir a los demás. —"Creo que a veces se quitó el pan de la boca para dárselo a un amigo." Aquella vocación de servicio era la que él sentía que animaba su devoto fervor por la medicina.

Fuera del círculo familiar, cuando comenzó a tener conciencia de lo que le decían, se tropezó con frecuencia con la exclamación de "¡Ah, hijo de don Cosme!" o, sencillamente, de Cosme, que proferían quienes lo identificaban. Cosas tales fueron las que le dieron forma lo mismo que un cincel.

La imagen del ausente, retenida por la silueta imprecisa de los recuerdos y el testimonio gráfico de los retratos, se afirmó con las referencias a su modo de ser y, sobre todo, con los hechos que condujeron a la tragedia que le costó la vida. Así, a la expresión "¡Ah, hijo de Cosme!" se unió la que oyó repetir a su madre cuando relataba el suceso "¡Cuidado, don Cosme!" como si entre ambas frases se encerrara una existencia que era parte de la suya propia.

Las cosas ocurrieron en uno de los estallidos de violencia que fueron secuela inevitable de las pugnas políticas y que a veces tuvieron como escenario la ciudad y sus alrededores. Padecía la urbe un asedio más rígido que de costumbre y la saña de los combates se pagaba en muertos y heridos a granel.

—"En casos como ese—" decía doña Mariana —"Cosme no podía resistir la tentación de irse a la calle a prestar sus auxilios fuere a quien fuere. Siempre hablaba de que la vida no le permitió ser médico porque, muchacho pobre al fin, tuvo desde temprano que ganarse el pan y por eso el comercio lo absorbió. Además, prácticamente entonces no había dónde estudiar. Tuvo que arreglárselas con una enseñanza secundaria incompleta y el resto por cuenta propia. Eso sí: devoraba en los ratos libres cuanto libro o artículo de medicina caía en sus manos y poco a poco, como con vergüenza, se fue atreviendo a poner en práctica lo aprendido". —"Me van a llamar curandero— exclamaba—, pero creo que puedo hacer algo

bueno teniendo la prudencia necesaria para saber que no sé nada."

Aquel estallido de violencia tuvo caracteres inusitados por su intensidad. Un día, tras horas de tenaz refriega, los resplandores de un incendio pavoroso tiñeron de rojo los cielos nocturnos.

—"Durante toda la noche estuve impidiéndole salir, pero ya en la mañana me fue imposible retenerlo. Lo notaba impaciente al tomar el café, aunque para no inquietarme me dio a entender que tenía que darle una vuelta al pequeño negocio del cual vivíamos. Fueron los últimos instantes que pasamos juntos... ¡Cuidado, don Cosme! me contaron que le gritaron pero todo fue inútil."

Su padre, realmente, se había dirigido a las murallas de la ciudad en donde aún se combatía y a las cuales alcanzaba el rescoldo del incendio de la noche anterior. En albergues improvisados recibían los heridos más graves las primeras atenciones. Su llegada mereció la mejor acogida pues, como de costumbre, se contaba con su ayuda en ocasiones semejantes. Prodigaba sus cuidados a varios heridos en una tienda de campaña, cuando en un sitio próximo se sintió el impacto rotundo de un proyectil que no estalló sino que, rodando vertiginosamente, avanzó hacia donde se hallaba su padre, y en el relato se confundía entonces la explosión estruendosa con el grito de un combatiente que acertó a tenderse en tierra a tiempo de vociferar el "¡Cuidado, don Cosme!" que selló la tragedia.

Aquel acontecimiento repetido en el relato innumerables veces y escuchado tanto en la intimidad hogareña como en el comentario público, había adquirido en el transcurso del tiempo categoría de núcleo matriz de sus impresiones. Alrededor de él se anudaron en su vida otras múltiples incidencias. Valía como ejemplo la apertura de sus relaciones con el doctor Lima, quien, cuando comenzaba a asistir a la Universidad, le saludó un día con las frases: —"Muchacho, reúnes todas las cualidades para ser el buen médico que se frustró en tu padre..."

Para llegar hasta allí la vida le había mostrado sus rudezas. El trabajoso avance tuvo como punto de partida precisamente la desaparición de su padre. La madre viuda, con tres hijos pequeños, recibió de manera fugaz, en reconocimiento de la acción de su esposo, una pensión a la que los avatares de la política y las estrecheces habituales del erario público pronto pusieron fin. Mujer atractiva en la madurez de sus treinta y tantos años, muchos vaticinaron que daría un padrastro a los hijos. Sin embargo, en las líneas de su rostro, correctas sin ser severas, se denunciaba la integridad de su carácter, templado por la bondad que asomaba cuando sonreía. No fue extraño por eso que, pese a los pretendientes, confiara a sus habilidades culinarias la obtención de los ingresos de la familia. Con rapidez cobraron crédito sus confecciones de repostería casera y dulces típicos del país. Las modestas ganancias del comienzo crecieron en la medida necesaria para un sobrio sostenimiento. El, por su parte, antes de terminar el bachillerato, asumió las responsabilidades de hijo mayor lanzándose a la calle en afán productivo y frecuentemente bastaban las referencias al nombre de su padre para que se le abrieran las puertas.

En todo aquel tiempo había asistido a los cambios en la vida de la ciudad, derivados del crecimiento urbano y de las novedades en las cuales la intervención de la influencia americana jugó un papel decisivo. Ella penetraba y se hacía sentir no obstante que las trifulcas en las calles daban testimonio del repudio popular por la presencia de soldados venidos de otras playas. En tales alborotos su aventajado desarrollo físico sumó muchas veces fuerzas, pero junto a esas salidas, y a manera de contraste, llamaba la atención la gravedad que despuntó en él desde temprano, y que se hacía visible en el interés por temas ajenos a la curiosidad propia del adolescente y en una asidua lectura de libros y periódicos, aficiones con las cuales redondeó lo aprendido en las aulas acerca de la historia del país. Se le hicieron vívidas así las mudanzas en curso.

La brillante graduación universitaria, ya en el gobierno de don Paco, restablecida la normalidad con la ida de los intrusos extranjeros, le abrió el camino de un provechoso ejercicio profesional en asociación con el doctor Lima. Sin tardanza quedó atrás la época de las rígidas estrecheces económicas y su mayor satisfacción fue ver a doña Mariana libre del encargo de sostener a la familia. Se convirtió en guía y orientador de todos, en primer término de los hermanos, entrados para entonces en la juventud y a punto de ingresar en la Universidad, atraídos por la ingeniería.

Ya se habían abierto, en capítulo paralelo de su vida, el interés por la política, los escarceos periodísticos, el amor de Regina Palma y, finalmente, el ciclón y el dilema que acababa de planteársele.

XXI

Los ojos se le pegaban en el techo de robustas vigas de caoba. No llegó a conciliar el sueño hasta la plena madrugada. Empezaba a nutrir las sombras de la noche, anunciando el amanecer, el canto de los gallos que aún holgaban dentro de la ciudad en los patios coloniales, cuando una sensación de descanso le fue invadiendo e hizo propicia la caída de los párpados hasta quedar dormido.

Durmió mucho y el sueño resultó especialmente reparador. Al abrir los ojos, la luz penetraba a raudales por la ventana del patio, la cual no se había cuidado de cerrar, ensimismado como estuvo en sus pensamientos. En el marco de la abertura se presentó a poco el rostro de doña Mariana. Había permanecido atenta a su sueño, extrañada de lo tanto que se prolongaba. —"La espera no ha sido solamente mía sino que también Regina ha estado llamándote..."

Su rostro sobresalía en medio de la luz, la cual hacía brillar el matiz grisáceo de los cabellos produciéndole la impresión de un cuadro iluminado. Nadie como él para declararse admirador de aquella faz serena, hermosa aún en su madurez y reveladora de una índole benévola. Pero el nombre de Regina Palma trajo, en esta oportunidad, el recuerdo del dilema que estaba aguardándole.

Saltó ágilmente del lecho y a la verdad que cuando se refrescaba bajo la ducha la decisión no le pareció tan difícil como la noche anterior. Se sentía descansado y en plenitud de fuerzas. Era claro que ni por asomo podía acceder a las propuestas que le hicieron llegar Valenzuela primero y don Julio después. Las consecuencias de su negativa, si las hubiere, tendría que enfrentarlas, aunque tratando de evitarles

perjuicios a los demás. Así estaba su ánimo cuando salió al comedor en donde le aguardaba mamá Mariana junto al desayuno.

—"El sueño y la ducha te han hecho bien—" le dijo ella, mirándole a la cara: "Creo que detrás de todo está Regina..."

Le tomó el rostro entre las manos y la besó en la frente: —"Bien, por la vieja buena moza y optimista." A seguidas, sentado ya a la mesa, con ella en el asiento contiguo en actitud expectante, emprendió la difícil tarea de dejarle saber lo sucedido sin alarmarla. —"Lo de don Julio no resultó tan fácil como imaginabas—" dijo mientras sorbía el aromoso café con leche.— "Como sabes es buen amigo de Batisterio y me trajo una oferta para cooperar con el gobierno... No he podido decidirme a aceptarlo a pesar de pensarlo toda la noche... Para mí lo primero es mi profesión..."

El menos avisado de los fisonomistas hubiera advertido el súbito cambio en la expresión de ella. La voz afectada en tono de susurro acertó a musitar, como evadiendo el impacto de la noticia y el mundo de suspicacias que en seguida le produjo. —"¿Y de Regina, qué? Ha llamado varias veces y juzgo que está desesperada..."

—Comprende, mamá, que dados sus nexos con Batisterio, don Julio estima razonable que mi posición frente al general no es ajena a lo de Regina... Recuerda los días que vivimos...

Un mutismo embarazoso se hizo cargo de ambos. Para él, era demasiado ya escudarse en el disimulo. Poca atención puso a las viandas que tenía por delante. Al concluir con la taza de café con leche se dispuso a partir pero ella le echó los brazos al cuello.

—Hijo mío, cuídate, por Dios... Piensa bien lo que vas a hacer... Ese hombre no te ve con buenos ojos y está dándote una última oportunidad... Siempre he creído que trató de valerse del pobre Beato Peñales para matarte... Tiemblo al recordarlo...

Se reprochó no haber sabido manejar el asunto de manera que no se alarmara y en son de un postrer esfuerzo agregó: ——"Cálmate, no me creas tan importante... Me dice el

corazón que Batisterio se olvidará de mí..." En la puerta de la calle la besó nuevamente con ternura, mientras con sus últimas palabras le recomendaba decir a Regina que llamara al consultorio.

En realidad, estaba resuelto, como le sucedía cuando adoptaba una decisión, a jugarse el todo por el todo. Pero, ¿era cierto que a tal extremo habían llegado las cosas que el ejercicio de su libre albedrío en un caso como aquel significara arriesgar el sosiego suyo y de sus allegados? Todavía, pese a los múltiples ejemplos, restaba un residuo de escepticismo para creerlo y en todo caso, si así fuere, vislumbraba como ejemplo monstruoso de pusilanimidad el plegarse a Batisterio en materia de tan privativa incumbencia personal.

En camino del consultorio lo asaltaron pensamientos por el estilo. La parte del doctor Lima en la situación había sido una de sus primeras preocupaciones. Movía él su sentimiento de responsabilidad tanto como su madre o Regina. Poco a poco, en el curso de los últimos años, su palabra orientadora y su apoyo profesional fueron llenando el hueco de la ausencia paterna y anudándole a su persona con lazos en que el afecto iba parejo con el respeto y la admiración.

Penetró con algo de sigilo en su despacho. Allí estaba, inclinado con su aventajada estatura sobre su espacioso escritorio de caoba, sobre el cual descansaba un grueso volumen de consulta. Cuando se abstraía en el estudio era como alejarse de este mundo. Permaneció en la puerta contemplándolo. Todavía vacilaba en decidirse a hacerlo partícipe de sus inquietudes. ¿Por qué se veía obligado a prevenirlo sobre responsabilidades que eran exclusivamente propias? Le cruzó por la mente, sin poder evitarlo, que lo mejor hubiera sido no conocerlo. De esa manera se hermanaba lo que había sentido frente a doña Mariana la noche anterior con lo que le conmovía allí frente al doctor Lima. Sobre todo, ahora que se daba cuenta que con el atareo tan denso de los días recientes no había tenido oportunidad de observarlo con detención. Indudablemente que el tiempo se

estaba apresurando en dejarle las huellas de su paso. El cabello clareaba con muestras evidentes de un acentuado emblanquecimiento. Lo mismo el bigote, antes espeso, con apenas unas canas esparcidas. En el rostro ovalado, más bien redondo, sendos surcos lado a lado de las comisuras de la boca reducían los labios, previamente bien definidos. Juraba que la nariz se abatía un tanto, tomando cuerpo el rasgo aguileño y facilitando que los lentes, en montura de concha, resbalaran más de lo habitual. A ese punto llegaba el escrutino cuando él, al fin, se percató de su presencia y sonriendo se despojó de los espejuelos para manifestarle su extrañeza por carecer de noticias suyas desde el día anterior.

—Desde ayer en la mañana no he dejado de pensar en usted, don Augusto, pero las cosas vinieron tan atropelladas que primero no quise alarmarlo y después me absorbieron completamente...

Lo vio fruncir el ceño, toser y, poniéndose en pie, colocarle la mano sobre el hombro para hacerle tomar asiento.

A partir de la entrevista con Valenzuela hasta la conversación con don Julio le dio detalles de todo.

Su interlocutor, que había vuelto a su posición original, se recostó en el amplio sillón de cuero antes de preguntarle: —"¿Y qué piensas hacer? "

—"Cuanto sea necesario menos aceptar—" afirmó sin el menor asomo de duda.

—Otra reacción no podía esperar de ti, pero debo preguntarte si prevés las consecuencias... No vayas a creer, como la noche aquella, que estoy abogando por Batisterio...

Era claro que lo sabía. No estaba ciego para no darse cuenta. Los ejemplos, mientras más increíbles, eran cada vez más abundantes. Se mezclaban el reclamo adulador con la humillación, el menor intento de resistencia con la represalia.— Lo que me preocupa, doctor —concluyó— son los posibles perjuicios para cuantos por una causa u otra están cerca o dependen de mí...

—Probablemente constituyo parte de tu preocupación pero te aseguro que no soy yo quien va rehuir darte su apoyo

cuando tú creees que está en juego tu dignidad. Eso en cuanto a mí, pero, qué me dices de tu madre, de tus hermanos, de Regina... Ojalá poder asegurarte "¡descuida, yo los protejo! "

Lo vio juntar las manos, entrelazando los dedos, en gesto que tan bien le conocía. El breve silencio de un instante fue roto de nuevo por sus palabras.

—Diríase que exageramos desmesuradamente al presumir que algo tan simple como lo que te propones justifica tales temores. Lo único que reclamas es que se te permita obedecer a tu voluntad,. a tus ideas... No estás conspirando... Con ello no le infieres daño a nadie... Sencillamente quieres que se te deje gobernar tu propia vida. Yo hice lo mismo cuando imperaba el caudillismo a la vieja usanza. Nadie me amenazó por ello. Si acaso juzgaban, bajo el calor de la pasión política, que mis opiniones revelaban adhesión a don Paco o a "los lobos" porque, como imparciales, podían favorecer a los unos o a los otros, según me lo dictara mi conciencia. Hoy, cosas igualmente simples nos causan temor. Hemos empeorado. Es que todo nos está diciendo que hasta lo más privativo de cada quien se pretende someterlo a un molde nivelador, como si molestara la presunción de cualquier escrúpulo íntimo y se pensara que lo compensa una pitanza y la posibilidad de pavonearse... Tienes razón cuando atribuyes carácter simbólico a la escena de aquella noche: tras el golpeo, la humillación y la dádiva.

La referencia le pareció que trajo a plena luz cuanto experimentaba y su pensamiento quería reducir al sistema en vigencia. De súbito se sentía sobre sus pies más firmemente que nunca.

—Es que Batisterio presume, don Augusto, que cuando uno preserva su dignidad está incriminando sus métodos de gobierno.

—Cierto, pero sobre todo, cuando se trata de alguien que sobresale sin debérselo a él...

La alusión le hizo inclinar la cabeza.

—Bien, te repito— prosiguió— que yo, que sin ser hombre beligerante en la arena pública he tenido siempre como norte

defender eso que es propiedad inalienable de cada quien, o sea lo que estima su libre albedrío, no podré objetar que tú defiendas el tuyo. En cuanto a tu preocupación por las consecuencias que puedan sobrevenirme, si acaso se presentaren, te aseguro que las enfrentaré porque se trataría de preservar también lo mío. ¿Pero has hablado con doña Mariana; lo sabe Regina?

La mención de su madre y de Regina lo sustrajo de la absorbente atención con que lo escuchaba, mas se sentía tan confortado por sus palabras, le reafirmaban ellas tanto la admiración que le profesaba, que no pudo evitar estrecharlo fuertemente antes de trasladarse a su despacho.

XXII

Se colocó frente al teléfono para comprobar, consultando el reloj, que estaba a punto el momento cuando habitualmente se producía la llamada matutina. Parte de la estrategia convenida, para evitar las interferencias de la tía Lupe, era que la elección de la hora para la cita verbal corriera a cargo de Regina. La espera fue breve pues a poco sonó el timbre.

Descontaba, y por eso no le sorprendieron, los reproches de ella, quien lo acusaba de haberla abandonado desde la noche anterior, y como el tono de reconvención añadía ternura a su voz, le halagaba, pese a ser evidente pecado de egoísmo saberse el centro de sus pensamientos. Sin decir esta boca es mía la escuchó desahogarse y concluir achacándole que, al parecer, no intentaba decirle una palabra de cuanto había ocurrido.

—Sabes— le respondió entonces—: oir tu voz me produce tal placer que aun cuando me incrimines, con la mayor de las injusticias, te escucho complacido y por eso, mientras estuvieras hablando, qué podía yo decir... Sin embargo, con nadie tengo tanto que conversar como contigo, muy privadamente... Pero ¿dónde? ¿cómo? Alarmaría a los tuyos apareciendo por tu casa...

Cuando ella, tras un minuto de vacilación, le contestó que iría al malecón esa tarde, lo acogió como otro indicio alentador del entendimiento que existía entre ambos, por encima de contrariedades y distancias, pues el mismo sitio lo había seleccionado ya mentalmente.

Las horas entre el momento en que hablaron y el acordado para verse no eran muchas, pero la espera las hizo

más largas. La impaciencia lo obligó a adelantarse a la cita para encontrar allí, frente al mar, un ambiente profundamente evocador, pues lo sorprendía nuevamente la hora vespertina en una de esas tardes en que la inmovilidad de las aguas, anunciada por la calma de la noche anterior, imprimía a todo un toque de suspenso, con algo de irrealidad, de sueño, insinuados en el neto perfil que a través de la atmósfera transparente adquirían las siluetas de los árboles replantados al centro del paseo, la línea lejana de las playas contiguas a la ciudad y el trazo de las edificaciones de ésta. La luz se atenuaba al filtrarse por entre nubes grises esparcidas cuyo contraste resultaba notorio con los jirones azules del resto del firmamento. El aire proveniente del mar soplaba levemente, como si su roce fuera expresión de delicadeza apropiada para no alterar la lasitud que, por el silencio y la tranquilidad de las aguas, lo invadía todo.

Aquello le circundó de improviso con un hálito de nostalgia, pues le trajo el recuerdo de la tarde similar en claroscuros y palideces cuando, en aquel mismo sitio, conoció a Regina Palma. La escena de ella trajeada de blanco, la caída a las peñas de su sombrilla roja, la oportunidad que tuvo así de subir a entregársela y entablar conversación se le reprodujo de manera gráfica con un dejo de inquietud al pensar en cuán diferente fue aquel encuentro del que ahora aguardaba. No había entonces un horizonte preñado de incertidumbres como el de ahora. Por el contrario, tan pronto se vieron frente a frente, lo había inundado un sentimiento de ternura hondo y penetrante, como presagio de una felicidad eterna.

Mientras que ahora cabía preguntarse ¿cómo reaccionaría ella ante lo que estaba ocurriendo? ¿Comprendería y compartiría la magnitud de su sacrificio, de que no fuera suficiente el incentivo de la consumación de sus amores para plegarlo a la granjería fácil y a la omisión de sus impulsos más recónditos? La noche anterior le había dicho que el único precio que exigía era su amor. ¿Persistiría ello ante la realidad desnuda y apremiante? A la verdad que no le asistía derecho

para dudarlo, si era cierto que, como pensaba, la conocía muy bien.

Tales prevenciones no dejaban, sin embargo, de cargar la espera de inquietud, y ello se prolongó hasta cuando el sol comenzaba a declinar, como indicio de desesperanza; pero entonces la vio venir y le pareció que el tiempo se retrotraía al esplendor perdido.

El alborozo de estar cerca los hizo enmudecer cuando se acodaron sobre la balaustrada del paseo. El silencio se prolongó como si temieran que las palabras fueran a diluir el milagro del instante. Al fin, como si cayera en cuenta de que le correspondía, ella dio disculpas por la tardanza. La tía Lupe, desde la noche de marras, había aumentado su fiscalización. Nerviosa agregó: —Sabes, está entusiasmadísima porque dice que papá va para un alto cargo y que le darán automóvil. Cuando se dio cuenta de que yo iba a salir, hace un momento, me dijo en tono de advertencia que debía tener mucho cuidado para no echar a perder el bienestar de la familia. —Es una lástima que el doctor siga siendo un rebelde, fue uno de sus comentarios.

—Y eso, ¿qué te parece, amor..?

—Venía pensando que si es así, tus razones tendrás. No sé a lo que llama rebeldía, pero supongo que es no servirle a ese hombre...

A pique estaba de pensar que aquellas palabras lo excusaban de explicarle lo que ocurría. Cosas por el estilo eran las que afianzaban la seducción con que ella se había adueñado de su voluntad. Pero no quedaba otro remedio que abordar el motivo de la entrevista aunque fuera a riesgo de disipar el encanto de tenerla junto a sí. Le tomó la mano para hablar.

—Algo semejante a lo que te ha dicho la tía Lupe fue lo que resultó de la entrevista con tu padre, anoche. Me trajo una propuesta para que entrara al gobierno como diputado, pero por la mañana, antes que eso, el doctor Valenzuela me había pedido que encabezara un homenaje al Unico, como

ahora le dicen, o sea que la diputación era un pago por el homenaje ¿no te parece? Es el sistema a la moda... A mí simplemente no me gusta... Es más, lo repudio como tantas cosas que estamos viendo cada día con el mayor asombro... No creo que eso pueda llamarse rebeldía, como si fuera algo subversivo...

Cuando terminó de hablar se les estaban perdiendo las miradas en el horizonte como si al unísono quisieran escapar de un maleficio esparcido por las palabras alrededor de ellos. El silencio volvió a reinar por un rato pero, al fin, ella tornó su rostro hacia él con una expresión de ternura y comprensión. Lo sentía íntegro y viril. Entonces la zozobra, la desazón que la acosaba desde la noche anterior, irrumpió avasalladora.

—Bueno ¿y qué tiene todo esto que ver conmigo?

—Tu padre me dijo que, por nuestras relaciones, lo que yo decidiera influiría en ti. Me dio a entender, en una palabra, que yo carecía de derecho para exponerte a las consecuencias de una negativa de mi parte...

Meditabunda tornó el rostro nuevamente hacia el confín. La pureza de su perfil tenía en aquel momento para él, con el trasfondo del mar, la elocuencia deliciosa que alertaba cuanto de tierno podía albergar en el pecho. Contribuían a acentuarla los mechones ondeados del cabello castaño que el soplo pausado de la brisa batía sobre la oreja. Volvió a hablar:

—Bien, ya entiendo por qué me dijiste anoche que estaban poniéndome precio... Quiero mucho a mi padre y estoy segura de que es un hombre bueno, pero está perturbado... Lo que me interesa es saber lo que has decidido...

A manera de respuesta le hizo el relato de lo sucedido después que abandonó la casa de ella. Su deambular sin tino por la ciudad, la fiscalización de que había sido objeto cuando, fatigado, quiso reposar por un rato en un banco de la plaza, el descenso al malecón y el problema de cómo disipar las preocupaciones de doña Mariana.

—Dormí muy tarde, la lucha que se libraba dentro de mí me mantuvo insomne por mucho tiempo, pero el recuerdo de

papá y unas horas de sueño me hicieron despertar decidido a no plegarme y ya sabes que eso, ahora, es un pecado que requiere afrontar las consecuencias...

Lo escuchaba con algo de embeleso y con un arranque espontáneo le tomó la mano.

—Y yo qué puedo hacer, Cosme, sino seguirte...

La atrajo hacia sí y hubo de contenerse para no besarla a la vista de algunos transeúntes que, curiosos, trataban de identificarlos, poco favorecidos por la escasa luminosidad ya imperante, pero no pudo evitar que se le quebrara la voz al decirle: —Podríamos casarnos en seguida y llevarte a casa de mamá, pero te quiero demasiado para no ver que por tu bien debo esperar a que esta situación se aclare...

En aquel momento las lágrimas rodaban ya por las mejillas de ella. La oyó murmurar: —Mamá, mamá, cuánta falta me haces... Y luego:— Sabes, me voy para mi pueblo... Mamá me comprende y no se ha dejado ganar por papá y tía Lupe... Además, debo decirte algo que completa el cuadro...

La nueva eran los visajes de Polo, el hijo del Unico, que enfundado en flamante uniforme militar, ya con el rango de capitán, y tripulando un lujoso automóvil de último modelo, le había dado por aparecer frecuentemente por la calle de los Palma. Alguna vez que alcanzó a verla se deshizo en salutaciones almibaradas. La tía Lupe tomó a su cargo de inmediato el asunto. Se trataba, nada menos, que del hijo del Unico quien, de aquella manera, demostraba que no se había evaporado el enamoramiento de otros días, cuando se vio frustrado primero al aproximarse Juan Ventura, eliminado más tarde de manera definitiva aparentemente ante la fortuna de Cosme.

Los relieves aguijoneanetes de la situación cobraban así sus verdaderas dimensiones y era evidente que los unían en vez de separarlos. Con los brazos entrelazados dilataron, una vez más, la vista hacia el horizonte que se desdibujaba asediado por la oscuridad. La luz había palidecido de tal manera que daba paso a las primeras sombras de la noche. Al contemplar el mar con su inmensidad ilimitada y sin

constreñimientos y escuchar el eco de las aguas apacibles, cuyo rumor dócil parecía invitar a cruzarlas, les ganaba el alivio del ambiente opresivo que habían configurado las palabras. Era como si frente a la ciudad hecha cárcel el mar simbolizara la libertad sin cortapisas.

XXIII

La catástrofe cambió la fisonomía de la ciudad eliminando y lesionando a muchos de sus habitantes, y sus efectos sobre los ánimos de los supervivientes no fueron menos incisivos y, en ese terreno, el clima político cobraba con exceso su parte, tanto en los que padecieron daños corporales como en aquellos que escaparon físicamente al azote del huracán. En los días que siguieron a la tragedia, cuando cada quien, después de cuidar los familiares e intereses propios, dedicó su atención a saber y a asistir a vecinos, a amigos, a conocidos y a quienquiera que lo necesitase, testimoniando vívidamente la solidaridad que a todos unía, don Marcos Ventura inquirió sin tardanza acerca de su compadre, el doctor Augusto Lima, yendo a visitarlo a su casa. Allí, como era de esperarse, cada uno satisfizo la inquietud del otro por la suerte de sus respectivos allegados, pero don Marcos además no tardó en dejar traslucir que en su espíritu se profundizaban las huellas de circunstancias de orden moral que lo preocupaban notoriamente.

Había tratado de que Juan lo acompañara en la visita a su padrino, sin lograrlo, mostrando así que ni aun bajo las tristes condiciones que imperaban se apaciguaba el resquemor nacido por las preferencias del doctor Lima hacia Cosme Ramírez. Con semejante contrariedad no pudo don Marcos disimular, no obstante intentarlo, que la actitud de su hijo le merecía la censura más acerba.

—"Este hombre con su politiquería me lo ha volteado de arriba a abajo, hasta el punto de que a veces pienso que no es hijo mío—" concluyó diciendo—, al propio tiempo que aquella situación le llevaba a rememorar, como si compensara lo que

ocurría, los nexos de la vieja amistad con el doctor Lima a través de cosas y hechos pasados. No parecía sino que, ya en la madurez de la edad, el lado sentimental de su vida comenzaba a recabar sus derechos con el estímulo del dolor presente, sobreponiéndose al sentido pragmático que siempre lo distinguió. Las palabras con que elaboraba los recuerdos que los unían iban a parar, de manera inevitable, a las vicisitudes recientes, producidas por el ciclón; pero desde allí, aunque tratara de impedirlo, se deslizaban también hacia los desafueros de origen político que había presenciado o cuyas versiones le llegaron en alas de los rumores circulantes.

El doctor Lima lo oía en actitud comprensiva. Con respecto a la postura de Juan, le restó importancia, expresando que seguía viéndolo como el muchachito aquel que un día llevó a la pila bautismal. De cuando en cuando ponía el toque de su propia experiencia en los hechos evocados por don Marcos, pero se guardó muy bien de no acuciar sus sentimientos de inconformidad, a sabiendas de los riesgos que podría correr, sobre todo por la condición de extranjero que conservaba, no obstante la profunda identificación con el medio. Por eso, los recuerdos que trajo a cuenta hicieron muy especialmente hincapié en la proeza cumplida por su compadre, al edificar a puro esfuerzo el pequeño imperio económico que de modo notorio había sido puesto al servicio del progreso y el crecimiento de la ciudad.

—Hombres como usted, mi compadre— le agregó, rematando una de sus frases— no pueden sino mirar hacia adelante, porque de ellos será siempre el porvenir...

La salida halagó a don Marcos, no por lo que contenía de elogio, sino porque le dio oportunidad de satisfacer el propósito principal con que había ido a la visita.

—Sepa, mi querido compadre, que en estos días en que las necesidades son de todos, puede disponer sobre lo que me queda como si fuera suyo...

Parecía haberse descargado, con aquella oferta, de un deber que consideraba ineludible, tanto que, poniéndose en pie, se despidió con frases afectuosas, mientras el doctor Lima

le expresaba las gracias y le decía que por fortuna era poco el daño material que había padecido.

Después de la despedida abordó su automóvil estacionado a la puerta, y tan abstraído se mantuvo en sus pensamientos durante el trayecto, que el chofer se vio obligado a llamarle la atención cuando se detuvo al pie de la escalinata de su residencia, que coronaba la puerta de hierro de entrada al jardín con el sonoro nombre de La Gloria.

La denominación rimbombante –prohijada por Juan en sus delirios de huera grandeza– amparaba la magnífica mansión que se hizo construir en uno de los altozanos que dominaban la ciudad, a manera de dechado culminante de sus preocupaciones por el progreso y el decoro urbanos.

Subió ágilmente la escalera, penetró en la casa y, desde su mirador sobresaliente, en la segunda planta, por centésima vez contempló la devastación que había sembrado el huracán. La sentía como algo que lo afectaba a modo de una agresión personal, pues bastante de lo eliminado por la furia de los elementos surgió por obra de su esfuerzo. Así, la mirada hacía caso omiso de la destrucción que estaba al alcance de la mano, la de su mismo albergue, mientras recorría la que a la distancia y en conjunto era testimonio revelador del abatimiento de la urbe.

–No lo creerán– se musitó a sí mismo– pero aquello me duele tanto o más que esto...

De la medida en que la destrucción había alcanzado a La Gloria daba fe su vista en aquel momento, porque para ver el panorama urbano le era indispensable pasarla por entre los andamios levantados para los trabajos de reparación.

Le sobrecogía aún recordar la experiencia. Repentinamente empezaron a desprenderse puertas y ventanas colocadas más con miras ornamentales que de seguridad. Los objetos volanderos irrumpieron en el interior de la vivienda mientras otros fueron disparados hacia fuera a diestro y siniestro. Por largos minutos quedaron más o menos en igual situación que aquellos que habían sido sorprendidos en medio de la calle. Juan, aterrorizado, fue el primero en precipitarse

hacia el sótano, mientras él, don Marcos, tuvo que empujar a doña Clotilde y al servicio para que atolondrados corrieran a buscar refugio en aquella parte de la casa. Allí el problema que fue tomando cuerpo lo constituyó el agua que paulatinamente iba inundando el recinto. Al término del duro trance les llegaba hasta las rodillas y había comenzado a considerar la necesidad de trasladarse a otro sitio, aunque fuera desafiando el maremagnum que, con gran estrépito, conmovía las partes superiores de la casa. Al producirse el engañoso intermedio ocasionado por el epicentro del meteoro, salió a echar un vistazo, mientras Juan, paralizado por el temor, le merecía una dura mirada de reproche al permanecer con las piernas encogidas trepado sobre un mueble en desuso.

Por el balance final de la aventura quedó completamente inservible el mobiliario y demás enseres de las habitaciones exteriores de la mansión, faltaban casi todas las puertas y ventanas, los árboles y arbustos del jardín quebrados o arrancados de cuajo, y, como muestra elocuente de la furia que había alcanzado el viento, estaba tronchada, como de mano gigante, la estatuilla de Mercurio en bronce que sobresalía airosa en la fuente central.

La reparación de la casa los obligaba a vivir igual que cualesquiera otros damnificados. Acogidos a las habitaciones interiores, en donde el daño había sido de menos monta, las privaciones e incomodidades servían de medida de la templanza de carácter de cada uno de los miembros de la familia. Para él la prueba significaba poco: el hábito del trabajo, que desde advenedizo lo elevó a vecino de jerarquía, encontró su curso natural en el afán del quehacer reconstructor y para doña Clotilde, sumida al paso de los años en su ensimismamiento, la situación no revestía, a juzgar por su actitud, nada de extraordinario. En Juan veía el punto discordante. Quejoso ante la menor contrariedad a sus hábitos de vida, se hacía al propio tiempo exigente con los encargados de las obras de reparación, queriendo incluir sobre la marcha detalles no previstos, pero siempre encaminados a incrementar el tono palaciego de la residencia, porque, según decía, era

necesario que estuviera a nivel de su rango en las nuevas constelaciones políticas.

Tales recuerdos y consideraciones desfilaban por su mente mientras continuaba inmóvil en lo alto de la casa, con la perspectiva de la ciudad enfrente. Reinaba un silencio propicio a la meditación en medio de la claridad radiante de la tarde. Los pensamientos fueron enhebrándose unos a otros hasta completar el cuadro de lo que en los días que corrían resultaba a manera de resumen de su vida para entonces. En primer término, le era imposible eludir lo concerniente a Juan. En función de buen padre, había proporcionado a su único hijo todos los privilegios de la educación y de la vida fácil, al paso que la fortuna le fue sonriendo. En el fondo del alma albergaba el secreto propósito de conseguir, por aquel medio, moldearlo a la altura intelectual de que él había carecido, pues, aunque esencialmente hombre de trabajo, nunca regateó a quienes escribían su admiración, cultivada a través de lecturas dispersas pero asiduas. Ingenuamente creyó que los bienes materiales bastaban para dar a su hijo los asideros que él no tuvo y se aseguraba, durante cierto tiempo, que iba a conseguirlo. Ahora la duda llegaba al punto de negarlo.

Debía confesarse como reo de incapacidad para aquilatar cuánto realmente valía Juan como el hombre de letras que se proclamba, pero la influencia negativa la introducía, punzante, la volubilidad de su hijo. Le estaba resultando insufrible. El punto clave para el repudio era la inusitada disposición para hacer caso omiso de previos afectos y adhesiones, y esto era decir que había echado en saco roto, de un día para otro, al líder de ayer para rendir pleitesía al encumbrado de hoy, o que mostró indiferencia, rayana en la insensibilidad, cuando se enteró del triste fin de Beato Peñales, el compañero de tantas andanzas.

Al discurrir así, se sintió precipitado por la propia lógica de los hechos hacia el campo de la política, tal como si recibiera un encontronazo, pues siempre trató de eludirlo hasta en el pensamiento. Pero de ese terreno era imposible desprender la suerte de Beato Peñales ni la actitud de Juan.

El caso del primero le despejó todas las dudas acerca del carácter del régimen, pese a los esfuerzos de Juan por alentárselas. Aquel extraño suceso que llevó al humilde amigo a refugiarse en el Salón Minerva, asiento de los devaneos intelectuales de su hijo, había terminado con la prisión del refugiado, en calidad de testigo único y sospechoso de la muerte de Lico Peral. Ante el trance, corrió en su ayuda, pues le hubiera sido imposible olvidar que se trataba de uno de los que sus recuerdos asociaban a los días lejanos de su arribo a la ciudad. Como si lo estuviera viendo: Alto, robusto, con la pelambre rapada de su gran cabeza de mulato. Los brazos musculosos cruzados sobre el pecho y la apostura de quien sentía confianza en sus fuerzas. Ceño hosco, hermético en las palabras, pero en el fondo alma de niño. Aquella atadura, que venía desde los tiempos idos, lo impulsó a tenderle la mano para ayudarlo a salir de la encrucijada que lo condujo a la cárcel. Se hizo cargo de los honorarios de la asistencia jurídica del detenido. Pasaron los días y el proceso dilataba en sustanciarse porque lo impedía, alegaban, el estado de Beato, próximo a la demencia. Esto tenía su origen en la monótona repetición por el sospechoso de la frase "fue el chofer del senador Batisterio", "fue el chofer del senador Batisterio" con la que aludía a la entrega del arma que puso fin a la existencia de Lico Peral, el compañero inseparable. La frase era repicada unas veces en voz alta y sin pausa, otras espaciadamente y con voz apenas audible, constituyéndose casi en sus únicas palabras, como si, al articularlas, se descargara de un remordimiento insoportable.

El curso de los días fue perfilando con caracteres de peligro la frase insistente, al ensombrecerla el ambiente político. El nombre incluido en ella se encaminaba a ser símbolo de poder irrefrenable y objeto de reverencia temerosa. Se empeñó por eso en disuadirlo de seguir repitiéndola. Fue una ardua empresa intentada reiteradamente pero sin fruto apreciable.

—Beato, por Dios, recuerda otra cosa, eso no tuvo importancia...

Lo miraba con ojos que querían salirse de las orbitas y redondos como su testa desmesurada. Musitaba entonces palabras apenas inteligibles. —La luna, el trote... maldición... y concluía alzando la voz para machacar su tema favorito:— Sí, pero fue el chofer del senador Batisterio...

Era claro que por aquel camino las cosas no lucían bien. En los días anteriores al ciclón hizo una última visita a la cárcel, para encontrarse con tamaña sorpresa cuando se le dijo que Beato había sido sacado para tratamiento y se ignoraba con qué destino. Medias palabras y eufemismos lo dejaban en el limbo, no obstante que con la mayor firmeza pretendía obtener la verdad de lo ocurrido. Al amenazar con dirigirse a las autoridades superiores, un tipo surgido de no sabía dónde se le acercó para decirle en voz baja:— Don Marcos, tenga cuidado, porque lo vino a buscar una ambulancia con el sargento Tiembla Pronto...

Bastaba aquel nombre para tender un manto tétrico sobre el asunto. Un ominoso presentimiento se apoderó de él y lo hizo acudir a las páginas del periódico, durante varios días, con temor de ver confirmado lo que presentía. Escrutaba el diario de arriba abajo, y al fin se tropezó con una nota escueta que informaba la aparición, el día anterior, de un cadáver flotando sobre las olas, con el cráneo destrozado, lo que hacía presumir que era del recluso en estado de demencia, escapado de la cárcel, que se había despeñado sobre el mar. En la calle, para quienes conocían los nexos que lo vinculaban a Beato, la noticia tomaba otro giro y se referían, con un tono de condolencia hacia él, a un tiro en la nuca como el procedimiento favorito del tal Tiembla Pronto. Las implicaciones disuasivas de la noticia y los comentarios no le amilanaron, sin embargo, y decidido se acercó a las autoridades competentes, solicitanto que se le mostrara el cadáver para fines de identificación. La respuesta fue seca y terminante: ya había sido sepultado.

Bajo esa impresión, que lo anonadaba, se vio obligado a preguntarse —"¿Estará mi hijo alucinado? "— al verlo partir, como si nada hubiera ocurrido, hacia el acto de juramentación

del nuevo Presidente ante los cuerpos legislativos, de los cuales formaba parte por obra y gracia de su voltereta política. A poco el ciclón introdujo el paréntesis trágico que varió por completo el ritmo de la vida en la ciudad y los ánimos de todos cuantos en ella vivían. Juan, sin alterar su línea, ostentaba entonces como un halago las convocatorias a reuniones en Palacio para adoptar medidas en favor de los damnificados. A propósito de ciertas leyes urgentes, encaminadas al alivio de los efectos de la catástrofe, la prensa se hizo eco de que había dejado oir su voz en el recinto legislativo en elogio "del agudo espíritu previsor y filantrópico y la sabia política de asistencia del ilustre Primer Magistrado, a quien el aura popular, guiada por la instintiva sabiduría del pueblo, esa que nunca se engaña, ha hecho que le llamen, con justicia, en reconocimiento de sus méritos excepcionales, El Unico."

Por estos extremos andaban sus pensamientos cuando advirtió que el automóvil de su hijo penetraba en la alameda que circuía la porción central del jardín. Hasta la matrícula que denunciaba las funciones legislativas de Juan le era antipática. Exhibía el número 77 con la palabra Diputado encima. Juan, al descender del vehículo, levantó la vista hacia él y le hizo una señal con la diestra en son de saludo. Se atrevía a asegurar que aquello estuvo acompañado, en su mente, de las palabras con que habitualmente le refutaba sus argumentaciones. Sin duda que se decía: —"Ahí está el viejo contemplando su ciudad y deglutiendo escrúpulos tontos... No se da cuenta de cómo cambian los tiempos y de la importancia que estoy adquiriendo..." Precisamente, por la mañana, en el desayuno, había hablado de una cita con el Presidente de la Cámara de Diputados, lo que le vino a las mil maravillas para excusarse de la visita a su padrino el doctor Lima. Era fácil imaginarse que aquella cita, de la cual sin duda estaba regresando, lo había dejado, como sucedía en casos similares, en un verdadero estado de exaltación.

Lo que estaba presumiendo no era equivocado. Juan regustaba consigo mismo en ese momento, al entrar a la casa,

lo que había sucedido. Don Librado Cadenas, el Presidente de la Cámara baja, huesudo, espigado, cara larga y bigote mínimo, pertenecía a las fichas permanentes del partidarismo político con fama de "sabérselas todas y no hacerle daño a nadie" lo que le había permitido el disfrute sin interrupción del presupuesto nacional. Se apresuró a echarle el brazo a las puertas de su despacho mientras le decía, en tono de confidencia, como anticipo de la importancia de cuanto iba a comunicarle: —"Tengo un encargo del Unico para usted, mi joven colega..."

Tomaron asiento. La escena que se produjo lo hizo sonreir un poco al recordar que, por un momento, le pareció que las piernas tan largas de don Librado alcanzaban para enredarse la una en la otra con varias vueltas.

—Pues bien —agregó, abordando de inmediato el asunto— ayer en la tarde estuve con El Unico y él, que todo lo sabe, cree que usted con su renombre de hombre de letras puede servirle al mismo tiempo qué va a tener oportunidad de cobrarse una cuenta... Se trata de este doctor Cosme Ramírez cuya presuntuosidad está desafiándolo... Se le han subido los humos a la cabeza con lo del heroísmo... Bah, entiendo que lo conoce muy bien...

No le quedó más remedio que decir algo, aunque el recuerdo de lo que aludía no le era precisamente grato.

—Sí, ya me ví obligado en una ocasión a ponerle los puntos sobre las íes...

Lo que acababa de decir parece que agradó a su interlocutor pues vio en sus ojillos súbita vivacidad al seguir hablando.

—Pues vuelva a la carga, mi amigo, y verá qué diferentes son las cosas ahora, del cielo a la tierra... Ha llegado el momento de cobrarle lo que le debe... Este tipo no sólo se cree héroe por sí mismo sino también por herencia y esas vanidades hay aquí que acabarlas... eso de que mi padre hizo y mi abuelo hizo... Nuestra historia principia con El Unico... Para comenzar usted es el hombre. Pero déle duro, eh. El Unico sostiene que para los enemigos sobra la piedad...

Escríbase algo y tráigamelo, pues es conveniente que él lo vea antes de publicarlo...

Cuando llegó a ese punto la evocación de lo sucedido, no podía negar, sincerándose en su interior, que bastante se le enfriaron los arrestos al darse cuenta de que el propósito de la entrevista era utilizarlo para atacar a Cosme Ramírez. No era que lo estimara, pero sí le guardaba cierto respeto desde que la experiencia anterior fue tan poco afortunada... El cambio no pasó inadvertido para la sagacidad de don Librado.

—Déle duro, le digo— reafirmó; recuerde que detrás tiene al Unico y que no estamos en los tiempos del ñoño de don Paco... Es más, en este país se acabaron las ñoñerías...

Tenía razón. El mismo significaba todo un personaje, legislador nada menos. También en el ambiente se olía por dondequiera la capacidad de mando de quien gobernaba. Sabría ponerse a tono.

—Descuide, don Librado... Ya verá usted... Pondré manos a la obra en seguida...

XXIV

El artículo –que la prensa anunció previamente, para suscitar la expectativa pública– fue impreso en hoja suelta distribuida con profusión setenta y dos horas después de la entrevista. Pero, tan grande como la del público, fue la sorpresa de quien, hasta ese momento, se estimaba su autor. ¿Qué había quedado de lo escrito por él? Sin embargo, allí estaba su nombre, señalándole como obra suya, claramente, ostentosamente, con letras fuera de lo normal por su tamaño, como a él le gustaban. Decía, sí, por el Lic. Juan Ventura. Pero comenzando por el título, no era el que había elegido, o sea "La Verdad y Nada Más" sino "Procaces Héroes de Mentirijilllas". No se diga lo del texto: poco quedaba de sus sonoras frases gradilocuentes con despliegue académico. Por el contrario, eran generalmente escuetas, agudas, directas y se encaminaban desde el principio a zaherir sin misericordia a Cosme Ramírez. Además, el escrito tenía una extensión limitadísima, si se le comparaba con los tantos párrafos que él había compuesto, esmerándose en hacer exhibición de su arsenal retórico para poner al descubierto el egoísmo condenable y la fatuidad de elementos como el doctor Cosme Ramírez, quien envanecido por un supuesto heroísmo, se negaba a colaborar con la causa que a golpes de genio dirigía un estadista de cualidades extraordinarias...

Estupefacto, no podía despegar los ojos de la hoja impresa. La procaz heroicidad de mentirijillas no era sólo la de Cosme Ramírez sino también la de su padre, "curandero sin entrañas cuya falta de escrúpulos atestó el cementerio de cadáveres" y que supo arreglárselas tan bien "que se rodeó de una leyenda de desprendimiento y hasta bizarría", cuando la

verdad fue que aprovechó ciertas circunstancias para hacer un oportuno mutis y sin abandonar el mundo de los vivos –que más vivo que él ninguno– esfumarse, y de esa manera eludir la persecución que debía llevarlo a morar entre rejas por el resto de su vida, en pago de tantos crímenes perpetrados contra la ingenuidad de los humildes." Los insultos se extendían hasta la madre conteniendo insinuaciones sobre su honra. "Piñonatera buenamozona –se le decía– que se alegró por todos los poros tan pronto hizo mutis el curandero farsante." El lenguaje soez no cesaba en explayarse en lindezas por el estilo para concluir que, con tales antecesores, no era de extrañar la tozuda vocación al engaño y a la moral depravada de quien en nuestros días, por no se sabe qué artes, aunque se puede asegurar de antemano que por las malas, se ha hecho de una leyenda de heroísmo a la par que la del padre, y que si no fuera porque tiene ribetes de una farsa cruel, bien podría calificarse de maravilla del histrionismo burlesco." La diatriba proseguía hasta envolver al doctor Lima en la amenaza con que se le ponía punto final. Se le tildaba de "probable alquimista, con sus consejos, de este amasijo de malas mañas y deletéreas intenciones que ha pasado de una generación a otra, como mal incurable, y que está reclamando por eso la acción enérgica del bisturí para ser eliminado como pústula social."

Tan atónito quedó, durante un buen rato, que no atinaba a ordenar sus pensamientos. Aquel lenguaje que se le atribuía lo arrastraba en una vorágine de sensaciones confusas, en las cuales se mezclaban el arrepentimiento con la persistencia desvaída del anhelo de siempre, insobornable, de hacerse sentir, de cobrar estatura, de ser reconocido como figura preeminente. En el torbellino de sus vacilaciones al fin cobró cuerpo el recuerdo de los reproches de su padre acerca de voltereta política que le había echado en brazos de Batister. Apenas advino tal rememoración cuando apareció don Marc con el impreso de marras en su diestra, exclamando, sin poder contener su indignación: "Pero es posible que hayas escrito esto! " Luego, como si al fin hubiera encontrado las

calificaciones que se habían hecho evidentes: "Tunante, mentecato! "

Le pareció empequeñecerse, como si su volumen físico se contrajera, cosa que le sucedía en las situaciones difíciles, y con una negativa sonora alertó el súbito deseo de escabullirse.

—Dime, por qué entonces aparece aquí tu nombre— agregó don Marcos, en tono imperativo, señalando el papel.

No le quedó más remedio que hacer acopio de fuerzas para relatarle la ocurrencia que le tenía turulato.

—Anjá— fue el comentario, ya con voz grave y sentenciosa.— ¿Y qué piensas hacer?

—Voy a averiguar con don Librado...

—Qué don Librado ni ocho cuartos... Lo primero es ir a disculparte ante Cosme y mi compadre Lima explicándoles la verdad. Las heridas que han recibido las siento como propias. Estás obligado a una disculpa, no solamente privada sino también pública. Debes llevar a los periódicos un desmentido...

El mundo se le vino encima.

—¿Cómo? Batisterio no me lo perdonaría. Sería la ruina total mía y tuya también. Tampoco nadie se atrevería a publicar algo así...

Don Marcos midió la habitación de extremo a extremo con sus pasos. Al fin se detuvo ante él.

—"Pues iré yo," fueron sus palabras. "Búscame una copia de lo que realmente escribiste."

* * *

Don Librado Cadenas insinuó una sonrisa de inocultable ironía cuando le anunciaron que el diputado Juan Ventura deseaba verlo. Adrede lo hizo esperar un buen rato y luego permaneció más o menos indiferente cuando penetró en su despacho. Como si al fin cayera en cuenta de quién se trataba se adelantó a hablar.

—Qué buen servicio le ha prestado usted, mi joven colega, al Unico. Qué artículo tan expresivo escribió. Le aseguro que le está muy agradecido.

Lo que iba a decir se le congeló en la garganta. Apenas se atrevió a musitar.

—Es que lo encontré muy diferente, don Librado.

—Ah, veo que es usted sumamente modesto. Fueron unas cuantas palabras las que cambió El Unico. El cree que con los enemigos sobran las consideraciones. Unas cuantas palabras nada más, colega, pero la sustancia, el mérito es suyo, nada más que suyo. Oigalo bien. Solamente usted escribió eso. Al Unico le disgusta profundamente— agregó mirándole con fijeza— que le atribuyan méritos de otros. Considera que con los suyos bastan y sobran. Ya lo sabe. Y ahora, vamos, que está a punto de comenzar la sesión de la Cámara y el Poder Ejecutivo ha sometido varios proyectos de sumo interés. Ese hombre no descansa, colega...

Ahora se quedó como si le hubieran propinado un golpe contundente. Detrás de aquellas palabras de don Librado, dichas sin mucho énfasis, pero sí con calculada lentitud, para que no se perdiera ni una, percibía el poder apabullante, triturador, que se denunciaba a cada rato. Guardó silencio al evaporársele la facultad del habla.

El largo brazo huesudo lo rodeó por el cuello. Se dejó conducir dócilmente. Al regresar a la casa, después de la sesión, cabizbajo, encontró un telegrama concebido en estos términos: "Lo felicito por su valiente artículo. Así se castiga a los perturbadores sociales. Lo abraza, Presidente Batisterio Ocampo." Eso abrió las puertas a la conformidad finalmente pero tuvo sumo cuidado en ocultárselo a don Marcos.

XXV

El libelo guardó estrecha conexión de causa a efecto con la evasiva para aceptar la oferta que le había traído don Julio Palma. Para zafarse del apremio dio curso a una carta en que señalaba imposibilidad "debido a los compromisos profesionales". La misiva fue concebida en términos cuidadosos para disminuir, en cuanto fuere posible, la impresión de un rechazo tajante. Pensaba sobre todo en los perjuicios a que estaban expuestos quienes lo rodeaban. De primer intento se refirió al ofrecimiento que se le hacía, calificándolo de "generoso" y finalmente suprimió el calificativo, pues a la larga no pudo resistirlo. Consideraba como muestra de indulgencia dar las gracias, al concluir la carta, "por la inmerecida atención de que era objeto de parte del señor Presidente."

Los días siguientes transcurrieron bajo la expectativa de cualquier indicio que revelara la reacción oficial. A él y a los que estaban al tanto del asunto no los abandonaba un solo momento la aprensión acerca de lo que podía suceder. La mirada de doña Mariana era interrogante en cuanto regresaba a la casa. Los hermanos se prendían de sus palabras en la mesa. El doctor Lima guardaba silencio, pero su actitud denunciaba muy bien que estaba alerta. Regina se valía del teléfono con más frecuencia, pues quedaron interrumpidas las habituales entrevistas nocturnas.

Como una campanada que era presagio de la crisis que todos aguardaban, recibió en su despacho, en una mañana plácida, en que el cielo azul señoreaba la ciudad, el libelo aparecido bajo la firma de Juan Ventura. Un manojo apreciable de las hojas sueltas se lo trajo Santos, muy azorado,

con los ojos más abiertos que nunca. El envío procedía de dos individuos armados que descendieron de un automóvil a la puerta del consultorio, diciéndole: —"Dále esto al doctorcito, para él y sus amigos", y que luego partieron raudos tras proferir tremenda carcajada.

Le pareció que el edificio que las incertidumbres y las expectativas habían levantado, en días cuya lentitud corrió parejas con la densidad de la azarosa inquietud que acarrearon, se venía al suelo de golpe y porrazo con gran estrépito. No necesitaba verse en un espejo para percibir que, a medida que leía, su rostro iba contrayéndose como si un dolor sin nombre le atenazara cuerpo y alma. Probablemente, de contar con tal testimonio visible, le hubiera sido difícil reconocer en él las facciones suyas, que compendiaban la corrección de las de doña Mariana con las netamente viriles de las de su padre. Los ojos oscuros, de singular brillo, iban en curso de velarse al humedecerse. En las sienes percibía el martilleo impetuoso de la sangre que coloreaba la piel trigueña mientras en las orejas le quemaba algo así como un recoldo de ascuas ardientes. Una y otra vez tuvo que apelar a la diestra para poner en su sitio el mechón indócil del pelo que, al absorberse inclinado en lo que leía, lo molestaba cayendo sobre la frente. ¡Qué bien habían elegido el punto más sensible para herirlo: el recuerdo que atesoraba de su padre y el cariño profundo, lindante con la veneración, que profesaba a su madre! ¿Podía Juan Ventura, realmente, haber escrito aquello? Era una forma de expresarse, empleaba un vocabulario que a todas luces no compaginaba con la idea que, por haberlo conocido desde niño, tenía formada de su personalidad; pero por otra parte, abundaba el malhadado escrito en alusiones a circunstancias de su vida y su familia que solamente un individuo como Juan estaba en condiciones de utilizar. Pensarlo y decidirse a tomarle cuenta fue todo uno. Ahora su indignación lo empujaba con fuerza irresistible, trepidante, enceguecedora...

Por suerte, en aquel momento arribó don Marcos Ventura y lo detuvo cuando, como un bólido, se disponía a

salir a la calle. Le abrió los brazos y lo estrechó fuertemente.— Me imagino lo que estás sintiendo, pero antes de juzgar a Juan debes saber toda la verdad. En su nombre vengo a darles excusas a mi compadre Lima y muy especialmente a ti...

El doctor Lima, que se hallaba en la habitación contigua, percibió la voz del visitante y acudió adonde ellos. Todavía no estaba enterado de lo sucedido. En medio de ambos y abarcándolos con los brazos extendidos, don Marcos los condujo de vuelta al despacho de Cosme. Allí les hizo el relato completo, mientras el doctor Lima se enteraba del contenido del impreso.— Como prueba— concluyó— aquí les traigo copia de lo escrito por Juan...

La magnitud del libelo, como ejemplo de bestial procacidad, quedó así al desnudo.

Los tres quedaron en silencio por un rato. Por lo que acababa de oir se daba cuenta que su indignación, trasmutada en deseo irrefrenable de venganza, hubiera tenido que encaminarse ahora a un nivel imposible de alcanzar a base de un ciego impulso. La treta maquiavélica de que se habían valido para atacarlo así lo demostraba. La idea se la confirmó el comentario del doctor Lima.

—Esto nos demuestra que se está dispuesto a echar mano de cualquier recurso, desde el más taimado y bajo hasta el más cruel, con tal de obtener el sometimiento de todos...

Al escucharlo, por la mente le pasó el pensamiento de ir a la prensa y enterar al público de la verdad. Pero, a aquellas alturas ¿qué periódico iba a correr el riesgo de reproducir sus alegatos? En la justicia no había ni que pensar. Estaba dócil y amedrentada como todo lo demás. Algunos intentos de independencia habían sido materialmente yugulados a pura fuerza bruta. ¿Cuál recurso le quedaba entonces? La respuesta se la dio a sí mismo: la de la acción directa y personal, pero no ciega, de propósito limitado, para cobrarse una ofensa, sino proyectada hacia un cambio completo que garantizara que nadie en el futuro tendría que padecer cosas como aquellas o como de las tantas que de público se

repetían. Los hechos estaban demostrando que era tal la embriaguez de poder, que para nadie había consideración y que, a veces, tanto los que se estimaban como enemigos como los plegados dócilmente eran víctimas de los excesos. El caso de Juan, por ejemplo...

El doctor Lima y don Marcos se quedaron mirándolo sorprendidos por el mutismo en que estaba inmerso, como alejado de lo que le circundaba, pero al fin sus palabras dieron cuenta de cuál era el curso de sus ideas.

—Don Marcos— expresó— le agradezco por cuanto ha venido a decirnos. Creo que me ha iluminado la mente. Con su hijo Juan no me he llevado siempre muy bien, pero los caminos diferentes en este caso me han resultado particularmente elocuentes. Estoy viendo que la férula se ejerce tanto sobre los que estamos resistiendo como sobre los que han creído ganarse la sombra protectora y beneficiosa del poder mediante la colaboración sin condiciones. Eso me demuestra que sería egoísmo culpable sólo preocuparme por lo que personalmente me concierne. La lucha tiene que ser por todos... Por todos— subrayó— mientras las facciones se le endurecían y los ojos comenzaban a despedir un brillo peculiar de difícil descripción.

XXVI

El libelo fue la comidilla del día durante mucho tiempo en la ciudad. Los comentarios se elevaban hasta la indignación en algunos y en otros descendían al solazamiento parlachín e irresponsable. Por más esfuerzos que hizo para impedir que las soeces expresiones de la hoja suelta llegaran a conocimiento de doña Mariana, esta se enteró por trasmano y hasta por llamadas telefónicas que no vaciló en atribuir a áulicos oficiales que se revolcaban en su servilismo. Los hermanos, a quienes algunos malvados zaherían con referencias irónicas a los padres, daban muestras de sentirse dispuestos a todos los extremos con tal de cobrarse las ofensas. Más de una riña callejera testimoniaba el espíritu beligerante que se había adueñado de ellos.

Mientras tanto, los signos que indicaban que a su alrededor iba cerrándose el círculo de las asechanzas y las intimidaciones se hicieron, con cada día que pasaba, más ostensibles. Se daba cuenta de que en la calle lo seguían disimuladamente. Vehículos bien identificados insistían en pasar por ante la casa. En el consultorio, tipos del servicio secreto, que sin embargo se denunciaban a primera vista por su indumentaria y su actitud arrogante, aparecían con frecuencia en las esquinas o desfilando inquisitivamente ante la puerta de entrada. Cuando las atenciones a pacientes en sus domicilios lo obligaban a trasladarse en automóvil público, el chofer, que esperaba a la puerta, era interrogado sobre la persona visitada y lo peor era que lo mismo le ocurría al doctor Lima.

En el consultorio mismo la situación se tornaba paulatinamente más apremiante. La nerviosidad de Santos iba en aumento, pero la afluencia de pacientes disminuía. Algunos fueron detenidos antes o después de la visita, para preguntarles sobre los motivos de la consulta. El problema alcanzó su clímax una mañana, cuando Santos, sobresaltado, se presentó para decir con voz quebrada por el temor que un tipo de facha siniestra, bien conocido por sus fechorías, le había comunicado que era su deber anotar el nombre de las personas que acudían y que él cada tarde recogería la lista correspondiente.

Convino con el doctor Lima en que aquella inusitada demanda tenía por finalidad privarlos de la asistencia del asustadizo Santos. Así fue, efectivamente, pues al otro día el viejo servicial brilló por su ausencia. El hueco, sin embargo, fue motivo para un acontecimiento inesperado: la primera mañana en que, como el que llegaba más temprano, abría el consultorio, tropezó con la novedad que iba a introducir una intrigante perspectiva en la situación que aceleradamente estaba a punto de desesperarlo.

En el piso se tropezó con una hoja manuscrita que había sido introducida por debajo de la puerta. La letra era irregular, como de persona no muy hábil en el manejo de la escritura. Al leerla encontró faltas de ortografía y construcción. Pero el texto era por demás elocuente dadas las circunstancias: "Querido doctor Cosme: sentimo lo que está pasando. El vandido de Batisterio no quiere gente dinas pero estamo trabajando para acabar con esta bagabundería y necesitamo gente como usted. Unase a nosotros no hablo por mí sino que soy mensajero. Uste me conoce pues me atendió cuando el ciclón. Si quiere saber quien esta escriviendo ante de darme confianza le aviso que hoy a las diez en punto pasará por la asera del frente. Tengo un brazo rompido (usted me lo arregló) soy color indio y más bien alto y gordo. Para que vea que le tengo confianza le escribo con letra de puño. Si uste me coje confianza venga mañana bien temprano antes

de que se presenten los vandidos que paran en la esquina y hablaremos."

Varias veces pasó la vista por el manuscrito. La primera pregunta que se hizo, desde luego, fue hasta qué punto era auténtico como expresión de la inconformidad de uno entre los tantos millares que la experimentaban. ¿No estarían poniéndole una trampa? Todo era posible, pero también resultaba cierto que, de ser aquello merecedor de confianza, ofrecía un resquicio en el círculo de hierro que lo estaba aprisionando. En su fuero interno bullía el imperativo de la acción pero el impulso tropezaba con los muros del temor de unos, de la sospecha de otros y de la granjería de los de más allá, elementos que, junto con la represión impiadosa de los "policías secretos", surgidos como por encanto, se convertían en una malla tupida que vedaba el menor asomo de protesta.

Se guardó el papel y decidió esperar. Como quien no ponía interés en el asunto, pocos minutos antes de las diez echó una mirada por entre las rejas de la ventana de su despacho. No tuvo que aguardar mucho. A las diez en punto, repicadas sonoramente por el reloj público próximo, apareció un individuo desfilando lentamente en el campo de su visión. Era tal cual lo describía el papel. Tenía el brazo izquierdo en cabestrillo. Indudablemente que lo había visto antes. Volvió a su escritorio. ¿Dónde? ¿Cuándo? Al fin hizo memoria. Resultaba ser la misma persona que atendió en el consultorio el día del ciclón y cuyo valor para resistir sin una queja el acomodamiento de la fractura de su brazo izquierdo le llamó la atención. Más tarde fue el mismo que no pudo ocultar su insatisfacción ante los ruegos de Mariquita Cola Larga atribuyendo cuanto ocurría a un castigo por la cobardía demostrada frente a Batisterio. El recuerdo se le hizo gráfico, física y moralmente, pues en aquella ocasión le pareció un individuo de recia integridad. Se sintió complacido. ¿Habría realmente encontrado una vía para despejar la imperiosa necesidad de acción que albergaba en el alma?

No pudo impedir las cavilaciones sobre el asunto, desde ese momento. En general estaba inclinado a la confianza, pero

los casos de dobleces y simulaciones eran tan de cada día, que por momentos retornaba la duda. Un tipo como ese muy bien podía utilizar sus antecedentes con él para ofrecerle a los que lo constreñían la oportunidad de sorprenderlo en supuestas actividades conspirativas. Era un propósito muy a tono con la época, para sacarlo de la circulación pública y disponer de él a su antojo. Tales alternativas de su ánimo duraron hasta la tarde cuando una llamada telefónica les puso punto final.

Quien llamó fue el doctor Veloz, uno de los pocos que le había dado testimonio de solidaridad cuando comenzaron sus dificultades. Ahora sus palabras fueron extrañas, pero no le costó trabajo percatarse de su significado.

—Creo, colega, que vamos por buen camino para salvar al enfermo. La receta que le hice llegar esta mañana es efectiva; pruébela... Le ruego me haga conocer el resultado porque lo necesito para mis notas de laboratorio...

Vaciló un momento pero al fin se repuso.

—Agradecido, doctor Veloz, por su interés y anotaré el menor detalle acerca de la evolución del paciente para suministrárselo...

La breve conversación lo volvió a sumir en sus pensamientos. El haber entendido y el haber dado respuesta demostraba que era la suya una actitud receptiva. En realidad, casi un compromiso.

A la mañana siguiente acudió con sobrada antelación al consultorio. A poco tocaron a la puerta, que había cerrado, pues mantenerla abierta a tan temprana hora hubiera atraído la atención. Quien llamaba era el tipo de marras. Lo hizo pasar y cerró de nuevo.

Un recio apretón de manos inició el reencuentro. El hizo su presentación: —"Me llamo Daniel Félix. El día del ciclón era tal el atareo que no le dejé mi nombre..."

Entonces lo introdujo a su despacho y lo acomodó en un asiento frente a su escritorio. Ante él extrajo de uno de sus bolsillos el papel manuscrito, y encendiendo una cerilla le dio fuego.

—Veo que está en la cosa, doctor— fue el comentario de Daniel Félix.

La observación le provocó una sonrisa, pero más bien le hubiera gustado eludir las implicaciones del pensamiento de su interlocutor. Se limitó a decir que las circunstancias le obligaban a aprender, nada más. Luego pidïo detalles del mensaje que traía.

Era, efectivamente, del doctor Veloz, quien deseaba ponerlo al tanto de lo que se venía preparando. "—Aspira a que se nos una y si usted está dispuesto puedo llevarlo esta noche a una reunión." Luego, entró en detalles. —"La cosa es en grande, doctor Cosme. Yo soy de los chiquitos pero hay mucha gente de calidad, muchos profesionales. El doctor está atento a cada atropello que comete este bandido para demostrarle en seguida, a quien lo sufra y merezca confianza, que se le puede ayudar. El caso suyo dio asco. Sentimos los insultos a sus padres como si estuvieran dedicados a nosotros"...

A juzgar por lo que oía, a Daniel Félix le asediaba una locuacidad irrefrenable en cuanto el tema era Batisterio y sus excesos. Tras consultar el reloj consideró prudente poner término a la entrevista, pues el visitante debía abandonar la casa antes que aparecieran los fisgones de la esquina. El pareció advertir lo que pensaba y se empeñó en disculparse. —"No crea que hablo así siempre. Soy hombre prudente. Por eso confía en mí el doctor Veloz. Lo que ocurre es que con gente como usted tengo que desahogarme hasta que llegue el momento del griterío en la calle contra este sinvergüenza..."

Para desviar la conversación quiso saber de la fractura de su brazo. Se puso en pie y le palpó la extremidad afectada. La robusta naturaleza del tipo había acelerado sin duda la consolidación ósea. Lo procedente era confirmarlo con una radiografía pero, como muestra de lo difícil que estaban las cosas para él, en los hospitales que poseían el equipo le negaban su uso a base de toda suerte de pretextos. Por tanto, "todo va muy bien", se limitó a decirle. De allí pasó a

precisar la cita: —"¿Dónde nos veríamos para la reunión de esta noche? "

A Daniel Félix se le iluminaron los ojos. Había comenzado a dudar acerca del buen éxito de su misión. De inmediato explicó el sistema empleado en esos casos para burlar cualquier vigilancia:— "Salga de su casa a las ocho, como a pasear,y cuando menos lo espere un automóvil se le detendrá al lado y lo invitarei. s a acompañarnos.."

XXVII

Todo sucedió según lo habían dispuesto. La novedad fue motivo para alterar lo que se estaba haciendo resignación en él: no salir en las noches. Al principio le costó trabajo porque hasta hacía poco, a partir de la visita a Regina, se convertía en un impenitente deambulador nocturno. Lo atraía recorrer las calles en la tranquilidad relativa de la noche y, en épocas normales, formar tertulia con los amigos bajo los laureles de la plaza. El diálogo en soledad transcurría con los tantos recuerdos que los diversos parajes de la urbe atesoraban para su sensibilidad. El confinamiento involuntario a que le obligaban las circunstancias le resultaba por eso el ingrediente represivo por excelencia que materialmente lo ahogaba. Era parte, muy particularmente, del remordimiento que crecía en su fuero interno por la pasividad frente a la ofensa recibida.

Era así como dentro del automóvil, el aire en movimiento, que corría libremente, al refrescarle las sienes le aliviaba el peso de su insatisfacción. Al fin estaba haciendo algo. Junto a él iban Daniel Félix y un chofer que este llamaba Pililo. Se enteró del nombre cuando Daniel Félix, en las únicas palabras que articuló durante el trayecto, le pidió que acelerara la marcha. Esta concluyó en un bosquecillo en las afueras de la ciudad. Allí dejaron el vehículo, disimulado por el copioso follaje de varios árboles que entrecruzaban sus ramas formando una especie de bóveda que descendía hasta el suelo. Entonces emprendieron la marcha por un estrecho sendero que comenzaba a los pocos pasos. Fue el momento en que se dio cuenta de que Daniel Félix se había deshecho del impedimento que tenía en el brazo izquierdo. Después de una caminata de breves minutos apareció una edificación de

madera, de apariencia descuidada, que a primera vista mostraba las señas de una reconstrucción superficial e incompleta. Al poner el pie en la galería, el crujido de las tablas sirvió como de aviso. El doctor Veloz salió a recibirlo con un fuerte abrazo y lo condujo al interior. Daniel Félix y Pililo se instalaron, en actitud vigilante, en los dos extremos de la galería, teniendo en sus manos sendos revólveres.

A la luz mortecina de una lámpara que colgaba del techo pudo identificar a algunas de las diez o doce personas que se encontraban reunidas. Varias de ellas eran colegas, pero había también de otros círculos profesionales. Las caras jóvenes no escaseaban, mas le llamó particularmente la atención el rostro aguileño y curtido de un individuo entrado en años, como lo denunciaban sus cabellos blancos, el cual estaba ubicado en un rincón de la sala. Lo notó el doctor Veloz y dijo: —"Mi deber es presentarte, en primer término, a don Fonso Vargas, el dueño de la casa." Al estrechar su mano la sintió ruda, encallecida por el trabajo.

"—Ahora—" prosiguió Veloz— "les presento a todos a un nuevo y valioso iniciado, aunque creo que la presentación huelga, pues, ¿quién no conoce en la ciudad y en el país al doctor Cosme Ramírez? Fue el hombre que nos dio una lección ejemplarizadora de devoción al deber y de amor a sus conciudadanos con motivo del ciclón, y a quien el régimen nefando que nos esclaviza le acaba de pagar con el insulto mediante la frase soez que tan bien lo caracteriza y que en este caso no ha respetado ni los sagrados sentimientos filiales. Todo porque el doctor Ramírez se negó a unirse al carro de este César de nuevo cuño que nos ha caído encima. Sé que para todos ustedes la presencia del recién llegado ha de suscitar el deseo de la bienvenida entusiasta a que él es acreedor, pero me permito recordarles lo que estoy demostrando con la inflexión de mi voz: todo a sotto voce, hasta que llegue el momento de dar rienda suelta al grito de libertad en medio de la calle..."

Un murmullo apagado acogió sus palabras y luego desfilaron uno a uno los demás, estrechándole la mano.

Algunos lo abrazaron. Se tropezó con viejos conocidos, con antiguos compañeros de estudios. Al acercarse los rostros, pudo advertir en ellos una fiera decisión.

Una vez terminado el desfile, Veloz hizo uso nuevamente de la palabra. —"Ahora" —dijo— "les pido permiso para retirarme junto con el doctor Ramírez a la habitación contigua, a fin de enterarlo de los detalles de nuestra sagrada empresa".

Se trasladaron a un cuarto lateral en donde había un escritorio rústico y varias sillas, dos de las cuales aproximaron para tomar asiento.

Según la información de Veloz, el movimiento estaba en marcha desde dos meses atrás. Se extendió con rapidez y había cuatro grupos principales a la fecha. Funcionaba a base de células aisladas, a fin de evitar el peligro de las denuncias, pero existían consignas unificadoras para el día de la acción que estaba próximo. El propósito era obtener de la manera más incruenta posible el derrocamiento de Batisterio y la instalación de un gobierno provisional. —"Para eso queremos tener disponibles los elementos más aptos e íntegros del país. En tu caso, por ejemplo, el propio coronel me hizo llegar la conveniencia de darte participación en el movimiento".

—¿El coronel? ¿Cuál coronel?

—Una de las consignas es no revelar por el momento los nexos con los elementos militares. En gran medida son ellos los que han fomentado el movimiento. El sistema de vejaciones no los excluye. Entre la oficialidad profesional cunde la insatisfacción. Batisterio prácticamente los ha engañado, buscando su respaldo para una supuesta renovación nacional después del desbarajuste de don Paco, y en realidad lo que está demostrando es un afán irrefrenable de poder, que no se detiene ante el crimen, y una ambición de lucro sin cortapisas. Con mentalidad de los viejos tiempos reparte a diestro y siniestro grados militares a advenedizos y bandidos lesionando el prestigio de la oficialidad profesional. Entre los primeros está su propio hijo Polo, que de muchacho disipado

se ha convertido en capitán y dicen tiene abierto el camino al generalato. Entre los segundos están muchos de los que manejan el terror. Cosas así no se las perdonan los que son militares auténticos...

Quiso entonces saber sobre la planificación de la empresa. Veloz fue explícito: en la madrugada del día consabido, los grupos ya provistos de armas, en previsión de que hubiera que hacer uso de ellas, rodearían la residencia particular de Batisterio exigiéndole su renuncia. Al mismo tiempo, los elementos militares comprometidos en la guarnición promoverían el pronunciamiento de aquella. "—Los más mínimos detalles para que esto funcione están previstos—" agregó. "La guardia de Batisterio en su residencia es reducida y además hay gente nuestra en ella... Así que le vamos a dar tamaño susto... Habrá que juzgarlo por sus abusos y crímenes..."

Le pareció que Veloz pecaba de optimista, pero ello era preferible a la falta de confianza. Prosiguiendo con sus informes dijo que a los principales comprometidos ya se les estaban suministrando armas cortas. —"Nos las hace llegar el coronel. Tengo un revólver para ti. Creo que esta es la penúltima reunión de nuestro grupo."

Fue a un pequeño armario disimulado en uno de los ángulos del cuarto y extrajo de una caja un flamante revólver. Cosme tomó el arma y se la colocó al cinto.

—¿Quieres saber algo más? ¿Tienes algo que preguntarme?

—Cuando he aceptado el arma es porque me considero de ustedes.

Las palabras fueron rubricadas con un estrecho abrazo.

Al volver a la sala en donde permanecían los demás se creyó en el deber de decir algo.

—"Me acabo de sumar a la grandiosa y arriesgada empresa que se ha emprendido. Que nos veamos obligados a reunirnos para estos fines y reducir al mínimo nuestra voz demuestra la situación que padecemos. Es lamentable que, según lo atestigua nuestra historia, cada generación nuestra ha

tenido que hacer esto y algunas no sólo una vez sino con frecuencia. Después que recientemente la bota extranjera holló nuestra tierra pensábamos que tales desventuras eran definitivamente cosas del pasado, porque ellas contribuyeron notablemente a facilitar el atropello a nuestra soberanía. Nos faltaba conciencia de que, por el contrario, se habían creado nuevas condiciones que con más agudizamiento que nunca nos impondrían la repetición de la experiencia, porque junto al mejoramiento material no se dio el mejoramiento moral y educativo. Ahora todo el poder está en un solo lado y como fuente económica el gobierno es el que principalmente suministra los medios para satisfacer las ansias, que en muchos se han despertado, de disfrutar un nuevo género de vida. Mientras el temor y la violencia juegan su parte, la dádiva y el soborno compran conciencias. Alguien, no es necesario nombrarlo, ha convertido eso en sistema. Yo he sido una víctima de semejante situación, pero el padecimiento personal no es lo que me ha traído aquí, sino lo que él me ha revelado del dolor que sufre nuestro pueblo, nuestra ciudad herida, herida por la naturaleza y herida por los hombres. Pienso por eso que esta cruzada no debe ser una más de las tantas que registra nuestra historia sino destinada a poner coto a los vicios tradicionales y a los recién adquiridos, que en conjunto están duplicando nuestros dolores. Es también de urgencia. Si las cosas siguen por el camino que han tomado, no está lejano el día del dominio absoluto e indiscutible en que de la condición de ciudadanos pasaremos a ser partes de una empresa privada de explotación, y muchos de los que aún resisten tendrán que claudicar por razones de mera supervivencia. Ahora, señores, que pronto podamos gritar sin temor alguno: ¡Viva la libertad! "

El efecto de la improvisada arenga, dicha pausadamente, fue visible en la expresión de los rostros semiiluminados por la lámpara de fulgor mortecino que pendía del techo. Para evitar un asentimiento ruidoso, Veloz se había cuidado de gesticular con las manos para evitarlo. El murmullo sordo fue en esta oportunidad más intenso y estuvo intercalado por juramentos

claramente perceptibles. Lo que sí no pudo impedirse fue que todos se abalanzaran en grupo para abrazarlo.

XXVIII

Durmió a pierna suelta aquella noche, como si al fin se hubiera librado de un peso insoportable. Al despertar se sentía diferente: era un conspirador con todos sus pelos y señales. El cambio lo hizo cavilar. En primer término se empeñó en definir al conspirador y concluyó en que uno de esa clase era quien concurriera de manera secreta al propósito de sustituir en forma violenta el gobierno. Pero, en este caso, ¿no estaba el gobierno, a su vez, conspirando también, al imponer un régimen tiránico en violación del orden constitucional y las leyes? Sus finalidades las ocultaba igualmente, pues nadie tan elocuente como Batisterio en proclamar de palabra los más elevados principios mientras sus hechos los desmentían en forma macabra. Entonces, en definitiva, la conspiración a la cual se había unido no lo era, puesto que trataba de impedir que la otra, ya puesta en marcha, se consumara irremediablemente. Este punto de partida de sus cavilaciones le pareció bien esclarecido, pero su transformación de ciudadano pacífico en conspirador no resultaba meramente cuestión de calificativo, sino que concernía a su vida entera, tanto privada como pública. Ahí estaba su familia, ahí estaban sus relacionados más íntimos, el doctor Lima y la inspiradora del amor que ampliaba sus horizontes, Regina Palma. A ellos nada podía decirles no obstante estar plenamente consciente de que en mayor o menor medida participaban del riesgo a que él se exponía. Los métodos al uso no dejaban lugar a dudas.

Pensaba así cuando se tiró del lecho. De inmediato recordó que tenía debajo de la almohada el revólver que le había entregado Veloz. Era aquella arma como un símbolo del

cambio que de un día para otro se había producido en su vida. Pero tanto la mudanza como el arma tenía que ocultarlas. Colocó la última en el más apartado rincón de una de las gavetas incrustadas en la parte baja del amplio armario de caoba que le servía de ropero. Disimuló su presencia amontonándole encima periódicos y algunos enseres de uso personal. Pero persistía de por medio la más delicada de las tareas: la de escamotear, ante los demás, la sospecha siquiera del compromiso que había contraído.

Como era de presumir, a doña Mariana no le pasó inadvertida su ausencia de la noche anterior, porque cuando las cosas empezaron a enseriarse, con el hostigamiento de que se le estaba haciendo objeto, había suspendido las salidas nocturnas. En gran parte perdieron su encanto desde que se interrumpieron los encuentros con Regina. Aquello produjo un vacío en su ánimo que facilitó resignarse a otras privaciones. Trataba de embeberse en el estudio y la lectura pero intranquilidades repentinas lo obligaban a ir de un sitio a otro en la casa. Se acogía al fresco ambiente del patio en donde muchas veces el relente nocturno favoreció la llegada prematura del sueño. Doña Mariana lo seguía como la sombra al cuerpo y con frecuencia ambos terminaban dormitando sobre los bancos colocados cerca del brocal del viejo pozo de la casa.

La salida de aquella noche constituyó, por tanto, una novedad dentro de las rutinas de las últimas semanas. Sobre ella, sin embargo, nada dijo cuando se dispuso a tomar el desayuno, pero como sabía que las preguntas vendrían, tarde o temprano, creyó preferible, cuando saboreaba el café con leche, adelantarse y disipar con la mayor naturalidad cualquier inquietud.

—Anoche me decidí a echar un vistazo por esas calles. El confinamiento me está desesperando...

La mirada y el gesto de ella fueron lo suficientemente explícitos para darle a entender que sospechaba que no estaba diciendo toda la verdad, pero, con una sonrisa, se limitó a expresar:

—"Comprendo, mi hijo, pero debes tener en cuenta lo que puede una imaginarse cuando oye decir que en situaciones como la tuya quienes salen ignoran si volverán a su casa..."

Se quedó impávido ante la observación fingiendo no concederle importancia. —"Pues si supieras"— agregó— "el paseo me hizo bien. ¿Qué te parece? Maquinalmente tenía los pasos enfilados hacia donde Regina, como si nada hubiera pasado..." Al comentario trató de darle un tono de sorna mientras untaba un trozo de pan en mantequilla.

El nombre de la muchacha imprimió otro giro a la conversación, distrayendo a doña Mariana de sus preocupaciones inmediatas, pues se apresuró a informarle que Regina había tratado de hablarle por teléfono temprano, cuando aún él dormía, rogándole que aguardara su nueva llamada. Al instante sonó de nuevo el timbre del aparato telefónico colocado al fondo de la estancia.

Doña Mariana afectó discreción al verlo acudir presuroso e intentó desentenderse de lo que conversaban. Pero al poco rato la voz de él subió de tono. —"¿Cómo? ¿Por qué tanta precipitación? " Algo le dijeron al otro lado de la línea pues fue visible que se le demudaba el rostro. A seguidas agregó: —"No quería saber que te fueras, pues el vacío para mí será más grande, pero veo que hay buenas razones para ello. ¿Que me escribirás? Mándame las cartas a mano, cuando haya ocasión de confianza, pues sin disimulo están abriendo mi correspondencia..."

El intercambio siguió por un buen rato. Las protestas de amor a la despedida se hicieron interminables, pero una vez hubo dejado el teléfono lo vio adosarse a la pared y, con el puño cerrado, golpearla en una demostración de furia impotente, mientras mascullaba palabras ininteligibles. Los golpes siguieron rotundos y empezaron a dejar en el muro pequeñas manchas rojas. Verlas y precipitarse doña Mariana para impedir aquello fue todo uno.

La explosión de ira incontenible la tenía atónita.

—"¿Qué te ha dicho? ¿Qué sucede? —" atinó a interrogar. Se prendió de su cuello e intentó inmovilizarle el

brazo. A duras penas pudo llevarlo a un asiento. La posición sedente pareció calmarlo y permitirle recobrar conciencia de la realidad. Quedó por un rato estático y entonces se le ocurrió que todo aquello era prueba patente de su poca aptitud para el disimulo, tan necesitado en sus circunstancias, pero que tan en conflicto estaba con su íntima vocación a la sinceridad. Si seguía así, bien podía echarlo todo a perder. Mientras tanto, doña Mariana aguardaba expectante. Al fin le explicó:

—Regina se va para su pueblo, adonde su madre, según me lo había dicho, pero de manera tan precipitada que es casi una huida, aprovechando el viaje semanal de don Julio. Anoche tomó la decisión. ¿Sabes por qué? Pues porque la tía Lupe introdujo en la casa a Polo Batisterio. Este tipo con el uniforme que le han puesto se cree investido de derechos fuera de lo común, sobre todo desde que han nombrado a don Julio Ayudante Especial del Presidente. La alcahueta de la tía Lupe está que se derrite con el feazo de Polo. Sólo pensar que le pone los ojos encima a Regina me enfurece...

Terminó de hablar en una actitud que indicaba su disposición de ir a la calle. La alarma maternal tomó cuerpo nuevamente y vino el ruego de que aguardara para restañarle la sangre de las pequeñas heridas que se había hecho en los dedos. Tras dejarlo solo por un momento volvió con tintura de yodo y cinta adhesiva en las manos. Al curarlo comentó que no creía valiera la pena tener celos de ese feazo como lo calificaba.

El llamamiento a la prudencia empleó todos los argumentos. La repentina disposición no dejaba de ser extraordinaria, pues las salidas diurnas también se habían espaciado, razón por la cual ésta revestía las características de una de esas decisiones impulsivas que a ella le eran familiares y que siempre le causaban temor. El había estado yendo lo menos posible al consultorio desde semanas atrás. Pensaba desprenderse por completo, según le había dicho, de la asociación profesional con el doctor Lima, en interés de evitarle dificultades. La situación había llegado a tal extremo que prácticamente nadie concurría al consultorio. Más de una

vez recordó lo sucedido al doctor Valenzuela.

La amorosa atención de doña Mariana terminó pronto. La besó con ternura asegurándole que se dirigía al banco y que volvería sin tardanza. En realidad, tomó el camino de la morada de los Palma. Le era imposible resistir la tentación de ver a Regina por última vez antes de que partiera. Se detuvo en la esquina. Un automóvil flamante estaba detenido frente a la casa. Pudo distinguir el número de la matrícula y sobre todo cerciorarse de que era oficial. Le trepidó el corazón indignado. ¿Polo? Por suerte, en ese momento salían don Julio y Regina de la casa y la tía Lupe se asomaba al pequeño balcón en actitud de despedida. No supo cómo avanzó y Regina, al verlo, hizo lo mismo, encontrándose a mitad del camino y abrazándose sin que pudieran contenerse. Don Julio y la tía Lupe miraban atónitos. Prosiguieron hacia ellos, cogidos de la mano y durante el trayecto ella advirtió las curaciones de la mano derecha. Se detuvo y la tomó entre las suyas —"¿Qué es esto? —" dijo. "—Nada—" le respondió— "que al no poder pegarle a Polo me la desquité con la pared." Lo compadeció con un "¡por Dios, estuviste loco!" pero al mismo tiempo, entre halagada y mostrando extrañeza, le sonrió con expresión que le supo a gloria. Al llegar adonde los aguardaban, la situación por un momento resultó embarazosa, pero decidido le extendió la mano a don Julio. Este vaciló antes de estrechársela y, sin decir palabra, tomó por el brazo a su hija y la introdujo en el vehículo, el cual partió en seguida. La mirada de la tía Lupe oscilaba entre él y los que partían y su rostro, en demostración extraordinaria de versatilidad, asumía alternativamente manifestaciones de desagrado y cariñosa despedida.

Por su parte giró sobre los talones y salió disparado sin decir palabra. Ahora era cuando se dirigía al banco. La forzada ociosidad profesional lo estaba obligando a echar mano de sus ahorros. Restaban en su cuenta corriente exactamente 1.428 pesos que quería transferirlos a nombre de doña Mariana viuda Ramírez. No se le escapaba que el

compromiso contraído tenía como posibilidades negativas desde la prisión hasta la muerte.

Cumplida la diligencia se encaminó entonces a la redacción de "El Noticiero". Su entrada produjo evidentes prevenciones que los gestos y la miradas no pudieron ocultar. Apenas recibió unas cuantas inclinaciones de cabeza de pura cortesía. Era un ambiente muy distinto al de tiempo atrás, cuando sus artículos fueron aguardados con avidez y constituyeron el mayor atractivo del periódico, y ni por asomo se asemejaba al de los días de la gran publicidad acerca de su persona después del ciclón. Fue al departamento de anuncios y pidió papel para redactar uno. El que entregó decía: "El doctor Cosme Ramírez avisa al público que a partir de la fecha se ha desligado de su asociación profesional con el doctor Augusto Lima y que oportunamente dará a conocer la ubicación de su nuevo consultorio."

Cuando iba de regreso para su casa, sentía que por lo menos se apaciguaban las principales preocupaciones de su nuevo papel de conspirador. Pensaba muy especialmente en el doctor Lima y en el efecto que le causaría el anuncio. La intención era que Batisterio se convenciera de que entre ellos había desacuerdo. Por lo demás, la insolente intrusión de Polo en sus amores con Regina era ingrediente que afirmaba su decisión de llevar hasta sus últimas consecuencias la lucha contra el régimen de su padre. Ese pensamiento lo hizo apretar el puño pese al dolor de los nudillos desgarrados.

XXIX

Ocasionalmente tenía noticias de que el asunto marchaba, mediante breves conversaciones telefónicas sobre supuestos casos profesionales con el doctor Veloz. Mientras tanto habían llovido las protestas del doctor Lima por el anuncio de marras y con la llegada de la primera carta de Regina la vida pareció darle un breve respiro. Era extensa y contenía un relato completo de cuanto había hecho desde que partió. En las referencias que dedicaba a la madre de ella aparecía redibujado el retrato que mentalmente se había forjado a base de los intercambios nocturnos que ahora eran parte de sus recuerdos nostálgicos. Le halagó saber— según ella le decía— que su progenitora estaba queriéndolo mucho. "Creéme —agregaba— no soy adulona, pero me parece que se siente orgullosa de como eres. No te imaginas los pleitos con papá. La pobre no traga a quien tú sabes..." El relato era minucioso: levantarse a las seis, asistencia al ordeño, pues tenían una vaca en el patio, ya que la casa quedaba fuera del pueblo y disponían de bastante terreno. El río no estaba lejos, y había descubierto una pocita medio oculta por el follaje, en donde de cuando en cuando se daba sus chapuzones. En las tardes, a veces, los paseos a caballo con las amigas. "El Pinto de papá se ha hecho buen amigo mío". Más adelante agregaba: "mi inquietud es el anochecer, cuando llega el periódico de allá. Lo devoro esperando encontrar noticias tuyas. Bueno ¿y qué fue eso del anuncio sobre el doctor Lima? Me resisto a creer que hayas peleado con él. Pienso otra cosa. Tal vez... Pero ten en cuenta que cualquier pleito con él vas a tener que seguirlo conmigo porque tú tienes la culpa de que haya llegado a quererlo." La misiva terminaba

con "cada día te quiero más, cada día, no, cada hora, cada minuto." No fue una sino varias veces que releyó la carta. El aliento de confianza y estímulo que le trajo como brisa fresca en medio de canícula asfixiante resultó antecedente apropiado para la nueva que en seguida le llegó por vía telefónica. La llamada era de Veloz, anunciándole que esa noche tendría lugar la consulta definitiva, para proceder a la operación del enfermo.

Tenía, pues, que preparar la salida para después de la comida. La situación alrededor de la casa era de cuidado, pues el cerco fue estrechándose a medida que se espaciaron sus visitas al consultorio. Los tipos encargados de mantenerlo ya los había identificado, no obstante sus pretensiones de disimulo. De cuando en cuando se desplazaban por las calles aledañas porque de lo contrario, al permanecer estáticos en las esquinas, en actitud prepotente que no ocultaban, promovían la curiosidad de los vecinos y hasta se constituían en motivos de crisis nerviosas. Además, hubo ribetes de tedio para ellos en la tarea cuando, al paso de los días, los improvisados sabuesos carecieron de novedades que anotar. En las noches sobre todo se produjeron intermedios cada vez más amplios.

A doña Mariana la puso en autos desde temprano. No ocultó la llamada de Veloz sino que, como realmente había sido, la atribuyó a cuestiones profesionales que pensaba aprovechar para romper el enclaustramiento que lo sofocaba.

Las cosas salieron bien. Cargó discretamente su revólver y pudo escapar sin que lo advirtieran, y a poco de internarse por una calle poco frecuentada se le aproximó el automóvil con Daniel Félix y Pililo. El camino lo recorrieron más rápidamente que la vez anterior, pero en esta oportunidad se separaron de él en uno de los recodos del sendero, extrayendo de inmediato, en actitud vigilante, sus revólveres.

Emprendió solo la caminata que debía llevarlo a la casa. El ambiente estaba sahumado por las fragancias de las yerbas y florecillas silvestres y en el oído le reverberaba el chirrido de grillos y cigarras. Miró a lo alto, y el cielo estrellado despedía vívido resplandor en medio de la vegetación circundante. La

brisa nocturna, que siempre le sabía a algo de confidencia, remecía las copas de los árboles y su rumor armonizaba con el canto de los insectos en medio del silencio nocturno. La noche clara y de concertados rumores aumentó su decisión y su optimismo.

Cuando alcanzó la vivienda estaba reunida ya la mayor parte del grupo encabezado por Veloz. Este le dijo, después de los saludos, que aguardaba todavía dos conjurados, uno de ellos con las instrucciones del coronel. Atrayéndolo a un rincón próximo le agregó, en voz baja, que el estallido se hallaba tan a la mano que podía revelar el nombre del militar: el coronel Mendoza.

No pasó mucho tiempo sin que se presentaran los individuos esperados. Uno de ellos portaba un pliego que puso en manos de Veloz. Aunque trajeado de civil, denotaba apostura militar. En su compañía se dirigió Veloz al cuarto contiguo seguido por las miradas expectantes de los presentes. A poco volvieron, despidiéndose de inmediato el emisario. Veloz entonces se dirigió a los presentes. —"Voy a leerles la proclama que se ha preparado y que en prueba de solidaridad entre civiles y militares deberá circular mañana mismo firmada, si la aprobamos, como espero, por todos los del grupo en representación del elemento civil del país."

El momento fue de honda tensión. Se colocó debajo de la lámpara que pendía del techo y que iluminaba nebulosamente la estancia. Se disponía a comenzar la lectura cuando en el exterior de la casa el silencio nocturno se vio súbitamente interrumpido por la nítida repercusión de numerosos disparos mezclados con voces e imprecaciones. De repente la casa se estremeció con un impacto, seguido del lamento ahogado de uno de los presentes. Un proyectil había hendido los setos endebles de la vivienda, yendo a clavarse en la frente de don Fonso Vargas quien, como acostumbraba, se mantenía discretamente al margen de la reunión. Cayó fulminado, borbotando sangre por la boca. Entonces Veloz gritó "¡al suelo todos!" mientras se sentía el silbido de otros proyectiles que horadaban desde diferentes direcciones la casa.

Tendido en el piso se apresuró a dar fuego al pliego que iba a leer. Lo hizo a tiempo para anticiparse a los grupos de soldados cuya irrupción se hacía sentir por todos lados, vociferando la gama más variada de juramentos y amenazas. A culatazos rompieron la puerta y las paredes de la estancia, y con sus fusiles encañonaron a los asistentes, que permanecían adheridos al piso de la habitación.

—"Suelten los revólveres, carajo"— dijo el que parecía mandarlos. "Recógelos, Mundito—" agregó— dirigiéndose a uno de los suyos. Realizado el desarme, estalló en una risa estrepitosa, comentando: —"Qué bien se ven estos culebrones así pegados al suelo..." Y luego, imperativamente: —"De pie, bandidos, que tienen que recibir el saludo del capitán antes de que los fusilemos..."

Lentamente fueron irguiéndose, muchos felicitándose de abandonar la humillante posición en que los habían sorprendido. Entonces los arrinconaron en uno de los ángulos del cuarto. Apenas lo habían hecho, cuando sintieron que alguien, taconeando fuertemente, venía por la galería de la casa. Penetró seguido por dos individuos, uno de los cuales mantenía con las manos atadas a las espaldas a Daniel Félix. El otro era un negro notable por su imponente robustez.

El sujeto que mandaba el grupo que había arribado primero se cuadró militarmente, mientras decía: —"Aquí le tengo este rebaño de bandidos, capitán Rigoberto."

Tenía por delante al famoso capitán Rigoberto. Lo miró fijamente. Blanco, aunque salía de cuerpo entero de las sombras, como si debiera la existencia a lo tenebroso, recortado de estatura, pero fornido, pelo abundante y labios extraordinariamente delgados. Allí estaban sus botas famosas, desmesuradas —desde los pies hasta sobre las rodillas— no atenidas a reglamento alguno. La penumbra no era suficiente para ocultar la mirada en estado de congelación, como ajena a cualquier arranque emotivo. La pasó por todo el grupo deteniéndola en cada uno de sus componentes. Entonces habló de manera pausada:

—"Sargento, lo felicito. Vaya, vaya, hemos hecho una buena pesca... Hay aquí toda clase de pejes... Ya sabía yo que el olfato no me engañaba..."

Por primera vez lo hirió su voz, en completo desacuerdo, por su tono atiplado, con la apariencia física. Prosiguió llevándose ambas manos a la cintura, en actitud prepotente: —"Bueno, ¿cuál era el jefecito de esta vaina? Que sea valiente y se adelante porque, si no, voy a tener que saludarlos a todos de entrada..."

Veloz dio un paso al frente.

—"Ah, mi querido doctor, así se hace. Acostumbro a dar mi saludo en casos como este en forma doble, pero en consideración a su valor, reciba solamente uno." Al terminar, descargó una sonora bofetada en el rostro del doctor Veloz. Este se abalanzó sobre él, pero se interpuso de inmediato el negro, dominándolo con poco esfuerzo.

El capitán Rigoberto permaneció impávido. Sólo se le oyó decir: —"Bien, Berto, bien Berto", y después, castañeteando los dedos, en la forma característica para indicar presteza:— "A ponerlos en fila, cachéenlos y desvalíjenlos, guardándome los cuartos, carajo, y que venga La Perrera."

Si alguna duda podía quedarle, con aquel nombre se le disipó. Acaba de entrar en el mundo de las tenebrosidades que el rumor público esparcía, envolviéndolo todo en una atmósfera de color plomizo y efecto disuasivo. Con el nombre de "La Perrera" se denominaba el vehículo que conducía los presos políticos. Transitaba generalmente de manera furtiva, al caer la noche, como si la oscuridad fuera parte sustancial de la energía que lo ponía en movimiento. Cerrado herméticamente, nadie sabía quiénes eran sus pasajeros, todos ignoraban su destino y la mayoría, cuando por casualidad se lo tropezaban, eludían la mirada, temerosos de algo así como un maleficio.

Los soldados utilizaron sus rifles para ponerlos en fila. Les vaciaron los bolsillos juntando documentos, prendas y dinero en una funda. Luego el capitán Rigoberto se acercó al cadáver de don Fonso Vargas y, descargándole un puntapié,

dijo: —"Vaya, y tan tranquilo que parecía el viejito... Pero a mí no me engaña nadie, ni me convencen los santones... Sargento, disponga tres hombres para que hagan un hoyo para este muertico. También deje aquí un servicio para que agarren a cualquiera que llegue..."

Mientras tanto, entre una doble fila de soldados, iban saliendo a la galería y de allí subían a "La Perrera", que al adosarse a la casa lo hizo con singular estrépito. Dentro del vehículo les esperaba tamaña sorpresa: había dos cadáveres en el piso. Los reconoció en seguida: uno era del chofer Pililo, el otro, del emisario que había enviado el coronel Mendoza. El capitán Rigoberto se colocó junto al chofer e inquirió si habían subido la carga macabra. "Quiero oir"—dijo— "con qué saldrá Mendoza cuando le presenten a su viejo chofer y a uno de sus ordenanzas bien muertecos..." Evidentemente, tenía preferencia por los diminutivos, como una forma de menospreciar a los enemigos más allá de la vida...

El vehículo partió raudo, seguido de cerca por otro repleto de soldados. Ni por el menor resquicio entraba luz. Apenas una bombilla de escaso voltaje iluminaba el interior pero poco a poco dejó de alumbrar sumiéndolos en tinieblas. El empeño de todos era no rozar con los pies los cadáveres tendidos en el suelo. Por la oscuridad en que los habían dejado no pudo sino alcanzar a presumir que estaban entrando en la ciudad y que las tinieblas eran un recurso para acentuar su incomunicación. Por milagro logró conservar su reloj escondiéndolo debajo de la manga y al consultarlo, momentos antes de que se extinguiera la luz, vio que se aproximaba la media noche. A esa hora las calles habitualmente estaban desiertas, pero esta vez se sentía movimiento y se escuchaban gritos de " iquien vive! " en algunos sitios, lo que indicaba un estado de alerta general. El pensamiento voló hacia su madre y por primera vez la angustia hizo acto de presencia anudándole pecho y garganta.

A poco los saludos militares dieron cuenta de que entraban en el recinto carcelario. El vehículo se detuvo y los dos centinelas que iban en la portezuela de acceso la abrieron,

descendieron a tierra y se pusieron en atención y junto con los soldados que iban en el vehículo—escolta formaron una doble fila. Por en medio de ella entraron al recinto que tenían en frente.

Seguía a Daniel Félix, que fue el primero en bajar. Penetraron en un corredor muy iluminado que terminaba en una puerta por donde se entraba al salón en cuyo fondo un militar sentado ante su escritorio, con un libro abierto, los aguardaba para identificarlos y registrar sus nombres. Se tropezaron entonces con el capitán Rigoberto y su inseparable guardaespaldas. Daniel Félix continuaba encabezando la fila. Sorpresivamente, el capitán Rigoberto lo agarró a la altura del cuello, lo sacudió con fuerza, descargándole un golpe en la nuca con el puño cerrado y pretendiendo empujarlo dentro de la habitación. No lo hiciera, pues los papeles se cambiaron, y a quien introdujeron de manera violenta fue al propio capitán Rigoberto, empujado con la rapidez de un rayo por Daniel Félix, sin que el negro pudiera impedirlo, yendo a caer de bruces frente a la pared de la habitación, en donde su cabeza sufrió tamaño impacto dejándolo exánime, las piernas parejamente extendidas dentro de las botas descomunales.

La baraúnda que se produjo de inmediato fue indescriptible. Gritos, juramentos y el apresto de armas. Cada uno de los prisioneros se vio adosado a la pared del corredor, con el cañón de un rifle apuntándole a la cabeza. Parecía inevitable una masacre. El negro Berto, con una descomunal pistola, tenía acogotado a Daniel Félix. El ruidoso incidente hizo que se abriera la puerta al fondo del cuarto, por donde entró un oficial, pistola en mano, quien al parecer sin tardanza pudo percatarse de la ocurrencia, pues gritó con voz de trueno: —"Al primero que tire, le vuelo los sesos. ¡Estúpidos! ¿No ven que a estos tipos hay que hacerlos vomitar todo lo que tienen adentro?"

Sus palabras surtieron efecto paralizante. Apenas miró al capitán Rigoberto, que continuaba tendido en el suelo, ordenando que trajeran una camilla y lo condujeran a la enfermería. Luego, enfrentándose a la fila de prisioneros,

prescribió con cierto desparpajo: —"A caminar y a inscribirse, muchachones, que la cosa es gorda..."

XXX

El débil rayo de luz que penetraba por lo alto en la celda solitaria, al salir el sol, era lo único que le permitía adquirir conciencia del tiempo. Resultaba evidente que la sucesión de los días no se había interrumpido. Pasaban uno tras otro. Pero luego de aquella visita furtiva de la luz, que duraba breves minutos, la solitaria se sumía de nuevo en las sombras, y algo por el estilo pasaba con sus nociones acerca de la vida exterior. Apenas provenía de ella el alimento miserable y el agua escasa que en dos oportunidades cada veinticuatro horas le introducían por la abertura inferior de la portezuela, y cuyos recipientes debía colocar afuera tan pronto terminaba con su ración. De esa manera apenas se producía diferencia entre el sueño y la vigilia, y el pensamiento devoraba incesantemente, torturantemente, cuando había sucedido. Al recordarlo, no sabía si estaba despierto o si dormía. De todos modos, las cosas eran de las de sabor de sueños, de sueños espeluznantes.

Se daba cuenta de que supervivía en virtud de la consigna de hacerlo "vomitar lo que tenía dentro." En la sucesión de los hechos, a partir de la noche infausta del apresamiento, aquella frase fungía de marbete de toda una pesadilla. Al día siguiente comenzaron los interrogatorios dentro de la jurisdicción militar. Fue de los primeros en comparecer ante los encargados de realizarlos, el mayor Blasco, el de la voz de trueno, de abdomen prominente y baja estatura y el capitán Rigoberto, cuya cabeza vendada hacía recordar a Daniel Félix y era como presagio siniestro para su destino.

Allí comenzaron a comprender que era difícil hacerlo "vomitar". Cambiaron de actitud varias veces, yendo desde la relativamente condescendiente hasta la amenazante, pero sin obtener lo que deseaban admitiera. El mayor Blasco afirmó hallarse sorprendido de que él tomara parte en semejante "vagabundería". —"Ahora —agregó— espero que coopere con nosotros y nos diga cuanto sepa."

Su respuesta fue tajante. No pudo contenerse. Habló, sin embargo, ajeno a toda arrogancia, más bien en voz baja.

—Mayor, permítame que me sorprenda de su sorpresa, pues nadie puede estar mejor enterado que usted de las cosas que suceden y que explican cualesquiera otras. En cuanto a lo que sé de este asunto, es muy poco...

El mayor enserió el rostro. En la congelada mirada del capitán Rigoberto percibió al fin un celaje, pero de ira.

Como si se conformara, pero con un dejo de ironía, el mayor Blasco convino en escuchar, según sus palabras, "Lo poquito que él sabía."

En términos escuetos hizo el relato de cómo lo habían llevado a la reunión, a la cual trató de restarle importancia. Le pareció que la gente que había allí concurría para desahogarse, simplemente, ya que no podían hacerlo en otra parte, pero que de las palabras no pasaban. Cuando terminó de hablar, el capitán Rigoberto lo increpó con su voz aflautada.

—¿Todo con fantasmas, eh? Pues usted no ha mencionado un solo nombre. ¿Quién lo puso en contacto con el grupo, quién lo llevó, quién dirigía el asunto? Así no nos entendemos y menos con jueguitos de palabras...

—¿Conoce al coronel Mendoza? —preguntó Blasco.

Ante la negativa, el capitán Rigoberto golpeó la mesa con el puño.

—¿Qué sabe usted de las actividades del coronel Mendoza en relación con este asunto? —insistió Blasco sin alterarse.

Consideró que alegar ignorancia absoluta se hubiera hecho difícil de creer, así que respondió que había oído hablar de él como militar serio y responsable.

La respuesta acabó de enfurecer al capitán Rigoberto, como si lo hubieran aludido directamente. Volvió a golpear la mesa con el puño y lo increpó:

—Anjá, ¿y no conoce otros militares dignos? ¿Y del bandido de Daniel Félix no conoce nada tampoco, buen pendejo, carajo, no?

Parecía hacer un esfuerzo por imprimirle inflexión autoritaria a su voz de tiple, que contrastaba notoriamente con la de bajo del mayor Blasco, y fue entonces cuando pensó por primera vez que, en el mecanismo psíquico de aquel individuo, el tratamiento brutal y la crueldad de que hacía galas era una especie de compensación por la agudeza antiviril de sus cuerdas vocales.

Respecto de Daniel Félix, explicó que lo conocía desde el ciclón, cuando fue su paciente. Lo tenía por hombre formal.

Fue demasiado. El capitán Rigoberto brincó de su silla cuando escuchó el calificativo que aplicaba a Daniel Félix. Puso fin a la sesión con una lluvia de improperios. Dos intentos posteriores, con intervalos de varios días, agotados en la solitaria, concluyeron de manera similar. Al término del tercero, el capitán reclamó su entrega.

—Mayor —dijo— este tipo se burla de nosotros. Pregúntele quién le había dado el revólver que le quitamos... Es capaz de decir que el arzobispo... Mi paciencia está acabada... Como Jefe del Servicio de Inteligencia, le ruego entregármelo para su tratamiento.

El mayor Blasco dio paso a una profunda aspiración, dificultada por su abultado abdomen, e hizo un gesto que, más que decir que asentía, implicaba resignación.

El capitán Rigoberto castañeteó los dedos y en seguida apareció el negro Berto con un par de esposas y se las colocó sin más preámbulos. Lo condujo de vuelta a la solitaria, empujándolo dentro, mientras decía al guardián de turno: —"Este va mañana para La Ablandadora."

Allí estaba ahora en la solitaria, sucio, maloliente. No se había aseado desde la noche fatal. Su barba se poblaba. Su

peso disminuía. Se percataba porque en cada amanecer tenía que apretar más el cinturón. La ropa interior se le adhería al cuerpo con un sudor pegajoso, producto del intenso calor que se respiraba. Apenas había dormido. Las dimensiones de la celda no permitían extender el cuerpo sobre el duro pavimento e insectos y roedores deambulaban a sus anchas. Se daba cuenta de que alboreaba el día. El rayito de sol mañanero que lo visitaba fugazmente había comenzado a disipar de manera discreta las sombras. Entonces recordó lo dicho por Berto: "La Ablandadora". ¿Quién no había oído hablar de ella? Su nombre se difundía por todo el país envuelto en una grimosa fama. Era la prisión próxima a la ciudad, destinada a los presos políticos de cuidado. Para muchos había sido la antesala del cementerio, para otros de la invalidez física o mental, y los pocos que al salir de ella conservaban su integridad la pintaban en voz baja —cual si no quisieran oírse ellos mismos— como una cámara de horrores.

En el instante preciso sonó el cerrojo de la reducida puerta de entrada. Le ordenaron salir. Un soldado con fusil y reluciente bayoneta lo aguardaba. Lo escoltó hasta el patio del recinto carcelario, en donde tenían estacionada La Perrera. Algunos presos estaban ya en su interior. Había caras conocidas. Tras el aislamiento casi absoluto que había padecido, el sentirse en grupo pareció despertar de un largo sueño su instinto de sociabilidad. Pero adonde primero voló su mente, tan pronto advirtió que transitaban por las calles, fue hacia su casa, hacia sus seres queridos. Ni una sola noticia había tenido de ellos. Mamá, los muchachos, Regina, el doctor Lima. Ahora, con cada giro de las ruedas del vehículo se alejaba de ellos, tal vez para siempre. Palpó las paredes de la celda ambulante en donde iba con la esperanza de que algún resquicio le permitiera vislumbrar algo del exterior, comprobar por dónde pasaba, a lo mejor por uno de los tantos sitios que formaban parte de su yo a través de los recuerdos y los acontecimientos. Nada. Todo estaba cerrado. Al transcurrir los minutos comprendió que empezaban a abandonar el radio

urbano. Se distanciaba de los seres, las cosas y los sitios que habían alimentado sus sentimientos, y de nuevo la angustia le anudó el pecho y la garganta, al igual que en la noche funesta.

XXXI

Las peculiaridades de la prisión, de las cuales fue percatándose pronto, le confirmaron la fama siniestra de que estaba rodeada. La constituía un edificio circular al centro, con celdas solitarias, y alrededor, con gran espacio intermedio, el recinto de dos hileras de celdas comunes, separadas por un pasillo tendido en toda su extensión. Lo vistieron con traje de rayadillo, le raparon el pelo y, como huésped recién llegado, se le destinó a una celda común en compañía de otros cinco prisioneros. Para el elevado número de estos no daban abasto las celdas individuales. Cada grupo de presos era un ínfimo mundo aparte en donde la información era servida a los recién llegados por los de más antigua permanencia. Sin tardanza se establecía acuerdo y solidaridad ante el común destino y rápidamente aprendían los nuevos a manejárselas para atenuar la fiscalización sin tregua que asediaba a todos. El hablar y entenderse sin apenas despegar los labios, pues se pretendía evitar toda conversación entre los reclusos, era de las mañas cuyo dominio se hacía indispensable.

Mucho le sirvió para quedar enterado de cosas del mayor interés. De la comida infame que les era servida. Del bárbaro régimen de trabajo. La insalubridad del emplazamiento carcelario no necesitaba de palabras para ser puesta de relieve. Sus anofeles eran feroces como fieras. A medida que el día avanzaba iba en aumento el número de insectos, hasta hacerse insoportable el zumbido que producían, no valiendo cubrirse de pies a cabeza para defenderse de ellos. Capítulo aparte merecieron los castigos, que alternaban desde las reprimendas insultantes hasta los encierros en solitarias y los maltratos físicos que podían concluir en torturas refinadas y

fusilamientos. El personal de la prisión fue desfilando en los relatos. El cabo Puyita, que se complacía en utilizar la punta de su bayoneta con cualquier motivo, mientras custodiaba a los reclusos sacados a realizar tareas agotadoras; el sargento Culata Prieta, que había merecido el nombre, tanto por lo abultado de sus asentaderas, de contornos feminoides, como por la culata que, a manera de bastón de mando, colgaba de su cintura, y que utilizaba para golpear con el motivo más nimio; el teniente Dominguero, que no cesaba de lamentarse del servicio que se veía obligado a rendir, a causa de la generosidad del Unico que debía haber terminado de una vez por todas con tantos bandidos, fusilándolos. El sobrenombre le venía porque los fines de semana se acicalaba con uniforme limpio y perfumes baratos para regresar los lunes con el habla y el vestuario estropajosos. La aparente abulia del teniente Edelmiro, jefe militar de la prisión, corría parejas con su espigada estatura y su desgarbo —cara afilada, nariz prominente, siempre roja— a quien solamente parecía preocuparle el ajustarse lo más exactamente posible a las disposiciones del capitán Rigoberto. Las visitas de éste a aquella especie de coto privado suyo se recibían como señales de abusos increíbles y escenas macabras. El negro Berto, compañero inseparable, lo seguía como la sombra al cuerpo. Supo que el nombre que le había dado crédito ominoso, el de capitán Rigoberto, se derivaba precisamente de la identificación con el acompañante: este era el encargado de ejecutar muchos de los procedimientos de "ablandamiento" de que el capitán se ufanaba como recursos inmancables para el logro de sus éxitos de sabueso avezado. Ante la mirada glacial de su jefe, Berto golpeaba y torturaba a diestro y siniestro y su labor recibía de continuo el estímulo del capitán con la frase: "Rigor, Berto, rigor, Berto", emitida por la voz aflautada de quien rara vez se perdía el espectáculo. El nombre verdadero del capitán fue sustituido pronto por el de Rigoberto y así ingresó al conocimiento público.

Por entre el cerco implacable que tendían los muros, las rejas y el celo de los guardianes, cualquiera diría que era

imposible que se filtrara algo que diera testimonio de los sentimientos piadosos del alma humana. Sin embargo, allí estaba el viejo Fermín, de piel lampiña y curtida, custodio de las llaves de las celdas, cuyo manojo le colgaba al cinto y fungía, cuando caminaba, a manera de anuncio anticipado de su presencia. Toda la vida había sido soldado. Su actividad militar, cuando la época de las montoneras, lo dejó renco de la pierna izquierda y bajo la organización impuesta por los extranjeros, con el propósito, según dijeron, de profesionalizar la carrera de las armas y poner coto al revolucionarismo crónico, su edad y su invalidez lo ubicaron en los servicios fuera de filas. A manera de castigo, por capricho de un superior, lo habían asignado a "La Ablandadora", el ambiente de la cual repudiaba calladamente, pues creía que a los hombres debe respetárselos "aunque estén fuñíos". De ese modo hacía una rústica interpretación del carácter caballeroso de la noble carrera de las armas. En son de protesta por lo que se veía obligado a fingir daba paso al bien a hurtadillas, cuantas veces le era posible, haciendo advertencias y trayendo noticias en las palabras que entre dientes murmuraba a los presos que le merecían confianza.

En cuanto a la ignorancia absoluta que padecía acerca de lo sucedido a partir de la noche en que lo apresaron, la misma empezó a disiparse tras su ingreso en la celda. Pudo atar cabos por noticias sueltas de los sucesos. La conjura fue descubierta al acercarse el momento del estallido y a los primeros que apresaron fueron al propio coronel Mendoza y a un grupo de oficiales. Sin perder tiempo, Rigoberto, con la velocidad del rayo, se lanzó como un tigre hacia todos los sitios de la ciudad y sus alrededores acerca de los cuales había recibido confidencias de que se congregaba gente. Reunirse con frecuencia era para él indicio de conspiración. En el caso de don Fonso Vargas tropezó con la resistencia de Pililo, Daniel Félix y el emisario del coronel Mendoza, y sin vacilar un momento procedió con el mayor despliegue de violencia que le fue posible. Cuando estaba ocurriendo todo aquello, los que para entonces se encontraban en el penal se dieron cuenta de

que algo extraordinario motivaba las grandes medidas de seguridad que se adoptaron. Dos o tres días después, en medio de las sombras de la noche, fue inevitable cierto alboroto al arribo de un número desusado de vehículos. Los presos que dormitaban no pudieron pegar los ojos desde entonces, pero tampoco se atrevieron a dar señas de su desvelo. Pasaron las horas y al caer la madrugada se escuchó el eco de sucesivas descargas de fusilería. Las ejecuciones en sitios cercanos no eran nada nuevo, inclusive a veces las simulaban para amedrentar a los recalcitrantes. Pero esta vez fueron reales. Al día siguiente el viejo Fermín, al abrirles la celda para sacarlos al trabajo, murmuró a alguien: "Mendoza y tres, sss..." mientras se llevaba el índice al cuello.

Otras nuevas de que tuvo conocimiento se relacionaron con los interrogatorios a que habían sido sometidos los capturados en la casa de don Fonso Vargas. Algunos habían cantado bajo la tortura del látigo de acero, llamado precisamente el cantaclaro. Entre los nombres que salieron a relucir estuvo el suyo. Otros, por el contrario, habían resistido toda suerte de amenazas y castigos sin soltar prenda. Estaban ahora allí para "ablandarlos". Mención especial tuvo, como ejemplo de resistencia, Daniel Félix. El látigo enarbolado por Berto se cebó en sus espaldas hasta desgarrarlas, sin que exhalara un solo quejido o articulara una sola palabra. Lo que puso fin al martirio fue su desmayo.

Pero aquellas noticias, trasmitidas más con mímicas que con palabras, no fueron suficientes para desvanecer la sensación de aislamiento que lo acuciaba. Provenía, en primer término, de la carencia de informes sobre las consecuencias de todo aquello para sus seres queridos. Era una experiencia común a todos los nuevos reclusos. Por los que le antecedían supo que por mucho tiempo les impidieron el menor contacto con esposas, madres, hijos y hermanos. Por el contrario, las intimidaciones y persecuciones habían abarcado a los familiares, obedeciendo a una táctica habitual del régimen.

La férula disciplinaria se hizo sentir al día siguiente. A las cinco de la mañana vibró la voz del viejo Fermín

acompañada de golpes retumbantes sobre los barrotes de la celda. Desempeñaba muy bien su papel. —"A trabajar, manganzones, que aquí se viene a fajarse..."

No había podido dormir. No lo permitieron ni los enjambres de mosquitos, que como fieras hambrientas se le pegaban a la piel, aun a través del rayadillo, ni sus pensamientos, que con la misma insistencia martilleaban su mente.

XXXII

Lo anticipado sobre la rudeza del trabajo resultó pálido ante la tajante realidad. En fila los sacaron de la celda y los llevaron a una especie de lavadero en donde, con jarros de hojalata y jofainas poco higiénicas, les permitieron enjuagarse la boca y el rostro. Después un llamado desayuno con agua de café y medio plátano sancochado. De allí pasaron al sitio en donde les distribuyeron machetes y azadas para el trabajo. Este consistía en desyerbar el terreno fuera de la prisión, según el perímetro asignado a cada uno. Iban en grupos de cuatro, custodiados individualmente por un soldado. Detrás de él marchaba el célebre cabo Puyita, fusil al hombro con bayoneta calada. —"Alto, carajo—" dijo de repente. Entonces fue cuando se volvió a verlo. Puyita se puso en atención y le colocó la punta de la bayoneta en el pecho. Aquel rostro, cara al sol, que empezaba a ascender en el horizonte, le iba a quedar grabado para siempre: mentón en cuadro, pómulos recogidos, frente estrecha, ojos pequeños, negroide, y como lo más característico, boca desmesuradamente grande que, no obstante el gesto agresivo, exhibía una sonrisa con dientes espaciados y amarillentos. —"Me dicen Puyita, carajo, por si no me conoce y si fuñe mucho lo pincho..." La punta de la bayoneta le rozaba ya el pecho tan cerca que un leve movimiento bastaba para rasgarle la ropa y la piel. Al apartarse del arma amenazante, Puyita agregó: —"Limpie desde aquí hasta el jabillo aquel..."

Así comenzó el primer día de labor en una especie de condena a trabajos forzados sin haber sido objeto de juicio y sentencia. Empuñó el machete y la emprendió con la maleza.

Por orden de Puyita hincó la rodilla derecha mientras extendía la pierna izquierda. La posición no podía ser más incómoda, pero por eso mismo formaba parte del sistema de trabajo del presidio, que Puyita seguía fielmente. Sin embargo, al principio la cosa no le pareció tan ruda como se la imaginaba, según se la habían contado, pues su brazo robusto hacía oscilar el machete con soltura de un lado a otro y la yerba cedía fácilmente. La brisa mañanera, sin cuya caricia llevaba tantos días, le refrescaba el rostro. El panorama que a ratos contemplaba, levantando la vista, era el de una extensa llanura verdecida y limitada al fondo por una cadena de montañas. Al recorrer su extensión a hurtadillas, le parecía deshacerse de las ataduras con que lo confinaron las estrecheces de la celda y experimentaba un efecto tonificante, como si la sangre al fin circulara sin obstáculos. La impresión le hizo pensar que, ciertamente, como lo había leído, la libertad es la sustancia del alma. Así, conmovido por una ráfaga fugaz de optimismo, olvidó el cálculo indispensable para el ahorro de fuerzas frente a la jornada de doce horas de casi continua faena que tenía por delante. Los rayos del sol se hicieron sentir a medida que el astro ascendía en el firmamento. El primer aviso de su imprevisión le vino cuando la rodilla comenzó a dolerle a causa de la posición forzada. Por momentos tuvo que cambiar el machete de la mano derecha a la izquierda, para aliviar la fatiga del brazo y el deterioro de la piel de la mano. Sin pensarlo, instintivamente, adoptó la posición sedente. Puyita, que observaba desde un lugar sombreado, saltó como una fiera precipitándosele encima con la bayoneta enfilada hacia él. Con rapidez evadió el asalto y Puyita se fue de bruces para caer cuan largo era. Se incorporó profiriendo toda suerte de insultos y acercándose con cautela lo hirió en el brazo izquierdo. —"Carajo, sepa que de Puyita no se puede burlar... Póngase en posición para el trabajo, bandido..."

La sangre brotó de la herida para manchar la manga del traje de rayadillo. Puyita se mostraba muy satisfecho al haber cumplido la misión que al parecer se le confiaba: ponerles la

contraseña a los recién llegados cuya custodia tenía. Era por suerte una herida superficial y pronto se detuvo el hilillo de sangre que le llegó hasta la mano. —"Pa que sepa —sentenció Puyita— ¡la colorá, la colorá...", mientras volvía muy orondo a exhibir su sonrisa mezcla de estupidez y sadismo.

No le quedó más remedio que tornar a la posición forzada, so pena de exponerse al riesgo de que el bárbaro se despachara a sus anchas poniendo en práctica su travesura favorita.

Conocía así de manera directa e incisiva el sufrimiento físico. No supo cómo pudo resistir hasta el medio día, bajo un sol que le licuaba el cuerpo y rindiendo un esfuerzo que duplicaba su intensidad por la forma abusiva en que era impuesto.

Se explicó entonces cómo los que ya habían experimentado aquella extenuante tortura aguardaban ansiosos el descanso del mediodía y la comida miserable que les era servida, consistente en un arroz sin condimento y unos cuantos frijoles salteados con otro medio plátano. La escasez corría parejas con la falta de la más ligera previsión higiénica. El tipo que distribuía los alimentos los manipulaba con las manos al colocarlos en unos platos esmaltados que daban la impresión de no haber sabido del jabón por días y días. Una repugnancia irresistible lo invadió, pero los otros se lanzaron vorazmente sobre lo que se les servía. Era evidente que la barbarie imperante había logrado rebajar su calidad humana. Algunos carecían de la cuchara con que llevarse a la boca el magro almuerzo, y sin empacho utilizaban también las manos. Cuando recibió su ración se quedó impávido sosteniendo el plato en el aire. Una especie de parálisis le hacía imposible la imitación de los otros. Entonces, cuando menos lo esperaba apareció el viejo Fermín y le hizo entrega de una cuchara reluciente en su limpieza. Al entregársela murmuró —"Quédese con ella..." Fue como un leve resplandor de piedad en medio de las tenebrosidades del martirio. Sintió hambre y comió del mísero sustento.

Por la tarde prosiguió la jornada, pero afortunadamente le correspondió un guardián menos celoso que Puyita. Se hizo de la vista gorda cuando, rendido por el cansancio y dispuesto a arrastrar todas las consecuencias, suspendió en varias oportunidades la faena. Esta se interrumpió para todos cuando el sol se ocultaba en el horizonte regalando un resplandor mortecino que pareció tener efecto sedante. En fila volvieron a la celda. Con los músculos quebrantados por la fatiga y el ánimo entristecido, se arrojó sobre el camastro, cuya dura superficie resultaba acogedora y mullida en comparación con el agobio recién vivido.

XXXIII

Siguieron días iguales. A poco pensaba que la experiencia que estaba viviendo constituía una aleccionadora enseñanza de cómo, en aras del instinto de conservación, el hombre desarrollaba al máximo su capacidad para adaptarse a los cambios. El daño que le infligía aquel régimen de existencia era visible. Continuaba enflaqueciendo. Sus manos se poblaban de callosidades y reventaban a veces en ampollas. El entumecimiento de las articulaciones y de los músculos de las piernas estaba haciendo tardo y desigual su paso. Hasta entonces había tenido la suerte de librarse del azote devastador del paludismo. Su naturaleza robusta parecía hacer acopio cada mañana, después del sueño profundo impuesto por las fatigas de la jornada anterior, de energías en reservas que lo habilitaban para resistir el embate de las rudezas cotidianas.

La experiencia le abonaba también con los gajes de un mejor conocimiento de la forma de actuar de los componentes del mundo subhumano en que se le había sumido. Según fuera el guardián iba el día. Mientras unos, como Puyita, se gozaban en los extremos de su crueldad, otros por abulia, por tedio o por un residuo de sentimientos piadosos les permitían, a hurtadillas de los superiores, ciertos relajamientos de las rígidas consignas imperantes.

En el terreno llano y amplio adonde diariamente los llevaban a rendir la agotadora tarea, los prisioneros eran distribuidos a distancias convenientes para evitar que se comunicaran. Para algunos guardianes constituía pecado levantar la vista y observar a los otros. Sin embargo, en esto las circunstancias fueron igualmente condicionadas por la

mayor perspicacia y sensibilidad que adquirieron la mente y los sentidos. A la distancia alcanzaba a identificar, furtivamente, a muchos de los que habían sido sus compañeros en las reuniones donde don Fonso Vargas. El doctor Veloz era una sombra de lo que había sido. Trató de localizar a Daniel Félix pero inútilmente. Supo poco después que lo mantenían en una de las solitarias del edificio circular situado al centro del presidio. En comparación con los enclaustrados allí, el tratamiento de los de las celdas comunes era benigno. Los otros pasaban días y días sin ver la luz del sol y sustentados a pan y agua. Cuando para interrogarlos, o por cualquier otro motivo, se los extraía de los inmundos cubículos, el látigo de alambres de acero se cebaba en sus espaldas. A las pupilas habituadas a la oscuridad les era imposible resistir la luz diurna. Su demacración se aproximaba a lo cadavérico, sobre todo si el paludismo había hecho ya presa en ellos; pero, aun en esas condiciones, se les asignaban trabajos en el campo.

Por fin a Daniel Félix lo alcanzó a ver una mañana. Le fue difícil reconocerlo. Era extraordinario lo que las horripilantes condiciones de vida habían producido en él, en poco tiempo. Lucía encorvado, con una barba hirsuta y crecida, magro al extremo de carnes, lo que le hacía bailar dentro del traje de rayadillo. El machete que tenía en las manos apenas podía impulsarlo. El guardián que de cerca lo vigilaba, provisto de un látigo además del fusil, restallaba aquél en cuanto lo veía desmayar en la tarea. Al fin se le vio derrumbarse. El látigo cayó una y otra vez sobre su cuerpo sin lograr reanimar el bulto informe que yacía en el suelo. Entonces el guardián hizo sonar un silbato y dos tipos con una camilla aparecieron y se lo llevaron.

El suceso fue presenciado por todos, y al regresar a la celda se convirtió en la comidilla de los murmullos con que se comunicaban, tendidos en los mugrientos camastros que les servían de lechos. Había sido expectativa general lo que sucedería con Daniel Félix. Los que presenciaron lo ocurrido entre él y el capitán Rigoberto, la noche del apresamiento,

trajeron la noticia al penal, en donde se propagó como reguero de pólvora y los que conocían al capitán y sus procedimientos no abrigaban ilusiones sobre el destino final del prisionero, aunque sin ocultar sus simpatías por él, pues, en mínima parte, algo le había cobrado al capitán por su tropelías y crímenes.

Así las cosas, la expectativa subió de punto cuando pasaron los días sin que el capitán Rigoberto se apareciera por su coto privado. Hubo quienes pensaron que, conociendo las reacciones de su víctima, la estaba preparando para asestarle el golpe final sin riesgo alguno.

A la mañana siguiente de lo ocurrido en el campo de trabajo con Daniel Félix, el tiempo se presentó lluvioso y los presos fueron dejados en las celdas. Eran vacaciones que de cuando en cuando deparaba la naturaleza y que se admitían, no por consideración a los maltrechos y enfermizos huéspedes del penal, sino por la dificultad de controlarlos bajo la lluvia. La permanencia en las celdas permitía algún respiro a los cuerpos y a las mentes libres del trabajo agotador y de la fiscalización inmisericorde de los guardianes. El tiempo se empleaba sumido cada quien en su interioridad y atento a cuanta novedad ocurriera en los corredores. Poco después del desayuno resonaron los gritos de alerta de los centinelas y como por encanto el recinto se puso en movimiento a todo lo largo y lo ancho. En la celda alguien murmuró: —"Llegó el capitán Rigoberto". No tardó el pasillo en vibrar bajo el taconeo que le trajo el recuerdo del escuchado la noche funesta en la galería de la casa de don Fonso Vargas. Rigoberto apareció acompañado del viejo Fermín y seguido por el negro Berto. Pudo percibir claramente cuando inquiría por la celda de Daniel Félix. Luego hizo un gesto para que lo dejaran proseguir solo, sin que la orden alcanzara a Berto. Todos quedaron mudos y con la espera angustiosa retratada en los rostros. El presentimiento siniestro se confirmó sin tardanza. Con nitidez macabra se escucharon los disparos de una pistola calibre cuarenticinco. Evidentemente, Rigoberto no se tomó el trabajo de sacar de su solitaria a Daniel Félix,

seguro de que, dada la estrechez del cubículo, que obligaba a mantenerse en pie o en cuclillas, su puntería no iba a fallar.

En el pasillo volvió a resonar el taconeo consabido. Desde la celda aguardaban estáticos el paso de Rigoberto. Se sentían paralizados por el espeluznante suceso. Hubieran preferido escabullirse en aquel momento de la eventual atención del capitán. Era un sentimiento colectivo al cual parecía difícil escapar. Sin embargo, repentinamente le fue imposible contenerse. Se desprendió del grupo acurrucado en el fondo de la celda, se agarró fuertemente a los barrotes de hierro y cuando el esperado desfilaba con su inseparable acompañante, el gritó le brotó de la garganta:

– ¡Asesino!

Fue otro momento terrible. El capitán Rigoberto volvió su mirada gélida hacia él. Berto se llevó la mano al pistolón que tenía en la cintura, como si aguardara el menor gesto para proceder. Rigoberto frunció los labios en una forma que semejaba una sonrisa irónica. Escuchó su voz aflautada: —"Todavía el doctor no se ha ablandado, eh..." Fue todo lo que dijo. Luego, castañeteó los dedos con el ademán característico y siguió su camino, mientras Berto lanzaba, a manera de despedida, una mirada fulminante de odio al interior de la celda.

XXXIV

Continuaron las jornadas, unas tras otras, hasta que una mañana hubo novedades que le concernieron muy especialmente. Los compañeros, como de costumbre, fueron sacados temprano al trabajo, mientras que a él Culata Prieta le ordenaba permanecer en la celda. Todos lo miraron con extrañeza al despedirse. Pudo darse cuenta de que era lunes porque después apareció en el pasillo el teniente Dominguero en el estado que le era habitual para ese día de la semana. El uniforme ajado y el paso poco marcial que se hacía más notorio porque evidentemente se apresuraba en interés de encubrir su estado de la curiosidad de los demás. Sin embargo, esta vez se detuvo frente a la celda y la escrutó con mirada vidriosa. Al advertir su presencia, extendió el brazo y con el índice lo señaló y, al hablar, la torpeza de su lengua fue otro testimonio de su estado anormal. —"Ah, el guapito, usted, ya verá". Se agarró por un momento a los barrotes, luego se retiró varios pasos y asumiendo de nuevo actitud de acusador repitió con el índice extendido: "ya verá, ya verá..."

Las cosas extrañas que se habían iniciado con los golpes de Culata Prieta sobre los barrotes de la celda, utilizando su instrumento de autoridad, y que luego siguieron con la exhibición del teniente Dominguero, se completaron al ver deambular, en actitud que llamaba la atención, al viejo Fermín. Al fin se acercó con el magro desayuno que le correspondía, pero no había duda de que las raciones fueron más abundantes y su sorpresa creció de punto al darse cuenta de que, en vez del agua de café, le traía café con leche. —"Para que se prepare, que a los cobardes les gusta pegarles a los machos cuando pueden..." Juraba que eso había dicho.

Todo culminó con el alboroto que producía el arribo del capitán Rigoberto. En el pasillo ya resonaba su taconeo desusado. Pasó lentamente mirando hacia el interior de la celda y una vez cerciorado de su presencia prosiguió su camino. Detrás le seguía su sombra: el negro Berto.

No le quedaba ya duda de que algo le iba a ocurrir. Estaba en vías de confirmarse lo que una y otra vez previeron en los comentarios desde el día en que, sin poderse contener, le gritó asesino al capitán Rigoberto: el capitán no perdonaba y algo necesariamente haría. Pensó en el destino de Daniel Félix. Bien, si le aguardaba lo mismo, qué se iba a hacer; después de todo podía resultar mejor que el aniquilamiento paso a paso a que lo tenían condenado.

De sus cavilaciones le sustrajo la pareja de soldados que se presentó acompañando al viejo Fermín. Entraron en la celda y uno de los uniformados lo esposó. Luego lo condujeron, uno por delante y otro a sus espaldas. Cruzaron el espacio que separaba las celdas comunes del edificio circular del centro. Por primera vez entraba en él. De allí partían en las noches los gritos de los torturados. Lo llevaron frente al capitán Rigoberto, quien se encontraba en una habitación lateral sentado en una silla rústica, con Berto a sus espaldas.

La mirada gélida lo escudriñó de arriba a abajo. Antes de pronunciar palabra castañeteó los dedos para hacer salir a los soldados. Entonces vino la voz que era tan disonante con el ambiente intimidatorio que la presencia de su dueño suscitaba.

—Parece que no le tratan tan mal, doctor, pues luce fuerte...

Lo escuchó sin pestañear y como ajeno a lo que le decía. Su impavidez pareció enfurecer a Rigoberto.

—Y sigue privando en guapo e insolente. Yo le podría bajar los humos con una buena pela con el cantaclaro, pero le voy a dar una oportunidad. No me olvido de su fama de héroe y por ahí recuerdan también sus buenos puños. Vamos a ver cómo se porta con Berto...

Se puso en pie y se encaminó al patio interior del edificio. A él lo empujó Berto para que siguiera a su jefe. Al

llegar, pudo darse cuenta de lo que se preparaba. Había en el centro una especie de redondel limitado por cuerdas donde lo introdujo Berto. Este, una vez dentro, procedió a colocarse unos guantes de cuero muy ajustados pero con relieves sobresalientes. Esperaba que le liberaran de las esposas pero nada de eso. Al contrario, a manera de explicación, en que se mezclaba la ironía con el más refinado cinismo, Rigoberto expresó que esperaba no se quejaría, pues mientras Berto iba a hacer uso de sus puños separadamente y con guantes, a él se los dejaba juntos y desnudos, para golpear con mayor rudeza. Luego su risa, destemplada a igual que su voz, rubricó tan desvergonzada explicación.

A unos cuantos se les había permitido el acceso al espectáculo. Pertenecían al elenco distinguido por sus maltratos a los presos. Berto se colocó rápidamente en el centro del redondel. Por primera vez lo observó detenidamente. Lo aventajaba por un buen palmo en la estatura y su constitución musculosa, con un tanto de tejido adiposo, se destacaba al relucir la piel de ébano de su torso desnudo bajo el sol.

La cosa comenzó a manera de un juego. Le dio vueltas alrededor. Los primeros golpes fueron leves. En la barbilla, en los costados, izquierda, derecha. En época normal lo hubiera esquivado fácilmente, pero las privaciones habían hecho ya mella en su robusta constitución y en la flexibilidad de sus músculos. La rudeza de los golpes fue en aumento a medida que el capitán, apoltronado cómodamente en su asiento, iba repitiendo: "Rigor, Berto, rigor, Berto..."

No tardó en producirse un impacto contundente que lo derribó en tierra sangrando por la boca. Si acaso hubiera supuesto que la continuación del castigo se evitaba permaneciendo en tierra, la sucesión de los hechos estaba llamada a convencerlo de su equivocación, pues Berto empleó entonces los pies, calzados con zapatos militares de suela gruesa, para seguir golpeándolo sin tregua. Era la forma de obligarlo a erguirse de nuevo. Conservaba todavía suficiente conciencia para juzgar que, después de todo, era lo mejor.

Trató de sacar el mejor partido del residuo de agilidad que conservaba en las piernas. Levantaba los brazos esposados para interrumpir la trayectoria de los golpes. Estos le llovían sobre rostro y cuerpo. Sus efectos estaban haciéndose visibles. El rostro magullado sangraba por boca y nariz. Los relieves de los guantes de Berto rasgaban la piel de su cuerpo. Materialmente quedó convertido en poco tiempo en un bulto inerte y sangrante vapuleado a diestro y siniestro. Mientras tanto, como si llevara el compás de aquella fiesta de crueldad y cobardía, Rigoberto continuaba monotónamente repitiendo: "Rigor, Berto, rigor, Berto..."

Parecía mentira que pudiera resistir tanto. Finalmente cayó para no levantarse. Las patadas de Berto no lograron esta vez ponerlo en pie. Entonces lo arrastró a un extremo del redondel y allí le vaciaron varias latas de agua en la cabeza. Lentamente volvió en sí. Berto interrogó con la mirada a su jefe. Este hizo señas de que aguardara. Pasados unos minutos, ante la expectativa de todos, otra señal le ordenó proseguir.

Había recobrado la conciencia y pudo captar exactamente lo que estaba sucediendo. Berto se aproximaba a poner en práctica de nuevo el procedimiento de las patadas. Un impulso repentino, como si la desesperación le permitiera echar mano de energías ocultas, lo hizo adelantarse y ponerse en pie para embestir aceleradamente, de manera que su cabeza rapada la hundió en forma rotunda en la parte noble del bajo vientre de quien se disponía a atormentarlo de nuevo. El agredido emitió un grito ronco y se desplomó revolcándose por el dolor. Los que contemplaban la escena no supieron por de pronto qué actitud tomar. Rigoberto tardó en levantarse de su asiento y desenfundando su pistola 45 se introdujo dentro de las cuerdas indicándoles a los demás que lo siguieran. Lo maniataron entre varios, más de lo que estaba, y se encontró con la pistola de Rigoberto apuntándole al pecho. Parecía haber llegado su último momento. El capitán estaba frenético. Su voz aflautada vomitaba toda suerte de vituperios, pero su índice no se decidía a apretar el gatillo.

—"Bandido, carajo", —masculló al fin— "no lo mato porque El Unico lo quiere vivo..."

XXXV

Lo que arrojaron en la solitaria como un fardo fue un montón inerte de carne magullada. Jamás llegaría a saber cuánto tiempo su conciencia estuvo entonces ausente. Al otro día los encargados de atenderlo llevaron al teniente Edelmiro la noticia de que aparentaba estar muerto, pues se mantenía absolutamente inmóvil y no había probado una pizca del mísero alimento que le introdujeron en la celda. La noticia tenía importancia para el teniente Edelmiro, pues a tiempo se enteró de lo dicho por el capitán Rigoberto, o sea que "El Unico lo quería vivo". Se cuidó, pues, de confirmar personalmente lo de la inmovilidad e inconsciencia, pero como además ardía en fiebre respiró despreocupado en parte, porque ello demostraba que aún vivía. La novedad no era nada extraña; es más, los anofeles jugaban papel muy activo en los procesos de "ablandamiento" que daban fama siniestra al penal, pero en vista del estado en que la golpeadura de Berto dejó a su víctima, el teniente Edelmiro estimó prudente dedicarle algún cuidado.

Fue entonces cuando en medio del extraño delirio que provocó la fiebre pareció provenir de otro mundo una voz que articulaba —"A este hombre hay que atenderlo..." Tras ese leve, indefinido indicio del exterior, irrumpió atropelladamente el desajuste mental provocado por la súbita acometida del paludismo.

Había sombras, muchas sombras; se aumentaban ante la repetición no sabía por quién, de las palabras "El Unico, El Unico"... Quiso huir... Desvanecerse... Ahora estaba allí el rostro de doña Mariana enmarcado por la ventana de su

dormitorio. No había ya sombras. El sol iluminaba su rostro y hacía resplandecer los mechones blancos de sus cabellos, pero su expresión era interrogante, angustiosa, desolada. Se le aproximó para consolarla, deseaba abrazarla, besarla, decirle cómo había querido verla... Pero volvió a resonar la voz ronca: "El Unico, El Unico... El Unico..." y las sombras lo borraron todo. Alguien lo levantaba en vilo. Lo sentía pero sin poder distinguirlo. Se confundía con las tinieblas. Ahora era la voz de Rigoberto: "rigor, Berto, rigor, Berto." Se sintió lanzado por los aires muy alto, muy alto, y luego descender, descender, sin encontrar nada firme. Rostros y brazos surgían de entre las sombras de quienes querían auxiliarlo: Daniel Félix, el doctor Lima, el viejo Fermín; pero todo era inútil, continuaba cayendo, cayendo, hasta que al fin como por un milagro, se detuvo y flotó en el aire, ingrávido, como si la caída le hubiera librado de toda estructura física, como si se le hubieran llenado las entrañas de algo inefable e inasible. Sí, allí estaba un rostro, el de Regina. La impresión plácida de sus líneas puras quedaba sustituida por una de piedad y compasión. Lo miraba y le tendía los brazos. Pero él tenía la capacidad de movimiento irremediablemente ausente. La imagen querida fue opacándose, diluyéndose, y desapareció de manera definitiva cuando surgió de nuevo la voz ronca, "El Unico, El Unico". Tuvo el efecto de un resorte que desde lo bajo lo disparó violentamente hacia arriba. Ahora a subir, a subir, otra vez sostenido por unos brazos robustos y las palabras "rigor, Berto, rigor, Berto", vibrando como voz de mando. Al recobrar consistencia sintió dolores en todo el cuerpo. Era un padecimiento profundo que se adentraba hasta la fibra más íntima. Ahí venía ahora Berto con los puños listos para golpearlo. Apareció el rostro de Rigoberto. Sus ojos se fueron agrandando, agrandando, pero conservaban siempre la mirada gélida. Berto había comenzado a golpear. Los golpes parecían traspasarlo de un lado a otro. No valía que contrajera los músculos para hacerlos más sólidos. Rigoberto miraba con sus ojos agrandados y en vez de: "rigor, Berto, rigor, Berto", repetía: "a acabar, Berto, a acabar, Berto". No

pudo contenerse y gritó estentóreamente: "¡asesino! ¡asesino! "

Alguien le tapó la boca con las manos. Ahora el dolor fue el de una herida lastimada. Era el regreso al mundo de la vigilia. Le dio trabajo mover los párpados para abrir los ojos, porque todos los músculos de su rostro se habían alterado a consecuencia de la golpeadura de Berto. Estaba tendido en su camastro de la celda común. Le rodeaban los compañeros de prisión. Uno de ellos fue quien le impidió que siguiera voceando aquella palabra que provocó la venganza de Rigoberto. Al verlo abrir los ojos, en la medida que pudo, los demás, olvidando la cautela acostumbrada, quisieron hablar al unísono. Pero no tardaron en volver a la realidad. Si los notaban reunidos iban a llamar la atención y juzgaron conveniente que sólo se quedara junto al camastro el mismo que le impidió seguir voceando. Por él se enteró de lo ocurrido desde la golpeadura de Berto.

Cosa extraña. El propio teniente Edelmiro dirigió su retorno a la celda común. Allí hizo que le administraran una buena dosis de quinina y recomendó que lo dejaran tranquilo. Algo extraordinario, pues la medicina, para los demás, jamás aparecía y mucho menos se escucharon nunca palabras de recomendación en favor de nadie.

Por el viejo Fermín el grupo se había enterado de lo ocurrido con Berto y lo celebró como victoria de todos. Con su mímica habitual Fermín dio a entender que el ayudante de Rigoberto estaba usando muletas. Ni por asomo ninguno de los dos había vuelto a aparecer por la prisión, aunque se les presumía muy ocupados, pues nuevos presos estaban llegando, prueba de que se hallaba en marcha otra redada.

Las cosas fuera de lo rutinario siguieron. A los otros los sacaron al trabajo al día siguiente temprano, mientras que a él Culata Prieta no se dignó mirarlo. Se hubiera atrevido a afirmar que el desayuno que le trajo Fermín era más sustancioso y que frente a él brilló en sus ojos de rústico veterano un destello de admiración.

Quedó solo en la celda. Se sentía extremadamente débil. Le dolía todo el cuerpo y hubiera jurado que su cabeza estaba vacía. Se incorporó un poco en el camastro. La visión era torpe. Los pómulos y párpados inflamados la obstaculizaban. Percibió ruido de gente que se acercaba por el pasillo. El grupo traía como custodios dos soldados al frente y dos a la espalda. Fermín abría la marcha con su manojo de llaves en la mano. ¿Seguía su delirio? ¿Estaba soñando? Se lo preguntaba porque, aunque el grupo pasó a marcha rápida, alguien de los que lo formaban no podía ser otro sino el doctor Lima. Estaba seguro. En cualquier circunstancia le resultaba inconfundible su figura alta, con cierto desgarbo, la cabeza redonda, largos los pasos...

XXXVI

Al anochecer, cuando regresaron los compañeros del trabajo, el comentario en sordina se hizo eco de la nueva oleada de presos. Desde la mañana le embargaba una inquietud profunda por saber si era cierto que entre ellos se encontraba el doctor Lima. Los que salieron a la faena acostumbrada nada pudieron decirle y su inquietud en aumento le hizo arriesgarse, al día siguiente, con preguntarle a Fermín, quien se encogió de hombros y entre dientes murmuró que era gente importante y de edad madura. En los ojos de Fermín hubo como una promesa cuando él le dijo: —"El doctor Lima es como mi padre..."

Las dosis de quinina y el reposo estaban realizando su tarea, pues las fiebres tenían su recurrencia en las tardes pero su intensidad disminuía. Lo que no variaban eran las señales de la golpeadura de Berto, que continuaban notoriamente visibles. No le costó trabajo llegar a la conclusión de que mantenerlo fuera de la vista de los reclusos del penal guardaba relación con ello. Si bien sus magulladuras eran un ejemplo de las consecuencias a que se exponían los que se arriesgaban a resistir y protestar, ellas no resultaban menos elocuentes como recordatorio de que los torturadores también podían recibir lo suyo. De esa manera, a los ojos de los demás, su persona concitaba una especie de callado liderato por la hazaña que él había cumplido en un rapto de desesperación.

Al amanecer del día siguiente el sueño lo abandonó más temprano que de costumbre, pues estaba ansioso por comprobar si efectivamente lo que había creído leer en los ojos de Fermín fue una promesa y si iba a ser cumplida. El hombre, como siempre, llegó con el desayuno cuando se

encontraba solo y su sorpresa subió de punto al observar que la ración de plátano, nuevamente aumentada, aparecía hecha una especie de papilla. En tono misterioso Fermín recomendó que la comiera con cuidado, y después, como si temiera a su propia sombra, salió disparado de la celda.

Tan pronto introdujo la cuchara en el alimento se dio cuenta de que cubría un pequeño pedazo de papel. Lo sustrajo de inmediato y en lo escrito en él, en letra menuda, reconoció los rasgos del doctor Lima. El corazón pareció romper el estrecho recinto de su pecho. Tuvo la sensación de que se quebraba, milagrosa y repentinamente, el círculo férreo que lo mantenía apartado de cuanto era la fuente de sus sentimientos más acendrados y profundos. Miró a todos lados. Nadie lo observaba y entonces leyó: "Aquí desde ayer acusado de complicidad con ustedes. Causa verdadera: gestiones para que te juzgaran legalmente y negarme participar homenaje médico al fin hizo Valenzuela. Esperanzas logramos mover don Julio. Salud bien. Abrazos."

Sin pérdida de tiempo hizo trizas el pequeño pedazo de papel, lo mezcló con el alimento y deglutió a ambos en un abrir y cerrar de ojos. Probablemente el más rico de los platos, fuere cual fuere el halago a su apetencia, no le hubiera producido mayor satisfacción que aquel extraño manjar. Esperaba que sus jugos gástricos dieran buena cuenta del mismo, borrando todo rastro del alentador mensaje. Pero, transcurrido el silencioso alborozo del primer momento, pensó en la situación del doctor Lima. Al fin lo había salpicado su propia vicisitud. El pensamiento se transformó en desasosiego al imaginarse lo que podría sucederle si lo sometían al régimen bárbaro de la prisión. A sus años aquello constituiría ni más ni menos que un asesinato.

Cuando al término de la jornada los compañeros regresaron a la celda fue opinión unánime que lucía mejor y más animado. Lejos estaban de sospechar cómo había contribuido a ello el suceso del día. Lo atribuyó todo a que el residuo febril había desaparecido aquella tarde. Lo encontraron incorporado en el camastro y en tono de broma

afirmaron que nadie ni nada evitaría que Culata Prieta lo incorporara a la fila para rendir su parte en la dura faena. Sin embargo, no sucedió así. Pensó que a ellos les faltaba perspicacia para advertir que lo que proclamaban las magulladuras de su rostro constituía un verdadero problema para el mantenimiento del clima intimidatorio en que descansaba el principio de autoridad en La Ablandadora. Para cuantos habían procedido como él, hasta entonces, la consecuencia fue la eliminación física. Muchos huesos, en las tumbas anónimas de los alrededores, se blanqueaban por eso bajo varios pies de tierra. Pero a él "El Unico lo quería vivo."

XXXVII

Era inevitable que llegara el tiempo en que don Julio Palma insistiera en cuestionarse acerca de su vocación para la política y su habilidad para manejárselas en medio de sus meandros y vericuetos. Ya estaba instalado como Ayudante Especial del Presidente de la República. La autocrítica lo llevaba a admitir, en su fuero interno, que tal ascendiente era más bien el fruto de circunstancias fortuitas que, al concertarse, lo favorecieron más allá de lo que había esperado. De mucho peso resultaron sus nexos amistosos con el general Batisterio, iniciados, sin mayores consecuencias entonces, en la comarca provinciana de donde ambos provenían. Con el traslado a la ciudad, esos vínculos se fortalecieron porque, en primer término, como suele ocurrir en los fenómenos migratorios, los que proceden de una misma región o país no son ajenos a cierta solidaridad al actuar en el nuevo centro de sus actividades, y en segundo término, y de mayor importancia, indudablemente, porque el lazo amistoso se transformó en nexo político a medida que el general, a la sazón senador, se perfiló como uno de los beligerantes para la sucesión presidencial. Todo tuvo comienzo al verse obligado a valerse de la influencia de su comprovinciano para obtener el destino burocrático oficial que hizo posible su permanencia en la ciudad. El apoyo recibido le atribuyó de inmediato, en los corrillos en donde se debatían los puestos públicos, fisonomía de prosélito de Batisterio, y como la conquista de un empleo, bajo esas circunstancias, significaba la necesidad de preservarlo, pues en el gobierno de don Paco la lucha política giraba generalmente alrededor del desplazamiento de los

recomendados de un líder por los de otro, el afianzamiento de las relaciones políticas que le prohijaron su posición acabó de completar sus vinculaciones con Batisterio.

Cuando sopesaba todas aquellas incidencias no podía dejar de inscribir, en el balance de su fortuna política, la cifra correspondiente al interés del general por atraérselo y complacerlo. Era a todas luces una consideración especial que contrastaba con las prácticas que habitualmente empleaba para no dejar dudas de su prepotencia. Aquí el análisis lo llevaba a la consideración de las situaciones sociales de extrema desigualdad que gravitaron sobre sus relaciones en el lar nativo. Por tradición, los Palma constituían un pilar entre las familias principales de la comarca, mientras que los Batisterio hundían sus raíces en la masa rural, hombres de horca y cuchillo, a sueldo del mejor postor en las contiendas civiles, personajes de la montonera por generaciones, antecedentes que lo inducían a presumir que en el fondo de la benévola deferencia y protección del general descansaba el secreto designio, a lo mejor ignorando por él mismo, de mostrar patentemente cómo se habían invertido los papeles. Los hechos estaban indicando que por debajo de los alardes de su origen popular, que Batisterio exhibía como arma política, se colaban vanas y hasta risibles preocupaciones de estirpe. Prueba al canto fue el empeño en agregar el Ocampo al Batisterio a secas, con que previamente se le conocía, novedad que puso en apuros a los biógrafos que no hallaban modo de hacer creíble el enlace entre el sonoro apellido y el modesto claustro materno. Inclusive atraído por el retintín eufónico, puso oídos sordos a las insinuaciones de entendidos en asuntos históricos que reputaban tal nombre como tradición de rebeldía y libertad, nociones que, a la sazón, era preferible no sugerirlas, aparte de que el apellido estaba lejos de ser simiente aristocrática.

A la ciudad en crecimiento había acudido en pos de un modo de vida que a la distancia se abrillantaba desde el tedio de la vida de provincia. Le acompañaron la hermana Lupe, soltera entrada en años y Regina, la hija en la flor de la

existencia, con cuya paternidad se enorgullecía. Cuando la marcha de los sucesos llevó a la presidencia a su comprovinciano, las fortuitas vinculaciones políticas que había anudado con él se cimentaban en la profunda insatisfacción que lo había ganado frente al gobierno del viejo caudillo don Paco. Era partícipe del criterio generalizado de que se aproximaba el caos por falta de una mano rectora, capaz de frenar los apetitos de las pequeñas islas de poder que fraccionaban el principio de autoridad, despejando el camino a la corrupción galopante. Los compromisos de la deuda pública, fraguados a base de empréstitos onerosos, con mínima inversión productiva, iban en camino de agobiar la hacienda del Estado. Tuvo que reconocer que Batisterio hizo provecho de tales vicios en favor de sus personales intereses, y cuando con la violencia sin miramientos avasalló a sus contrarios, empezó a entrar en sospecha de que el camino al que lo arrastraban los acontecimientos no correspondía precisamente a lo que creía necesario. Sin embargo, la dinámica respuesta a la trágica emergencia del ciclón, ofrecida por el nuevo mandatario, le hizo como quien dice volver el alma al cuerpo y fue entonces que ocurrió el súbito ascenso de su estrella política.

Aquella posición cercana al centro de poder, que le permitió interiorizarse en intimidades del régimen, constituyó a poco otra experiencia erosionante de sus presunciones. Volvió a tildarse de ingenuo, pues aunque nada tenía que ver con las actividades represivas, era bastante lo que veía y escuchaba para convencerse de que los rumores en circulación acerca de inauditas crueldades no eran puras fábulas. A medida que los días redondearon el acopio de sus comprobaciones, obligadas al silencio por sus compromisos, fue emergiendo como un achaque de conciencia la sensación de que iba cayendo en una trampa. Sin remedio se vio constreñido a convenir que los halagos de la posición, que satisfacían aspiraciones con que vino a la ciudad, no disipaban sus escrúpulos, pese a que se esforzaba por ignorarlos en la lucha sin tregua entre su propensión al bien y el apego al

disfrute de lo que originalmente se había propuesto como meta.

Cuando a tal altura estaban las cosas cayó en la cuenta de que la hermana Lupe no era ajena a lo que venía ocurriendo. La alarmaron ciertas frases escapadas en la atmósfera de confianza del círculo familiar. En su mirada leyó que consideraba aquello inexplicable, absurdo, insensato, aun cuando tenían a la puerta un automóvil flamante, su guardarrropa colmado, el bienestar presente en toda la casa y la perspectiva, ya en curso, de la mudanza a una magnífica residencia en el barrio aristocrático. Con una pizca más de suspicacia hubiera caído en cuenta también que de aquella reacción a proponerse impedir que él continuara por el camino que iba no había más que un paso.

En el debate íntimo que sentía crecer, según avanzaba el tiempo, las escapatorias al pueblo los fines de semana, cuando aflojaban las ataduras burocráticas, las emprendía al principio como recurso que, al alejarle del ambiente que suscitaba sus cavilaciones, le permitía aguardar no sólo el descanso físico sino también el del espíritu. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que se equivocaba. El medio pequeño, de simplicidad que hacía menos propensos los egoísmos y las rivalidades, en vez de aliviar sus escrúpulos le servía de acicate. Estaba allí, sobre todo, el reproche de la esposa, callado casi siempre, pero no menos efectivo. Doña Rita de Palma no comulgaba ni en mínima parte con el "compueblano" elevado por las artes de la política al uso al sitial de gobernante. Los años de permanencia en un colegio religioso contribuyeron a definir su fisonomía moral y en la vida de relación del pueblo siempre figuró a la cabeza de actividades piadosas, sin que fuera precisamente una beata. Bastante tuvo que ver con ello la pérdida, a edad temprana, de dos de las hijas del matrimonio, lo que hizo de Regina, la tercera, el objeto de todas sus ternuras. En ella veía reproducida, como en un espejo, su propia sosegada belleza, pero sin el velo de la melancolía que fue producto de sus vicisitudes y, a la par de la apariencia física, parecía ir en la

madre, como en la hija, la índole del carácter. Los estímulos que tuvieron el esposo y la cuñada para trasladarse a la ciudad despertaron tan poco entusiasmo en doña Rita, en comparación con lo que la sujetaba al pueblo, que se resignó a las separaciones temporales del marido, exponiéndose, como le decían las amigas, a dejarlo "solo por allá." Realmente, junto al amor conyugal, don Julio la hacía objeto de profundo respeto, que era la garantía de una unión estable, pese a cualquier escapatoria momentánea que muchas veces fue parte de una gestión política.

Era cierto que, en la vida sin estridencias del pueblo, los signos ominosos del régimen no denotaban la intensidad que era ostensible en sitios de mayor importancia. Además, el nuevo Presidente había hecho siempre galas, desde sus tiempos de legislador, de sus vínculos con la región nativa, y muchos de sus habitantes se congratulaban de su ascenso como nuncio de beneficios locales. Pero para doña Rita todo aquello carecía de importancia al cotejarlo con las múltiples e insistentes versiones sobre los excesos que estaban sembrando el espanto. Estos venían a ser, a la luz de sus sentimientos piadosos, justificación de la antipatía que por natural impulso profesaba a Batisterio.

Con el valimiento del esposo, la situación estaba llamada a hacer crisis. Sin alterar su serenidad el relato de las barbaridades que corrían de boca en boca era traído a cuenta por doña Rita, mientras su mirada, que rebosaba templanza, se fijaba interrogante en los ojos de don Julio. El marido, con expresión un tanto elusiva, disimulada generalmente tras las bocanadas de humo que su inveterada afición al cigarrillo lo llevaba a expeler con mayor frecuencia, hacía de tripas corazón para negar las noticias o atribuirlas al afán de los enemigos por inferirle daño al gobierno. Aquella presión disimulada contribuyó de manera decisiva a que don Julio buscara, ante sí mismo, la forma de sustituir la deteriorada convicción que inicialmente lo había llevado a unirse a Batisterio con otras razones más ajustadas a las auténticas

realidades que él, desde su posición, no podía menos que comprobar.

La vuelta de Regina al lado de su madre vino a sumarse a la serie de circunstancias que insistentemente lo inducían a revisar su actitud. El amor que le profesaba era complemento de todo cuanto suscitaba en él el contacto con la naturaleza, la simplicidad de las costumbres del medio ambiente y la expresión muchas veces sin palabras con que doña Rita se hacía sentir. Para colmo, lo de Regina venía de lejos, pues algo de remordimiento se le insinuó cuando, tras la entrevista con Cosme, fue visible en su hija una protesta silenciosa y, finalmente, el propósito de abandonar la ciudad en busca de la comprensión materna.

Tal fue, a grandes rasgos, la situación que casi sin darse cuenta lo condujo a una postura de compromiso destinada a convertirse en punto de partida de un giro extraordinario en su existencia. Un día le dijo a doña Rita que, después de todo, si Batisterio era tan perverso como lo pintaban los infundios que ella le repetía, era deber de todos hacer esfuerzos porque lo rodearan quienes de alguna manera pudieran evitar o disminuir el desbocamiento de sus malsanas pasiones. Con eso creyó haber hallado una fórmula, que a la vez que acallara los escrúpulos de su propia conciencia, le sirviera de norma de conducta como funcionario, dentro de lo que el autoritarismo intimidatorio hiciera posible.

XXXVIII

No se le escapaban los riesgos a que se exponía con una actitud semejante. Disentir del Unico o pretender moderar sus ímpetus aparejaba siempre un eventual peligro o, por lo menos, el promover sospechas. El clima del régimen estaba ya completamente definido dentro de la identificación absoluta con la voluntad del mandante. En el caso suyo sabía bien que la intriga cortesana empezaba a murmurar sobre el desapego de doña Rita y las relaciones de Regina con Cosme. Alguna broma de mal gusto, que supuso intencionada, le había hecho el propio Batisterio: —"Si tuviera poder, haría a doña Rita la primera arzobispa del mundo". Luego la rubricó con una carcajada ruidosa. Las asechanzas no impidieron, sin embargo, que se las compusiera para introducir, en las oportunidades favorables, insinuaciones de mesura que limaran las aristas tajantes de la maquinaria gubernamental. Se hizo vehículo de solicitudes de perdón, dio curso a peticiones de ayuda, propició el acercamiento con tildados de indiferentes u hostiles, que muchas veces ambas actitudes se medían por el mismo rasero. Luego las nuevas de esa índole las trasladaba como una especie de reivindicación al círculo familiar.

Tras adoptar esa línea de conducta, en dilema tamaño le puso, con caracteres agudos, el problema de Cosme Ramírez. Por un lado le era imposible ignorar cómo le concernía el asunto a causa de las relaciones de su hija Regina con quien había caído en las redes del sistema represivo del régimen. Por otro, a él acudió en tono suplicatorio doña Mariana y el doctor Lima se atrevió a recabar su intervención, con muy buenas razones, para que a Cosme se le sometiera a los procedimientos de ley, a fin de esclarecer las inculpaciones

que se le hacían. Tan sesudos fueron los argumentos que expuso acerca de las ventajas que reportaría al gobierno el ceñirse a la legalidad, que por un momento pensó llevarlo a presencia del mandatario, presumiendo que a éste, por lo pronto, le halagaría el acercamiento de una personalidad distinguida, pero desistió luego de enterarse que el clima alrededor del doctor Lima se había enrarecido por causa de la negativa del profesional a ser partícipe del homenaje que al fin en esos días iba a rendir la clase médica por iniciativa del doctor Valenzuela.

Los azares previsibles, pues, eran muy dignos de atención, pero todo indicaba que iba a verse obligado a desafiarlos. No le dejaban otra alternativa los pujos de su propia conciencia, los lloros de Regina y doña Mariana, la actitud de doña Rita, la insistencia del doctor Lima y, finalmente, el pensamiento de que, después de todo, resultaba conveniente, por lo mismo que el asunto le concernía de manera directa, fijar su posición en cuestión tan peliaguda como el complot del coronel Mendoza.

Las referencias a asuntos del círculo familiar no habían faltado en sus intercambios con El Unico. Dentro de la unificación absoluta que trataba de imponer el régimen, las incursiones en el seno de las familias se habían hecho parte del radio de acción gubernamental. Además, en su caso, el prominente amigo se servía de los viejos vínculos de amistad para interesarse por su vida privada. Con gesto protector fue que le confió ofrecerle una curul de diputado al novio de su hija. Luego, ante el rechazo de Cosme, que él se encargó de informarle, poniendo de relieve que le había dado término a las relaciones de su hija, fue que El Unico trajo a cuenta la vieja y frustrada admiración de su hijo Polo por Regina. Pareció no darle importancia, sin embargo, y hacer de ello más bien un motivo de burla para el vástago. —"Ha sido siempre un tonto de capirote. Yo lo llamo el bobito Polo. No sé por qué misterio es mi hijo. Ahí he hecho que le pongan un uniforme a ver si al fin se endurece y no me desacredita el apellido..." Todo lo rubricó, como era frecuente, con una

carcajada, en la cual, no sabía por qué, pese a su significación humorística, creía advertir cada vez más un indicio del fondo brutal de su personalidad.

Hasta aquel momento había ignorado que existiera tal admiración. A medida que las cosas se enseriaron, el saberlo agregó una nota de inquietud a sus cavilaciones, no obstante que aparentemente era poca la consideración que su hijo le merecía a Batisterio. De todos modos, enterarse de tal inclinación influyó para que consintiera en el alejamiento de Regina, haciéndolo aparecer como un recurso para distanciarla de Cosme, cuando realmente fue medida de prudencia en vista de que se reiniciaban y hacían asiduas las atenciones de Polo, al tanto, sin duda, del problema de las relaciones de su hija.

XXXIX

En la paz del lar nativo encontró Regina un alivio a las inquietudes e insatisfacciones que la hicieron abandonar la ciudad y refugiarse en el cariño y la comprensión maternas.

La casa de la familia estaba ubicada en las afueras del pueblo, en posición privilegiada. El terreno era de regular extensión. Una corriente de agua lo bordeaba a la parte posterior y por otro de sus lados una serie de colinas anticipaban las montañas que en los días claros se divisaban en la lejanía. El río alimentaba la fertilidad del terreno y era fuente de lozanía para los pequeños cultivos beneficiados por el consumo familiar. Fortunato, el viejo servidor, fungía de mayoral desde más de una generación. A sus órdenes trabajaban dos o tres peones ocupados en el cuido de unas cuantas cabezas de ganado y de los sembradíos. En el pequeño establo, al fondo de la propiedad, se guarecían también dos o tres caballos que de cuando en cuando utilizaba don Julio para satisfacer sus aficiones a la equitación.

La casa construida de madera, con amplia galería en su frente, disponía de un jardín en donde se esmeraba el cuidado de doña Rita. Por aquel lado, cincuenta metros más adelante, limitaba el terreno con la carretera que era vía principal de comunicación con las otras poblaciones. A manera de portal, un par de columnas en ladrillo rojo, que dejaban una estrecha abertura y eran cobijadas por la marquesina de dos aguas, en tejas del mismo color.

Todo parecía contribuir a apaciguar las inquietudes por los problemas surgidos en los últimos días de su permanencia en la ciudad. Tenía que convenir en que era temprano aún para sentir la falta de la primera carta de Cosme, cuyo

reclamo lo había hecho muy insistentemente con la misiva larga y minuciosa que escribió apenas recién llegada. El recuerdo del ausente se tiñó con un color de nostalgia muy a tono con cuanto la rodeaba. En medio de las plácidas impresiones que estaba recibiendo despuntó la esperanza del reencuentro, pero pronto debía agostarla la realidad, pues la noticia de la prisión tuvo efectos de cataclismo que la estremeció de pies a cabeza y deshizo todo lo demás. A cargo de doña Rita estuvo el trabajoso empeño de disuadirla del regreso a la ciudad y aguardar el arribo de su padre. Fue entonces que tuvo comienzo el asedio familiar que contribuyó a poner en estado de crisis el intento de don Julio de sumar sus esfuerzos en favor de la humanización del régimen. El regreso a la ciudad, en que ella insistió, era necesario evitarlo. —"Si vas y demuestras interés por Cosme, me comprometes y, lo que es peor, de antemano inutilizas lo que pueda yo hacer por ese cabeza dura, que ya sabía iba a parar en cosas como estas..." En cambio, prometió hacer cuanto fuere posible, cuidándose mucho, sin embargo, en dejar bien sentado que el tiempo era un aliado que había que tener en cuenta para apaciguar la efervescencia producida por la conspiración del coronel Mendoza.

Fue así como los días se hicieron tensos, nebulosos, como si arrastraran sombras y nada más. Poco importaba que brillara el sol o que los atractivos de la naturaleza atrajeran con su lozanía. Aun frente a la amplitud del panorama, la angustia la oprimía con una sensación de confinamiento. Allí, en el fondo de su alma, estaba latente el impulso de correr al sitio de los sucesos, de quebrar el cerrado muro de prevenciones que primero la había separado de Cosme y ahora le exigía fingir indiferencia, pero le era forzozo convenir en que poco o nada le era posible hacer. El íntimo debate entre sus deseos y sus posibilidades no tardó en reflejarse en su aspecto físico. Disminuyó su peso, se le enmusteció el rostro y en su actividad se insinuaba un abatimiento sustancial y profundo.

Al fin un soplo de consuelo trajeron las palabras de don Julio, cuyo amor paterno estaba ya preocupado por el visible desmejoramiento. Le dijo que en la próxima semana abordaría el asunto con el Presidente: , —"Parece que ha mejorado su humor—" comentó. En su fuero interno lo que planeaba consistía en hacer provecho de las razones que le expuso el doctor Lima, acerca de la conveniencia, para el gobierno, de esclarecer y sancionar la conducta de los complicados en el complot del coronel Mendoza por la vía legal. En primer término, tenía la ventaja —le dijo— de ser un ejemplo para todos; en segundo término, brindaba al Presidente la oportunidad de ser generoso, en una demostración más de su ascendiente y su poder, pues el perdón sería una forma de inducir a los enemigos de la víspera a deponer su hostilidad, sumándolos a la obra de gobierno. Comprendía que aquello contrastaba con la práctica de dureza política que en palabras y en actos se esgrimían, pero se decidió a hacer la prueba aun a expensas de los mayores riesgos.

La promesa hizo de la próxima visita de don Julio un motivo de expectativa que semejó reanimarla como por arte de magia. Aquel fin de semana parecía revestir las cosas de su prístino atractivo. Desde el día anterior el paso de las horas y el estado de sus nervios la sobresaltaban ante cualquier señal que pudiera interpretarse como anunciadora del arribo de su padre. Este a veces, como si adelantara el reloj, reducía el término de su ausencia. De repente estuvo segura de que el ruido hecho por un automóvil, al detenerse a la entrada, pertenecía al vehículo cuyo advenimiento era motivo para su inquietud. Se precipitó en dirección al portal. Alguien venía por el sendero que era la comunicación entre la entrada y la casa, pero no era don Julio, sino Polo Batisterio.

Una vez más la presencia de Polo Batisterio agravaba el desasosiego en la alentadora simplicidad de su retiro, pero ahora se tornaba en una imagen agorera con ribetes siniestros. Tuvo que dominarse para no gritarle, desde lejos, que lo mejor era que se largara de inmediato por donde mismo había venido. Caminaba enfundado en su uniforme de capitán, pero

ni en el paso cansino, ni en la figura cimbreante, había el más ligero indicio de apostura militar. La saludó de manera ceremoniosa, llevándose la diestra a la frente, pero no pudo zafarse de un traspié al pretender unir los talones en actitud marcial. —"Ave, reina"— dijo, sin inmutarse. Aquellos aspavientos la ponían frenética y tuvo que echar mano de sus reservas de buena educación y mejor índole para que su repudio no la arrastrara a una respuesta hiriente. Se devolvió hacia la casa, llevándolo a su lado. —"Cómo está la doña"— prosiguió él, muy campante— sin que las contestaciones monosilábicas lo arredararan en lo más mínimo.

La tía Lupe le había abierto las puertas de la casa en la ciudad. Esa circunstancia, y el dilema surgido a raíz de la conversación de Cosme con su padre, fueron motivaciones decisivas para que ella se decidiera a poner tierra de por medio, yéndose al lado de su madre. Pero ello nada significó para el impenitente admirador, ahora estimulado por los aires de prepotencia que envolvían su apellido. A poco hizo su aparición por el pueblo, so pretexto de misiones de inspección militar que le habían encomendado. La visita de ese día era la tercera. Doña Rita tomó el asunto como si fuera el tributo que se veía obligada a pagar en bien de la situación de su esposo. En la oportunidad ocupaba uno de los asientos dispuestos en la galería de la casa, a espera también de don Julio, y, al advertir con quién venía Regina, se aprestó a la actitud de disimulo que constituía para ella un gravoso compromiso. La prueba comenzaba con el despliegue ceremonioso de Polo, de artificiosidad tan forzada, que era evidente su carácter de cosa recién aprendida.

Todo se repitió según los antecedentes conocidos. Tras los saludos de rigor, que llevaron al visitante a encorvarse en forma exagerada, bien notoria por su aventajada estatura, lo hizo tomar asiento. En cuanto a Regina, se colocó de manera de no perder de vista la entrada, pues su inquietud continuaba girando alrededor del eventual arribo de su padre.

Aparecieron los temas banales con que solía Polo iniciar la conversación. Se empeñaba en lucir galas de ingenio, pero

sus salidas estaban cargadas de puerilidad. Al menos así las encontraba. Una vez más se lamentó de la ausencia de doña Rita y su hija de la ciudad. —"Pero me lo explico, es que se vive aquí en un pequeño paraíso junto a la madre naturaleza". La pobre recepción por parte del auditorio pareció cohibirlo, pero en seguida, adoptando tono de seriedad, sus palabras inquirieron por las dimensiones y la ubicación del predio que llamaba pequeño paraíso.

Mientras doña Rita satisfacía su curiosidad, sintió Regina sobre ella la mirada con que daba muestras de su embeleso al contemplarla con expresión bovina. Repentinamente se puso incisivo, tan pronto terminó de hablar doña Rita.

—Parece que Regina espera que aparezca por la entrada el ángel de su guarda— comentó.

La salida era para ponerle atención. La sustrajo de su ensimismamiento. Sin duda que le molestaba que permaneciera como ajena a todo cuanto él decía. Era evidente también que sus palabras comportaban una clara alusión. Comenzó por disculparse: — "Es que aguardo a papá..."

—¿A don Julio solamente? A lo mejor esperas que se produzca un milagro...

La alusión no dejaba ya dudas, pero no estaba dispuesta a eludirla.

—Ojalá— fue su respuesta— pero no vivimos en épocas de milagros sino de duras realidades...

Ahora lo miraba de frente, en actitud más bien desafiante. Contrajo él los labios gruesos, como si se los mordiera, pero en los ojos, que continuaban con expresión de embeleso, no supo cómo le pareció descubrir súbitamente algo que le suscitó una inocultable sensación de temor. Era que la mirada de Polo, habitualmente bobalicona, se había hecho codiciosa.

El momento de tensión se interrumpió con el ruido que produjo otro vehículo de motor al detenerse frente a la entrada. Ahora sí había llegado don Julio, cuya figura no tardó en aparecer en el hueco de la marquesina. Verlo, levantarse y correr hacia él fue todo uno en Regina. Aparte de

la ansiedad con que lo aguardaba, le movió también aquel repentino temor que le había inspirado Polo. En los brazos de su padre, su instinto le indicaba que había una promesa de protección. Tras confundirse con él en un estrecho abrazo, vino por el sendero tomada de su diestra. Doña Rita y Polo permanecían de pie en la galería.

Fue visible la impresión con que don Julio se hizo cargo de la presencia de Polo, no obstante estar prevenido por el vehículo con placa oficial y chofer en uniforme que se encontraba junto a la marquesina. Doña Rita se adelantó a recibir los ósculos afectuosos del marido, mientras el visitante se quedaba a sus espaldas. Le tendió el recién llegado la mano en actitud cordial, preguntando por la causa de su ausencia de la ciudad. —"Esta mañana ví por última vez a su padre el Presidente. Como siempre, trabajando sin descanso..." A su vez, Polo explicó lo que le traía por aquellos lares: misiones de inspección. Le era indispensable regresar esa misma noche a la ciudad. Al decirlo, echando una ojeada al reluciente reloj pulsera que lucía, extrañó lo rápido que pasaba el tiempo cuando se estaba bien acompañado. Fuera cierto o no lo de la urgencia, le sirvió de excusa para abreviar su estada con un intercambio de palabras un poco embarazoso, argumentando que se veía obligado a salir de inmediato.

La despedida fue tan ceremoniosa como el arribo pero en sus ojos perduraba el celaje de codicia que había alarmado a Regina. A ella le fue perceptible de nuevo cuando, al tomarle la mano para decirle adiós, la miró fijamente.

Don Julio le hizo compañía hasta la salida. Por el camino pensaba, para calmar su inquietud, en el calificativo de bobito con que lo motejaba su padre. Polo, a su lado, exhibía su paso cansino, pero en su mente resonaban otras palabras. "No pareces hijo mío, estúpido. ¿Qué mujer puede llegar a quererte si no te siente como hombre? Ese enamoramiento pendejo te está convirtiendo en un hazmerreir. Los hombres de nuestro apellido han sido siempre muy machos. ¿Hasta cuándo te va a echar tierra el doctorcito del carajo? "

En el trayecto de vuelta a la casa siguió don Julio sumido en sus cavilaciones. No le abandonaba la preocupación provocada por el renovado interés de Polo por Regina, semilla, a no dudarlo, de un nuevo conflicto. Ni por asomo le concedía crédito a las palabras de Polo, atribuyéndole a los encargos de inspección sus apariciones. Tan abstraído iba en sus pensamientos, cigarrillo en mano, como siempre, que no se percató de la ansiedad con que su hija vino a su encuentro en la mitad del camino. A ella le resultó imposible contenerse, y ya cuando entraban a la galería de la casa le preguntó por las nuevas que traía. Los ojos se le iluminaron al recibir como respuesta una amplia sonrisa que anticipó el optimismo de las palabras.

El Presidente parecía inclinado a proceder de acuerdo con sus sugestiones. Ante él dio la orden para que a los presos los trajeran de regreso a la ciudad. Como siempre reservó para sí la decisión final, pero aquel primer paso era indicio seguro de que las cosas mejoraban. En realidad, sus sugestiones, si acaso remacharon el clavo, pues habían abundando las solicitudes de clemencia por Cosme, sus compañeros y el doctor Lima, y ya se sabía cómo al Presidente le halagaba ser reconocido como el centro y la autoridad en todo, desde lo más grande a lo más pequeño.

XL

En La Ablandadora, para el grupo del cual formaba parte Cosme, fueron haciéndose inconfundibles los indicios de que había para ellos cambios en perspectiva. Así lo atestiguaba la mejoría en el trato, el suministro de quinina para los afectados por las fiebres, la alimentación más sustanciosa y menos rigidez en el trabajo para los que habían continuado saliendo a rendirlo. Todo ello fue recibido al principio con sorpresa y luego elaborado en los comentarios sigilosos. Como le preocupaba la situación del doctor Lima, se las ingenió para obtener nuevas noticias por medio de Fermín, pero éste se mantuvo impasible ante las requisitorias. Al fin dijo: —"Soy un soldado y... shiss", mientras se pasaba el índice por el cuello a manera de una hoja cortante. Comprendió que eran buenas las razones del hombre y que no había derecho a exponerlo a perder hasta la vida, acusado de traición.

Las magulladuras de su rostro fueron desapareciendo poco a poco. Sin espejo para comprobarlo y con la espesa barba para ocultarlas, lo que le permitía pensar así era la disminución del dolor. Mientras los compañeros continuaban sometidos a la diaria rutina de la salida al trabajo, a él se le seguía eximiendo de cumplirla. Con la recuperación de fuerzas, el disfrute del privilegio comenzó a molestarlo frente a los demás, e inclusive el mantenerse ocioso se hizo motivo de tedio. Al fin, una mañana, todos quedaron en la celda, lo que fue interpretado como señal de que algo extraordinario se aproximaba.

La primera novedad consistió en la separación de los que no habían sido parte del grupo capturado en la casa de don Fonso Vargas, quienes fueron sustituidos por compañeros de

la noche fatídica. Rostros conocidos pudo verlos de nuevo de cerca, con los visibles cambios que se debían a la permanencia en La Ablandadora. La persona del doctor Veloz era apenas una sombra de la que le fue familiar. Su voz apagada resultaba lejana remembranza de la de tono metálico y decidido que tantas veces había escuchado en circunstancias inolvidables. La barba poblada e hirsuta lo que ocultaba era un rostro fláccido muy diferente al de líneas enérgicas de otros tiempos. En las confidencias inevitables, productos del reencuentro, pero apenas musitadas, creyó advertir en él la persistencia, pese a todo, del tono del hombre decidido que le había llevado a encabezar la empresa cuyo fracaso estaban pagando con creces.

Por la tarde los llevaron a tomar un baño en el río cercano. Aquello fue una verdadera inyección de vida. Hasta entonces la forzada convivencia con la mugre apenas tenía alivio en el superficial aseo que les deparaban, en las mañanas, antes de ingerir el magro desayuno previo a las duras faenas del desyerbo.

Soldados tomaron posiciones en ambas márgenes del río, de cauce relativamente estrecho, aunque registraba lugares de suficiente profundidad para permitir las zambullidas. Ninguno hizo uso de la ocurrencia tan exhaustivamente como él. La natación había sido siempre su deporte favorito y sus músculos semientumecidos le agradecieron sobremanera el poder entrar de nuevo en acción. Pronto sus habilidades se hicieron ostensibles y fueron centro de las miradas asiduas de los compañeros, mientras los soldados, en actitud vigilante, no perdían de vista uno solo de sus movimientos. El cabo Puyita, subido en un montículo, parecía embobado ante sus cabriolas, la bocaza semiabierta, pero no hasta el punto de olvidar el papel de guardián receloso, como lo demostraba poniendo el rifle en condiciones de disparar cuantas veces se le ocultaba con sus inmersiones. Finalmente, el sargento al mando del pelotón, reloj en mano, dio por terminado el baño y les ordenó salir y ponerse en fila. Algunos, a falta de trajes de baño, se habían sumergido en las aguas con los inmundos

paños menores, otros completamente desnudos, felices en despojarse en totalidad de las vestimentas. A unos y a otros les aguardaba una nueva sorpresa, pues bajo órdenes del sargento un soldado trajo un lote de ropa limpia que les fue distribuido. Pero aún más: se eliminó el traje de rayadillo y les dieron pantalones y camisas normales. Todo semejaba estar a tono con la apertura hacia el mundo de los vivos, después de habérseles colocado a la entrada de la tumba, en esa especie de limbo infernal que era La Ablandadora, ajeno al más ligero asomo de bienaventuranza.

Pero la culminación de hechos insólitos tuvo lugar al anochecer. Reinaba el ambiente sombreado del crepúsculo cuando se produjo el conocido alboroto que provocaba la visita del capitán Rigoberto. A seguidas se escuchó el taconeo pausado y rotundo que, por el estado de ánimo que suscitaba, guardaba similitud, por sus efectos, con el rumor sordo anunciador de una tempestad o un terremoto y que, como ellos, sobrecogía a todos, reclusos y guardianes. Lo vieron desfilar por el pasillo con el negro Berto, que aún cojeaba, a sus espaldas. Era otra nota característica de su presencia, después del ruidoso arribo y el desfile retumbante, el silencio profundo que se adueñaba del penal como si la expectativa lo paralizara. En medio de aquel suspenso les llegó claramente la voz de Rigoberto en estado de sobreexcitación. Resultaba imposible distinguir las palabras que profería, pero era evidente su tono, como si estuviera riñendo al teniente Edelmiro, cuyo pequeño despacho quedaba al fondo del pasillo. El asunto continuó con el reinicio del taconeo, ahora en dirección a la celda, ante cuya puerta se detuvieron las siluetas del capitán, el teniente, Berto y el viejo Fermín. Este abrió la puerta y después permaneció afuera con Berto.

Las penumbras de la hora se habían hecho más densas, pero hubiera jurado que en medio de ellas las yertas pupilas del capitán lucían encandiladas.

Se encendió la luz del pasillo y la escena se clarificó. Rigoberto atrajo todas las miradas. El ceño fruncido, los labios se le perdían en el rictus de la boca, el rostro entero de

una sola pieza, como si estuviera conteniendo los impulsos de no se sabía qué ímpetus. A su lado, la expresión del teniente era tan escurridiza que parecía decir: "yo no tengo la culpa..."

Rigoberto habló. —"Teniente, proceda, pues a usted le trasmitieron directamente las órdenes..."

Entonces Edelmiro, como quien no tenía vela en aquel entierro, enfrentó al grupo. Con voz pausada les anunció que a las cinco de la mañana deberían estar en pie y listos para su traslado a la prisión de la ciudad. Se interrumpió como para observar el efecto que había producido el anuncio. En los rostros de los oyentes, pese a las barbas hirsutas, no pudo ocultarse un reflejo de satisfacción. Entonces prosiguió: —"Creo que apreciarán la generosidad del Unico, que a pesar de los graves delitos de ustedes, se ha interesado por su suerte, y además espero que su permanencia aquí les haya enseñado a ser prudentes y a no dejarse embaucar por ilusos. De aquí no son muchos los que salen y los que lo consiguen deben cuidarse bien, sobre todo de la lengua... Recuerden que si a los de primer ingreso les es difícil salir, los de segundo deben prácticamente despedirse del mundo... Recuerden, recuerden... y no hablen, —repitió; recuerden—de nuevo— que en boca cerrada no entran moscas..." Su gesto era poco imperativo, tal vez paternal, pero al retroceder hablando, en dirección a la puerta de la celda, el olvido de las proporciones le echó a perder la escena. Su espigada estatura hizo tropezar la cabeza con la parte superior del marco de la puerta y su rostro se contrajo, en señal de dolor, proyectando más su nariz descomunal, siempre al rojo vivo. La risa se hizo un murmullo apagado pero incontenible.

Ese momento fue el que a Rigoberto le pareció insoportable. Primero se volvió hacia Edelmiro: —"Muy flojo, teniente, muy flojo." Luego a los demás:—

—"Ya hasta se ríen, eh... Lo que Edelmiro les ha dicho es poco... Sepan, pendejos, que los que estamos encargados de la seguridad! no nos dormimos ni creemos en cuentos que gente dizque sabia e intelectual le lleva al Unico para

favorecer a tipos de la calaña de ustedes, malas pécoras... —Con esto quiero decirles que queda por su cuenta el demostrar que realmente se han corregido..." y levantando la voz, furibundo, pese a su aguda inflexión: —"O si no, carajo, se lo enseñaremos definitivamente... Ya saben... A veces cortamos la lengua..."

A medida que hablaba se les había ido aproximando. Se detuvo frente a él, mirándolo fijamente y, por un instante, extendió los brazos, con las manos crispadas, como si quisiera agarrarlo por el cuello. La actitud la mantuvo aparentemente haciendo un supremo esfuerzo por contenerse, pero lo único que agregó fue una palabrota, y, dando media vuelta, abandonó la celda, le hizo la consabida señal de presteza a Berto, con el castañeteo de los dedos, y se dirigió a la salida, dejando a todos en suspenso, incluso al teniente Edelmiro. Después de aquello, la vigilia se adueñó de cada uno hasta el amanecer. Claro percibieron, al aproximarse, el ruido característico del motor de La Perrera. Sin demora apareció Fermín con sus llaves, seguido de cuatro soldados. En la clásica fila fueron llevados al vehículo y el destino quiso que su postrera visión de La Ablandadora incluyera al cabo Puyita, de centinela a la entrada, quien ruidosamente se sonaba sus aventajadas fosas nasales.

XLI

Hizo lo posible por afinar lo más que pudo el oído, cuando calculó que estaban penetrando en la ciudad. Pretendía quebrar el absoluto aislamiento del pequeño recinto tapiado que era La Perrera. Ya que no podía ver, pensaba que mediante los sonidos estaría en condiciones de determinar por dónde transitaban. El reencuentro a ciegas con la ciudad, después de una ausencia relativamente prolongada, le hubiera causado desazón insoportable en circunstancias normales, pero frente a las que estaba padeciendo constituía motivo suficiente para conmover el más ligero residuo placentero de sus emociones. Allí cerca estaba la mayor parte de los seres queridos; iba a compartir, aunque precariamente, el ambiente vital que a ellos les rodeaba; el medio físico de la ciudad lo sentía como consustanciado con su propio ser. El alma se le colmaba con el recuerdo de pasadas sensaciones, pese a que en el fondo latía el soplo de un vacío: el presentimiento de que continuaba la ausencia de Regina Palma.

Al fin enfrentaron la entrada del viejo emplazamiento carcelario de la urbe. Se dio cuenta por los saludos militares. En el patio interior se detuvo el vehículo en el sitio consabido, se les hizo bajar, fue registrado su reingreso y en seguida estuvieron instalados en una celda común relativamente espaciosa y con acondicionamiento que la hacían lucir como excelente en comparación con la atmósfera sórdida y la exhibición de mugre que caracterizaba a La Ablandadora. Tenía ventana al río, que servía de puerto, y junto a ella se aglomeraron todos, deseosos de disfrutar de la impresión de vida que deparaba la naciente actividad

mañanera en la reducida porción de muelle que podían observar.

La confirmación de un tratamiento más humanitario, que evidentemente estaba en curso, aunque a trechos espaciados, tuvo otros indicios en la alimentación más variada, en la posibilidad de aseo y, sobre todo, en el disfrute nocturno de literas para dormir. Acomodado en la que le destinaron, le fue fácil conciliar el sueño sin el sobresalto que invariablemente le acompañaba en La Ablandadora, en donde siempre se permanecía a espera de algo humillante o sobrecogedor.

Al otro día, el destino suyo y de los compañeros pareció definirse. Don Zenón, el alcaide de piel aceitunada, encorvado más que por los años por la excesiva estatura, les hizo saber que en una semana comenzarían a instruirles proceso. Al transcurrir los días creció el interés por mejorarles la apariencia. Don Zenón les ofreció los servicios de un barbero para acondicionarles la pelambre, que estaba creciendo de nuevo, después del rasuramiento del cuello cabelludo, y que era anárquica y abundante en la barba. En parte por no plegarse a la intención de la oferta, prefirió conservar su barba, que disimulaba las magulladuras subsistentes, y en cuanto al cabello se limitó a pasarse las manos por él para indicar que era suficiente. Por último, para el día de visitas, el domingo, les anunciaron las de sus familiares.

Le parecía un sueño, ¿Sería verdad que podría ver y hablar a doña Mariana? ¿Cómo estarían los muchachos? ¡Ah, si se apareciera Regina! ... Vaya locura... Por bien intencionado que estuviera don Julio no iba a arriesgarse a tanto como permitirle a su hija visitarlo.

En la mañana del día memorable, don Zenón les advirtió que las entrevistas serían de quince minutos, que estaba prohibido hablar en voz baja, que cualquier cosa que quisieran dejarles deberían entrégarsela a los guardianes y que los visitantes estaban limitados a uno para cada recluso.

El acontecimiento, fijado para después del almuerzo, dio lugar a que se desbordaran los sentimientos por tanto tiempo contenidos o torturados. Uno a uno, a su turno, fueron

pasando a la pequeña habitación en donde, bajo la mirada impasible pero severa de un oficial, se confundían en estrecho abrazo con el respectivo visitante. Al igual que en el caso de los demás, la emoción entre él y doña Mariana estuvo especialmente motivada por la sorpresa mutua, al comprobar los cambios que una separación relativamente breve había producido en los rostros y en la presencia de cada uno. Ella no pudo evitar que se le escapara un " ¡hijo mío, pero qué te han hecho! " A pesar de la recuperación de las últimas semanas, su pérdida de peso era notoria, restaban huellas de la golpeadura del negro Berto, las manos que aprisonó entre las suyas estaban encallecidas, el empalidecimiento ocasionado por los accesos de fiebre no había desaparecido y el pelo semi rasurado y la barba crecida completaban lo que captó en la primera impresión. En ella, por su parte, las ansiedades y los dolores de las semanas recién transcurridas habían acentuado el encanecimiento del cabello, hasta hacerlo total, mientras que en el rostro habían comenzado a delinearse los rasgos de un envejecimiento prematuro.

Las palabras no salieron con facilidad en los momentos iniciales. La expresión de cuanto les embargaba el ánimo se patentizó en los repetidos abrazos, en las lágrimas y besos de ella y en la ternura filial con que él la acariciaba, queriendo consolarla. Poco a poco, después, comenzaron a hablar. El tono de confidencia puso sobre aviso al oficial, quien aproximándose les recordó la prohibición de expresarse en voz baja. Ambos subieron la voz pero se las ingeniaron para insinuar más de lo que decían. Supo y dedujo él, de esa manera, que Regina continuaba en su pueblo y que constantemente se valía de terceros para comunicarse con doña Mariana: —"Está triste y desmejorada— me dicen..." El doctor Lima había sido libertado pero el quebrantamiento de su salud preocupaba; que la prensa dijo del proceso judicial a que serían sometidos; que a los hermanos Dimas y Pablo les cancelaron las matrículas en la Universidad tan pronto se hizo de conocimiento público su prisión; que gracias a él no padecieron hambre, por el traspaso de la cuenta bancaria, ya

que, por más que se esforzaron, ella pretendiendo recuperar sus clientes como repostera y los muchachos buscando empleo, el trabajo no aparecía. En su caso, como era regla ya, la gente eludía cualquier clase de relaciones. —"Ni que fuéramos leprosos, hijo mío..." Fue entonces cuando doña Mariana, sonriendo por primera vez, le llamó la atención sobre el bulto colocado junto a él en el banco. Contenía ropa interior limpia, su navaja de afeitar, jabón, pasta de dientes y cepillo y lo que no podía faltar: el bizcocho que ella juzgaba era su preferido. El oficial se aproximó de nuevo y, haciéndose cargo del pequeño fardo, prometió enviárselo después. La oportunidad que ella aguardaba parece que se pesentó entonces, pues al volverse aquel para ocupar su sitio, aprovechó para musitarle mientras le abrazaba en son de despedida: —"Dice don Julio que te moderes en las declaraciones para que todo salga bien. Que recuerdes los sufrimientos de familiares y amigos..."

Los quince minutos fijados para la entrevista se hicieron para él densos pese a su fugacidad. El oficial retornaba, consultando su reloj, mientras a voces decía el nombre de otro de los reclusos a quien le correspondía el turno.

XLII

Apenas mediaron unos días para que se les condujera al tribunal para la instrucción del proceso. Por fin pudo ver las calles de la ciudad, pues, como parte de la humanización del trato, se había incluido el tránsito en vehículos abiertos. Los transeúntes miraban curiosamente los ómnibus en que eran conducidos, pues sospechaban sin duda que los ocupantes tenían que ver con los rumores que circulaban acerca del próximo juicio. Difícilmente, sin embargo, les hubiera sido posible identificarlos, pues los vehículos circulaban a toda velocidad y los cambios físicos de los ocupantes no eran obstáculos de poca monta.

La mañana, con claridad y despejo excepcional, bajo el brillo agobiador del sol del trópico, hacía despedir un halo deslumbrante a los contornos y colores de las edificaciones. La ciudad mostraba nítida limpieza, pero la vivacidad del ambiente contrastaba con los rostros generalmente preocupados y tristes de los peatones. Para él, cuanto contemplaba, que era pasto de su ansiedad, se tiñó con un halo melancólico, pese a la sinfonía de los colores.

Las actas y notas levantadas por los investigadores militares sirvieron al juez de instrucción de punto de partida. La tarea revistió inusitada celeridad, como si de antemano todo tuviera un itinerario fijo. No se apartó, en el interrogatorio, de cuanto había dicho previamente y al magistrado le tuvo sin cuidado el empeño de una sustanciación auténtica de los hechos.

Tras las diligencias preparatorias comenzó al juicio sin mayor dilación. Después del anuncio inicial de la prensa sobre

el proceso, ni una sola noticia volvió a publicarse al respecto. Al parecer, el incremento del interés del público por la novedad, alimentado por los rumores circulantes y las aglomeraciones silenciosas ante el juzgado de instrucción, pusieron en alerta a las autoridades sobre la conveniencia de despachar el asunto con la menor resonancia posible. No obstante, fue nutrida la concurrencia al primer día del juicio, pero una tupida fila de soldados la mantuvo a prudente distancia de los reos que tomaron asiento en los bancos de los acusados.

El tribunal lo integraban un juez con cara redonda y mofletuda, nariz roma y abundante pelo negro, con claros indicios de amilanamiento; el fiscal de mirada que no inspiraba confianza; el secretario, con las características inconfundibles del burócrata que había consumido su vida en el cargo, y dos escribientes. El abogado de la parte civil no cesaba de humedecerse los labios como si necesitara ejercitar la lengua para cuanto iba a decir. Allí fue que vinieron a tropezarse con el abogado de oficio que le habían designado para la defensa, ya que el tipo, precaviéndose de excederse en el encargo, no se había preocupado en lo más mínimo de ponerse en contacto con sus defendidos.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, al extremo de uno de los bancos, observaba el conjunto que estaba lejos de impresionarlo con la majestad de la justicia. Por el contrario, todo tenía la apariencia de fichas puestas previamente sobre el tablero para una jugada delineada de antemano. No se excluía de culpa en la farsa; conciencia de que lo era había ido adquiriendo a medida que el tiempo y el mejor trato restañaron las abrumadoras heridas físicas y morales de La Ablandadora, pero se decía que era la única forma de escapar de los terribles tentáculos del poder.

Aquella compostura comenzó a derrumbarse ante el acta de acusación. En ella se calificaba a Daniel Félix como uno de los cabecillas principales del complot, y para escamotear su trágico final se le tildaba de prófugo de la justicia. Lo conturbó algo parecido a lo que experimentara dentro del

pecho en La Ablandadora y que fue causa de la golpiza dispuesta por el capitán Rigoberto. De inmediato lo asaltó el pensamiento de hacer uso de la oportunidad para una denuncia pública y responsable de todo. La experiencia le había confirmado cuanto se decía acerca de las tenebrosidades del régimen y por eso la comedia judicial que estaba despuntando era, por su esencia, una burla más cruel que las horripilantes realidades de La Ablandadora. Podía ser cierto que en final de cuentas se viera favorecido pero para obtener tal ventaja, ¿debía aceptar sumisamente convertirse en parte de una pantomima encubridora de la naturaleza criminal del otro lado de la moneda, o sea del que él personalmente había verificado? Un público numeroso formaba el auditorio y la más severa censura sería impotente para reprimir la repercusión de su protesta.

Estaban cobrando fuerzas pensamientos por el estilo cuando volvió el recuerdo de la visita de doña Mariana, y se le hizo presente lo que ella más bien en tono de súplica le musitó al despedirse. Entonces, ¿cuál sería la situación de don Julio, quien sin duda corría riesgos al propiciar lo que estaba sucediendo, con pretensiones de beneficiarlo? Los ojos claros de Regina, entristecidos, se patentizaron en su memoria. El rostro melancólico de su madre, con las huellas del sufrimiento, acudió como telón de fondo de aquel desfile de implicaciones disuasivas. Permaneció estático, los brazos cruzados sobre el pecho, con una mirada cada vez más ajena a lo que sucedía ante sus ojos.

Mientras tanto, los preliminares del juicio seguían su curso. Se comenzó a llamar a los acusados para interrogarlos. Su nombre fue necesario repetirlo, ya que por no estar en todos sus cabales hizo oídos sordos. El fiscal, con gesto agresivo, quiso extraerle más de lo que decía el expediente. Le costó hacer buena memoria de cuanto había dicho antes, para no contradecirse. Al fin pudo volver a su asiento en medio del murmullo del público.

La primera audiencia fue breve, como si los componentes del tribunal adoptaran la actitud cautelosa propia de quienes

querían cerciorarse bien del terreno que pisaban antes de acelerar la marcha, pero a partir del primer día de audiencia, los trabajos se apresuraron y no tardó en llegar el día de las conclusiones. Tras la intervención del alguacil, el fiscal la emprendió sin más ni más contra los reos, empleando los peores calificativos intercalados con alabanzas al Primer Magistrado y su régimen, para finalizar pidiendo la pena máxima de treinta años de trabajos públicos para los acusados. Luego agotó su turno el abogado de la parte civil, quien agregó la solicitud de indemnización en favor del Estado, y por último el abogado defensor, queriendo dejar constancia expresa de cuanto decía, leyó su defensa, la cual en resumen se encaminaba a impetrar la magnanimidad del Jefe del Estado en favor de los reos, teniendo muy en cuenta su juventud y que, sin duda, corrigiendo sus errores, sumarían sus esfuerzos a la "grandiosa obra de reconstruccion nacional en marcha."

El juez no cesaba de estrujarse una mano con la otra mientras el sudor le corría a chorros por el rostro desmesurado. Al fin, como si encontrara una salida a la situación inusitada en que se veía, se pasó la mano por la abundante cabellera y abandonó el estrado seguido por el Secretario. Al verlo partir tuvo la sensación de que más bien huía y se acentuó el desinterés que experimentaba por lo que estaba presenciando. Así, el regreso del magistrado atrajo tan poco su atención que la lectura de la sentencia, sin duda preparada de antemano, apenas la escuchó, pues su pensamiento discurría entre las fuerzas encontradas que conmovían su ánimo.

XLIII

Al volver a la celda, una sensación de alivio lo invadió. En su fuero íntimo celebraba que hubiera terminado todo aquello. Se le estaba haciendo insoportable la lucha entre su repudio de la farsa con que se burlaban los sagrados fueros de la justicia y los sentimientos de gratitud y conmiseración que le merecían quienes abogaban en su favor.

Poco tiempo transcurrió entre la condena a quince años de trabajos públicos y el indulto de Batisterio, expedido en ocasión de la fecha patria, de acuerdo con las facultades constitucionales. Se le hizo patente entonces que la celeridad en los trámites judiciales guardaba relación con el propósito de brindarle al Presidente la oportunidad de conceder el perdón en ejercicio de facultades legales.

Las primeras noticias les llegaron por vía de don Zenón, el alcaide, en una de sus visitas a la celda. Más bien se las insinuó diciéndoles que era conveniente que fueran preparándose, pues parecía que pronto no les tendría de huéspedes. En realidad, era muy poco lo que necesitaban recoger para la eventual partida. Apenas las escasas prendas que les habían llevado los familiares en oportunidad de las visitas recientes, pero para él las dudas se desvanecieron cuando, días más tarde, le entregaron, de parte de doña Mariana, un vestuario completo. El envío lo animó a aceptar la insistencia de don Zenón para que utilizara los servicios del peluquero. La barba, cuyo crecimiento era una especie de mensura del tiempo que llevaba en prisión, fue rasurada y el cabello se lo acondicionaron.

Al otro día de la conmemoración de la fecha nacional, fueron convocados para que concurrieran a la jefatura de la prisión. Se les dijo que debían ir preparados para salir a la calle.

La seguridad de la excarcelación próxima conmovió a todos en sus más íntimas fibras. Unos a otros se abrazaron, a manera de una despedida previa, tras la más azarosa de las aventuras. Pasados los primeros momentos de euforia pensaron, sin embargo, en los muchos que permanecían retenidos en las terribles experiencias de La Ablandadora, lo que les hizo llegar a la conclusión de que realmente no había derecho a la alegría.

A él, particularmente, en términos físicos, la medida de cuanto había sufrido se le hizo presente en la sensación de holgura que experimentó a seguidas de ponerse el traje enviado por doña Mariana. Antes le ajustaba perfectamente, mientras que ahora diríase que era un préstamo de otra persona de aventajadas proporciones, de tan al baile que le quedaba. No había tenido el privilegio de verse en un espejo, pero, sin la barba, el tacto fue indicio elocuente de que los huesos de sus pómulos sobresalían de manera extraordinaria.

A la hora convenida se presentó don Zenón a abrirles la celda para conducirlos a la jefatura. Allí les hicieron tomar asiento en bancos dispuestos al efecto. Entonces se produjo la entrada solemne de varios altos oficiales que ocuparon sillas dispuestas detrás de una gran mesa. El mayor Blasco continuaba al frente de la guarnición militar y se puso en pie, y con su gruesa voz de bajo dio lectura al decreto de indulto.

Una vez concluida la lectura pasó la vista por el auditorio. Sin duda le hubiera venido muy bien alguna reacción en él. Era evidente que experimentaba cierto embarazo para continuar hablando, pero que al mismo tiempo no se atrevía a dejar de hacerlo. Volvió a ojear hacia uno y otro lado, y se fijó muy detenidamente en el capitán Rigoberto, que había entrado como a hurtadillas y se mantenía en pie en un ángulo de la habitación, desde donde, con su mirada gélida, escrutaba los menores detalles de la escena.

Al fin el breve silencio fue interrumpido por las palabras adicionales del mayor Blasco. En primer término, se disculpó por carecer de vocabulario para juzgar la magnitud del gesto sin precedente del ilustre Primer Magistrado. Solamente acertaba a decir que al considerarlo tenía la sensación de "perderse en un océano de generosidad." Luego, deteniendo en ellos la vista, agregó "y la generosidad se paga exclusivamente con gratitud y lealtad, y por eso todos esperamos que los favorecidos sumarán sin vacilar sus esfuerzos a la grandiosa obra que lleva adelante nuestro salvador." Se detuvo de nuevo, respirando afanosamente, como si acabara de dar cima a un tremendo empeño. Todos atendían la agitación de su abultado abdomen, y al notarlo le pareció que algo restaba por decir y enarbolando los brazos, en gesto teatral, concluyó con un rotundo "quedan en libertad."

La palabra "libertad", pese a la ocasión y tal vez por el ambiente, la percibió con extraña resonancia.

XLIV

¿Libertad? ¿Era realmente libre?

En la puerta de la prisión aguardaban doña Mariana y los hermanos. Se arrojó en sus brazos antes de abordar el vehículo de alquiler que debía conducirlos a la casa. En el trayecto hizo que le compraran un ejemplar del diario vespertino, que empezaba a ser pregonado a grandes voces, con el anuncio del perdón concedido por El Unico.

La calle tranquila en donde estaba ubicada la vivienda familiar lucía semidesierta bajo la luz diurna en retirada. Del automóvil descendieron frente a su puerta de entrada. Dimas introdujo la llave en la cerradura y Cosme, al penetrar en la casa, sintió como si unos brazos cálidos, inmensos, le dieran la bienvenida. Mecánicamente extendió los suyos por sobre los hombros de su madre y su hermano y seguido por Pablo, el menor, paso a paso comenzó a recorrer cada una de las habitaciones, luego se trasladó al patio y al llegar junto al brocal del pozo, se inclinó sobre él, sumergiendo la vista hasta el fondo. Allí, a muchos pies bajo la superficie, dormitaba impávida el agua que reflejaba los lampos palidecidos de la luz del sol y que, por el momento, recogía su imagen. Fue entonces cuando alzó la voz para gritar: —"Aquí estoy de vuelta, señor cacique..." palabras que un eco grave, ronco, le devolvió de inmediato.

Los demás lo habían acompañado pasivos y en silencio dejándose conducir por él. Todos al unísono irrumpieron con una sonora carcajada, dando expresión por vez primera a la alegría de verse reunidos en el hogar; algo que por tanto tiempo les pareció imposible. La ocurrencia reafirmaba con una nota humorística la vuelta del ausente ya que, hasta

donde llegaban los recuerdos, aquello había sido práctica usual de su niñez y adolescencia y guardaba relación con la conseja, tempranamente aprendida, de que en las aguas preservadas en las entrañas de la tierra persistían las miradas de los legendarios habitantes indígenas del país.

A partir de aquel momento el mutismo que los embargaba, en parte porque no había querido interrumpir el acucioso escrutinio que ponía en práctica a través de la casa, dio paso al alborozo. El diálogo prosiguió itinerante, sin embargo, porque no omitió el deambular, el detenerse ante cada mueble, en cada rincón. Algo notaba cambiado. Nada podía pedirse a la nunca desmentida hacendosidad de doña Mariana, pero era evidente que al viejo caserón la faltaba el toque nítido y el detalle pintoresco de otros tiempos. Como si adivinara su pensamiento, antes de que lo insinuara siquiera, se adelantó a decir doña Mariana: —"He tenido la casa encima... A veces me faltaban las fuerzas... Era imposible conseguir servicio. Nos tenían miedo. Además resultaba peligroso, porque se valen de él para espiar..."

Aquellas palabras le disiparon como por encanto la euforia del reencuentro. Lo volvieron a la realidad. ¿Era realmente libre o, por el contrario, persistía la opresión como una amenaza difusa, pero abrumadora, que obligaba a tener en cuenta las consecuencias de cada paso que fuera a dar? Sin decir palabra, hizo provecho de una de las butacas dispuestas en la terraza interior de la casa para tomar asiento. Su madre y los hermanos lo imitaron. Al comenzar a poner en orden sus pensamientos, surgieron, como era de esperarse, los nombres de Regina, de don Julio, del doctor Lima. Supo entonces cómo Regina se valía del chofer de don Julio para discretamente hacerle llegar noticias a doña Mariana. También que don Julio le había prohibido terminantemente trasladarse a la ciudad, a fin de evitar en lo posible que los mal intencionados atribuyeran sus gestiones al interés de su hija. Eso tocó un punto de suma curiosidad para él: el de la gestión de don Julio. Se refirió doña Mariana a las visitas que le había hecho, en solicitud de su intercesión, y que después

no sabía qué pensar al enterarse de que se rumoreaba que quienes querían desplazarlo no perdían oportunidad de intrigar contra él por su pretensión de suavizar el gobierno. —"Me hacían sentir un poco culpable de lo que pudiera pasarle..." Agregó que se había mudado de casa, instalándose en una del barrio residencial de la ciudad, más a tono con su posición, lo que había dado nuevo motivo a las habladurías de los que aprovecharon el cambio para poner de relieve la resistencia de doña Rita a participar en las actividades oficiales de su esposo. Pero lo que hizo subir de punto su inquietud fue enterarse de que el doctor Lima, tras la breve permanencia en La Ablandadora, no había vuelto a salir a la calle, aquejado de fiebres pertinaces que parece se le habían complicado.

Durante la instrucción del proceso tuvo noticias de que se le dejó en libertad tanto por la imposibilidad de concretar cargos contra él como por el estado de su salud. Sin embargo, ignoraba que esto último fuera de cuidado. El desasosiego repentino lo obligó a ponerse en pie, pues sabía de los padecimientos renales del doctor Lima, encaminándose hacia donde siempre estuvo el teléfono. No había nada. Entonces se enteró de que tan pronto fue hecho preso privaron a la familia del servicio telefónico y saberlo era otra nota que denunciaba que la realidad opresiva persistía compacta, invariable y amenazante.

Le hubiera sido imposible conformarse sin ponerse en contacto con el doctor Lima. No había más remedio que trasladarse a su casa haciendo caso omiso del propósito que abrigaba de no mostrarse en público por un tiempo. Típicos del estado de su ánimo eran los paseos de un extremo al otro de la terraza. En uno de ellos le atrajo el titular sobresaliente del periódico que habían adquirido y que reposaba sobre una de las butacas. Se detuvo a leer lo publicado. Era un reportaje sobre el indulto, pleno de frases elogiosas para Batisterio Ocampo. A tenor de lo que allí se expresaba, él era el órgano soberano de la justicia en el país, pues, si bien se miraban las cosas, no había necesidad ni de tribunales, ni de leyes, ya que su omnisciencia bastaba para suplir todas las leyes y todas

las cortes, amén de su generosidad sin límites. El escrito concluía celebrando que "como era de esperarse y se aseguraba en fuentes fidedignas, el grupo de jóvenes profesionales favorecidos por el perdón, retractándose de sus lamentables errores, se aprestaba a colaborar con el gobierno." La lectura acabó de decidirlo. Pidió a Dimas que le trajera un automóvil de alquiler para ir adonde el doctor Lima.

Al entrar en la casa, que tantas veces había visitado, se percató de inmediato de que el sosiego de una felicidad sin estridencias, que en mejores tiempos imperaba en ella, se veía sustituido por la ansiedad y la aflicción. Doña Elvira vino a echarse en sus brazos, tras un momento de inocultable sorpresa por lo inesperado de la visita y por su visible deterioro físico. En un rincón de la sala un grupo de colegas mostróse reticente al acercarse él para saludarlo. En la escena hacían acto de presencia viejos pacientes del doctor Lima. De allí pasó al dormitorio del enfermo, el cual, tendido en su cama, mostraba un profundo sopor. —"Está sudando la fiebre"— musitó doña Elvira— "hace días que no se lleva nada a la boca y hay sangre en la orina..." El cuadro era grave. En medio de la alcoba, tenuemente iluminada, adquiría relieve el perfil del doctor Lima, la frente sudorosa, el resto del cuerpo perdido entre las sábanas. Al contemplarlo, la presión dentro del pecho fue creciéndole hasta hacerse asfixiante. No podía evitar que se le humedecieran los ojos. Tuvo que acopiar esfuerzos para no arrojarse sobre el lecho y abrazarlo. Lo mejor, por el momento, era dejarlo tranquilo.

Fuera de la estancia, con voz cortada por la emoción, interrogó a doña Elvira sobre lo que se estaba haciendo. De inmediato había comprendido que se trataba de un caso de hematuria provocado por el paludismo y agravado por viejos padecimientos renales. Se había recurrido a una consulta de médicos y el esfuerzo se encaminaba a combatir la incapacidad de los riñones. Luego se acercó a los colegas, a pedido de doña Elvira. Los informes convinieron en la gravedad del caso. El fantasma de la uremia rondaba al

enfermo. Uno de los facultativos agregó, con el asentimiento de los demás. —"Tal vez lo más grave es que estamos ante uno de esos pacientes cuyo desasimiento de la vida anula las mejores previsiones... Quizás su visita, colega, lo reanime y levante su voluntad de lucha..." Luego se enteró de los detalles del tratamiento que se seguía, para concluir que evidentemente no había sino que esperar.

Doña Elvira sí se había reanimado con su visita. Lo llevó a un aparte y las confidencias brotaron entre ambos sobre los comunes padecimientos. —"Augusto parecía un sonámbulo desde que te hicieron preso... Figúrate, así se le apareció Valenzuela para reclamarlo en favor del homenaje al Presidente. Lo consideró un insulto. Jamás lo había visto tan indignado y lo puso de patitas en la calle... Al otro día lo vinieron a buscar y no regresó..."

Estaban próximos a la alcoba y de su interior provino un quejido. Ella se puso en pie y acudió presurosa. Al poco rato volvió. —"Cuando suda la fiebre —dijo— abre los ojos y pide agua. No me he atrevido a decirle que estás aquí porque temo que lo afecte la sorpresa. Tal vez sea mejor que te acerques poco a poco..."

Así lo hizo. El doctor Lima abrió los ojos sin reconocerlo. —"Le he dicho que esto no tiene remedio— le expresó con voz apenas audible. Sin duda lo confundía con uno de los facultativos que lo estaban tratando. Le tomó la mano —"Pues yo sí creo que lo tiene..." Su voz lo trajo del otro mundo. Volvió lo ojos para mirarlo. —"Cosme"— musitó al fin— "¿tú aquí? Ah, el bárbaro abrió la mano... Abrázame, hijo mío... Yo no tengo fuerzas..." Se arrojó sobre el lecho y sumió el rostro en la almohada haciendo lo indecible para evitar un sollozo. No supo el tiempo que estuvo en tal postura pero al erguirse afirmó: —"Todo esto lo vamos a arreglar, ya verá..."

El doctor Lima esbozó una sonrisa. —" ¡Qué bueno, estás de nuevo entre la gente! " La debilidad lo sofocaba. —"Con que te quedes tú es bastante para alimentar las esperanzas.

Yo... yo... ya no las tengo... Se me han frustrado todas y sin ellas la carga de los años es insoportable..."

Dicho esto, cerró de nuevo los ojos, como si las energías que aún le restaban las hubiera empleado para descubrir lo entrañable de su alma. Prolongar la situación era abusar de sus fuerzas. Sacó el pañuelo y le secó el sudor de la frente antes de retirarse a pasos sigilosos. Entonces se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos...

XLV

Tarde en la noche se había desprendido de los alrededores del lecho del doctor Lima. Regresó a su casa a pie, por las calles desiertas y silenciosas, llevando a cuestas, como un fardo, las conclusiones pesimistas inevitables acerca de la salud del amigo y consejero entrañable. Doña Mariana no había pegado los ojos entre tanto, pendiente de su retorno. Justo anticipando el desasosiego de ella fue que no obedeció al deseo de permanecer al lado del enfermo en el azaroso trance por que pasaba.

Apenas durmió con todo cuanto venía dándole vueltas en la cabeza y afectaba su ánimo. Temprano se fue al patio a sentarse en uno de los bancos junto al brocal del pozo. El amanecer aún difundía una claridad nebulosa y desde la calle empezaban a llegar los ruidos de la ciudad en desperezo. Allí estuvo hasta que la luminosidad matutina inundó el sitio y le trajo el recuerdo de otras mañanas de épocas más plácidas.

Doña Mariana preparó el desayuno tan suculento como pudo. La preocupaba el evidente estado de desnutrición que era visible en él. Cuando estaban en la mesa, sobreponiendo al agobio de las circunstancias la satisfacción de verse reunidos, llamaron a la puerta. Acudió Dimas y regresó impresionado. Don Julio le pedía a Cosme que lo recibiera.

Entre las cosas que preveía estaba aquella de que el padre de Regina quisiera hablarle. Todo indicaba que en el juego político al uso le era indispensable obtener algo de los favorecidos por el indulto. No le sorprendió por eso que, sin detenerse apenas en los saludos de rigor y tomar asiento, le dijera sin rodeos que necesitaba su cooperación. —"No sé hasta qué punto, doctor, estará enterado" —concluyó— "de

cómo ha sido este proceso y cuál es la responsabilidad que en él me incumbe." Tenía en la diestra el infaltable cigarrillo y absorbía el humo con afán inusitado.

Le respondió que algo sabía y que desde luego no le guardaba sino agradecimiento. —"En esto me uno a mi madre, cuya gratitud para usted es muy grande, por la bondad con que la escuchó, pero la capacidad de lo que llama mi cooperación no sé hasta dónde puede llegar aun cuando la que exista en totalidad está a sus órdenes..."

Por la sobreexcitación de que daba muestras se le hizo patente que don Julio no las tenía todas consigo. Se hallaba a no dudarlo ante la parte más escabrosa y de mayor significación del cometido que se había impuesto, el cual pudo echar adelante, fácil era suponerlo, a base de dar a entender al Unico que de ese modo se ganaría a los rebeldes y mejoraría la imagen del gobierno ante la opinión pública. Con seguridad que las dificultades comenzarían dentro de los mismos círculos gobernantes, cuando algunos de los áulicos, aparentando estar más ofendidos que el mismo Unico, abogarían por extremar la política de mano dura y sin contemplaciones contra quienes se habían atrevido a pretender perturbar la paz constructiva que se disfrutaba. Obtener los resultados propuestos venía a ser así una manera de contradecir a los que se le oponían y confirmar el acierto de sus previsiones.

—"Creo—" dijo entonces su visitante— "que su capacidad de cooperación estará en medida directa proporcionada al juicio que le haya merecido el esfuerzo del gobierno por demostrar su apego a la ley y su humanitarismo. Debo decirle que cuando digo esfuerzo no estoy empleando un eufemismo. Verdaderamente lo hemos hecho quienes decidimos emplear en ese sentido la influencia que pudiéramos tener. Por eso pienso que cooperar con nosotros para que el esfuerzo no se frustre resultará en bien de todos..."

El razonamiento sin duda no era para ser desechado de buenas a primeras. Sin embargo, perdía de vista que lo que se denominaba sujeción a la ley y generosidad humanitaria se

había obtenido única y exclusivamente por la voluntad de una persona, la misma que, cuando quería hacer lo contrario, no ponía límites a sus atropellos y que, por lo tanto, el esfuerzo que se encaminara para enmendar las cosas tropezaría siempre con tal escollo insalvable. Comprendía la buena intención de su interlocutor, los riesgos de su empresa y después de todo se trataba del padre de Regina. No olvidaba que gracias a él, las garras impiadosas del despotismo, sin dejar de amenazarlo, le concedían un momento de respiro. Le gustaría estar en condiciones de evitarle cualquier contratiempo. Pero ¿podía él hacerlo? ¿No estaban marcadas en su carne y en su aspecto las huellas reveladoras del tratamiento inhumano y humillante de que se le había hecho objeto? Con espíritu de renunciamiento tal vez hubiera llegado a olvidarlo todo, en obsequio a quien lo favorecía, si no se erigiera como impedimiento insalvable la terrible expectativa que agobiaba sus sentimientos más acendrados, con la inminente desaparición del doctor Lima.

El desfile acelerado de tales ideas lo afirmó en su decisión.

—"Don Julio, todo cuanto le concierne apela a las fibras más sensibles de mi corazón, bien sabe usted por qué, y estaría dispuesto a acallar el grito de mis padecimientos y humillaciones personales para atenderlo. Esas ofensas no han sido pequeñas. Hoy, por primera vez en mucho tiempo, me ví en un espejo y tuve que preguntarme si la imagen que se reflejaba en él era la mía. Pero me es imposible intentar hacer lo mismo con los sufrimientos de los demás. Nunca podré acercarme, por ejemplo, a los que han colocado al doctor Lima al borde del sepulcro..."

—¿El doctor Lima? Entiendo que fue puesto en libertad...

—Cierto, está en su casa, pero su breve paso por el antro de horror a que lo llevaron los procedimientos tiránicos de gobierno fue causa de que se le inoculara el germen fatal... Tiemblo de solamente imaginarme que de un momento a otro puedo recibir la noticia de su muerte...

Con inocultable sorpresa, un tanto demudado, don Julio se mordió los labios.

—Para evitar cosas semejantes es que tenemos que unir esfuerzos aun los que aparentemente estemos más separados. Se trata de un breve lapso de tregua en que, por un momento, hagamos caso omiso de las posiciones en que las circunstancias nos han colocado, y durante el cual ofrendemos cuanto podamos en beneficio de los elevados fines que perseguimos...

—No sé a qué llama hacer caso omiso de las situaciones en que las circunstancias nos han colocado...

—Me refiero a deponer por un instante las resistencias cuya justificación comprendo perfectamente. Por ejemplo, que el grupo de ustedes corresponda al gesto del Presidente en forma pública y acepte su integración en el gobierno dentro del cual estarán en condiciones de unir sus fuerzas a los propósitos de mejoría...

—Sin ánimo de ofenderlo permítame, don Julio, que le diga que sus metas pecan de ingenuas, como si ignoraran el origen y la sustancia del régimen... Vino por la violencia y por ella se mantiene... El afán por los bienes materiales que se ha despertado entre nosotros ha dado a la aceptación de un cargo público carácter de soborno y es con esa finalidad que lo utiliza el gobierno. Creo que el general en el fondo siente un profundo desprecio por sus conciudadanos y que estima que a todos puede reducirlos a su férula por el miedo o por la participación en los gajes del poder... Por lo menos, se ha olvidado eso que se llama dignidad humana. La Ablandadora nos enseñó las fauces del terror; la participación en el tren burocrático nos mostraría como pasibles de compra. Si no se tiene en cuenta nuestra dignidad mucho menos se va a prestar atención a nuestras ideas como una condición para colaborar dignamente...

A medida que hablaba le era notorio que la expresión de desaliento se hacía dueña del visitante, quien permaneció por breves momentos en silencio y, al fin, mirándolo fijamente, le dijo:

—Si consultara mis sentimientos vería que en el fondo mi intención era ofrecerles una salida. Comprenda que no podía ser inmune a ciertas súplicas... En cuanto a dignidad, me parece que hay factores positivos capaces de justificar la adhesión al gobierno sin que semeje una compra. Se ha puesto orden en las finanzas públicas y por iniciativa nuestra se ha evitado que la deuda extranjera nos estrangule. Cosas que no se pensaban posibles. Pero ahora, después de escucharlo y verlo cerrado a toda avenencia, me pregunto qué piensa hacer... Me interesa porque, como van las cosas, en este momento nuestros destinos empiezan a coincidir...

—Lo que a las pocas horas de haber salido de la prisión me está gritando la realidad es que para mí sólo existe una solución: alejarme de mi ciudad, salir de mi tierra y abrigar la esperanza de que la tragedia sea un intermedio entre tiempos mejores. Aquí, por lo pronto, me sentiría vacío con la ausencia de afectos que han dado sentido a mi vida... A la distancia me quedará siquiera el consuelo de volver, algún día, al lado de ellos, o de llevar junto a mí a mi madre, a mis hermanos, pero el doctor Lima está de partida sin término y... El nombre de Regina se le ahogó en la garganta. Don Julio lo comprendió y conmovido, al parecer, se limitó a decir, en tono de confesión: mi hija no ha dejado de recordarlo...

Tales palabras fueron suficientes para dejarlo en suspenso. Le vinieron bien unos segundos de pausa para recobrar el dominio de sí mismo.

—Admiro que haya logrado preservar un fondo de generosidad, no obstante las tantas asechanzas sórdidas del ambiente. Comprendo que sería abusivo apelar a ella en favor de una segunda liberación: la salida del país, que se ha convertido en una cárcel, con rejas que son difíciles de trasponer. Me iría bajo compromiso de honor de dedicarme exclusivamente al perfeccionamiento de mi profesión... Y ahora, no puedo dejar de repetirle algo, don Julio. Cuídese... En nuestra entrevista anterior me permití afirmar que todo poder ilimitado es peligroso, y más, en manos de un solo hombre. Nadie, ni aun los más cercanos, tienen las garantías

indispensables. Cuando menos lo esperen, un zarpazo bestial puede herirlos...

Al verlo ponerse en pie y partir hacia la puerta, en actitud cabizbaja, no pudo evitar adelantarse a acompañarlo, pues algo como un remordimiento adquiría fuerza, al sentirse impedido de ayudarlo. Esta latente culpabilidad se equilibraba, en su fuero interno, con la convicción, que igualmente surgía apenas, de que el padre de Regina era un hombre equivocado pero íntegro.

Al quedar solo volvió a sentarse en el sofá del salón de recibo y a sumirse en sus pensamientos. Indudablemente, no los tenía claros. Le acuciaban ideas y sentires confusos y contradictorios. Se arrepentía de aquello que había dicho por primera vez: abandonar su ciudad, su tierra. ¿Por qué? Si era tan suya como la del más encumbrado y poderoso. Ahora se daba cuenta que al pensar y proponerse tal cosa era víctima de un desgarramiento como si se arrancara un pedazo del pecho. La ciudad era parte suya. Ella lo había acunado; sus aires, sus costumbres, sus parajes, el trato de su gente, le habían dado su formación. Junto a las impresiones gratas se habían grabado de manera sustancial las deparadas por el sufrimiento, pero unas y otras sostenían aquello que se llamaba Cosme y le conferían el derecho de permanecer y le reclamaban el deber de contribuir a que la existencia de todos fuera mejor. No quedaba duda, había emprendido un camino errado. Su arrepentimiento se justificaba. Como si al fin hubiera algo firme en el terreno que tenía debajo, se puso en pie y se encaminó al interior de la casa.

XLVI

La tregua de sosiego que introdujo momentáneamente el hallazgo de una respuesta a sus inquietudes, después de la visita de don Julio, no tardó en quebrarse con el recuerdo de la gravedad del doctor Lima. Apenas probó el desayuno antes de emprender en un taxi el camino hacia la morada del enfermo. Allí comprendió que el final se acercaba, cuando supo que el último análisis de la orina había denunciado el incremento sin precedente de los cilindros renales. El paciente entró en coma con signos ostensibles de fatal intoxicación.

No se apartó del lecho del moribundo empleando cuantos paliativos se le ocurrieron para hacerle menos angustioso el trance. En un rincón de la estancia doña Elvira sollozaba, mientras en la pequeña sala de recibo antiguos pacientes, a quienes había beneficiado la atención científica y humanitaria del galeno, mostraban en sus rostros profunda aflicción. Algunas mujeres rezaban. La escena acentuó su carácter luctuoso cuando el sacerdote, llamado por doña Elvira, solemne y pausadamente administró la extremaunción.

Con el deceso, ocurrido al promediar el día, la impresión de inestabilidad en que le iban sumiendo de nuevo los acontecimientos que se acumulaban hora tras hora, adquirió niveles abrumadores. También él sollozaba. Lo invadía en grado superlativo la extraña sensación de cercenamiento que, de tan viva, semejaba tener contextura física. Era necesario que recobrara el dominio de sus acciones, sin embargo, porque a nadie como a él incumbían los arreglos para la inhumación, pues aunque el difunto tenía parientes conocidos, así como su esposa, para ésta ningún otro era acreedor a tantos títulos de afecto como él.

La noticia se extendió rápidamente por la ciudad y pronto fue nutrida la asistencia de personas de todas las clases sociales a la morada del difunto. A la prensa vespertina y a la radio no le quedó más remedio que destacar el suceso, pese a que para todos, como era costumbre, continuaba proyectándose sobre el extinto, más allá de la vida, la sombra de la hostilidad oficial. En su caso específico, de un recién salido de La Ablandadora, el asunto se complicaba aún más por causa de los estrechos nexos que lo habían unido al doctor Lima y porque el haber reaparecido lo hacía objeto de curiosidad inusitada y comentarios, no por discretos menos ostensibles, como si se tratara del retorno de alguien desde el más allá.

A las diligencias les dio curso alquilando un automóvil, y por el camino adquirió un ejemplar del diario de la tarde. Ahora fue él quien se sorprendió al enterarse de que el ilustre Primer Magistrado había designado como su representante para asistir al sepelio a su Ayudante Especial, don Julio Palma Costa. La nueva lo perturbó de tal manera que desde ese momento se hizo el propósito de retirarse de la escena tan pronto concluyeron las gestiones que había emprendido. El doctor Lima no le hubiera perdonado que se asociara con su presencia a lo que en el fondo constituía una burla cruel y el colmo del cinismo. Al regresar al hogar en duelo, el postrer tributo al desaparecido lo rindió permaneciendo un buen rato junto al cadáver, con los ojos anegados en lágrimas.

Al volver a su casa, el ámbito del hogar propio, que apenas días antes, cuando estaba en prisión, era colmado por sus recuerdos con la suma de los días mejores, vino a ser repentinamente depositario de una melancolía densa, pesarosa y opresiva. La reunión alrededor de la mesa, durante la comida nocturna, transcurrió prácticamente en silencio, pues no obstante los esfuerzos de doña Mariana para traer algo de amenidad a la conversación, apenas despegó los labios. Parecía mentira, se confesaba él mismo, que se hubieran reducido a nada el cúmulo de sus impresiones de regreso al seno de los suyos, hasta el punto de ser incapaz de resucitar el ambiente

animado que era reflejo, en las épocas normales, del mutuo cariño acendrado a través de la vida en familia.

Temprano se retiró a su habitación, el sueño fue escaso y al día siguiente estuvo el primero en pie. En el diario de la mañana, pregonado desde temprano, leyó una reseña sucinta del sepelio del doctor Lima. Le llamó la atención que no mencionaran la presencia de don Julio Palma Costa. Era imposible que su asistencia al acto hubiera pasado inadvertida para los reporteros que, sin duda, según el hábito establecido, habrían hecho buen uso de la ocasión para deshacerse en elogios del gesto de solidaridad del Primer Magistrado.

Poco después del desayuno acudió doña Mariana a la puerta que alguien golpeaba discretamente. Al volver notó que sonreía. Puso en sus manos una carta con los rasgos de la escritura de Regina. Fue como si un rayo de luz clareara la atmósfera cerradamente sombría que se hizo dueña de todo desde el día anterior. Cuando supo que quien la trajo fue el chofer de don Julio, dedujo que este no se encontraba en la ciudad cuando sepultaron al doctor Lima.

Entonces leyó: "Cosme querido: no ceso de preguntarme cómo sabiendo que has vuelto a casa no estoy a tu lado. ¿Qué muro impenetrable es el que nos separa? Solamente me consuela pensar que mi sacrificio, absteniéndome de ir a la ciudad a espera de tu liberación, haya contribuido a que ella se efectuara. Estaría llorando más de lo que lo he hecho si por ceder a mi impaciencia se hubiera retardado o fracasado. No te imaginas lo que ha hecho de mí el sufrimiento. A veces me pregunto si me reconocerías y como soy mujer temo que el cambio no me favorezca ante ti. ¿Verdad que eso no tiene nada que ver con la intensidad de tu cariño? Perdona este rasgo de coquetería, pero ya te dije, soy mujer. Según me aseguran, se nota un cambio favorable desde que las cosas han mejorado. Ruego a Dios todos los días porque ese mejoramiento llegue a tanto que pueda ir a tu lado. Tal vez estoy pidiendo un milagro, pues bien te conozco. Pero ¿no habrá una pizca digna entre tantas cosas malas? Aunque me considero una buena hija, y me esfuerzo por serlo, no sé si

podré seguir soportando esta situación. Ténlo en cuenta, por Dios, Cosme, y si te es posible ceder un poco, no dilates el día en que volvamos a vernos.

Mamá, que sin haberte visto dice que por mí como si te hubiera tratado siempre, te tiene colgado del alma y me ruega enviarte sus parabienes por haber regresado al seno de los tuyos. Mejor aliada que ella no hemos tenido.

Cuánto daría por recibir una letra tuya. No te imaginas como adulo a Eligio, el chofer, por estos favores que me hace a escondidas de papá. Puedes confiar en él. Te quiere mucho y siempre, Regina."

A partir de entonces no supo cuántas veces leyó la misiva en el curso del día. En cada oportunidad sus ternuras eran como una luz que despejaba sombras y que poco a poco, como con toque mágico, favorecían el renacimiento de las esperanzas y las ilusiones de otra época, las mismas que horas antes le lucían irremediablemente perdidas. En la noche se la llevó al dormitorio y el silencioso sosiego nocturno y la intimidad del recinto le permitieron percibir la leve fragancia que despedía el pequeño pliego. El olfato fue elemento asociativo por excelencia para evocarle los momentos en que había tenido cerca a Regina. La forzada separación de la hora, por contraste, se hizo de ese modo un ansia profunda que le atenazó el pecho. La protesta contra el estado de cosas que la provocaba hirvió en su ánimo con fuerza crepitante. El tampoco iba a poder resignarse indefinidamente a aquello. Pero ¿qué estaba pensando, qué podía pretender, él que dijo a don Julio que la única salida que contemplaba para su situación era el alejamiento del país? ¿No tenía el padre de Regina el derecho de oponerse a que su hija participara en semejante aventura? Todo ello indicaba que se había equivocado. Pero, ¿cuál esperanza podía alentarlo para hacer lo contrario? ¿Ceder...? No, no... ¿Luchar? ¿Por qué no? Recordándola a ella, teniéndola como meta que alcanzar, las fuerzas se multiplicarían. Estaba seguro. La carta se la llevó a los labios. El efecto tonificante que su lectura le había producido tornábase, con aquel beso, en perceptible consuelo

y aliento para la lid. Así vino el sueño. Y durmió profundamente por primera vez en muchos meses.

XLVII

¿Cómo pudo pensar que para él la vida había agotado todos los incentivos? ¿No estaba allí Regina Palma aguardándolo ansiosa, con sus expresivos ojos claros, con el semblante de líneas finas y delicadas, en que la nariz ponía, a veces, toque de altivez, con los timbres enaltecedores de su espíritu, con su amor acendrado y fortalecido a través de las vicisitudes? El premio de la felicidad a su lado ¿no era digno de cualquier sacrificio? ¿ Cómo se le ocurrió imaginarse extraviado en medio de las frustraciones sin remedio de cuanto había constituido las ilusiones más caras de su vida, si persistía lejana y en silencio, pero viva y orientadora, la dulce recompensa del amor que ella le ofrendaba? Sobre su almohada, muy junto a él, había amanecido el mensaje que le trajo el hálito de optimismo que acababa de renovar su disposición de lucha frente a las adversidades.

Tales pensamientos le asediaron en cuanto abrió los ojos. Contra su costumbre permanecía en el lecho mientras su espíritu oscilaba entre la sensación de ternura que despertó la carta y el impulso imperativo de cómo hacerle llegar a Regina una respuesta. Algo de culpa admitía en sus adentros por haber dilatado hasta entonces la expresión de cuanto continuaba albergando en su corazón por ella. Eligio, el chofer de marras, que había servido de correo, le era desconocido e ignoraba la manera de localizarlo, pero lo primero estribaba en escribir la respuesta y después resolvería lo del envío. Con tal decisión se tiró del lecho y se fue al baño, en donde, por costumbre inveterada, la fresca impresión de la ducha

mañanera estimuló las potencialidades de su organismo a igual que en los viejos tiempos.

A doña Mariana no se le escapaba el visible cambio producido por la carta. Su rostro, mientras permanecían frente al desayuno servido en la mesa, era revelador de su complacencia. El chofer y la forma de localizarlo se convirtieron en centro de la conversación. —"Con toda seguridad"— arguyó ella— "que debe tener encargo de Regina de llevar la respuesta." La conclusión era sin disputa lógica y fue suficiente para tranquilizar su impaciencia.

Se dedicó a escribir. Las ideas se atropellaron en la mente como si necesitaran acumularse para sustraerlo del abismo depresivo en que lo habían arrojado los acontecimientos recientes. Vertió, línea tras línea, cuanto le dictaba el reflorecimiento de la tierna devoción que, desde que le era conocida, había atesorado en su haber sentimental la presencia grácil, fina y bella de Regina. Trajo a cuenta hasta implicaciones filosóficas. "¿Que estás desmejorada? Si no fuera por lo que has padecido y porque me siento culpable de ello lo celebraría, porque permite juzgar cómo te afectan las causas nobles. La belleza es más un resplandor del alma que del cuerpo, amor mío. Por eso la tuya permanecerá intocada a través de todas las vicisitudes, porque precisamente que hayas sufrido, que continúes fiel a los juramentos que nos hicimos, que te sientas dispuesta a quebrar el muro que se ha interpuesto entre nosotros, revela la calidad enaltecedora de tu espíritu. Así te quiero. Es un bálsamo para las heridas que los desplantes de la ambición y el odio han esparcido por nuestra tierra. Aquí no quiero mencionar un nombre que constituye ya un recuerdo y que me haría caer en tristeza tan profunda que no sabría cómo continuar. No te será difícil saber a quién me refiero. Tus noticias, el efluvio de tu espíritu, han apaciguado mi dolor. Por eso te digo: consérvate así, amor mío, y nada ni nadie podrá impedir que me tengas siempre a tus plantas. Nuestro sufrimiento no durará para siempre y la seguridad de tu ternura me anima a seguir luchando. A los que puedan creer que es por egoísmo les diré que si tu amor

me alienta para ello, es porque alimenta la fe indispensable para continuar la brega en favor de todos. ¿Puedo pedirte confianza en mis promesas? No abrigues ningún temor, porque esta vez sabré cuidarme y cuando te lleguen noticias, sea cual sea su apariencia, lo que significarán en el fondo, secreto tuyo y mío, recuérdalo, es que estoy abriendo el camino para que nos reunamos."

Una vez concluida la carta, con párrafos por el estilo, comenzó la espera por la supuesta aparición de Eligio. Las horas transcurrieron, no obstante, sin que se presentara. Llegó la noche y amaneció el día siguiente con la ausencia del menor indicio de que fuera a concretarse la aguardada eventualidad. Al fin le fue imposible permanecer en actitud pasiva y, luego de cerciorarse acerca de la ubicación de la nueva residencia de don Julio Palma, dio muestras de disponerse a salir. Todos lo consideraron una imprudencia. Trabajo les costó a que se aviniera a que Dimas tomara a su cargo el establecer contacto con el ansiado Eligio.

El muchacho era habilidoso y avisado. Esta vez la espera fue breve, pues el emisario regresó en poco tiempo con nuevas que abrieron un amplio paréntesis de intrigante curiosidad. Se había enterado, por el servicio que holgazaneaba a la puerta de la residencia, que don Julio apenas retornado del pueblo natal, volvió apresuradamente a él presa de tremenda zozobra y manejando el automóvil por sí mismo.

No necesitó más para que su imaginación se diera a fraguar toda suerte de conjeturas. Ahora sí era cierto que la inquietud irreprimible se adueñaba de él. Surgió de nuevo el impulso de tomar las cosas en sus manos yendo a averiguar personalmente lo sucedido. Hubo que recordarle que su supuesta liberación no era más que parte de las segundas intenciones de Batisterio y que, bajo tales circunstancias, moverse fuera de la ciudad en vehículo público no pasaría inadvertido. Aparte de lo que pudiera perjudicar a don Julio, no había que hacerse ilusiones en cuanto a que la maquinaria de represión se quedara ociosa ante cualquier indicio que inspirara sospecha.

La mirada suplicante de doña Mariana fue más convincente que cualquier reflexión. Le hubiera gustado perder la conciencia del tiempo para evitarse la tortura de su pasividad. Entre la inercia forzada, encerrado en su dormitorio, queriendo olvidar el paso de las horas y la intranquilidad sobresaltada que lo hacía deambular por las habitaciones de la casa y por el patio, transcurrieron dos días más. Cualquier leve ruido proveniente del exterior bastaba para conmover su insomne expectativa. Cuando los hermanos retornaban de la calle acudía, sin mediar palabra, a escuchar lo que dijeran, con la esperanza de alguna noticia que lo orientara. Lo que más lejos tenía, sin embargo, era que iba a enterarse por boca del propio don Julio y en circunstancias muy especiales. Ocurrió al avanzar el amanecer del tercer día cuando llamaron a la puerta. El único que a tan temprana hora estaba fuera del lecho era él. Vaciló antes de acudir, pues presumía suspicazmente, que para una persona en sus condiciones, cualquier cosa era posible. La insistencia de los toques lo decidió, dispuesto a jugarse el todo por el todo. Su sorpresa fue tremenda al distinguir, en medio de la claridad aún deficiente, que el visitante en hora tan inusitada era don Julio en persona. Penetró musitando apenas un saludo y atónito lo dejaron las palabras que con decisión salieron de sus labios: —"Viajaremos juntos, doctor..."

¿Qué quería decir? Por de pronto no acertaba a comprenderlo.

Su expectativa demudada enfrentó en el visitante un estado nervioso ajeno a toda normalidad. Tras escuchar las primeras palabras, más bien tuvo que entrever, por el gesto, que le pedía permiso para tomar asiento. Se agitaba su respiración de tal manera que parecía haber agotado las fuerzas en el breve trayecto desde su automóvil al interior de la casa. En el ambiente sombrío no se había introducido aún la luz diurna, por lo cual creyó prudente encender la lámpara de la habitación. Fue entonces que pudo confirmar, por el aspecto del rostro del visitante, que lo afectaba algo fuera de toda ponderación. Cayó en cuenta de otras cosas: no fumaba

y cuando, rompiendo su mutismo, brotaron al fin sus palabras, el desfile de las mismas fue atropellado, totalmente diferente al habla pausada que le era característica. Lo que escuchó llevó su sorpresa a la estupefacción.

—No sospechaba, doctor, que tan pronto iba a confirmar la validez de su advertencia en el sentido de que nadie tiene garantías, ni aun los más inmediatos, cuando existe un poder ilimitado y sobre todo si está en manos de un solo hombre. La comprobación me ha costado tres días de angustia y ha sido motivo para la resolución que he adoptado...

En seguida entró en los detalles de lo ocurrido. Apenas había regresado de su habitual visita a la familia, cuando un amigo íntimo y fiel, que materialmente lo había perseguido para darle alcance, le trajo la noticia de que su casa estaba sitiada por un partida de hombres dirigida por Polo Batisterio, quien intentaba secuestrar a su hija. En evidente estado de embriaguez no cesaba de gritar que la muchacha tendría que ser suya. Sin pérdida de tiempo, empuñando el volante de su automóvil, tomó el camino del pueblo, exigiendo tal celeridad al vehículo que el motor parecía a punto de estallar. Cuando arribó a su destino, el caso tenía caracteres de tragedia consumada. Fortunato, el fiel mayorodomo de tantos años, había muerto en un inútil intento de defensa. Encontró a doña Rita maniatada en una de las habitaciones y apenas pudo articular palabra cuando la libró de la mordaza que le habían colocado. Le dijo que Regina, próxima a enloquecer, escapó hacia la parte trasera de la propiedad y que carecía de noticias acerca de su destino. Polo, esgrimiendo un revólver y acompañado de hombres armados, en traje civil, le exigió indicarle en dónde se hallaba y al negarse, la maltrató soezmente y la puso en las condiciones que había visto.

—No sé lo que pasó por mí, doctor. Tuve la precaución de tomar, al salir de la ciudad, el revólver que nunca he usado y le aseguro que si me hubiera tropezado con aquel bandido, allí mismo hubiera dado buena cuenta de él. A pesar de ser tarde en la noche era evidente la conmoción que había en el pueblo. Hasta el momento de mi llegada nada había hecho el

comisario de policía, paralizado por el nombre del agresor, pero con mi regreso se presentó en la casa y no pudo ocultar su embarazo, pues no acertaba con el lado a que debía inclinarse. Le eché en cara su irresponsable actitud y el muy atrevido quiso disuadirme de localizar a Regina y a sus perseguidores. —"Cuidado, don Julio, esa gente está armada y se trata de un hijo del Unico..."

A medida que el relato creció en dramatismo se sentía materialmente prendido de las palabras de su interlocutor, pero era pedir demasiado pretender que continuara en silencio.

—Por amor de Dios, don Julio, dígame qué ha sido de ella...

—Está a salvo, hijo mío; creo que así puedo llamarte en lo adelante... Nuestros destinos se han juntado...

La emoción intensa del minuto lo llevó a arrojarse en sus brazos afirmando:— Desde luego, don Julio...

—Déjame proseguir ahora, para que estés bien informado, pues tenemos por delante graves resoluciones... Regina conoce palmo a palmo nuestra propiedad y sus alrededores. Desde niña fue una impenitente exploradora del terreno. Muchas veces me sorprendió mostrándome particularidades que yo, a mis años, no había advertido. Por eso le resultó muy fácil ocultarse de manera tal que a Polo y sus secuaces, que se habían provisto hasta de linternas, lo que prueba lo premeditado del asunto, les fue imposible encontrarla. Sospecho que él llegó a darse cuenta de que yo andaba en su busca pues varios celajes, en medio de las sombras de la noche, parecieron indicarme que alguien me eludía. Después supe que escapó junto con sus compinches por un camino lateral, en donde tenía estacionado un vehículo. El ruido lejano de su motor lo escuché por un momento y entonces me sentí desesperado, creyendo que había realizado su propósito. El amanecer me sorprendió dando voces a lo largo y a lo ancho del predio. Repentinamente, Regina se me echó sollozando en los brazos... La he traído conmigo a la ciudad...

Ni aun así ha querido venir mi mujer... Prefirió refugiarse entre las monjas del colegio en donde la educaron...

La descarga emocional que era compañera de sus palabras, al propio tiempo que agotaba su energía, semejaba devolverle la serenidad. Con un profundo suspiro quedó en silencio por un instante. Se había afirmado la luz de la mañana y se oían indicios de que la vigilia ganaba a los demás miembros de la familia.

Las palabras de don Julio tornaron a escucharse con nuevo vigor pero, como si hubiera recobrado su auténtica personalidad, readquirieron el tono pausado que tan bien le conocía.

—No creas que lo de viajar contigo fueron palabras vanas, pues pienso que, como tú, nada puedo esperar aquí, sino burlas y vejámenes cuando no algo peor... Tan pronto como volví a la ciudad fui a ver al Presidente, que ya estaba informado de todo. Grande fue mi sorpresa cuando me recibió como si se tratara de un suceso festivo y digno de celebrarse. —"Qué le parece, don Julio —dijo riendo— por fin hizo algo de hombre el bobito de Polo. Es pasión lo que siente por su hija. No le queda más remedio que dársela y convertirse en su suegro... " Aquello me estremeció de pies a cabeza como un choque eléctrico, pero hice cuanto me fue posible para conservar mi ecuanimidad. —"Presidente, no puedo reírme... Estimo que mi hija no es cosa para ser dada, sino persona. Espero que comprenda que como padre y esposo lo que pido es sanción para los culpables." Puso cara seria y de evidente disgusto, para agregar con displicencia inocultable: —"Bien, don Julio, castigaré al muchacho, pero no lo eche a tragedia, recíbalo como una broma; siento que no pueda reirse pero cómo lo evito yo imaginándome a doña Rita amarrada en su sillón de arzobispa, porque yo antes que el Papa la he hecho ya arzobispa, créamelo...—" —"Recuerde, Presidente, que se trata de una ocurrencia en que ha perdido la vida un hombre humilde pero digno y en que se ha humillado a una familia..." Su expresión me convenció, pues creo conocerlo, de que era inútil insistir. No me quedaba duda de que al fin había hecho

mella en sus resentimientos el desapego de mi mujer, que venía siendo explotado en mi contra por la camarilla servil. Pedí permiso para retirarme, lo que aumentó su seriedad, y al salir del despacho me tropecé con la mirada gélida de Rigoberto. Parecía que estaba en acecho de cuál iba a ser la consecuencia de mi reacción. Día a día ha crecido su fuerza y me guarda rencor desde la cuestión del indulto. Su negocio es el terror... Porque debes saber, como lo sé yo ahora por experiencia propia, que la culpabilidad en una tiranía no puede adjudicarse exclusivamente a quien la encabeza, sino que es necesario repartir cuotas entre los que están alrededor del tirano, a la medida de como ejerzan la influencia que puedan tener. Lo más fácil, para ganar ascendiente, es halagar los malos instintos, lo difícil es moderarlos y pretender el empleo del poder por vías de corrección. En ese juego estuve empeñado y no hay duda de que he perdido...

En medio de la nueva pausa que interrumpió sus frases apareció doña Mariana a quien, cuando apagaba la luz que continuaba encendida, le fue imposible ocultar extrañeza ante el encuentro. No esperó don Julio que se repusiera para ir a saludarla con efusión que dijo más que las palabras.

Volvieron a estar solos: —"No ha sido eso todo lo sucedido—" agregó don Julio— "pero sí es suficiente para que juzgues que mi resolución de salir del país debo ponerla en práctica cuanto antes, pues me queda poco tiempo, si alguno. Ya habrás comprendido el sentido de mis palabras cuando te dije que viajaríamos juntos, siempre que, desde luego, pienses igual que hace unos días..."

La interrogante vino a manera de culminación de cuanto de perturbador tenía lo que había escuchado. Súbitamente, de golpe y porrazo, los sucesos lo arrojaban de nuevo en el círculo confuso en donde se agitaban, en su espíritu, ímpetus contradictorios e ideas más bien insinuadas. La carta de Regina le había afirmado en la decisión de no irse y ahora ella era quien corría un peligro inminente. Esto sí se le hizo claro. Por protegerla se resignó él al alejamiento aparente que hubo de sorber, trago a trago, como un brebaje amargo. La reacción

obvia fue atinar con el deseo insoslayable de salvarla teniéndola junto a sí...

—Y Regina, don Julio, no hay ni que pensar en separarnos de ella...

—Desde luego, ella vendrá con nosotros...

La afirmación lo hizo erguirse.— Estoy a sus órdenes, don Julio.

Entonces, como si todo aquello hubiera redondeado el apaciguamiento de su inquietud, permitiéndole asentar su decisión, le vio extraer su pitillera de plata y encender un cigarrillo.

—Bien, puesto que estás resuelto, quiero agregarte que el peligro que esa resolución encierra es menor que el que correrías permaneciendo aquí, porque ya, al sospechar que se resisten ustedes a lo que se trataba de obtener con el indulto, se han reiniciado las persecuciones y crímenes... Prepárate a recibir la noticia que voy a darte. Anteayer sacaron al doctor Veloz de su casa para que apareciera despeñado en un abismo de la carretera, a causa de un supuesto accidente de tránsito... Este terrible argumento está mostrando con algunos su fuerza de convicción, pues han escrito al Presidente manifestándole su gratitud y prometiendo colaborar. En una palabra, Rigoberto está ganando la batalla con la efectividad de sus métodos...

La nueva le nubló la vista. Tantas eran las cosas, que faltaba el tiempo para apropiarse de cada una de ellas aisladamente. Se le introducían en el ánimo atropelladas, impidiéndole el discernimiento. La muerte de Veloz le causó el efecto de un dardo que traicionera y solapadamente venía a clavársele en el fondo del alma. La intimidad con él fue relativamente breve, pero al propio tiempo tan densa y reveladora que le parecía haberlo conocido desde siempre. Era evidente que con ellos había comenzado a descartarse la piedad. Como si luego de levantarse en vilo por la noticia afirmara de nuevo los pies sobre la tierra pensó, por natural deducción, en los familiares que de lograr ellos salir del país quedarían atrás. De repente cayó en cuenta de que estaban

siendo sumamente egoístas. Nadie ignoraba que a falta de presuntos culpables, la represión vertía su saña en allegados y familiares. Recorría la estancia de uno a otro extremo. Una pizca de serenidad le deparó el paseo. Se detuvo ahora frente a su visitante.

—Estamos hablando— le dijo— como si fuéramos los únicos que tuviéramos que protegernos. ¿Y doña Rita, y mi madre y mis hermanos?

—Los he tenido en cuenta, Cosme... Creo que la furia terrorista de Rigoberto se apaciguaría si nos diera por muertos... Es lo único que lo calma y eso forma parte de mi plan... En el régimen, la muerte está jugando el papel de argumento supremo. Nos lo muestra patentemente lo ocurrido a Veloz y creo que apelando a su apariencia podemos convertirla, en nuestro caso, en liberadora suprema. En una palabra, que tenemos que darnos por muertos y nuestra gente comportarse como si lo estuviéramos... Bien sé, por otra parte— agregó, acentuando su hablar pausado y mirándolo fijamente— que no debes disponer de recursos en una situación como la que padeces... Permíteme que ponga este sobre para doña Mariana y los muchachos, aquí, sobre esta mesa... No, no te opongas... Recuerda que te he llamado hijo... En cuanto a nosotros, eso corre por mi cuenta, yo también he tenido buenos amigos...

XLIX

La decisión de abandonar su ciudad y su tierra natal, en búsqueda errante de un sitio en donde, al amparo de la libertad, el terror no reprimiera cuanto proclamaba vitalmente su albedrío y sus sentimientos, hizo que se apoderara de él, una vez más, aquella rara sensación de similitud con lo padecido en medio de la borrasca cuando desafió la furia de la naturaleza. La furibunda sucesión de episodios truculentos eran acicate para sentimientos encontrados, para reacciones impensadas, para el ir y venir de sus ideas, para la vorágine, en fin, que lo asediaba. A igual que entonces, cobraba ahora realidad tajante un reto y a igual que entonces, cuando los elementos desatados dispersaban con fuerza incontrolable lo que les oponía resistencia, un poder sin limitaciones lo iba a expeler como leve brizna de paja hacia extraños confines. Aquello, que muchas veces se le había insinuado en el pensamiento, de que en la ciudad a un torbellino había seguido otro, como por generación maléfica, se tornaba así en verdad aciaga. Pero no existía otra escapatoria. El caso de todos modos no admitía dudas ni dilaciones. El ejemplo de Veloz era prueba de que tenían la misma vida en peligro. No le quedó más remedio que decírselo a doña Mariana cuando esta, tan pronto se fue don Julio, clavó en él la mirada tan expresiva e inquisitoria. Sabía que se había estremecido en sus fibras más íntimas ante la perspectiva de una nueva ausencia, pero confiaba en su entereza de carácter para resignarse ante lo que era evidente, o sea, que entre dos males había que elegir el menor.

Elemento primordial del plan fraguado era ganar el mayor tiempo posible: —"Tengo razones— le había dicho don

Julio– para creer que mi situación política se deteriorará rápidamente y, mientras las apariencias me lo permitan, debo hacer provecho del ascendiente oficial de que disfruto. Tan pronto como sea de dominio público que estoy en entredicho, o que se ha producido mi caída, muchas de las puertas que ahora tengo abiertas se me cerrarán y aumentarían las dificultades hasta el punto de hacer imposible cualquier movimiento. Por ejemplo, que venga a visitarte figura todavía como parte de mis esfuerzos para atraerte al gobierno, logro sobre el cual me he atrevido a dar seguridades."

Al dinamismo propio de la sensación de estar atrapado en medio de un vendaval se agregaba así, en primer término, el carácter impostergable de lo que era necesario llevar adelante, pues aquella misma noche, antes de que llegara el nuevo amanecer, todo debía estar consumado para bien o para mal. En la conversación que sostuvo con don Julio, luego de conocer el plan de fuga, analizaron otras alternativas, desde refugiarse en sitios de difícil localización, conocidos por su interlocutor gracias a sus experiencias de propietario rural, hasta la posibilidad del asilo diplomático que les abriera el camino para la salida con salvaconductos. El obstáculo, en cualquiera de esas soluciones, era la suerte de los familiares, en quienes con seguridad se cebaría el cruel instinto de Rigoberto y sus secuaces. Surgía entonces, como disyuntiva única, capaz de apaciguar a los encargados de la represión, que los dieran por muertos, y en obsequio de la más fehaciente verosimilitud se requería que su muerte estuviera atestiguada con sangre, para satisfaccción de la índole sanguinaria de los celosos guardianes de la seguridad del régimen.

No había minuto que perder. El día se pasó haciendo los preparativos necesarios para la ejecución del proyecto de fuga. El asunto revestía igualmente el carácter de una despedida singular. Resultaba evidente como ella estaba afectando a doña Mariana. Tan pronto como estuvo enterada empezó a traslucirse en su rostro el sufrimiento que le ocasionaba lo que sin duda era la alternativa preferible de algo peor, pero que, al mismo tiempo, era previsible como una aventura cuyas

consecuencias nadie podía asegurar que iban a ser diferentes de las que se deseaban eludir. Desde entonces apenas se desprendía de su lado mientras, a juzgar por los ojos, siempre tan expresivos, crecía su ansiedad.

Bajo ese estado de ánimo llegó el momento en que se hizo necesario darle a ella y a los hermanos las últimas instrucciones. Descontaba que serían investigados y que, en consecuencia, por su apariencia y por su manera de conducirse y de responder a lo que se les preguntara, era indispensable que produjeran la impresión de que admitían como auténtica su partida del mundo de los vivos. Aún más: debían recalcar, en tono de lamento, que la disposición de él hacia el gobierno era ya radicalmente distinta, en agradecimiento a la generosidad del Unico, y que las palabras persuasivas de don Julio lograron convencerlo de colaborar con el régimen.

Todo eso lo decía, en voz baja, después de llevarlos al fondo del patio.

—Tendrán que convertirse en buenos actores— afirmó por último, con bastante sorna. Y tú, Dimas —óyelo bien— tienes que hacer mañana una llamada telefónica a la policía, anónima, desde luego, diciendo que viste caer un automóvil en el kilómetro 13 de la carretera.

Dimas y Pablito no perdían una sola de sus palabras. De sus rostros había desaparecido la perplejidad, y diríase que se pagaban de una sensación de importancia a medida que se comprobaban como partícipes de confidencias de semejante calibre. Pero para doña Mariana aquello fue demasiado, no pudo contenerse más. Arrojándose en brazos de Cosme se deshizo en lágrimas, al desbordarse repentinamente su emoción, acumulada a lo largo de las horas de densa expectativa.

—Yo no tendré que fingir, Cosme, pues estoy llorando desde que supe que te ibas... Y seguiré llorando cuando no te tenga a mi lado... Díme, adónde vas, quién te recibirá, cómo sabré yo que has llegado a tu destino... Todo eso me vuelve loca... Y no tienes un centavo...

Sus lágrimas le humedecían el hombro sobre el cual apoyaba el rostro. Se sintió él súbitamente sin fuerzas para sobreponerse a la conmoción con que aquella salida lo paralizaba. Sólo trabajosamente pudo articular palabras que pretendieron calmarla.

Dándole palmaditas en la espalda, lo primero que le dijo fue que don Julio todo lo estaba previendo. —"Allí"— prosiguió— "bajo el paño que cubre la mesita de la sala puso un sobre con dinero que Dimas debe depositar mañana mismo en la cuenta a tu nombre. Por nuestra parte nos arreglaremos bien, hay simpatía en los países vecinos para los que escapan de la tiranía." Recobrando un poco el aplomo, creyó prudente hablarle con firmeza, alentando sus esperanzas.

—¿Qué prefieres, que me exponga aquí a que me ocurra lo de Veloz o que haga cuanto sea necesario para salvarme y protegerlos a ustedes? Estaré muerto, mamá, hasta que a la vuelta de unos meses se calme la furia de Rigoberto....

Ella seguía con el rostro apoyado sobre su hombro y continuaba sollozando como si nada oyera. Pensó que lo mejor era dejarla que descargara su desasosiego a fin de que, en mejor estado de ánimo, se percatara de las implicaciones de la situación. No hizo nada, pues, por desprenderla de sus brazos, sino que aguardó a que ella, por sí misma, lo hiciera, como sucedió efectivamente unos minutos más tarde.

Estaba entonces más serena y él mismo había recobrado la ecuanimidad después del lapso de perturbación que lo había afligido. Volvió, por tanto, a su papel de orientador. Fue tan minucioso y elocuente que se sorprendió de que pudiera extraer de sí mismo tal cuota de fingimiento e hipocresía. Pensó entonces que la experiencia no había transcurrido en vano y recordó que había asegurado a Regina, en su carta de respuesta, que puso en manos de don Julio, que en lo sucesivo sabría defenderse bien sin perder de vista lo que verdaderamente perseguía. La vicisitud causada por su impulsiva participación a pecho descubierto en el complot del coronel Mendoza, no se repetiría.

Cuando se afirmaron las sombras de la noche todo estaba listo. Le latía con violencia el corazón al aproximarse el momento decisivo y porque anticipaba el minuto en que volvería a tener junto a sí a Regina Palma. Aquello se mezclaba con el fondo de incertidumbre que no podía menos de despertar una aventura sujeta a todas las eventualidades. La noche avanzaba lenta y tupida bajo un cielo sin estrellas. La inmovilidad del aire, propia de los días caniculares, aumentaba la tensión de la espera, mientras permanecía rodeado de la madre y los hermanos en el interior de la casa. Su ansiedad trataba de interpretar cada leve ruido proveniente de la calle. A la hora convenida se detuvo el automóvil de don Julio a la puerta. La presteza con que lo abordó era una forma de escapar de las sirtes de la emoción de los abrazos de despedida, que habían vuelto a provocar lágrimas en los ojos de doña Mariana y ansiedad en los rostros de los hermanos.

Ajustándose a lo estipulado, ocupó un lugar en el asiento delantero junto a don Julio, que conducía. Atrás estaba Regina. Percibió su silueta, pero se abstuvo de mirarla, con lo que comenzó una especie de suplicio de Orfeo, porque sabía que le iba a ser imposible desobedecer el impulso de arrojarse en sus brazos. Advertía su respiración. Le llegaba la fragancia discreta que era efluvio como por natural privilegio de su nítida persona.

El vehículo transitó sin obstáculos por las calles desiertas y, después de cruzar el puente sobre el río, enfiló por la carretera que por la costa llevaba hacia el este. Su marcha fue acelerada paulatinamente y su deslizamiento armonioso y uniforme pareció afirmar el optimismo de los ocupantes. Contribuía a ello la brisa que soplaba desde el mar y desvanecía el sopor de la noche caldeada. El silencio dentro del vehículo permitía percibir la respiración afanosa de cada uno. Como la carretera corría a lo largo de la costa, también era audible el rumor cadencioso de las aguas. El olor a salitre y yodo completaba la impresión que frente al paisaje marino tantas veces le habló de libertad. Don Julio conducía sosteniendo el infaltable cigarrillo en la diestra. El automóvil

iba en luz baja, para mayor discreción, lo que era causa de que, en medio de las sombras, el leve resplandor producido cada vez que él chupaba el cigarrillo se hiciera más vívido. El suspenso reinante se quebró de repente, en forma maravillosa, cuando ella, a sus espaldas, pronunció su nombre con inflexión de ternura. Respondió también llamándola y tomando su mano entre las suyas. Don Julio intervino, sin duda previniendo que la emoción que los embargaba fuera a ser motivo de perturbación en el momento decisivo, que era inminente. Sus palabras llamaron la atención sobre el pequeño fanal que, en medio de la oscuridad, oscilaba a cierta distancia, aparentemente al tope del mástil de una embarcación balanceada por las olas.

—"Bien por el capitán Melo—" le oyó murmurar como si se descargara de un peso.

El automóvil redujo la marcha y, durante el trecho que recorrió a escasa velocidad, tornó a hablar don Julio: —"Esta mañana te lo aseguré, Cosme, que el bien podía rendir beneficios y que por eso confiaba en que Melo, en favor de quien interpuse mi influencia, cuando era acosado, no me fallaría. Creo que ya puedo asegurarlo..."

Se detuvieron en uno de los bordes de la carretera y apagaron y encendieron sucesivamente las luces. Desde la embarcación, que ya se distinguía mejor, respondieron con señales por el estilo, mediante una linterna. Pusieron pie en tierra y exploraron los alrededores del sitio en donde se encontraban. Un trecho apreciable caminaron don Julio y Cosme para desembocar en una discreta ensenada, cuya entrada estaba cubierta, en tierra, por extensa vegetación, pero que quedaba en línea directa hacia el balandro. En la orilla de la pequeña playa estaba amarrado un bote. Entonces volvieron al vehículo, junto al cual Regina permanecía estática, abrieron el baúl trasero y varios bultos de ropa fueron extraídos, con piezas ensangrentadas y rasgadas adrede, distribuyéndolas en los asientos del automóvil. Don Julio puso el motor en marcha, a toda potencia, introduciendo el acelerador hasta el tope y trabándolo y de inmediato se lanzó al suelo. La

máquina se disparó violentamente hacia adelante, precipitándose con estruendo en el agua desde el borde rocoso de la costa.

Al poco rato, con maletines que portaban lo indispensable, se hallaban en el bote que, a golpes de remos, manejados por Cosme, se encaminaba hacia el balandro.

El silencio que mantenía a todos en suspenso era interrumpido solamente por los golpes de los remos al introducirse en el agua. El aire yodado oxigenaba los pulmones contribuyendo a aliviar la tensión. Era un indicio que, repentinamente, hizo que a Cosme se le agolparan los recuerdos en la mente, como si hallara confirmación a cuanto, allá en la costa de la ciudad, frente al mar inmenso y en movimiento casi continuo, presintió a manera de presagio liberador. Una inhalación profunda de aire puro y tonificante galvanizó sus fuerzas para remar con mayor vigor y celeridad. Con igual presteza acudieron otros recuerdos, como si el tránsito de una situación opresiva a otra que era nuncio de libertad estimulara, a modo de despedida, un resumen de las incidencias recientes de su vida, desde las gratas, como el encuentro con Regina en el malecón, hasta las tétricas, envueltas en las sombras ominosas de La Ablandadora. Sin darse cuenta, hacía deslizarse ahora el bote a golpes parejos y rítmicos, que no tardaron en colocarlo al costado del balandro.

Subieron a él sin grandes dificultades, para estrechar la mano ruda de Melo. Tres tipos más, de rostros curtidos, observaban la escena. Don Julio no pudo ocultar su sorpresa, y el capitán le dijo sonriendo:

—No se preocupe, don Julio; son de confianza y no es esta la primera vez...

—Por algo te acosaban entonces, ¿eh? ...

—Sí, pero es esta la última; ya usted no va a estar... También nos quedaremos...

En son de rúbrica a sus palabras se llevó un pequeño frasco de ron a los labios, sorbió un trago y luego se explayó en ruidosa carcajada.

—Al diablo con el maldito Rigoberto— agregó— a estos cristianos no los fuetea él más... A izar las velas, muchachos...

La pequeña embarcación se puso en marcha. Al distanciarse de la costa alcanzaron a ver en la lejanía las luces de la ciudad. Los brazos de Cosme estaban enlazados con los de Regina, sus cuerpos muy juntos, y al unísono aspiraban la brisa del mar libre, fresca, pura. El resplandor era, apenas minutos después, una línea delgada en el horizonte. Luego, se les escapó poco a poco entre las sombras, que lo cubrieron todo, pero la noche, en realidad, quedaba allá...

***

El suceso fue investigado cuidadosamente por los servicios de seguridad, los cuales, días después, daban a conocer en un comunicado que un accidente lamentable había costado al vida al Ayudante Especial del Primer Magistrado de la Nación y a quienes lo acompañaban en un paseo por la carretera de la costa, y que se hacía lo posible por recuperar los cadáveres "aunque los despojos ensangrentados de piezas de vestir parecían indicar que los habían devorado los tiburones que con frecuencia merodean por las aguas profundas del sitio del accidente." El comunicado concluía informando que "una hermosa corona de flores fue arrojada sobre las aguas, como testimonio de postrer reconocimiento al fiel colaborador desaparecido, de parte del Excelentísimo Señor Presidente de la República, General Joaquín Dolores Batisterio Ocampo."

Santo Domingo, 23 de julio de 1975.

COLOFON

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 12 de enero de 1977. Composición tipográfica: Rafael F. Mañón, Diagramación: Fausto Concepción Henríquez, Fotomecánica: Oscar Danilo Carbonell, Impresión: Bartolomé González y Vicente Cordero, Compaginación y encuadernación: José Paniagua, Francisco Tavárez y Félix Aquino, Supervisión técnica: Canuto de los Santos Bueno. Se imprimieron 2,000 ejemplares.

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
REPUBLICA DOMINICANA